



Luis de la Cruz

**Viaje a su costa del Alcalde provincial del muy ilustre Cabildo de la
Concepción de Chile**

Desde el fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires; auxiliado por parte de S. M. un agrimensor, del práctico don Justo Molina, de dos asociados, tenientes de milicias, don Ángel y don Joaquín Prieto, de dos dragones, un intérprete, y siete peones para el servicio y conducción de víveres, en 27 cargas

Discurso preliminar al viaje de Cruz a las Pampas
Mientras que intrépidos argonautas visitan los senos más retirados del mar

glacial, y avanzan hasta las latitudes más elevadas del otro hemisferio, una parte considerable del continente austral queda aún desconocido e inaccesible a sus propios moradores. Los celos con que la Corte de España miraba a los que frecuentaban estas costas, y el temor de verlas ocupadas por alguna potencia extranjera, han contribuido principalmente a este atraso, que ha trabado los progresos de la ciencia y el desarrollo de la población en esta parte del globo.

Antes que el Sr. General Rosas pensase en llevar las fronteras de Buenos Aires hasta la línea del Río Negro, las sierras del Volcán, del Tandil y de Tapalquen, eran las vanguardias de nuestro territorio, que sólo por el lado de la costa se extendía hasta el establecimiento de Patagones en las barras del Río Negro. Desde estos puntos hasta el Estrecho media una distancia considerable, en una región habitable, de acceso fácil, y sin más obstáculos que los que opone la falta de población y de recursos. Un gobierno que hubiese sido menos apático que el de España, hubiera empleado una parte de los caudales que sacaba de América en examinar un país que le pertenecía, y en arrancar de la barbarie a las tribus que lo ocupaban.

Pero, si se exceptúan unas pocas tentativas que se hicieron para reconocer la costa patagónica, ningún otro trabajo científico acometió la Metrópoli para explorar el sur, en el largo periodo de más de tres siglos. Así es que gravita sobre los nuevos gobiernos todo el peso de esta inmensa tarea; y el que la emprenda, puede contar desde luego con los aplausos de los contemporáneos, y la admiración de la posteridad. ¿Qué mayor gloria que la de ensanchar los límites del orbe conocido, y de remover las pocas trabas que impiden llevar los beneficios de la civilización a una región desconocida?

El viaje que publicamos es una prueba de lo que debe esperarse de un carácter activo y de un genio perseverante. El Gobierno español, enredado en la política europea, que había tomado un aspecto alarmante desde que Napoleón manifestó su ambición y sus talentos, sintió la necesidad de poner en más estrechas relaciones los distintos pueblos de América, que podían hallarse aislados por efecto de un simple bloqueo por parte de Inglaterra, e inculcó a los virreyes de Buenos Aires y de Chile de hacer indagar los pasos de la Cordillera para descubrir algún camino carril que pudiese servir al tránsito de las mercaderías, en el caso que quedase cortada la comunicación marítima. Un vecino de la Concepción, de una instrucción limitada, pero emprendedor, sagaz, y celoso del bien público, se presenta a llenar este encargo: y para dar más realce a este servicio, se compromete prestarlo a su costa. Se admite la oferta, y don Luis de la Cruz despliega una actividad asombrosa en sus preparativos de viaje. Con un pequeño séquito, con cortos auxilios, y muy escasos conocimientos del país que se propone atravesar, se arroja como un Cóndor desde las cumbres de la Cordillera hacia las pampas de Buenos Aires.

Rodeado de peligros, y casi sin defensa en medio de pueblos bárbaros, los subyuga con el prestigio de sus palabras, y hasta llega a arrancarles lágrimas de ternura al despedirse de ellos. En los parlamentos con los caciques, la posición que ocupa es siempre eminente. Les habla con circunspección, pero con firmeza, y nunca se deja acobardar por la aspereza de sus modales, la arrogancia de sus discursos, ni por la violencia de sus amenazas. Esta parte del viaje de Cruz merece ser

estudiada, porque da una idea cabal del carácter de los indios, y de los arbitrios que conviene emplear para domesticarlos. Lo demás no tiene más mérito que el de ser el primer ensayo de una empresa que se presentaba como imposible. Los detalles topográficos son incompletos, algunos de ellos erróneos, y todo lo relativo a la historia natural se resiente de la falta de conocimientos científicos en el autor. De las costumbres de los indios nadie ha hablado con más acierto que él, y en esta parte no creemos que tenga competidores. Su estilo es fácil, y bastante correcto: pero la mezcla de palabras araucarias, desconocidas a la casi totalidad de sus lectores, lo hace a veces ininteligible. Procuraremos disipar esta obscuridad, explicando la mayor parte de estas voces, en un pequeño vocabulario chileno que estamos redactando.

Don Luis de la Cruz pertenecía a una familia distinguida de Chile, y recibió una educación análoga a su estado. Mientras duró el gobierno español no ejerció más cargos que los consejiles; pero luego que asomó para su patria el día de la independencia, se echó en las filas de los bravos que debían defenderla.

La energía de sus opiniones lo hizo expectable en el primer Congreso que se reunió en Chile en 1812, y cuando un ejército realista, al mando del General Osorio, vino a amagarlo, Cruz dejó el puesto de representante, y marchó con las fuerzas que se organizaron para repeler aquella agresión. El contraste que sufrieron las armas de la República en Rancagua restableció momentáneamente las autoridades españolas en Chile, y expuso los patriotas a la más violenta persecución. Cruz fue deportado a la isla de Juan Fernández, donde permaneció en el más duro cautiverio, hasta que el General San Martín triunfó en Chacabuco. Desde entonces siguió la suerte de este jefe, que lo condecoró con el grado de General, en premio de los importantes servicios que le había prestado en Lima, en clase de Comandante General de Marina. Desempeñó también, en varias épocas, las funciones de Gobernador Intendente de las Provincias de Santiago y Valparaíso, y de Presidente delegado de la República. Ignoramos la época de su muerte.

Buenos Aires, 22 de enero de 1836.

Pedro de Angelis

Viaje

a su costa del Alcalde provincial del Muy Ilustre Cabildo de la Concepción de Chile, don Luis de la Cruz, desde el fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, etc.

En el ante pondré un testimonio del itinerario, o instrucción y pasaporte, que como reglas para una expedición he recibido del Sr. Gobernador Intendente de la referida ciudad; y también de los parlamentos, y tratados que se celebrasen antes de mi partida con los indios peguenches en este fuerte de Ballenar: y a fin de no ofuscar las relaciones de la ruta con largas disgresiones sobre la calidad, y naturaleza de terrenos, de volcanes, de la salubridad del clima, de las aguas y sales, de las yerbas, arbustos, árboles, de animales cuadrúpedos, peces, pájaros, etc., trataré de estas materias en el diario como vistas, reservando el hablar de la utilidad y naturaleza de las desconocidas por tratado separado, luego que llegue a Chadí Leubú, por lo que respecta a los montes y planes siguientes

hasta el río: y así lo dividiré en dos partes. Lo mismo digo para describir las costumbres de los habitantes, su número, aduares, etc., que lo haré hasta pasar sus terrenos; pero no podré omitir expresar en cada día las juntas de indios que se ofrezcan, las parlas y visitas que me hagan, pues contribuirán a la inteligencia de las dificultades o franqueza del viaje, y de las demoras que por esta razón puedan originarse. También omitiré, hasta la conclusión de la expedición, tratar de la utilidad y conveniencia que pueda resultar a los dos reinos de nuestra comunicación; y de todo lo demás que se me previene en el itinerario; porque sin completo conocimiento de los naturales intermedios, de sus usos, de sus terrenos, especies comerciales apetecibles, y otras noticias que iré adquiriendo con el trato y práctica, no podré tratar antes con acierto.

Instrucciones

Primera.- Respecto a que el objeto de la expedición es dirigida a esclarecer todos los puntos de utilidades, y conveniencia que puedan resultar a los dos reinos, de la comunicación y comercio directo por esta nueva vía, y teniéndose presente que del diario practicado por don Justo Molina, resulta haber, desde el fuerte de Antuco hasta la capital de Buenos Aires, sólo la distancia de doscientas treinta y dos leguas, por un cómputo estimado en su viaje; deberá preferirse esta dirección por la más ventajosa, y que no deberá variarse, si otros motivos de mayor gravedad no obligasen a ello: y de consiguiente, el referido Molina será quien en esta parte señalará el rumbo que ha de llevar la expedición.

Segunda.- Luego que se entre por las cordilleras, ha de ser la primera atención del comisionado reconocer los parajes por donde pueda verificarse el tránsito de carretas que han facilitado don Justo Molina y el español Montoya; con el fin de que, si de regreso dispusiese el superior gobierno de Buenos Aires se haga la experiencia con la noticia de estos informes, pueda realizarse oportunamente y con acierto. A cuyo efecto tomará las apuntaciones y noticias de los pequeños obstáculos que se encontrasen fáciles de vencer, designando los puntos y calidad de trabajo que haya de ejecutarse en cada uno.

Tercera.- Como entre los individuos que lleva a sus órdenes el comisionado, es uno de los principales el agrimensor don Tomas Quesada, en calidad de geógrafo, tendrá especial cuidado de que éste lleve un diario exacto de la ruta, y de la demarcación topográfica con los rumbos de ella, y sus distancias, con una noticia puntual de la naturaleza de los terrenos por donde se transite: y así mismo que observe en los parajes convenientes las variaciones de la aguja magnética, para corrección de las direcciones, o rumbos del viaje, y señalarlas en el plano con el debido acierto.

Cuarta.- El comisionado llevará un diario circunstanciado de las distancias que se caminan, por la estima del reloj, a un paso constante y arreglado, para fijar las jornadas, la calidad de los terrenos, abundancia o escaseces de pastos, los embarazos de ríos despoblados, montañas fragosas etc. con noticias de los recursos que ofrezcan para

vencer las dificultades del tránsito, la abundancia o escaseces de aguadas para los viajes o su calidad.

Quinta.- Se informará de la numerosidad, fuerza, carácter y costumbres de los habitantes, y naciones de indios, intermedias y vecinas; y riesgo que ofrezca la comunicación y tráfico de los españoles con respecto a ellas.

Sexta.- De los sitios en que puedan fundarse poblaciones o fuertes auxiliares; con qué seguridad, arbitrios y costos.

Séptima.- Cómo pueda conquistarse la amistad y allanamiento de los naturales, para nuestra internación.

Octava.- De las ventajas que de ella puedan resultar al comercio, a la entera reducción y posesión de estos grandes espacios.

Nona.- Cómo se podrá extender hasta nuestros establecimientos en la costa Patagónica, y demás noticias que en el curso de la expedición se adviertan ser oportunas; para según ellas calcular la conveniencia que resulte de este proyecto, por lo que hace al adelantamiento del comercio ultramarino y marítimo de la provincia de Buenos Aires, con ésta de la Concepción, y el Perú; según la entidad y clase de artículos que se propongan internar y extraer de ellas recíprocamente: y lo que sobre todo perjudique, o interese a la real hacienda, y buen gobierno, por los reales derechos que reporte, gastos que se ocasionen en nuevos resguardos, y daños generales consiguientes a la amplitud del contrabando por esos despoblados; atendiendo igualmente al uso que podría tener la franqueza de estos caminos, en comparación de las proporciones que ofrecen los de Mendoza en derecho a la capital de Santiago. Estos importantes puntos, que tiene recomendado la Capitanía general de este reino para el comisionado de esta expedición o exploración, merecerán toda la atención para su desempeño.

Décima.- Es consiguiente que el comisionado solicite de los caciques y respetados del tránsito, y de los que saliesen a su encuentro, sus nombres y paraje de su residencia, para la debida, noticia del gobierno, conforme lo que va, prevenido en la instrucción quinta.

Undécima.- Cuidará del buen orden de su comitiva, y que los caciques y peguenches que han de acompañarle, sean tratados como conviene al buen éxito de su empresa, y hará entender, por medio del intérprete, o del dragón Pedro Baeza, a los gobernadores, caciques o indios de respeto del tránsito, el objeto de su viaje, en los términos que se expresará en el pasaporte que a este efecto ha de llevar. De cuyo tenor se enterarán todos los individuos de la comitiva, y los auxiliares peguenches, para que uniformemente, y sin variación alguna en lo substancial de su contenido, lo expliquen a los indios del tránsito, y se eviten los graves perjuicios que de lo contrario podrían resultar al objeto importante, de su expedición.

Duodécima.- A su llegada a Buenos Aires dará cuenta al Exmo. Sr. Virrey del resultado de su expedición, lo mismo que, en primera oportunidad, al Exmo. Sr. General de este reino, y a mí: solicitará de Su Excelencia los auxilios que necesite; y recibirá sus órdenes relativas a su comisión, dando oportuno aviso de su regreso. Plaza de los Ángeles, veinte y siete de marzo de mil ochocientos seis.- Luis de Alaba.

Copia del pasaporte que se cita en la advertencia once.- «Don Luis de Alaba, Caballero del Orden de Santiago, Coronel de infantería de los reales ejércitos, Comandante General de la frontera del reino de Chile, y

Gobernador Intendente de la provincia de la Concepción etc. Por cuanto el Rey Nuestro Señor (que Dios guarde) tiene mandado se le informe los medios de facilitar las comunicaciones de la provincia del virreinato de Buenos Aires con las de este reino de Chile, por los países de los indios intermedios. Por tanto, hago saber a los gobernadores y caciques del tránsito, desde el fuerte de Antuco en esta frontera hasta dicha capital, que el Alcalde provincial del Cabildo de la ciudad de la Concepción, don Luis de la Cruz, acompañado del agrimensor don Tomás Quesada, y del práctico don Justo Molina, y asociados, don Ángel y don Joaquín Prieto, tenientes de milicias de caballerías con quince individuos más para el servicio de esta expedición, pasa comisionado por el Exmo. Sr. Capitán General de este reino, don Luis Muñoz de Guzmán, para hacer un nuevo reconocimiento del camino más directo a la expresada capital, que es el único objeto de este viaje; sin que sea la intención del Soberano hacerles ningún perjuicio o daño, así como no se hace a los indios que habitan en el camino, que transitan, con toda franqueza y libertad, los españoles para Valdivia; ni cuando ellos se internan en nuestros países, en que son recibidos con agrado y protección del gobierno, por todos los jefes y comandantes de las plazas: que antes bien, se solicitan y quieren su amistad, trato y comunicación, para que se hagan sociables, y disfruten de los beneficios que son consiguientes, cuyas ventajas y utilidades les acreditará la experiencia. Que sólo se desea reconocer si el camino es más corto, y cómodo para comunicarnos por sus tierras con los españoles que viven en Buenos Aires; contando conque los gobernadores y caciques contribuirán gustosos al lleno de nuestras ideas, y sanas intenciones. Y espero que en esta ocasión permitirán el paso al referido don Luis de la Cruz, con toda su comitiva, que va auxiliada de los fieles amigos peguenches; pues así lo pido en nombre del Rey mi Señor, a, cuya real persona se dará aviso, y recomendará su buena voluntad, que no dudo franquearán para que todo se facilite, y que atienda con particularidad a los que más se distinguen y propendan en la realización de este proyecto. Dado en la plaza de los Ángeles, sellado con el sello de mis armas, y refrendado de mi secretario, a veinte y siete de marzo de mil ochocientos y seis años.- Luis de Alaba.- Por mandado de su Señoría.- Santiago Fernández.

Enterado de estos antecedentes, el Sr. Gobernador Intendente deseoso del buen éxito de mi expedición, y para mejor consolidar los medios de asegurarla, me comisionó para que con el teniente de dragones don Nicolás Toledo, que fue el oficial más a propósito que se encontró en aquella plaza, tratásemos en ésta de Ballenar con los caciques peguenches, que ya se habían citado y debían parecer muy pronto, los puntos que me acomodasen para mi pronta salida; que dicho teniente me entregase en manos propias de ellos, como lo acostumbran cuando recomiendan sus correos, y les agasajase con los obsequios que se les prometieron en la junta celebrada en los Ángeles, a fines de noviembre último con mi asistencia, que presidió el Sr. Coronel, comandante actual de los Ángeles, don Fernando Amador de Amaya, sobre el objeto de esta expedición, de su mayor seguridad, y que algunos peguenches, como auxiliares, me acompañasen.

Al poco rato que salí de lo del Sr. Intendente ya despedido, pues al siguiente día veinte y ocho caminaba él para la plaza del Nacimiento a

presidir una junta de indios llamistas, estuvo a verme el referido teniente Toledo, que ya había recibido las órdenes de acompañarte: me lo hizo presente, y acordamos salir para Antuco el veinte y nueve.

Antes de amanecer, partimos de aquella plaza, y por comodidad nuestra alojamos en Antuco, una puebla distante de este fuerte cuatro leguas.

Habrán allí hasta veinte casas avecindadas, con muy buenas huertas, arboledas, regadas de varios arroyos, que desprendiéndose de los montes del sur, a que está inmediatamente situada, bañan con profusión todo el plan. Cuatro leguas o cinco antes de llegar a dicha puebla, se introduce uno a este cajón, que por una y otra banda son montañas espesísimas; con el bien entendido, que la primer caja que se ofrece corre de norte a sur, y de esa otra al este, que es la de Antuco en que estoy; y no se estrecha hasta llegar al cerro de Volcán. Tendrá esta abertura de cercos en partes

una legua, en otras media, y en otras mucho menos. Es vega pareja toda carretera, su piso de trumau pedregoso, y llena de arbustos, de romerillos rarales, y otros que rumian los animales en las invernadas. Sus aguas dulces, preciosas por su claridad, y golpeadas entre piedras y maderas excelentes en los cerros de ambas sierras. El gran río de la Laja la parte, y a él confluyen todas las vertientes de ambos costados. El lado del sur de esta abra, está cedido a los vecinos de la puebla, de cuyos terrenos acopian cosechas de todas clases, de granos y frutas. Para sus siembras desmontan las faldas, dejan las volteadas en los sitios, y las reducen a cenizas, incendiándolas: sin más abono, desparraman trigos, que con una reja de surcos tapan, y de aquí hacen cosechas de ciento por uno, según me lo han asegurado muchos vecinos de razón.

Al lado del norte del río se halla el potrero de Tupan, cuyas tierras gozan de la misma fecundidad.

Nos hospedaron en la población, en casa del juez diputado don Mariano Meyado, quien me aseguró habían padecido mucha seca en el verano, como que sólo contaba en él una corta lluvia, por cuya causa se quejó de muy escasa cosecha de trigo; y preguntándole por la cantidad que había sembrado, y lo que había cosechado, me contestó, que su siembra fue de fanega y nueve almudes, y su cosecha de ciento sesenta fanegas. Lo tuve a quimera, y deseando desengañarme, no tardé mucho en averiguar la verdad, preguntándolo con separación a otras personas de la casa; y todas ellas convinieron en ambas cantidades.

Allí tuvimos noticia que aún no habían llegado los peguences al fuerte en que debían recibirme; por cuya razón determinó el teniente quedarse en lo de dicho juez. Pero yo que deseaba ver el río, recorrer los montes y sus proporciones, registrar el cerro del Volcán, que me aseguraban distar de este lugar dos leguas, y una mancha de escoria, con cuyo derrame se interceptó el camino antiguo de Prancoyán, que era más recto que el que hoy se trafica, bien temprano seguí a este destino, y a las nueve de la mañana estuve en el fuerte.

Está situado en un cerrillo, que tiene treinta varas de elevación sobre el plano de la vega: en su cima, un círculo de pellines parados circunda una casa de paja fabricada sobre postes; su longitud es de diez y seis varas, y su latitud de seis. La tercera parte de este edificio sirve de habitación al comandante, que lo es un sargento de dragones; y los otros dos tercios están divididos en cuartel, y una pieza para pertrechos de

guerra. Al frente del Volcán, tiene la estacada la puerta, con su puente levadizo, y a ambos lados troneras con cañones de a cuatro.

A las cuatro de la tarde llegó el capitán de amigos, Leandro Jara, noticiándome de que dejaba los peguenches alojados en la Cueva, lugar que dista siete leguas, según dicen, de este fuerte. Y pasando para Antuco, le previne trasladase la noticia de los indios al teniente Toledo, y que regresase al siguiente día, como que debía servir de intérprete en la junta de parla, que se iba a celebrar.

En la misma tarde recorrí la rivera del río que demora al norte, tres cuadras distante de este fuerte. En partes se despeña encajonado, y en otras, ofrece puertos; pero siempre baja tan correntoso que juzgo imposible poderlo vadear. Levanta su correntada comúnmente unos penachos de agua en las alturas de las peñas, y bajos en las concavidades, que al paso que atemoriza su braveza, agradan a la vista los diferentes colores que con el sol se manifiestan en el agua. Esta rapidez, que cuando más abajo se disminuye, a las cuatro leguas de aquí, descubre vado cómodo en varios brazos.

He reconocido también que, desde antes de la puebla, lo que es en este cajón, le entran a la Laja el río Rucoheco, otros varios arroyos, y un estero grande, llamado Quillayleubú, esto es, aguas de quillayes, así como Rucoheco, aguas de rucos, especies de venados monteses.

También se ve a la otra parte de la Laja la embocadura del río de la Polcura, que dista una legua de este castillo, y por entre riscos fragosísimos se descuelga de entre dos montes elevados del potrero de Tupan.

Las maderas gruesas o corpulentas y elevadas de estas sierras, son los robles y coygues. Las primeras estando apellinadas son de mucha duración y aprecio para las fábricas. Las segundas, de poca consistencia, y por eso poco apetecibles.

He solicitado de estos patricios razón de las yerbas que aquí se conozcan, y sólo me han nombrado el ñancú, cachanlagué, doradilla, ñopequen, y el árbol de culén. De todas ellas hablaré a su tiempo, explicando sus virtudes.

El treinta y uno me he entretenido en recibir a los indios, tratándolos amistosamente, que han ido llegando sucesivamente; y al obscurecer, llegó el teniente don Nicolás Toledo, con el capitán de amigos.

El primero de abril fue la junta en la puerta del fuerte; y según lo que se les propuso por nuestra parte, y lo que ellos dijeron por la interpretación de su capitán, fue del tenor siguiente: Estando en dicha puerta con el teniente de dragones, y los dos de milicias que me acompañan, se congregaron los caciques Calbuqueu, Pilquiñan, Levinirri, Manquelipe, Pichuntur, Layló, Puelmanque, Payllacura, Treca, y habiendo saludado a su estilo con dos abrazos, nombraron a Calbuqueu para que hablase por todos; costumbre que observan en sus parlamentos.

Admitiendo éste la elección, hizo presente que deseaban recibir las órdenes que se les comunicasen de parte del Gobierno, cuya obediencia habían heredado de sus antepasados, citando por testigos de su observancia a los comandantes de estas fronteras: que así fueron siempre mirados los peguenches como hijos, y lo experimentaban hasta ahora; y que ¿cómo no

habían de ser prontos para moverse, y haber salido a este fuerte, habiendo sido llamados por su Toquiuelo?

Se les contestó, que nuestros jefes sabían distinguir los méritos, premiándolos, de los delitos que los castigaban, y que haciéndose ellos dignos de aprecio por sus buenas acciones y fidelidad, serían siempre estimados. Que en la actualidad debía yo pasar a Buenos Aires, por comisión del Exmo. Sr. Capitán General del reino, a consecuencia de reales órdenes de Su Majestad, para reconocer el camino que descubrió don Justo Molina el año pasado. Que ya de esta expedición se les había tratado en los Ángeles, en la junta que celebró el Sr. Coronel comandante de aquella plaza, a fines de noviembre último, a la que concurrieron muchos de los presentes, y le prometieron que, recibiendo de su mano la mía, conducirían mi persona con seguridad hasta entregarla al Sr. Virrey, en cuya confianza me veían en camino con toda mi comitiva, y no dudábamos sabrían cumplir sus ofrecimientos. Que siendo así, el Sr. Virrey tendría complacencia de conocerlos, y entonces verían por sus ojos, sin quedarle duda, a estos peguenches, de quienes se le había ponderado eran fieles vasallos de nuestro monarca.

Todos respondieron que estaba bueno, pero que faltando en el congreso su gobernador Manquel, nada podían resolver, ni hablar en la materia. Que luego llegaría, y entonces podían satisfacer el deseo de nuestros superiores; que se irían a descansar, y se les mandase dar víveres y vino para celebrar el gusto que tenían de verse entre nosotros.

Cumplidos sus deseos, enteraron el día, y pasaron la noche en embriaguez. El 2, como a las diez de la mañana, estando yo con el teniente de dragones, y los asociados en la puerta del fuerte, llegaron los caciques, presididos de Manquel, y su capitán, con mucha comitiva de mocetones y mujeres. Así que nos saludaron, dijeron, que les era preciso nombrar de nuevo a un cabeza (esto es a uno de los más ancianos caciques), que explicase sus respuestas, reparos, determinaciones y resolución, con que finalizarían la parla: que si Manquel era su gobernador, Levinirri tenía muchos méritos, que juntos a su ancianidad lo hacían recomendable, y por lo tanto se veían obligados a elegirlo de dumuguelu. Aceptó Levinirri con agrado la elección, y usando del nombramiento, puso el reparo de no ver la persona del Gobernador Intendente, o del Comandante de los Ángeles en la junta, y la del comisario o lengua general, intérpretes necesarios por costumbre para parlamentar; y que por ese decreto más bien esperarían a que viniesen, que quebrantar un antiguo uso.

Se les contestó: que las atenciones del real servicio, en que muchas veces se veían empleados nuestros jefes, les quitaban los arbitrios de poder atender a muchas partes, especialmente cuando les ocurrían asuntos que debían solemnizarlos sus personas; que en la actualidad se hallaban en el Nacimiento, asistiendo a una junta de llamistas con el comisario y lengua general; que ya hubieran todos querido tener el gusto de ver a sus peguenches amigos, y hablar con ellos; pero que, no pudiendo hacerlo sin detenerlos mucho tiempo, cosa que les perjudicaría, privándolos de las comodidades de sus toldos y de otras atenciones, querían más carecer de un rato gustoso, que ocasionarles la menor demora. Que también acordaron, que este congreso no debía reputarse como junta parlamentaria, sino como una ceremonia solemne para que me recibiesen en sus manos los que me debían

acompañar hasta Buenos Aires; sobre cuyo viaje ya habían tratado en los Ángeles con dicho Sr. Comandante, y ahora sólo para ratificar la entrega, nombró el Sr. Gobernador Intendente al teniente don Nicolás Toledo, que veían presente. Que este sujeto, de comandante en este mismo fuerte, supo tratarlo; amistosamente, desempeñando sus obligaciones y sabiéndose granjear sus amistades, por cuya razón fue elegido, como que se complacerían de verlo; y que su capitán, Leandro Jara, traduciría fielmente sus razones, de cuya conducta nos parecía nada tendrían que recelarse. Se convinieron, y aceptando la disposición de Sr. Gobernador siguió.

Que hacían memoria de dicha junta y parla, pero que estando presentes los que entonces se ofrecieron para la ida a Buenos Aires, ellos mismos debían en la ocasión decir el estado de sus disposiciones. Que él, a nombre de todos, volvía a ofrecer la franqueza de sus tierras, que les son comunes, y que de ellas podría el Sr. Gobernador disponer a su arbitrio para establecer el camino por donde más acomodase.

Pasaron un rato en silencio. Pero, rompiéndolo con imponderable arrogancia el cacique Calbuqueú incorporándose, exhortó a su nación, diciendo: Que ya me veían presente, reconviniéndoles con mi venida, con mi presencia y con sus propias razones, por aquella solemne oferta que se me hizo en los Ángeles: que debía estar firme, pues no había habido cosa que la variase. Que extrañaba el rato de silencio en que habían quedado sus compañeros, y que ¿adónde estaba el orgullo con que antes se ofrecieron? ¿Que si se habían olvidado alguna vez de que deben a los españoles la posesión de sus tierras? ¿Que si no se acordaban que por ellos fueron muchas veces vencedores de sus enemigos? ¿Que como podrían negar las haciendas que por ellos mantienen? ¿Que por quiénes se veían temidos de las demás naciones? ¿Que si querían ya acabar la correspondencia de los peguenches, y la unión con los españoles? ¿Que adónde estaba su fidelidad y la conservación de la que tuvieron sus genitores? ¿Y que adónde se hallaba el que hacía cabeza de su nación, que no miraba por ella en la única vez que sus amigos y protectores la necesitaban? Que él ofreció a su hermano Payllacura, mocetón de valor, esfuerzo, y práctico del camino, para que acompañase a la expedición, y lo tenía pronto y preparado para la marcha: y que hablasen los demás.

Puelmanc dijo: Que él no habló porque no le tocaba; pero ya que era tiempo decía, que se había ofrecido, y sabría cumplir su palabra, así como la supo empeñar. Pero que debían acompañarle caciques de estas reducciones, pues habiendo él sido de Mamilmapú, y también Payllacura, si fueran solos ¿qué dirían sus paisanos, en llegando a su tierra con la comitiva, sino que los dos habían sido autores del proyecto? Que también estos mismos peguenches, que hoy se desentienden, después los acusarían de entremetidos; y en fin, que sin Laylo a lo menos, no convenía moverse; y que hablase Manquel que lo había ofertado en los Ángeles.

Manquel contestó: Que no se acordaba de haber hecho oferta alguna y aunque así hubiese sido, en la actualidad no tenía cómo cumplirla, porque se veía solo y lleno, de pesares con la muerte de su mujer y un sobrino, y que respondiese Laylo.

Éste dijo, que no podía ir, y que si lo ofrecieron, cumpliera la palabra quien hizo la promesa.

Yo que asistí a la parla que se tuvo con estos indios en los Ángeles, y oí la oferta de Manquel, y aceptación de su hermano Laylo, le reconvine, diciéndole: Que ¿cómo podían haberse olvidado de lo que prometieron repetidas ocasiones en presencia de aquel Sr. Comandante, de todos los caciques que hoy les acompañan, y peguenches que nos escuchan? Y mirando a Manquel, le pregunté: ¿Que si él no era el Gobernador, en quién debía resplandecer la firmeza y constancia, y que si por esta razón no estaba obligado a dar ejemplo de invariabilidad a sus vasallos, y estimularlos a que supiesen conciliar la buena amistad y correspondencia con los españoles? Que sus mismos caciques dijese lo que sentían de esta acción, que si era o no de un peguenche generoso, como debía ser; y que, repugnándome reconvenirle más, por una oferta que virtió de su propia voluntad, dejaba a sus mismos patriotas que lo hiciesen si quería volver por su honor, en especial a Calbuqueu, cuyas acciones fueron siempre honrosas, haciendo resplandecer su fidelidad, y brillar en sus procedimientos la de sus antepasados.

Éste, que no podía ocultar el ardor y cólera que le oprimía, por el silencio y tibieza de Manquel y Laylo, apenas pronunció el intérprete su nombre, cuando, haciendo bien presente su persona, dijo: Que no era posible negar la verdad, de que Manquel había ofrecido para el viaje a su hermano, y éste aceptado el nombramiento, con lo que quedó comprometido. Y volviéndose a los demás caciques (como cuidadoso), les instó suplicándoles, que le comunicasen, ¿qué causas habían de novedad, que de nuevo extrañaba en sus hermanos, y si no había cosa alguna, que tomasen el partido de esforzar a los pusilánimes a que cumpliesen lo tratado? Que esta era empresa en que su nación granjearía nuevo crédito. Que el Sr. Virrey quedaría complacido de que, mediante ella, se venciese. Que la indiada intermedia formaría mejor concepto de los peguenches, viéndolos unidos con los españoles, y se harían más temibles. Que esta expedición era la más recomendable que podría proporcionárseles, y no era justo perder el tiempo de labrar el mérito de acompañarla; y por último, que comprometida la cabeza de una tribu, no podía sin infamia faltar al pacto. Tomando entonces de su cuenta los caciques reconvenir a Manquel y a Laylo; y viéndose estos por todas partes combatidos, dijo el segundo: Que había asegurado ya que no iba; pero que daría para que me acompañase una parte de su corazón, cual era su hijo Cheuquellan, quien hacía veces, llevando recado de él, y de su hermano Manquel, para los habitantes de Mamilmapu, y de las Pampas. Acreditando la satisfacción que tenían de mi persona y comitiva, nos les iría mal; sino antes bien les dispensaría muchos bienes, como ellos lo estaban experimentando. Que les mandaría decir, que mis designios, y órdenes que llevaba, eran de establecer una paz perpetua; y por medio de descubrir y franquear un camino cómodo y recto, para traficar desde aquí a Buenos Aires, era en cierto modo proporcionar una unión de indios con españoles, y de los españoles de Chile con los de Buenos Aires, cuyo proyecto les debía proporcionar comodidades y ventajas, que solo por tal arbitrio podían asegurarles.

Cheuquellan convino con la determinación de su padre, a vista del general movimiento que su anterior tibieza había causado en el congreso; pero por Puelmanc repitió que debía ir otro de los principales; y fue preciso instar de nuevo los caciques, para que se animase alguno más a acompañar

la expedición.

Todos se excusaron, ya por sus edades, ya por falta de salud, y Manquelipi, cacique mozo y bien acreditado, puso la excusa de no tener suficientes caballos, para emprender un viaje tan dilatado. Yo que deseaba su compañía, por tener largas noticias de su fidelidad y valor, le apoyé sobre el justo inconveniente que ponía, y supuesto no era otro, su escasez de cabalgaduras, me daría la satisfacción de llevarlo con las mías que eran buenas; y que en llegando con felicidad a Buenos Aires, en que él tendría a mi entender mucha parte, le regalaría doce caballos para su regreso, y para que después los poseyese como obsequio de un amigo. Aceptó el partido, y quedó fijo en seguir la caravana desde el día en que partiese.

En este estado, y ratificándose todos en sus promesas, practicando el rito que acostumbran, recibieron de mano del teniente comisionado la mía, con el cargo de entregarla del mismo modo al Sr. Virrey, y ellos me entregaron las de sus diputados, para que a mi regreso se los devolviese de la misma suerte en presencia del Sr. Gobernador Intendente, a quien me presentarían, cumpliendo bien sus mensajeros. Calbuqueu añadió, que la primera entrega que harían de mi persona, sería en el fuerte al comandante, y que respecto a que el actual los ha cuidado, servido con paciencia y puntualidad, esperaba la gracia del Sr. Gobernador que lo mantuviese en este destino hasta entonces.

Pidieron permiso, siendo ya más de las dos de la tarde, para retirarse a comer, asegurando volverían al siguiente día a despedirse, y a recibir los agasajos que en los Ángeles se les ofertó les darían para esta ocasión.

El 3, como a las nueve de la mañana, volvieron los caciques con todo su acompañamiento, y después de haberles tratado sobre varios puntos correspondientes al buen éxito de la expedición, y rectitud del camino que deberemos llevar, quedamos en que a principio de la luna próxima se juntarían conmigo en el lugar de Triuquicó para continuar la marcha.

Representaron que, así como parte de los suyos, acompañaban mi comitiva, cuya gente les hacía falta para su defensa y seguridad, imploraban el favor del Sr. Intendente a fin de que les auxiliase con sus dragones armados, antes de que la cordillera se cierre: pues pudieran los guilliches venir a maloquearlos; o acaso a la expedición, a quien entonces con este favor podrían socorrer, y tomar la debida venganza. Se les aseguró que se harían presentes sus instancias al Sr. Gobernador; y habiéndoles dado a cada uno de ellos chupa, sombrero, pañuelo, añil, tabaco, chaquiras y bastón, se concluyó la junta, tributando cada uno de los obsequiados finos agradecimientos, con expresiones de la mayor gratitud.

A las cinco de la tarde del mismo día, llegó al fuerte el cacique Carrilon, y avisando al capitán Jara, se le mandó entrase. Así como pasaron los abrazos de salutación, aseguró: Que su venida no había tenido otro objeto que el de obedecer al llamado que se le hizo por parte del Sr. Coronel comandante de los Ángeles, para que concurriese a este destino a recibirme; comunicándole también que ya era tiempo en que partía para Buenos Aires, como se les previno en los Ángeles la luna de noviembre último. Que fue muy pronto en ponerse a caballo con sus mocetones; pero como vive más distante de los otros caciques nunca pudo darles caza; y

supuesto que ya los ulmenes de su nación habían tratado del asunto, y se había concluido la parla, nada le restaba que decir; pues su voluntad era una con la de los demás, y uno su corazón: que celebraría estuviere yo contento, y tuviese feliz éxito en mi viaje.

Se le dieron las gracias de su razonamiento, y el teniente comisionado, a nombre del Sr. Gobernador Intendente, y del Sr. Comandante de los Ángeles, le recomendó el que me hospedasen, y recibiesen bien en sus tierras, así como se hacía con ellos en las nuestras; y que si estos obsequios se les hacía por causa de que eran caciques de respeto, yo también era uno de los guillmenes de Concepción, por cuya circunstancia debían prestarme sus atenciones. Que sus buenas obras, sus buenas palabras y acciones las encaminasen hasta Mamilmapu y Pampas, recomendándome a aquellas naciones, las que tendrían largas noticias de su nombre y de su dama. Dijo que lo haría con sumo gusto, y con la seguridad de que tenía una hija casada con el cacique Quintep, que vive en aquellas pampas; la que tendría a vanagloria obsequiarme, respecto a llevarle noticias suyas y recomendaciones.

Con esta insinuación, valiéndome del afecto que representó en la memoria de la hija, le hice presente que de los caciques de la junta, cada uno había tomado parte en la expedición, ya dando caballos a los que no los tenían, y ya mandando sus embajadores; que ¿cómo él se había de excepcionar? ¿Qué se diría, si su nombre no sonaba en aquellas tierras! Que discurrirían que ya era muerto, o que su amistad se había acabado. Que hiciese un buen ánimo y se determinase a acompañarme, o a lo menos mandase a su hijo. ¿Qué gusto, Carrilon, le continué diciendo, no tendría tu hija de ver a su amado padre anciano, que ya quizás lo juzgará muerto? Rebozaría de gozo, y tú no podrías sujetar las lágrimas al ver en tus brazos una cosa tan tuya, que siempre la habrías tenido en tu corazón. Y cuando no vayas, si remites a tu hijo, le darás a esa pobre la satisfacción de ver a su hermano, y de recibir por boca de él noticias de su buen padre. Ea, pues, amigo, labra este mérito en los últimos años de tu vida, con el que honrarás nuevamente a tu familia, y le dejarás esa otra recomendación, para que nuestros jefes la distinguan. Da ese buen día a tu pobre hija, que su suerte la destinó a lugares tan remotos, y espera el que tendrás a nuestro regreso, que ese será sin igual, después de haber vencido un viaje tan demoroso y por terrenos desconocidos. Puso sus excusas, y también su hijo Llancamilla, famoso mocetón que traía a su lado: pero, haciéndole nuevas instancias y reconvenciones, al fin prometieron que en la noche lo pensarían, y se retiraron con víveres y vino para su alojamiento.

El 4, cerca de las doce, volvió Carrilon con su hijo y acompañamiento. Nos hizo una larga relación de sus méritos, y aseguró que del mismo modo la había hecho a su hijo, para estimularlo a que con gusto y honor se recibiese la pensión de acompañarme; pues sabía bien que, a nombre del Rey mi Señor, me mandaba el Sr. Capitán General, y Sr. Gobernador Intendente, a solicitar la paz y comunicación de los caciques del intermedio, para asegurarla también por sus tierras con los españoles de Buenos Aires; de cuya comisión debía pasar a dar cuenta al mismo Exmo. Sr. Virrey. Que la empresa la contemplaba útil para todos, y todos debían interesarse en ella, que yendo él, tendría parte en cuanto yo hiciese, pues lo solicitaba

para mi desempeño y auxilio. Que hablase por mí con todos los términos que requiere la amistad, y me favoreciese hasta rendir la vida, que lo haría en servicio de su nación y del Rey. Que cuidase de no separarse de mi lado, porque entonces pasando yo, pasaría él, y muriendo, moriría. Que no sabía decirle cuál de los dos términos sería más bien recibido en su corazón, pues no es menos honroso en un peguenche morir en manos de sus enemigos que ganar una victoria. Que por esta causa hasta en su ancianidad entró siempre a los malones; y que ya tenía bien visto su cuerpo cubierto de heridas, cuyo vestido era el que más apreciaba. Que jamás supo volver la espalda, porque no se imputase de cobarde; que estos principios no debía olvidarlos para que le sirviesen de regla, y que obedeciese siempre a la prudencia del que lo mandase, porque la intrepidez era buena cuando en ella se aseguraba una victoria dudosa.

Recibió Llancamilla con afabilidad estos preceptos; prometió acompañarme gustosamente, y también cumplir los consejos de su padre. Tuvieron entre ambos su conferencia sobre lo mismo; y pasada, tomó Carrilon en su mano la de su hijo, y me la entregó, poniéndola entre las mías. Me suplicó lo cuidase, pues era pobre, y no podría habilitarlo de todo lo necesario: dispensase sus faltas como a mozo, y lo corrigiese como padre. Que tuviese presente, en llegando a Buenos Aires, recomendarlo al Sr. Virrey con las veras de su patrocinante y mediador, para que Su Excelencia le dispensase algunas mercedes. Le prometí hacerlo así, y dándoles iguales agasajos que a los antecedentes de la junta, se despidieron hasta el día citado en Truiquincon.

El 5, a las seis de la mañana, salí del fuerte acompañado de don Justo Molina, del agrimensor, de un práctico y del dragón Pedro Baeza, con el designio de reconocer el estado del camino de Prancollan; pues se pondera su rectitud para el lugar de la Cueva, sitio preciso a que llegare.

Anduvimos por una vega arriba, con el rumbo este, cuarta al sueste, más de una legua entre el río de la Laja, dejándolo al norte, y unas sierras cubiertas de montes, y con muchos esteros que de sus riscos desaguan al río. Así que pasamos el último estero, que se llama de los Coygues, vencimos una subida pedregosa de una cuadra, en cuya cima se separa el camino que fuimos a reconocer, del que hoy se trajina, que dejamos al nordeste, cuarta al este. Continuamos por una subida parada, de piedra suelta y arena, que tiene por regulación de reloj veinte y siete cuabras, y de plano ocho en la meseta, que se presenta entre el monte ignívomo, y el de la sierra Velluda. En este punto llegamos al farallón de escoria, que se ve penetrada de piedrecillas amarillas cristalizadas. Está unida y férrea, y con puntas agudas, que ni a pie puede andarse en ella sin peligro: su anchura es hasta donde finaliza la abra y plan, que se ve entre las dos cordilleras, exceptuando muy corta distancia para descender a la otra parte donde está la Cueva. A nuestro parecer, tendrá de ancho más de media legua, y de grueso, en los sitios que habían hoyadas, diez o doce varas. Debe pues suponerse que, siendo todos los volcanes de mucha extensión en sus faldas, y que sus cimas concluyen en punta, cuanto más arriba, es mucho menos esta materia; ya por la menor extensión, ya porque son parados y deben sujetarse menos, ya por la inmediación a la boca, que vendría ardiendo, y por eso más líquida para correr. Sólo viendo tan copioso derrame, y los demás conductos por donde con la misma profusión se

explayó, se puede inferir la profundidad y circunferencia interior que tendrá el volcán en su seno; y cuál será su efervescencia subterránea, pues arrojó tantas materias fundidas, que no pueden mirarse sin admiración. Poder facilitar este tablón para pasarlo en carretas, sería muy costoso: y aunque arriba se manifiestan cortados tres o cuatro conductos por donde se descargó, los demás, muy angostos, podrían trozarse con facilidad, pero no me fue posible ir a reconocerlo, porque me lo impedía un derrame del mosto, material, que al lado izquierdo de mi situación baja hasta el mismo río de la Laja, en donde se llama la Piche Escoria. Y siendo ya muy tarde, no podía dar toda la vuelta necesaria; por cuya razón resolví hacer esta diligencia, en llegando a la Cueva con la comitiva, por donde podría vencerla con más facilidad, o al siguiente día, si se ofrecía alguna causa de mayor demora en el fuerte. Desde que pensé hacer el reconocimiento de este camino, determiné encumbrarme hasta la misma cima del monte, para reconocer la extensión de la boca y materiales inmediatos que tiene. El comandante del fuerte y otros patricios, a quienes previne que por esta causa no volvería a comer y que no me esperasen, procuraron persuadirme que no me sería posible sin perder la vida: asegurándome que con cualquiera pesa se hundía la tierra, y que llovía y tronaba muy fuerte. Que a más de esto, había tradición de dos indios que perecieron en igual arrojó, sin que se supiese el fin de ellos. Yo procuré disuadirlos de esta creencia, y en especial con haber hecho la prueba de subir y bajar; pues en tiempo, de calor se mantiene apacible el fuego, y hasta el mes de mayo que arrecian las aguas, es cuando se inflama de tal modo, que la mayor parte del obispado se dejan ver las llamaredas. Puede muy bien ser cierto que los indios hubiesen perecido en el proyecto, por haber llegado incautamente a algún conducto que el volcán tenga en sus más elevadas faldas, como que desde abajo, y más bien desde el sitio en que estuve, se descubren varias cráteras, por las que infiero serían erupciones de escoria, pues desde allí nacen donde se ven arder. La voracidad del incendio interior produce un continuado susurro ruidoso, que según el viento se percibe, y según el tiempo se acrecienta; hasta tal término, que produce el estruendo tan fuerte como de un cañonazo.

Nada pude adelantar en el proyecto, por el impedimento de la escoria y menos en la creencia de estos naturales, de que era asequible subir y bajar al volcán. Pues, habiéndose ido toda esta mañana apacible y hermosa de que estuvimos en la escoria, sopló un nortecillo que fue suficiente para traer tal concurso de nubes, que a las cuatro de la tarde ya estuvo sobre nosotros una fuerte lluvia, la que duró hasta el siguiente día, y le sucedió una nevazón que cubrió las cumbres de la sierra Velluda, y del volcán de las cordilleras del Toro, que están de la otra parte del río, y de cuyo cordón depende el potrero de Tupan y las de Malarcura, que tenemos al sur de este fuerte.

En estas gentes incultas la agua y nevazón no provino de otro principio que de haber subido al monte, ignívomo, con ánimo de registrarlo, y de aquí no fue capaz sacarlas por más persuasiones que les hice.

El 6, a las dos de la tarde, empezó a aclarar, a serenarse el tiempo, y yo a disponer mi salida para internarme a las cordilleras. Hice un cómputo

del poco terreno que ayer anduvimos, y del mucho tiempo que gastamos: así determiné que había de medirse a cuerda toda la travesía de la cordillera, a fin de no dejar dudas de la extensión de estos montes, y de sus dificultades que deben facilitarse para carreterías. Para ello hice medir un cordel de setenta y cinco varas, y comisioné a mis dos criados que lo tirasen, y al soldado Pedro Baeza, para, que vaya parándose en el extremo de cada cordelada, cuya cuenta previne al agrimensor debía él contar a mi presencia. Hice poner fuera del recinto las cargas de víveres y equipaje, y di las órdenes convenientes para que las caballerías estuviesen prontas al amanecer.

Primera parte

Jornada I

Desde el fuerte de Ballenar hasta el sitio de la Cueva

(Abril 7 de 1806)

A las dos de la mañana estuve en pie, y al poco rato toda la comitiva: se acomodó toda la parte del equipaje y rancho que estaba fuera, se avisó al potrerrillo, y cuando resplandeció el día, ya aparejada la tropa se puso en disposición de caminar, a las seis y media que estuvimos a caballo.

Tomamos el rumbo del este, cuarta al sudeste, poniendo nuevamente la aguja, y mirando el abra que hacen los montes del Volcán y sierra Velluda. El primer punto de la mensura fue en la puerta del foso, que está en el plan del castillo: caminamos catorce cuadras de senda carretera, y allí pasamos una montaña, o arboleda de caygues, robles y arrayanes, situados en sitio parejo, y regados de un estero, que, corriendo de sur a norte, se introduce a la Laja, que a nuestra izquierda, o al norte de la senda, tratamos.

A las dos cuadras, pasamos un estero de bastante agua, que se titula Malarcura, cuyo nombre trae de la cordillera que lo produce. Al sur del paso, o vado que es pedregoso, hay una poza de bastante profundidad, cuya vista es agradable por la claridad del agua; que es tan cristalina, que manifiesta hasta la más mínima piedrecilla del fondo. Corre sobre peñascos grandes y medianos, cuyos inconvenientes tiene el piso de su caja, la que orillando ha tomado la costa para arriba. Por espacio de cuatro cuadras, nos pusimos al frente de otro gancho de agua, que baja por una abra de la cordillera de Malarcura, y un risco que depende de la sierra Velluda, a confluir en este mismo punto, al que con el nombre de esta cordillera pasamos. Este arroyo hermosea el sitio, pues precipitándose por entre grandes roscas, fulmina nieblas, que penetradas de los rayos del sol, se hacen visibles los colores de un arco iris.

Continuamos la marcha, y andadas cuatro cuadras, nos hallamos en un sitio que se conoce por alojamiento de los indios. Hay muchos coygues, que lo hacen abrigado: lo riega el estero antecedente, y todos los

terrenos inmediatos abundan de preciosos pastos.

Ascendimos y descendimos un cerrillo de piedra y arena, fácil de componerlo para carros, con cuatro y media cuadras de atravieso, y siguiendo un camino llano carretero, con algunos arbustos de romerillos y rarales. Vencimos el estero de los coygues pedregoso, y una cuadra más de igual terreno, en donde se enteró legua.

Continuamos caminando por camino carretero: a las siete cuadras estuvimos en otro estero, llamado de los Lunes, porque en su ribera hay madera de lun. Tiene pasado un repechillo de media cuadra, fácil: y a las dos y media de buena senda, pasamos otro esterillo, que se nombra de los Colegues.

A poco trecho de terreno parejo, pasamos otro arroyo con el nombre del Pino; y con siete cuadras más de este sitio, llegamos al Fuerte Viejo, que se asoló el año del alzamiento último, que fue el de setenta del siglo pasado. En su inmediación se sigue otro estero, titulado Tubunleubú. Tiene caja pedregosa de una cuadra, pero plana: y a las cuatro, encontramos otra, llamado Coygueco; el que pasado, se presenta una cuestecilla pedregosa de una cuadra.

En esta altura es donde me aparté antes de ayer, para ir al reconocimiento de la escoria, hacia el sur. Todos los esteros referidos tienen su curso al norte, y confluyen a la Laja.

Proseguimos caminando por vereda pareja, y a las dos cuadras, vencimos una falda arenosa, que del seno del volcán se estrecha a la Laja, y mudamos rumbo al nordeste, cuarta al este.

Por él seguimos un repecho ríscoso y bajada del mismo piso, imposible de poderlo vencer en carretón, sin compostura. Tiene de atravieso tres cuadras hasta su plan, que es el que hace el referido cerro del Volcán a la Laja, y por el que seguimos la ruta, pasando el esterillo del Pempeco. Trascendimos otros dos esteros, y una mancha de escoria que se conoce por la Pichi. Tiene de atravieso cuadra y media; es menuda y de fácil compostura, y en este sitio se enteró legua.

Continuamos el camino, en parte de escoria menuda, y en parte de piedra redonda, tres cuadras hasta llegar a un repechillo muy corto: seguimos por llano dos más, y pasamos otra cuestecilla de piedra y arena, de una cuadra. Llegamos al plan de Chacay, que es alojamiento de indios; ameno, fértil, con buenas leñas para fuegos, manzanos, y regado de seis arroyos que nacen de Pongales, al pie del monte del Volcán.

Pasado este lugar, continuamos por escoria doce cuadras de senda, siempre por plan; y de este punto comenzamos a subir un fácil repecho, casi insensible, de la misma escoria, en el que podrían rodar carros sino fuera por ella: y estando al borde de una profunda laguna o poza de piedra, que ha hecho un salto de la Laja, se completó otra legua.

Proseguimos por escoria, y subiendo hasta tres y media cuadras más, entramos a un prado de arena, frente a un árbol de coygue, que sólo está pendiente de un cerrillo de la cordillera del Toro, que está de la otra banda del río la Laja; desde cuyo sitio, con cinco y media cuadras, pasamos el terreno de arena, subiendo una corta cuestilla, y llegamos a la abra que hay entre el cerro del Volcán, y la cordillera dicha del Toro, que fue el objeto de nuestro rumbo.

En este sitio hay una hermosa laguna que no tiene distintivo, sino sólo

por la de un nacimiento del río la Laja. De ella dimana, pues, este río caudaloso; es en su nacimiento un estero corto por sobre toscas, pero bien se conoce, que por debajo de las lajas filtra mucha agua, pues como cosa de seis caudras antes de llegar a su nacimiento del río, tiene mucha más aguas, y más abajo, mucha más, sin que tenga en todo este espacio otra confluencia.

Por la orilla de esta laguna, y extremos del monte ignívomo, tuvimos aquí noticia que debíamos caminar hasta el lugar de la Cueva, debiendo formar un medio círculo forzosamente. Por esta razón no moralizamos los rumbos, que de nada servían por la necesidad de la senda.

Y continuando, repetimos en otra mancha de escoria, sobre terreno de ocho y media cuadras de travesía.

Ya la senda se siguió de arena, sin más inconveniente que algunos peñones, que por espacio de diez cuadras separadas, y en distancia de una cuadra y más, impiden el paso de carretas.

Vencimos estas dificultades, y por camino siempre de arena apretada a la ribera de la laguna, llegamos al sitio de la Cueva, con seis leguas, treinta y tres cuadras, a las cuatro y tres cuartos de la tarde.

En este sitio alojamos por esperar el equipaje, que llegó a las ocho de la noche. Desde las dos y media de la tarde se levantó un viento que nos batía de cara; pero tan frío que no tiene lugar la ponderación: pues veníamos sin poder tomar las riendas de la caballería, y en igual conformidad llegaron los arrieros. Duró el viento hasta las tres de la mañana, que el tiempo empezó a descomponerse, y nos cayó una llovizna tupida en el resto de la noche, que sería de una hora.

Queriendo vencer el reconocimiento de la escoria y del volcán, paré en este lugar: pero fue en vano, pues duró la nieve de la noche del cinco de tal modo, que en las hoyadas impedía el paso.

El nombre de Cueva tiene este lugar de una aleta de piedra que pende de un cerro; suelen en ella abrigarse los viajeros; y confieso que no me guarecería en ella, por más incomodidades que me proporcionase el tiempo, pues es de tosca toda trizada, por cuyas canales destila agua de continuo, que su piso está empapado y amenazando venirse abajo. A la redondez de esta punta de cerro, que está al poniente del remate de la laguna, y pende de las cordilleras que nacen de la misma Velluda, hay una hermosa vega de mallines, bañada de cuatro arroyos: los tres del sur de la Cueva, y el otro al norte; todos corren para el oriente a introducirse a la misma laguna. A ella misma confluyen otras tantas, cuantas quebradas tiene la cordillera del Toro, que venimos, y estamos mirando su cordón de la otra parte.

Todas estas cordilleras son de peñascales amarillentos, y entre rosadas; a excepción del volcán, que todo es arena negra escoriosa. No tiene pasto, sino en sus planes algunas matas de coirón grueso. Leña tienen algunas de leyngas, de otros arbustos, y pudieran servir para fábricas medianas las primeras, porque hay algunas gruesas.

Hasta este lugar han llegado los guilliches a maloquear a los peguenches; y en cierta ocasión, que estos traían para sus tierras españoles de auxilio, la aprovecharon, y pillándolos dormidos, mataron a varios de ellos. De que daré mejor razón.

Las primeras nevadas que caen no llegan a los bajos ni vegas: la que he

citado cubrió todas las cimas, y ni por el camino, ni aquí he encontrado la menor parte de nieve.

Jornada II

Desde la Cueva hasta pasada la cordillera de Pichachen

(Abril 9 de 1806)

Salimos de este lugar a las seis de la mañana, y tomando el rumbo con que partimos del fuerte, atravesamos la vega, y dos esteros formados de los cuatro ayer dichos; y subiendo una subida fácil de tierra arenisca, se completaron desde el punto, en que quedó la cuerda antes de ayer, tres cuadras, con las que contamos siete leguas.

En este cerrillo, que hace frente a la laguna, hay bellas proporciones para formar un castillo, pues tiene elevación. Casi en su altura una hermosa vertiente de agua, leña y maderas de leyngas inmediatas. También hay un crucero de dos caminos, el uno que pasa por la Villocura, y el otro para Trapatrapa, muy cerca: los que favorecerían.

En este sito se puso la aguja, y atendiendo a los objetos de la ruta y sus huellas, continuamos con el mismo; y siguiendo por piso parejo carretero, a las seis cuadras, que es donde cruzan los dichos caminos, estuvimos en una vega, que se nombra Pichonquin.

Con catorce cuadras más de igual piso, descendimos por una fácil bajada, de media cuadra, a otro esterillo, nacido de un famoso valle del lado del poniente, llamado Paylale-Chimallen, y completamos legua; llegando a otro, que nace de las mismas faldas, en unas montañas de leyngas, y corre al oriente. Es de advertir, que vinimos caminando por entre el cordón de la cordillera del Toro y de la sierra Velluda, y que de sur a norte viene en este cajón un río que se nombra de los Pinos, y confluye a la laguna; y a él todos los esteros que hemos pasado, desde que mudamos de rumbo, y también otros que se divisan descolgarse de las cordilleras de su otra parte.

Proseguimos caminando, y a las cinco cuadras, pasamos otro arroyo, que a distancia de una cuadra del camino, tiene un precioso salto, y sigue el curso de los antecedentes; y a las once más, mudamos rumbo al nordeste, cuarta al este. En este lugar hay un crucero de caminos, el uno para los Pinales, y el otro para Unorquin, y otro para Pichachen, que es el que continuamos.

Desde este sitio, con catorce cuadras, pasamos el río de los Pinos, y poniendo la aguja para demarcar su curso, lo notamos al nor-nordeste, y habiendo cortado el cajón de su carrera, y entrado a otro de atraveso para el este, a las veinte y dos cuadras, llegamos al estero de Cayague, que corre de sur a norte, hasta el plan de esta abra, y de ahí toma al este, a incorporarse con el río Antinion. En este lugar contamos legua.

A las cuatro cuadras, estando al frente del sur de una cordillera de

montes de leyngas, mudamos rumbo al nor-nordeste, poniendo por objeto de él una abra de la cordillera de Pichachen, por donde debíamos pasar. En este atraveso pasamos dos esterillos del propio curso del de Cayague, y subiendo un corto repeche de arena, y tendido, y estando en una mancha de arbustos de sierras, se enteró otra legua. En este punto nos abrigamos tras de los arbustos por un rato, pues corría un viento parecido al del 7, en los planes del Volcán. Prosiguiendo la marcha por dos cuadras de igual camino carretero, y pasado otro esterillo de igual curso, empezamos a subir el cerro de Pichachen, cuyo piso de arena gruesa, pero no suelta, es de muy fácil explanación para carreteros, así por lo tendido de sus lomas, como por lo blanco del piso. En lo que comprende la subida, se pasan dos arroyos que confluyen, del mismo modo que los anteriores, al de los Pinos; y estando en la abra a que nos dirigimos, contamos de repecho veinte y seis y media cuadras. Aquí se puso la aguja para demarcar lo que nos hemos separado de la línea del Volcán a Buenos Aires, y queda del este a oeste. Seguimos la derrota del nor-nordeste, y a mitad de la bajada, cerca de un mallen, da que nace un arroyo para el oriente, se completó legua. Proseguimos bajando, y a las diez y media cuadras estuvimos en el plan del cerro, y pasamos un estero que corre de poniente a oriente, y a su inmediación, otro que viene de una famosa vega del norte; y juntándose con el antecedente, toman su curso por un cajón de cordillera al este. Tomamos alojamiento de esta parte del estero, en una punta de loma que en su misma cima tiene montes de leyngas, agua muy buena y mallines, sitio muy a propósito para un castillo. Todas las vertientes de esta cordillera corren de esta parte, y para el oriente: en todos estos bajos hay abundancia de mallines, arbustos, y en las faldas de los cerros, muchos montes de las expresadas leyngas, y mucho coroyon. Los dos esteros, que juntos he dicho toman su curso al este, se titulan en un cuerpo, Reynguileubú.

Jornada III

Desde Pichachen hasta Mancol

(Abril 10 de 1806)

A las siete de la mañana se puso en marcha la caravana, y continuando la mensura desde la orilla del estera que baja del cerro de Pichachen, punto en que quedó ayer siguiendo el rumbo y curso del estero de Reynguileubu a su orilla del sur, caminando por buen camino, y mirando en las quebradas de una y otra parte de las cordilleras, montes de leyngas, se enteró legua en un pedregalillo por que pasamos.

Proseguimos caminando, y midiendo por igual calidad de terreno, fácil de compostura para carretas; pasamos varios esterillos que nacen de las cordilleras que traemos al sur, y corriendo al norte se introducen en el bajo al de Reynguileubu, y vencida una corta bajada para entrar a un plano hermoso que se titula Chapaleo, el que tiene extensión hacia el norte, y

es bañado de dos esteras grandes, se completó otra legua.

Seguimos midiendo siempre a la orilla que veníamos de Reynguileubu, y a las ocho cuadras, que es el lugar donde se incorporan los dos esteros de Chapaleo a Reynguileubu, pusimos la aguja para notar el rumbo del camino que era el del nordeste, cuarta al este, y lo continuamos por igual terreno hasta el lugar del Mancol, en el que pasamos el río con treinta y siete varas de anchura, y tres cuartas de profundidad; habiendo medido siete y media cuadras por el último rumbo.

Tomamos nuestro alojamiento al pie de una punta de cerro riscoso, la que disfruta del nombre Mancol. Eran las nueve y 55 minutos de la mañana cuando llegamos; pero hacía un calor, que no pude sufrir el vestido. A distancia de una cuadra, de donde pusimos los toldos, salen dos arroyos abundantes, que brotan de la tierra por entre piedras; la agua es tibia, y de gusto azufrado. De ella se forma una lagunilla que desagua al río. Toda la ribera de esta laguna es salitrosa; y entre ella, punta de cerro y río, tenemos nuestra estancia. De este punto, para el nordeste y este, hay una famosa vega de mallinar, cada una con su arroyo, que corriendo de oriente a poniente, confluyen al mismo río.

Al poco rato que estábamos alojados, llegaron a este sitio dos peguenches de la reducción del cacique Manquel, con una tropilla de caballos muy gordos, que bajaron por una loma que demora al nordeste, entre esta punta de cerro, y otro que se llama Mauli-Maulla, que miramos al este. Salí al encuentro de los indios, y procurando comprarles caballos me dijo el uno, que se llamaba Neculman: que no podía vender, porque los tenía en engorde para ir conmigo a Mamelmapú. Lo celebré, y le hice entender lo bien que hacía en tratar amistosamente aquellas tribus, pues tenían muchas haciendas, y entablando comercio con ellas, se harían presto ricos, porque sus mantas, lanas, y otras obras de las que aquí hacen sus mujeres, allí valen tres o cuatro tantos más. Hablamos un gran espacio sobre mi expedición, y se retiró muy gustoso con unos bizcochos que le di.

Poco después llegó a nuestra estancia el indio Payllacura que nos ha de acompañar en el viaje, hermano del cacique Calbuqueu. Este vino de Antuco, que todavía andaba por allá con muchos de los que salieron a la junta.

Llegó con la cara moreteada, y herida cerca de un ojo, de resultas de una pelea que sobre embriagado tuvo con sus compañeros. Me le manifesté condolido de su trabajo, y le instó a que se alojase; y lo hizo de muy buena voluntad, como que venía con este deseo.

Cerca de las oraciones pasa el hijo de Laylo para sus toldos, ya de regreso del fuerte; y al poco rato estuvo Laylo conmigo a pedirme qué cenar, comunicándome que estaba alojado con su mujer cerca. Procuré que viniese con su familia que los obsequiaría, pero disculpándose con tener sus cargas que traía ya descargadas, le hice dar pan y charque, y se retiró.

A las oraciones llegó a mi tienda un español, Matías Acevedo, con mensaje del cacique Treca: el que se reducía, a que acaba de llegar de sus tierras y había sabido que el peguenche Curaleu había andado en tierras de guilliches y llamistas, en que se trataba de que Llanquitar saliese con gente a atajar, o acabar con mi expedición. Cuya noticia confirmaba una india, que fugitiva se vino de lo de Guerahueque a Cudileubu, la que era parienta del gobernador Manquel; asegurando que dicho Guerahueque había

montado a caballo con toda su gente para asistir a la junta que debía celebrarse antes de la partida de Llanquítur. Laylo, que se volvió con Acevedo, presenció el recado, y hablando con él sobre el particular, se admiró de tales providencias, y virtió las expresiones de que me acompañara él, si supiera eran ciertas estas disposiciones, aunque sus caballos estaban malos. Le ofrecí de los míos, para que escogiese cómo se determinase a verificar su promesa, y contestó, que sin saber lo cierto no podía moverse.

Previne a mi gente que vigi[1]asen a Manquel, y a los demás caciques que quedaban en Antuco, con el objeto de hablar con ellos sobre este antecedente, y que me llamasen a Curaleu para indagar su origen.

Retorné a Treca mis agradecimientos por su fidelidad, y se devolvió Acevedo y Laylo para su alojamiento.

A las ocho de la mañana se levantó un viento sur tan fuerte, que nos desclavaba las cargas, y el calor del día se convirtió en un frío, semejante al que pasamos antes de llegar a la Cueva.

El 11 bien temprano tomé la escopeta, y con un criado y el dragón Baeza monté a caballo; me siguieron don Justo Molina y el capitán Jara: estuve un rato en el alojamiento de Laylo, que con sus dos mujeres y una sobrina tenían entre sus piernas un fuegucillo. Les di tabaco para que mitigasen el frío, obsequio que les agrada, y es lo primero que piden. Luego seguí las corrientes del río en busca de patos: acerté un tiro, me pasé a la otra banda con los que me acompañaban por buen vado, con el objeto de ir a una laguna que me decían había allí inmediato; y caminamos al oriente hasta llegar a una vega de mallines que tiene dos lagunillas chicas con algunas totoras en la ribera, e insondables, según convienen los prácticos. Continuamos la marcha como cosa de una cuadra más adelante, y en la falda de un cerrillo, al oriente, encontramos una cueva parecida a los hornos que Molina describe en su historia de este reino; aunque mucho mayor, y en piedra maciza. Tenía la puerta cerrada, y descubriéndola, me tendí para ver lo que tenían dentro los indios, y sólo había unas estacas de maderas partidas, las que cargan para armar sus toldos.

Allí cerca de esta cueva está la laguna que buscaba. Tendría dos cuadras de longitud, y una de amplitud, formada en medio de varios cerrillos sin desagüe, y por eso muy profunda. No había en ella patos ni otras aves, y nos regresamos.

Cuando llegué a mi estancia, me avisó el dragón estaba un español en el alojamiento de Molina, hablando de las noticias anteriores de los guilliches, y le hice llamar. Vino al instante, y preguntándole quién era y de dónde venía, me contestó que se llamaba Vicente Sáez, viviente en el cerro de los Guanacos, y que venía de la Salinas Grandes de los peguenches.

Le repetí diciendo, que me hiciese una relación prolija de las noticias que sabía acerca de las determinaciones de los guilliches, para impedirme el paso, y el origen de ellas para poderme gobernar. Me contestó, que él había ido a dichas Salinas con el peguenche Llanquítur, y éste le había contado, que el cacique Manquelipi le aseguró que Molina tenía la culpa de que fuesen españoles a Buenos Aires, reconociendo sus tierras; y que si habían salido de su casa, no volverían a ella. Y que Llanquítur,

llamista, esperaba mi expedición en Mueco, lugar del otro lado de Chadileubú, escaso de agua, para asaltarla allí.

Que también le dijo, que el mismo Manquelipi mandaba correos a los guilliches, avisando de las providencias que se daban, y del tiempo en que debía caminar mi comitiva, y que cuando salió a la junta dejó prevenido el Cocavi para los mensajes.

Que él, para saber mejor las ideas de estos indios le dijo a Lllancanquin, que con el caballero que marchaba a Buenos Aires iba un cuñado suyo, que ya estaba alquilado: y le contestó el indio, que si quería morir que fuese, y de no que se hiciese enfermo. Y me añadió, que varios peguenches decían, que el cacique Manquel estaba muy amigo de los españoles, y que al cabo le cortaron la cabeza.

Le hice varias reconvenciones para indagar mejor la verdad, especialmente sobre la fidelidad del cacique Manquelipi, quien estaba comprometido en acompañarme, y que antes siempre dio pruebas de su buena amistad. Que yo había de hacer llamar a Lllancanquin, para mejor averiguar la verdad, y a todos los demás autores de esta novedad, y me contestó, que lo que él había referido era en los mismos términos que lo que había oído al citado indio. Le pregunté que para dónde iba y me dijo, que para los Ángeles, con cinco cargas de sal que había venido a sacar; y lo despedí que siguiese su camino.

Recomendé de nuevo a las vigías me avisasen de cuando pasase Manquel, pues juzgaba conveniente hablar yo con él, antes que los suyos, de quienes me recelaba pudiesen haber ideado estas novedades, a fin de que no me permitiese pasar, y se me negasen los auxilios de peguenches.

El viento no cesaba, pero por no perder la ocasión de la estada de Payllacura enfermo, que estaba recibiendo favor, y también que de una en otra hora llegaría su hermano Calbuqueu que se lo llevaría, lo hice llamar para tomar noticia de los pampas en donde se crió, y de los patagones por donde pudiera haber andado. Estuvo muy pronto en mi tienda, y recibéndolo con todo el cariño necesario, le hice de nuevo presente cuánto sentía su enfermedad, pero mientras lograrse el gusto de tenerlo, experimentaría siempre una caridad fraternal, pues le tenía, como a hermano, cierta lástima. Me contestó, dándome los agradecimientos, y ponderándome que, por conocerme la lástima que le aseguraba, y un cariño más grande que el que merecía a los suyos, me vino a buscar.

Le aseguré que estaba deseoso de saber por los lugares que había andado, pues nada me había contado de su vida, que era lo primero que hacían los hombres cuando contraían nueva amistad. Me respondió, que era hermano del cacique Calbuqueu, y cuando era niño vivía Calbuqueu en tierras de los guilliches, y por ciertas quejas que estos tomaron de él, se vino su hermana con sus toldos a estas tierras, como que era descendiente de estos peguenches, y a él lo dejó con un indio llamado Rancubil, el que se fue para las Pampas, teniendo los matones de los dichos guilliches, y se lo llevó. Que éste fue a vivir un día distante de la Guardia de Luján, a un lugar llamado Cachacama, a orillas de un río que se titula Yobarranca, que nace de un cerro conocido por Leubumaquida. Que muerto el indio su protector, se acogió a lo del cacique Cachimilla.

Le supliqué me dijese todos los guilmenes, o cabezas de aquellas

reducciones, para tener noticias de ellos antes de conocerlos, pues al cabo había de tratarlos para que hiciesen todos una paz general, y poder comunicarnos francamente, que era el deseo de mis superiores y nuestro Rey: que les tenía mucha compasión de verlos separados de nuestro trato, careciendo de comodidades que los españoles les proporcionarían.

Me contestó, que él conoció a los caciques Cachimilla, que ha dicho, Payllaquan, Qudulel, Carrichipay, Guitralas, Cayoan, e Ingayleubú, que entre todos ellos gobernarán doscientos mocetones. Que su jurisdicción, o el que goce de sus tierras, llega hasta el río Chadileubú; pero viene por las Salinas, quedando al norte, libre la del Cacique Carripilun, y de otros muchos de su reducción.

Le pregunté, que también habría estado en la costa patagónica, pues ya le conocía que era amigo de correr mundo, y adquirir conocimientos. Me contestó, que en tres ocasiones fue a aquella costa, y también en un establecimiento de los españoles. Que en la costa hay pocos indios, porque con los malones se han acabado.

Les pregunté por los gobernadores, cómo se llamaban, quiénes los maloqueaban, con quiénes tenían amistad, de que se mantenían, si tenían haciendas o siembras, qué trajes gastaban, qué armas, y qué clase de tierras poseían.

Me respondió que sólo conoció al gobernador Nappayanté, y que a éste le mató en un malón Linconau, pampista de la reducción de Quinchipí. Que también los maloquean los nomentuchus del sur, que son los que los consumen, y que estos también habitan en la costa. Que estos tienen parcialidad con Canigcolo, a quien acompañan para maloquear a los guilliches y llamistas, que se mantienen todos los costinos de llaras, guanacos, choygues, y de otros animales selváticos, porque no tenían vacas, ni otros animales comestibles domésticos: que siembras de ninguna clase usan, y los trajes que gastan son lloycas, esto es, unos ponchos de pieles de guanacos, que los trabajan con costuras prolijas y muy limpias; teniendo la experiencia que desde que sacan el cuero, lo secan en las manos, sobándolo; de cuyo modo no sólo queda suave, sino también de consistencia y blanco. Que sus armas eran de machetes o cuchillos, laques y flechas, y en el uso de estas últimas eran tan famosos que no les iba animal que pillasen a tiro de laques, ni volátil al del arco. Que así como salen los guilliches y peguenches a caballo a guanaquear y choyguear, salen aquellos a pie en pandillas, sin otra cubierta que las lloycas; que ejercitados en esta caza corren mucho, y hacen encierros de estos animales, con mejor arte y más prontitud que estos de a caballo.

Que cuando andan en estas cazas botan las lloycas, y quedan en cueros; así como andan de continuo sus mujeres, sin más abrigo ni decencia que una tira de pellejo de guanaco a la cintura, a modo de braguero. Que cuando hacen caza de multitud de choygues y guanacos, charquean, salan y secan las carnes, para lograr su duración. Que son de mayor corpulencia que ellos, y que todos los demás indios que conoció. Que sus habitaciones son de toldos, de la misma clase o hechura que los de los guilliches; pero no de pieles de caballo como estos usan, sino de guanacos que son los únicos que logran. Que para guinantucarse, o mudarse de un lugar a otro, tienen algunos, uno u otro caballo de carga en que cargan sus casas, pero no para andar en ellos, porque ni lo acostumbran, ni tienen avíos. Que sus camas

son de lloycas arriba y abajo, y nada más. Que sus tierras son buenas, en las que él anduvo, y tienen leñas bastantes para fuegos, y aguas; y que el río más grande que conoció fue el de Limaylembu, o Nusquen, según otros lo llaman, porque siendo formado de uno y otro río, unos no te quitan el nombre de Nusquen hasta su embocadura a la mar, y otros el de Limaylembu. Que en sus malones son bravísimos, y no se dan hasta morir o vencer, y que Canigcolo tiene tanto ejército, por los muchos patagones que saca a la retaguardía, que vienen a pie con flechas.

Aunque le hice otras muchas preguntas, no me dio otra razón que la expresada. Obsequié a Payllacura muy bien, y se retiró contento a acostarse, pues había ya bien comido, y era más de la una.

Al poco rato recibí un mensaje de Manquel con un mocetón, nombrado Labado; diciéndome, que ya venía, que sólo tardaría lo que él ocupase de tiempo en pasar a sacar unos caballos de un potrero inmediato a mi hacienda: que suspendiese marchar en caso de haberlo determinado. Le contesté que lo esperaba, supuesto se hallaba tan cerca, y que celebraba viniese sin novedad.

A las cuatro de la tarde, llegó a mi Toledo, con el teniente Felipe Mellado, y después de habernos abrazado y celebrado vernos, le hice dar unos bizcochos, tabaco y mate; y así como lo vi complacido, le hice relación de mis incomodidades por el viento que había experimentado en este alojamiento. También le di las gracias de que varios de sus peguenches me habían hecho sus ofertas de lo que necesitase. Que esta era acción de amigo, y prueba de humanidad y hospitalidad; pues no pudiendo cargar los viajeros todo lo preciso, necesitaban muchas veces de auxilios, que no era razón negárseles; y más, siendo los habitantes de los caminos, amigos. Que tenía muchos deseos de llegar a sus toldos y a los de sus vasallos, para conocer, tratar amistosamente y obsequiar a sus parientes y demás personas. Que ya había notado en sus tierras muchos campos sin habitantes, que los suponía viviesen juntos, para no carecer de las ventajas que son consiguientes a la sociedad y unión de las personas, así como nosotros lo usábamos, formando ciudades y otros pueblos menores, según las multitudes de gentes que podían avecindarse. Y contestándome a todo con bastante artificio, le pregunté: ¿Que si toda su parentela vivía en estas tierras con él? Y me contestó, que para inteligenciarme mejor de su casa me hacía saber, que por parte de padre era guilliche, pues sus antepasados por esta línea, todos nacieron en los pinales de Cunquitra, de cuyo lugar vino su padre a calarse a estas tierras, que las baña el presente río de Reynguileubu. Que ya casado, se quedó aquí, y nació él peguenche, cuando por el orden natural debía haber sido guilliche, pues las tierras llaman a los varones, y no a las mujeres. Que cada día se alegra más de aquella determinación, de haberse establecido aquí su padre, pues por ella ha disfrutado del trato y amistad con los españoles, a quienes ama. Que las propiedades de aquellas tierras no las ha enajenado, y serán suyas, y de sus descendientes siempre. Que sus parientes, por la madre, todos los tiene aquí los que le quedan.

Le repliqué, que he oído que Cayuquen, guilliche, está casado con una sobrina suya en Gueyeltue. Me respondió que es cierto, que el cacique Millanen y Cayuquen están casados con sobrinas de él; que la de Millanen

fue viuda de su famoso capitanejo el Tricao, y la de Cayuquen, que a ambas las cautivaron en un malón; fue muy tierna: cuyo malón fue en esta forma. Que siendo su capitanejo Tricao, hombre guerrero y afortunado, se comprometió con el cacique Calbuqueu para ir a maloquear a los guilliches, y lo verificaron con tanto ardid que los pillaron desprevenidos, los vencieron, y lograron traérseles muchas haciendas. Pero enconados los guilliches, tomaron el partido de seguirlos por los rastros de su regreso, y a los tres días que estaba Tricao en sus toldos, descuidado, dormido y sin gente, le entraron aquellos enemigos agraviados y revestidos de furor, que, no sólo saqueaban los toldos, sino que también mataron al Tricao, sin haberlo dejado ni aún tomar la lanza: rescataron la multitud de cautivas que habían traído, y se llevaron otras muchas, entre ellas la viuda, y la otra de que se trata. Que cerca de este sitio en que estoy, sucedió esta desgracia, de la que no puede abordarse sin renovar sus sentimientos. Le pregunté, que si desde entonces no ha visto a sus sobrinas; y me contestó que este verano vio a la casada con Cayuquen, cuando fue con don Justo Molina a lo del cacique Guerahueque a tratar de esta expedición de parte del señor Gobernador Intendente, a fin de que por parte de los guilliches no se siguiese atajo: que allí cerca vivía Cayuquen, y desde que ella supo que allí estaba, vino a verla al alojamiento. Que el gusto que tuvieron fue imponderable, y no dejó de aconsejarla, (cuando estuvieron más solos) que así como viese a los guilliches alzados procurase huirse, y venirse para lo de él; de cuyo hecho lograría regresar a sus tierras, a vivir entre los suyos, y a prevenirles que no estuviesen descuidados. Que se acordase de la sangre peguencha que corría por sus venas y tendría espíritu para vencer esta ocasión que le recomendaba. Le hice ver el riesgo en que la dejó comprometida; y le procuré descubrir si tendría gusto de verla: y me dijo que sí. Hablándole de nuevo: Yo soy ahora, amigo, le dije, el que te doy la nueva y buena noticia que tu sobrina la verás presto, esto es, si no mienten tus vasallos; porque se halla en el toldo de Curaleu, según me mandó avisar ayer Treca, y otros que lo han confirmado. No te asustes por su venida, que aquí me tenéis: se asegura que el mismo Curaleu anduvo en los guilliches y ha traído varias novedades, y que ella se huyó por haber montado Guerahueque a caballo con toda su gente, y Llanquitar, haber salido para las Pampas, y como estos dejaron a sus mujeres solas, se valió tu sobrina de la oportunidad de veniros a cumplir el consejo que le dejaste. Es guapa peguencha, Manquel, y no puede negársele es de vuestra casa. Ahora yo te deseaba como necesario para tomar las providencias convenientes al cumplimiento de mi comisión, y no dudo de tu amistad y franqueza me la franquees: porque todas serán para tu mayor seguridad también.

Me es forzoso hablar con tu sobrina, y oír sus razones, no menos las de Curaleu, y algunas de Llancaquir que comunicó a Vicente Sáez, sobre las disposiciones de esos Guilliches tan temidos, y para esto necesito de tu autoridad, esto es, que los hagáis venir a mi presencia para tomarles sus declaraciones, y examinarlos de un modo que conozcamos la verdad descubierta. De ésta inferiremos si la salida de Llanquitar ha sido para las Pampas, y con el objeto de maloquearme, y las resultas que puedan

sobrevenir a vosotros de la fuga de esta muchacha, que pueden culparte de ella, supuesto la viste y hablaste, como poco ha me has dicho, e irritándose su marido y parientes, veniros a robar. Tomadas sus razones, veremos los partidos de seguridad que nos convengan: pero, para que nunca me culpen de no haber oído bien, de poca inteligencia o de mala disposición, quiero y deseo que las razones de estas personas se tomen en junta de todos los caciques cabezas, con quienes me entenderé después de recibidas, para disponer con mejor acuerdo y madurez. Me respondió que pensaba muy bien, y que él tenía mucho consuelo de tenerme en sus tierras en un tiempo tan crítico, como el que se le prevenía: que Calbuqueu estaba para llegar, y en el momento me lo traería para que comunicase con él también mis proyectos; pero que sería de su mayor gusto dejase el sitio en que me veía, que era muy incómodo por el mucho viento. Que me fuese luego para el lugar de Rime Mallín, más cerca de su toldo, en donde me podría tratar con más frecuencia, y de consiguiente acordar sobre los demás puntos antecedentes. Le prometí hacerlo así, y se retiró a su alojamiento de noche.

A poco rato se me avisó que el indio Llancanquir estaba cerca, alhajado de viaje, con comercio para nuestra frontera; y en el instante hice que el capitán Leandro Jara fuese a decirle que lo deseaba conocer, y necesitaba hablarle algunas razones antes de que continuase su viaje; y que así le había de merecer el favor de que me viniese a visitar.

Al siguiente día, 12 del citado, estuvo Llancanquir en mi toldo, y después de las ceremonias de política le pregunté, que si había andado con Vicente Sáez en las Salinas. Me contestó que no, pero que uno de sus mocetones fue con él.

Le traté sobre que si sabía de mi viaje, y qué le había contado de las resultas que podría tener en él a Sáez. Dijo que nada ha sabido, ni ha oído de mi expedición otra cosa, que el estar ya en marcha, esperando a sus caciques que deben acompañarme, y que a Sáez, ni a otro español le ha conversado de la materia, porque no se ha ofrecido.

Le reconvine sobre que me dijese la verdad, refiriéndole todas las expresiones de Sáez, las que me era de importancia averiguar, hasta saber su origen, para tomar mis providencias y dar cuenta de mis jefes; y no menos convenía a los peguenches saber la verdad, así para preparar la defensa, como para perseguir a los guilliches que faltaban a los tratados de paz que tenían entablados; y que esperaba, si era fiel a su nación, no me ocultase palabra, de las que había oído, ni concepto que hubiese formado acerca de la infidelidad de algunos, por prevenciones que hubiese visto. Éste contestó: Que Sáez era un embustero, que jamás, como ha dicho, le ha tratado sobre el particular, ni le ha nombrado al cacique Manquelipi, que es fiel amigo de los españoles, y de los mejores conas peguenches, para asunto tan criminoso como el que le ha fulminado. Que sólo en el verano, antes de haber ido el Gobernador Manquel a lo de Guerahueque, oyó que los guilliches no querían que pasasen españoles para Buenos Aires: pero, así como fue, no ha vuelto a oír expresión alguna, ni aun entonces habló con Sáez del asunto.

Le insté conque no podía negar lo que dijo a Sáez; contándole éste que un cuñado suyo iba conmigo, le aconsejó que no lo hiciese, pues perecería ciertamente en el viaje, y que se hiciese enfermo. Se rió, diciendo: Que

mejor era callar, porque no sabía como pudiese un hombre mentir tanto, que Sáez merecía ser castigado, y que me suplicaba le creyese a él, que era hombre de conocimiento, y que ya podría él ver a Sáez. Adelantó que Caraleu había andado entre los guilliches en conchabo; que a éste podía creérsele; y si había oído alguna novedad, la contaría sin faltar un ápice de lo que fuese cierto. Le pregunté: que ¿si no había hablado con él, y con una sobrina de Manquel, que se vino de los guilliches y se halla en los toldos del mismo Caraleu? Me contestó: Que no ha hablado con ninguna de estas personas, pero sabe que la fugitiva no es la sobrina de Manquel, como aseguraban, sino otra chinilla. Le manifesté que ya estaba muy satisfecho de su ingenuidad, y habiéndole dado un buen almuerzo, tabaco y un pañuelo, se retiró.

Jornada IV Desde Mancol a Rime Mallin

(Abril 12 de 1806)

Desde el momento que se retiró Llancanquir, hice alistar la caravana, y aprontando las caballerías, dejamos este sitio en que nos mortificó el viento sin cesar, sino por muy cortos ratos.

La cuerda siguió por una vega abajo, continuando el rumbo del cajón. Pasé yo al alejamiento de Manquel a comunicarle que ya me encaminaba al lugar de su prevención. Le hice conversación de la declaración de Llancanquir, y se alegró en extremo, persuadiéndolo también a que todas serían novedades, y a que esperaba tener franco pasaje.

Le dije, que siempre era preciso que hablásemos con Curaleu, y esto había de ser en junta, como se lo tenía suplicado, y así le dejaba al capitán para que esperase a Calbuqueu y a Manquelipi, y con ellos se fuese a mi toldo. Quedó en esto, y yo continué mi marcha: y pasando otra vez el río de Reyngnileubu, y con un corto repechillo, fácil de allanar, seguimos la mensura por entre lomas de pastos coirón tendidas. Lo más del camino carretero, el resto de fácil explanadura. Pasamos por cerca de la cueva de piedra, inmediata a la laguna ya citada; y al frente de una cordillera, con vetas de piedras coloradas, se enteró legua. Andando siempre por igual camino, llegamos con diez y seis cuadras, hasta un lugar donde la senda se estrecha al río. Desde este sitio enderezamos al alojamiento, que nos fue preciso repetir la pasada del río; y andando después como cosa de seis cuadras por una vega arriba, entre dos lomas a la orilla de un arroyo que baja de la altura que teníamos al norte, por sobre piedras e yerbas de apio, tomamos alojamiento. El lugar se titula Rime Mallin: la agua es muy buena, en el plan mucho pasto, y en los cerros copiosos coironales y arbustos para fuego; tierras muy buenas para haciendas, y todos los bajos de regadíos para chacras en la estación del verano.

A las doce y diez minutos, que estaba haciendo componer las cargas, tuve en mi nueva posada a los tres caciques, Manquel, Calbuqueu y Manquelipi; y habiendo tenido una larga conversación con ellos, por su demora y bebida que entre los españoles tuvieron, cada uno me contó lo que se beberían de vino, y que al último compraron tres cargas, y se las bebieron en los coygues, antes de llegar al Chacay. Nos reímos bien, y contentos sus ánimos, entró a decirles: Amigos, desde el tercer alojamiento que tuve en estos montes, me empezaron a correr tus compatriotas tantas novedades, amenazas y mentiras, que aunque no perturbaron mi ánimo, ni me hicieron variar de proyecto, ni conocer el temor a los guilliches, con quienes me asustaban, con todo, no dejé de haberme enardecido contra ellos; porque faltaban a los tratados del parlamento, celebrado en Negrete, sobre la libertad de comercio. Esta franqueza no puede haber, sin permitirse los tránsitos de una a otra parte; y a más de este comprometimiento, en que entonces quedaron, el que por diciembre tuvo Guerahueque con Manquel en sus toldos. No sólo, pues, me injuriarían a mí en caso de sujetarme, sino al Rey mi Señor, en cuyo servicio voy empleado; y a vosotros mismos, por cuyas tierras paso, y quienes me auxilian. Contra vosotros era el golpe, su infidelidad, traición inmediatamente; mucho siento el decirlo, pero el caso requiere hable con claridad.

Confesaron todos que así era; pero que no fuera extraño que pensarán con ignominia, cuando estaban acostumbrados a semejantes acciones, sin respetar sus tratados, ni pactos.

Yo que deseaba imbuirlos en estos sentimientos, celebré el buen recibimiento que les hicieron, para facilitar por medio de ellos los obstáculos que podrían ofrecérsele a mi expedición, incontinentemente les dije: Y hasta ahora nada tenemos de nuevo, sino voces producidas del vulgo. Éstas regularmente son despreciables; pero la mentira, hija de algo es, y es preciso averiguar quien parió la que ha corrido; para desengañarnos si fue falsa desde sus principios, o si es verdad en su origen, para preveniros. No me parece empresa dificultosa, pues siendo cierta, en la parte de que Curaleu anduvo entre los guilliches, y que una muchacha que allá estaba cautiva se halla en estas tierras, es fácil hacerlos venir, y que nos orienten de cuanto sepan, hayan oído, y presuman. A esta moza y a Curaleu, salvo el parecer de vosotros, soy de sentir les demos audiencia en junta, esto es, que todos nos juntemos los que aquí estamos, y también Carrilon, Pichuntur, y demás caciques que nos auxilian, cuya causa una es: los recibamos en un lugar, les preguntemos y examinemos, cómo la importancia de la materia lo exige, y los antecedentes que ustedes tienen para recelar de ellos. Yo confieso estar recibiendo de vosotros favores, pues me tienen en sus tierras, y de todos modos no quisiera fueran tanto las pensiones que les causa. Todos viven más adelante de este sitio que la generosidad de Manquel me ha franqueado; si aquí se hace la junta, todos se pensionarán, y ¿yo sin moverme de mi estancia? No lo permitiré; y así quiero y les suplico me asignen un lugar, que venga a estar en medio del círculo que forman sus habitaciones, (esto es, si la costumbre no exige el que tales funciones se celebren en lo del cabeza principal; que entonces mis ruegos no deberán tener lugar); que avisándome el día en que nos hemos de saludar allí, y tomar un asado de mano, de mi cocinero, procuraré estar más temprano para tenerles a todos prevenido el mejor acomodo que pueda

proporcionarles a medio día. Para mis caballerías está muy bueno este valle, por sus aguas y pastos: espero el nuevo favor que me concedáis, no mover mi caravana, que yo iré sólo con las personas que necesito, y concluido nuestro trahun, yo me regresaré, o a caminar para adelante, que es mi mayor deseo, o a poner en efecto lo que acordemos.

Dijeron a una, que jamás pensaron darme ni permitirme en sus tierras incomodidades que ellos pudiesen remediar: que el asado me lo admitían, pero sería en mis toldos, a los que vendrían con otro gusto, que a otro lugar raso, donde el sol y el viento me mortificasen. Les repliqué que no: que deseaba ver sus tierras más adelante, y que deseando complacerme como ponderaban, no podrían excusarse y darme gusto. Respondieron que muy bien, y que los dejase acordar del lugar. Trataron mucho rato, y al fin designaron el de la Capilla, a cuyo sitio era práctico el capitán que me servía de intérprete, y que si no tenía inconveniente, sería la junta dentro de cinco días, inclusive el en que estábamos. Les manifesté que todo estaba muy bueno, y muy a mi gusto.

Calbuqueu me preguntó, que si traía bocas de fuego; y les contesté muy pronto, que 28 para servir a mis peguenches, y defenderme de los que quisiesen declarármese por enemigos, y que con 100 peguenches no tendría miedo a todos los guilliches ni a Llanquítur, con otros que pudieran incorporárseles. Me alabaron el que viniese prevenido, y que con atención a mi buena defensa me proporcionarían los mejores auxilios.

Ya les tenía prevenido un buen desayuno, y medio mazo de tabaco: todo lo tomaron con gusto, y al acabar de comer llegó Laylo, y sentándola a la redonda, le hice también servir. Así que empezó a comer, les comunicó a los compañeros que había novedad de cierto entre los guilliches y Llamistas; porque Curalen le acababa de mandar mensaje, diciéndole que él había llegado poco ha de aquellos lugares, que Guerahueque había salido para los llanos, y Llanquítur con bastante gente, para Mamilmapu. Me comunicaron las razones de Laylo, y atendidas, les dije que todo era enredos y mentiras, y que se hiciese la junta, que allá veríamos a Curaleu, y que por ahora nada más teníamos que hablar. Manquelipi prometió llamar a Curaleu, y a la mocetona para el día de la citación, pues de camino pasaba por las puertas de sus mismas habitaciones; que ya se había ofrecido para acompañarme, y no se desistía, siempre que yo me animase a caminar. Siguieron murmurando sobre los procedimientos de Guerahueque y Llanquítur, y acabaron su conversación diciendo, que no escarmentarían sino con acabarlos a todos. Que vendrían a parar en eso, si salían con mi expedición; porque no se habían de quedar con la injuria hecha, y ellos impunes. Concluida su conferencia, se retiraron, y yo seguía acomodándome, y dando las órdenes de seguridad a los arrieros para que velasen en la tropa. Calbuqueu y Manquel, que oyeron estas disposiciones, volvieron a hacerme presente que en sus tierras ni me robarían, ni se me perderían animales; que no tuviese recelo de ellos, ni de sus mocetones, y así que no incomodase a mi gente, ni a mis caballerías. Les aseguré que ni de ellos, ni de sus vasallos tenía desconfianza, y que estas precauciones me eran precisas, porque muchos de mis animales tiraban a huirse, y después se maltrataban más las caballerías en buscarlos; que también mi gente debía irse acostumbrando a las vigiliás, porque en los caminos por donde pueden andar enemigos no debe permitirse descuido, y que los

españoles estábamos hechos y criados en el trabajo, y sin dormir más que lo preciso, cuyos desvelos no debían molestarnos, si estas tierras no tenían la virtud de influir sueño. Pero tampoco lo creía, porque yo me sentía lo mismo que siempre; y así les agradecía las promesas de seguridad que me daban, y por complacerlos dejaría a mi gente por sola aquella noche que se abandonase al ocio y sueño, y en lo de adelante seguiría con el mismo método que había traído desde la salida de Antuco. Se retiraron satisfechos.

El 13, a las siete de la mañana, monté a caballo para ir a reconocer las cordilleras que miraban al sur, acompañado de don Justo Molina, y el dragón Baeza, con el capitán de amigos; y pasando el río por otro vado de piedra grande, muy correntoso, y atravesando el camino que trajimos, fui por lomas de pastos de coirón de muchas vertientes y mallines, de arbustos, de nirres, chacayes, de michis, de yaques, de carrimamines, y de otros, cuyos nombres ignoraban los prácticos; de mucho apio en las vertientes de quequbo, de tapilaquen, de urrecacho, y otras desconocidas yerbas, que por las faldas abundaban. Y al llegar a su cima siempre por trumaguales, llenos de cuevas de ratones, que los caballos a cada instante se enterraban, había un pretil derrumbado, en el que están de manifiesto muchas vetas de piedras jaspes, de rosado y blanco, y otras con morado y amarillo, que formaban unos cordones preciosos. Nos elevamos más, hasta casi la misma cima, donde se veía un pedazo de cerro blanco, cuyo objeto fue el de mi atención desde mi alojamiento; y reconociéndolo, era una parte del cerro de piedra blanquizca, toda traspasada de otras piedras negras, férreas y de otros colores. Quise adelantarme más, pero se formó una borrasca de viento y nubes que nos pareció llovería, y nos bajamos, siendo ya más de la una de la tarde.

A las tres y más de media de la tarde, estuvimos en nuestra posada, y acabando de comer, empezó a llover mucha agua, que cesó después de las nueve de la noche.

El 14, tuve en mi toldo toda la mañana a Manquel, hasta después de comer. Mucha parte del tiempo ocupó en peticiones, y el resto le trató sobre el régimen de nuestra vida, y las ventajas que conseguiría, en su anciana edad, con nuestro trato familiar, que lo serviría para conocer las comodidades que nos son de él consiguientes, tanto en este siglo como en el otro. De todo hizo admiración.

El 15, anduve la mayor parte de la mañana por las sierras del norte: nada de particular y primoroso vi, sino un potrero de mallines, regado de una famosa vertiente. Los arbustos, tierras o yerbas, de las comunes; y a poco más de las doce que regresé, llegó Manquel a visitarme, conduciéndome un ternero de regalo. Por las faldas del cerro inmediato lo enlazó a la cincha del caballo, con tanta destreza y agilidad como un campista de veinte y cinco años, y pasará de sesenta. Corría por las faldas y por entre peñascos con la misma franqueza que por un terreno limpio y llano. Le acompañaban dos sobrinos, ambos hijos de su hermano Laylo; el uno como de catorce a quince años, y el otro como de siete a ocho; todos con lazo, y sin diferenciarse en el manejo del caballo, y seguridad en el avío o silla.

El 16, vino Treca a ofrecerme sus haciendas, por si acaso necesitaba carnes para el mantenimiento de mi comitiva: común introducción entre

ellos, siempre que necesitan alguna cosa, y que la quieren pedir. Recibiendo mis agradecimientos, se interesó por una mula de las que traía en mi tropa, ofreciéndome por ella una yegua de carga, buena y gorda. De consiguiente que aconsejase, y dejase bajo de su tutela a un muchacho español, llamado Juan Sáez, que tenía en su casa; quien con la libertad que disfrutaba de anclar de toldo en toldo, iba, dando en ladrón, como que al cacique Manquel le había hurtado un herraje de freno: que su fin sería el que lo atravesasen de una lanzada, si lo volvían a pillar; que él lo sujetaría, poniéndolo de ovejero, y le pagaría también su servicio. A su primera solicitud me le negué, y a la segunda le dije, que ellos no debían dar posada a ningún español vagabundo, según uno de los tratados en el último parlamento a que asistí, por las malas consecuencias que se seguían a su nación, y a la nuestra. Que debían dar parte al señor Gobernador Intendente de cualquier sujeto que, sin ocupación honesta, se internase a sus tierras, a fin de que lo hiciera prender y darle destino. Que en mi persona no resistían facultades para entregarle a este individuo; pero ya que se hallaba en sus tierras, y que había de invernar entre ellos, constándome por noticia su buen gobierno y honroso proceder, que conservaba sin ejemplo entre los suyos, me trajese al muchacho, y lo aconsejaría, que si había proporción para nuestra frontera se saliese a vivir entre cristianos, cuya religión profesaba; y si no lo conseguía, invernase con él, dándole gusto, y cuidándole su ganado hasta la primavera que se franquease la cordillera, en cuyo tiempo podría yo regresar: y si lo hacía por estas tierras, me lo sacaría para afuera, y de no, lo llevase en la primera salida que hiciese, y lo entregase a uno de los comandantes de las plazas, dándole de él la misma noticia que a mí me ha comunicado. Luego me presentó al muchacho, que lo había dejado entre mis criados, y hablándole en los términos referidos, prometió uno y otro cumplir mis consejos, y se retiraron.

Al poco rato llegó a verme un indio, llamado Callbutripan, que de viaje pasaba para las plazas. Su introducción fue que, deseando conocerme, abandonó el camino que llevaba: que en el día era peguenche de estas reducciones, y poco antes era de los ranquilinos de Mamilmapu; pues aunque aquí nació, fue a crecer y envejecerse en aquellas tierras, que ahora abandonó, por venir a morir en las que fueron de sus padres, y a disfrutar de los tiempos pacíficos que gozan estos peguenches. Lo recibí muy gustoso, y le pregunté el tiempo que estaba por acá, y que me diese razón de los ritos y costumbres de aquellas tribus, por cuyas tierras debía pasar, para darles un trato conforme a sus máximas, porque mi viaje no sólo se dirigía a conocer la ruta, y solicitar la más corta y cómoda, sino también a granjear las voluntades de los indios. Me aseguró que en esta primavera pasada se vino; que las costumbres de aquellos son las mismas de estos y sus ritos iguales, y que, en llegando a Chadileubú, adelantase un mensaje, a Carripilun, comunicándole mi ida, a fin de que no pensase que iba a malón. Que él le mandaría con el cacique Puelmaq muchos recados para que me recibiese bien, pues era su íntimo amigo, y en oyendo su nombre tendría gran placer; y que para poderme ponderar, le diese un pañuelo para su uso, y llancatus. Me fue preciso complacerle, y se retiró cerca de las ocho de la noche, dejándome gustoso del rato que traté con él, porque ha sido el indio de mejor persona que he visto, aunque de rostro grave y

viejo, pero muy agradable de semblante, de buena conversación y expresiones.

El 17, a las cinco de la mañana, estuve a caballo con los dos tenientes de milicias, mis asociados, don Justo Molina, el capitán de amigos y un criado, para concurrir a la junta; y como cosa de legua media, orillando por abajo el río de esta parte, por muy mal camino, y muy pedregoso que anduvimos, llegamos a los toldos del cacique gobernador Manquel. Fuimos muy bien recibidos de él, y de su mujer doña Carco, de sus mocetones y parientes, que del seno de cinco toldos salieron al marimari. Estaban almorzando al salir el sol. Nos hicieron apearse, y que nos sentásemos en unos pellejos de carnero, y pasada media hora nos pasaron en el asador un asado de ternero, suplicándonos lo tomásemos, que estaba hecho con prolijidad. A este tiempo llegó el indio Curaleu, el convocado con la moza para la junta. Fue recibido con mucho agasajo de Manquel; y su mujer lo hizo abrazarse; y poniéndolo en igual asiento al nuestro, me recomendó las razones que me diese como invariables.

Luego que se sentó, dijo: Que tenía mucha satisfacción de conocerme, y por tener que salir precisado para Antuco, había emprendido su viaje antes de la junta, con el ánimo de pasar a saludarme a mis toldos, y ver lo que se me ofrecía, porque el cacique Manque-lipi lo había llamado; que la muchacha que tuvo en su casa la había entregado a su padre, luego que llegó; que era hija de Mariñan, y no sabía si la habían llamado también. Que había procurado con mucho empeño alcanzar el día antes a mi alojamiento, para evitarme la incomodidad de que hoy hubiese montado a caballo; pues habiendo tenido noticia que lo necesitaba, para la averiguación de ciertas novedades que habían corrido autorizadas de su nombre, no quería tardar más tiempo de sacarme del error en que quizás me pondrían los enredosos y embusteros. Y estando enterado y satisfecho que nada había dicho, porque nada de recelo había notado entre los guilliches, supondría no tendría precisión de ir al lugar de la junta. Le respondí: Que no podía asegurarle si los enredos y mentiras tuvieron en mí aceptación alguna, pero sí consideré preciso siempre oírlo, por contestar a mi gente y a los peguenches, en quienes conocía cierto temor y desconfianza, de que era preciso sacarlos; así porque no se acobardasen los que debían acompañarme, como porque conociesen que lo que les decía y aseguraba, lo debían recibir como de un amigo que los estimaba, y deseaba proceder con acierto en un asunto de tanta importancia como el que llevaba a su cargo. Que a todos nuestros conceptos debía preceder el uso de la reflexión; y que ¿cómo podría yo creer que los guilliches y llamistas me habían de querer sujetar, y acabar con toda mi comitiva, cuando iba auxiliado de peguenches, y como un embajador, llevando las razones del Señor Capitán General del reino, y Señor Gobernador Intendente de la Concepción, a consecuencia, de otros preceptos tan elevados, como son los de nuestro Rey y Señor a quien sirvo? Sé que los guilliches son hombres racionales, y que habían de mirar su ruina en solicitar la mía, porque ¿qué no debían esperar de ustedes, por la parte que les cabía de sus embajadores que me han de acompañar? y ¿qué de la Concepción, Santiago, Mendoza y Buenos Aires, cuya razón es una en los agravios que me hiciesen? Persuadanme primero que los llamistas y guilliches están aburridos con su vida, las de sus hijas, y con sus tierras y haciendas, y

entonces hallaré fundamento para creer en lo que han supuesto; pues de tal proyecto se les seguiría su total destrucción: porque una infamia, una infidelidad y una traición tan clásica como esta, no se justificaba sino con una entera desolación. Así, Curaleu, con estos principios salí de mi casa. Yo no solicito hacer mal a nadie, sino antes bien, como todos vuestros compatriotas lo tienen recibido de mi mano. Yo voy a transitar por tierras vuestras, que vosotros mismos me habéis franqueado, y por las de Mamilinapu y Pampas, en donde usaré de las atenciones que exige la razón política, hasta dar mi embajada a aquellos Gobernadores, y tratar sobre los demás puntos que convengan al real servicio. No tengo que andar por tierras Guilliches, y ¿por qué nos han de salir a hacer mal, por el corto interés de mi equipaje, de los cuatro caballos y mulas que me conducen? ¡Tan pobres y viles son! No lo creo. Ya sé que sois peguenche, hombre de bien, y te creo; pero también te suplico que, supuesto tienes con ellos cambios, conchabos o permutas, si vas allá diles la verdad de lo que me habéis oído. Anteponles primero mi caridad, mi trato y mi desinterés, y luego no excuses razón de las que me oíste, y te aseguro que convendrán conmigo en las reflexiones que hagan.

Repetió: Que ninguna novedad oyó sobre mi expedición, ni tampoco la trajo la mocetona; que mientras que él anduvo en aquellas tierras, salió Guerahueque con comercio para los llanos, y oyó decir que Millalen salía luego para Mendoza con el propio objeto. Que en esto mismo convenía la muchacha, y ninguna otra razón daba, porque él la había examinado, y le parecía que si ya seguía para la junta, no habría necesidad de llevarla, pues ya la había oído Manquel, Laylo y todos sus mocetones, quienes podrían declarar sus razones a los otros caciques, si querían hacerle el favor de permitirles seguir su viaje.

Quedaron satisfechos los caciques, y Laylo todo avergonzado, que antes había dicho, que este Caraleu la había noticiada por un mensaje de la certeza de las novedades. Me preguntó Manquel ¿que si continuaría Curaleu su marcha? Y le respondí: Que por mi parte no había embarazo. Lo hice dar un pañuelo llancatus, y medio maza de tabaco, y se despidió dándome los agradecimientos.

Al poco tiempo, que eran las nueve y media, montó a caballo con mis acompañados, el cacique Manquel Laylo, su hijo Cheuquellan y otros varios mocetones, y caminando bastante a prisa por camino pedregoso de faldas, como a distancia de media legua de los toldos de que salimos, subimos un pretil que hace el cerro al lado del norte del mismo río, de cuya ribera no nos hemos separado; sumamente parado, que apenas lo vencieron los caballos. En su cima estuvimos en un hermoso plan de lamas bajas, cuya vista es deliciosa, porque está rodeado de cordilleras, hasta formar un medio círculo al norte, que al lado del sur lo corta el río de que nos separamos. Continuamos por dicho plan, de ando al lado del sur un cerrillo, de una piedra que está en la mitad de la llanura, y al poco trecho entramos a un cajoncillo de estero de invierno, en el que hay varios pozones y mallinares; y caminando por su caja, llegamos a una vega que parte el plan de oeste a este, por la que corre un arroyo con el mismo rumbo, y siguiendo su curso, como cosa de ocho o nueve cuadradas, llegamos al lugar de la citación, a la una y media de la tarde. No habían llegado

los otros caciques; y para defendernos del sol que quemaba, en un arbusto de maitenes tendimos mantas que nos hiciesen sombra.

Como cosa de seis cuadras más abajo, está el sitio que llaman la Capilla, originado de una capilla que estaba levantando el Reverendo Obispo, Fray Ángel de Espineira (que lo fue de la Concepción), en tiempo que era religioso de propaganda fide, y estando en paredes, temió cierta revolución que lo hizo abandonar la fábrica, y retirarse para nuestros establecimientos.

Árboles no hay en todos estos contornos, sino unas cortas manchas de arbustos de chacayes, yasques, michis y algunos débiles maitenes; pero sí bastante pasto. En el propio sitio de la capilla está la toldería de una india Raypí, hermana del difunto peguenche Rayguan, que es tutora de sus sobrinos. A este Rayguan mataron los de Malalque, 8 años ha. Era indio de mucho crédito por su valor. Era rico de bienes de fortuna, y he visto a un hijo suyo, de edad de 16 años, al parecer, llamado Himiguan, el herraje del finado canónigo Cañas, que cautivó Llanquitar, famoso salteador, a quien mataron en malón los peguenches Pulmanc y Cayucal, auxiliados de nuestros españoles, y de los de Malalque.

Al cuarto de hora que estábamos a la sombra de nuestros ponchos, llegaron Calbuqueu y Livinirri, con algunos mocetones. Después que nos saludamos, dijeron que sin embargo de haber sabido por Curaleu, que los guilliches y llamistas estaban quietos, cuya noticia les había hecho quedarse en sus toldos a Pulmanc y Manquelipi; con todo, no quisieron ellos dejar de asistir, persuadiéndose el que podría ocurrir yo, aunque estuviese cerciorado de lo mismo. Les contesté: Que les estimaba su atención, y por no faltar a la que debía tenerles, quise más antes pensionarme en venir, que en dar nota de impolítico; y que ya que nos veíamos juntos, tomaríamos alguna cosa, y no le faltaría a Calbuqueu de que tratar. Soltó la risa, y dijo que materia había de sobra, con sólo hablar del acopio de mentiras que nos contaron. Y le contesté: ¿Y no podríamos cortar la conversación, si habláramos de los daños que originan, y perjuicios que en la sociedad acarrear los embustes y enredos, cuando encuentran con jefes crédulos, como vos habéis sido? Yo os suplico, amigos, no acreditéis en lo sucesivo novedad dicha de mocetón, ni de otros españoles con quienes tratéis. Ocho días estoy parado con mi comitiva, gastando los víveres que me eran precisos para el viaje, y otro tantos se ha adelantado el tiempo y atrasado mis caballerías, que cuando lleguen a las Pampas, donde las aguas escasean, ya irán sin fuerza, y si a sí os hiciera relación de cuantos atrasos he recibido, y recibiré por esos noveleros, quedaríais espantados. Sed, pues, vosotros ahora los que procuréis remediar mis perjuicios en partes. Ya no hay novedad, ya no hay que hacer sino caminar; yo estoy pronto y lo deseo: mandadme mañana a vuestros mocetones que deben acompañarme para continuar mi marcha, o citadme un plazo corto, y algún lugar más adelante para juntarme con ellos. No sea, amigos, que se formen otras especies, y se suspendan de nuevo vuestros ánimos con más perjuicios míos, y del Rey Nuestro Sr.

Dijo Calbuqueu: Nuestros mocetones hasta ahora están sin prepararse, nos es necesario algún tiempo para aviarlos, y dentro de diez días te alcanzarán en Trenquicó, si determináis ir a dar aquella vuelta que dio Molina, y andar por el camino malo que él anduvo. Puelmanc es muy

práctico; ha andado por todos los caminos, y de aquel dice lo que yo te he dicho: sube muy al sur para descender otro tanto al norte, las aguas muy distantes y malas; y en fin, en tus tierras andas; por cualquiera parte que quieras, puedes enderezar. Tú te desengañarás, y si estimas algún día estas razones, y tomas este consejo de Cadileubu, de que es el mejor y más corto, te irán a encontrar nuestros mensajes al lugar de Tilquí, en donde harán quemazones tus mozos, que será el aviso que nos mandéis por el aire. Tuvieron los indios su rato de conferencia sobre el punto de los caminos: todos convenían que el de Molina era más vuelta y peor; pero Manquel decía, que el que seguía por el cajón de Reynquileubu a las juntas de Cobuleubu con Neuquen, aunque tenía algunos estrechos al río, era el más recto. Yo traté con Molina sobre estos datos, y me dijo que todos eran unos embusteros y que le creyesen a él.

Repitió, hablándome Calbuqueu: El hecho o disposición de venir prevenido de armas de fuego, es digno de nuestra mayor complacencia, y determinamos que los nuestros lleven también sus lanzas; pues no puedo menos de decirte, que los llamistas y guilliches no son de confiar, y los ciega la codicia y el rencor que conservan con los españoles. Tus yanas, esto es, tus criados han de ser por precisión cobardes, y a los primeros encuentros y escaramuzas de los indios te desamparán. No lo dificultéis, por más que los conozcáis. El indio Caullan acaba de llegar de lo de los guilliches, y asegura que él vio y encontró a varios que salían armados para las Pampas. Guerahueque, que había vuelto de su conchabo con los muluches o Ielbunchees, en el momento presidió una junta que se hizo en sus tierras: no esperéis bonanza de ella, ni te persuadas a que fuese para prevenir malocas contra Canigcolo, porque actualmente están tratando de paces. Todos sentimos verte caminar desamparados a dejar tus huesos, como de caballo, botados por el campo, y también mandar a nuestros peguenches, a nuestros hermanos, que perezcan contigo, y dejen sus familias desamparadas. Medita, pues, amigo, sobre el particular, y me encontrarás razón.

Les dije: Amigos, yo salí de mi casa, dejando comodidades, mujer e hijos, conociendo que los llamistas y guilliches eran infieles, y aun en la actualidad estaban mal con nosotros, a causa de que se remitían 200 hombres de tropa para resguardo de Valdivia; la que no dejaban pasar, suponiendo iban a repoblar la Villa Rica. Entonces no tuvo temor: ¿y cómo pensáis acobardarme ahora? Yo no tengo en todo mi viaje que pasar sus tierras ¿y para qué necesito sus voluntades? ¿Tienen dominio en las vuestras? ¿A qué me han de salir en ellas? ¿Les voy a hacer algún mal? ¿Por qué razón, pues podrán ofenderme? ¿No son racionales? ¿Qué les han hecho los españoles, sino sumos bienes que cada día les proporcionan, como vos lo sabéis? ¿Caullan no es mocetón? ¿No es yana? ¿Podéis asegurar que no es novelero, que no es embustero, y no es ardioso como los otros anteriores? En mis yanas tengo confianza; son nacidos en mis tierras, y los conozco por experiencia. Vos, Calbuqueu, estáis muy engañado. Dime, ¿dirá más verdad Caullan que tu gobernador Manquel? ¿Pregúntale a éste, qué le dijo Guerahueque, cuando por diciembre le fue a tratar de mi expedición? ¿No lo sabéis bien qué le contestó, que por su parte, no se nos seguiría perjuicio; fundándose en que él no tenía que hacer en lo que vosotros dispusieseis por vuestros mapas? ¿No es Guerahueque el que

manda a los guilliches, y su jeta a los llamistas? Pero quiera condescender con todo lo que dijiste. ¿Ya sabes que podrán ganarme, yendo prevenidos? ¿No has visto el estrago que hace un bala? Y también te concedo que me maten, y a toda mi comitiva: pero esto sería sin razón, sin justicia, y quebrantando pactos muy solemnes. Y ahora dime, ¿qué se les esperaba? Su desolación, la pérdida de sus tierras, de sus haciendas, y de sus vidas; y así ¿no estimaré arrojar mi vida por el aumento del estado y de la corona? Calla, Calbuqueu; que yo te tenía por más hombre, y espérame, un poco. Haz cuenta que te estás disponiendo para dar un malón a los guilliches, y sabes por tus dioses, o, tigres, que con pérdida de cuatro vidas u ocho, te quedas victorioso, acabándolos; de dueño de sus tierras y de sus haciendas. ¿Y no fueras? Pues haz está reflexión, y no temas perder a Payllacura, que ya está en principios de su vejez.

Contestaron todos que los penguinches estaban prontos; pero que sería pidiendo auxilio a 10 ó 12 dragones, para que acompañasen la caravana, a lo menos hasta Chadileubu o Mamilmapu, y de allí que se volvieran a servirles a ellos de resguardo. Les prometí que lo solicitaría con el Señor Gobernador Intendente, quien sabría si era o no conveniente, y no dudaba los mandase, porque conociesen ellos que los españoles de todos modos quieren estén seguros. Pero que teniendo determinado medir a cuerda toda la cordillera, cuya operación era despaciosa, me darían permiso para moverme pasado mañana: que en Trinquicó o Tilqui me juntaría con los caciques compañeros, y mientras eso, podrían llegar los dragones, por si fuesen para entonces precisos.

Quedaron gustosos; les di tabaco y chaquiras, y a las cinco de la tarde me despedí de ellos; y a las ocho y tres cuartos de la noche estuve en mi tienda, después de haberme perdido por la obscuridad de la noche, y haberme casi precipitado con mis acompañados en un inmenso risco.

El 18, bien temprano tuve a Manquel en mi toldo, a presenciar la salida del propio que debía maridar el Señor Gobernador Intendente en solicitud de los dragones. Tras él su mujer D^a Carco, una hermana, una nuera, dos mocetonas más, ocho indios, su hermano Laylo con dos hijos grandes y tres medianos, y una caterva de chicos que los acompañaban a la visita. Me trajeron tres corderos de regalo, los que me salieron bien caros, porque era preciso obsequiar a toda la compañía. La D^a Carco es india muy agradable en su trato, pero no de facciones; y aunque es común en ellas, con todo hay otras de mejor parecer. Será como de 50 años, y bastante expresiva para hablar. La visita me duró hasta las tres de la tarde, y para el lugar, les di de comer muy bien, y cosas para ellos enteramente desconocidas, que las celebraron. A las tres y media de la tarde se retiraron.

En el resto del día y parte de la noche, acabé de despachar el propio para el Señor Gobernador: su dirección fue hasta Antuco, para que de allí fuese el pliego al comandante de los Ángeles, y éste lo dirigiese al Señor Intendente.

Desde Rime Mallin a Butacura

(Abril 19 de 1806)

Bien temprano hice aprontar la venida de los animales para marchar, y, aunque reconocidos, faltaban veinte y dos que se habían desgarrado aquella noche, a las ocho de la mañana, dejando este buen sitio, por la misma vereda que entramos a él nos pusimos en el punto donde quedó la mensura el 12. Y continuando el rumbo, por calidad de terreno poco parejo, y de alguna piedra redonda, se enteró legua sobre las diez y seis cuadras, que quedaron pendientes frente a unos pretilos de piedra, que hacen cima al cerro, del lado del sur.

Caminamos por el mismo rumbo veinte ocho y media cuadras, que se completaron al entrar a un faldeo pedregoso, y de trecho de dos cuadras que se estrecha al río: en cuyo sitio, mudando de rumbo, se dirigió la caravana al este, cuarta al sueste.

Continuamos la marcha por buena senda, con sólo el atraveso del río, que lo pasamos por buen vado de piedra menuda, y hasta unos sauces, y un carrizal que hay al norte de dicho río, se completó otra legua. Este sitio es una hermosa vega, donde hay un frondoso mamano, y siguiendo media cuadra más, nos alojamos a las 11 de la mañana. El lugar se llama Butacura.

En este vega hibernan regularmente algunos indios, así por el pasto que hay en sus contornos, como por la poca nieve que cae. Y al poco rato de estar alojados, llegó el gobernador Manquel con parte de su toldería y familia; y apenas se desmontó, cuando se vino a mi toldo, dejando a su mujer armando el suyo.

Su visita se redujo, a que se había venido con toda su familia, y le seguían sus parientes para lograr el gusto que les proporcionaba mi vista y buenos consejos. Que todas las tierras y buenos pastos tenía a mi disposición para mis cabalgaduras; que había de parar algunos días con ellos, así como debía ir a otro lugar a esperar a los dragones y peguenches que debían acompañarme. Le di los agradecimientos debidos, y que todo sería de mi gusto en su compañía, la que me proporcionaría la ocasión de no hacer cosa que con él no la consultase.

Al poco rato nos pusimos a comer, en cuyo tiempo llegaron tres indios al toldo de Manquel, y el uno de ellos cubierto de una lloyca de guanacos, cuya noticia en su idioma, se la comunicaron con bastante susto entre cinco, o seis mocetones, que a la puerta de mi carga estaban tendidos: pero es imponderable la suspensión de ánimo que Manquel padeció al oír de que venía con pieles vestido. Medio se entrelevantó, y me dijo: Curreo guilliches, lengua, lengua. Me reí, y llamé al dragón Baeza, quien al punto vino, que se hallaba en el fogón, y apenas lo vio, cuando se explicó que había llegado correo de los guilliches, y me preguntaba qué contendría. Le respondí: Que vendría a darme parabienes por mi feliz llegada, y a él, porque estaba también acompañado con una comitiva de españoles. Que el Gobernador se me mandaría ofrecer como era regular, solicitando el que lo ocupase, y deseándome felicidad, hasta la conclusión

de mi comisión. Soltó la risa y siguió comiendo, y yo dándole por el susto que le daba un indio empellejado de día, de paz, y en medio de sus mocetones, que ya después sabría lo que contenía el expreso, y que viniese a conferenciar conmigo sobre la respuesta, si era materia que pudiese confiarme. No quiso moverse hasta que yo le dije que fuese a recibir al embajador, y parándose, me respondió: Que iría después, que, me hiciese presente una súplica que traía, y que lo perdonase. Hice decirle que pidiese, pues bien sabía que deseaba complacerle, y me hizo relación de un caballo que en fines de noviembre le había robado, del cual había tenido noticia por un español, nombrado Bruno Jara, que paraba en poder de un mayordomo de don Manuel Riquelme, vecino de Chillán; y así que escribiese al comandante de Tupacel, para que lo hiciese entregar al teniente de amigos, Felipe Mellado. Le prometí que luego lo haría, y que le mandaría la carta así que estuviese escrita; la que al poco rato le llevaron. En todo el resto de la tarde no pareció Manquel a mi toldo, ni yo quise indagar sobre el contenido del correo.

Al tiempo de cenar, me contaron los dos tenientes asociados que habían ido a visitarlo cerca de la noche, y hallaron a Manquel sentado con los tres indios forasteros. Que el uno Boroano: y así como se hicieron presentes, sin interrumpir la parla que tenían, les hizo señas se entrasen a su habitación. Y como ellos preguntaron a D^a Carco, si aquellos eran los guilliches; Manquel les contestó: También sabe uno de ellos hablar español. Advertencia del indio, a fin de que no hablasen algo que no les sonase bien.

Al siguiente día temprano, tuve a Manquel con sus tres huéspedes en mi tienda, que venían acompañados del capitán. Éste se adelantó, y me dijo, que si les daba licencia para entrar de parte de Manquel. Les respondí que sí, y habiéndolo hecho con ceremonias de formalidad, se sentaron, y Manquel dijo: Mi amistad, y la de este cacique (mi pariente), vienen a franquearte un mocetón, para que, llevando recados de mi parte y la suya, podáis tener mejor pasaje por Mamilmapú.

En el momento que los vi entrar, conocí que uno de los forasteros era el cacique Millatur, que también salió de la junta de los Ángeles, de que he hecho mención, y quien entonces ofreció dar un mocetón de auxilio en este viaje.

Le contesté: Que su voluntad la tenía conocida por experiencia; que cada día le recibía nuevos favores, y este se lo agradecía tanto, como a su compañero y pariente, a quien ya me parecía haberle visto en los Ángeles, y también haberle oído ofertar un vasallo para que me acompañase, que su nombre debía ser Millatur, y de estos mismos peguenches que gobernaba. Que no me olvidé de él en Antuco, ni tampoco después, en estas tierras, que lo eché menos, y si no pregunté por él, fue porque supuse el que se hubiese arrepentido de aquel propósito, y no se pensase que el interés del mensajero, más que la inclinación, me había hecho recomendarlo a la memoria. Con bastante desembarazo se explicó de esta suerte: Las razones que supe vertir por mi boca, a favor de los españoles, siempre fueron nacidas de mi corazón, y las supe cumplir como que procedía conforme a mi voluntad. Si en esta ocasión hubiera faltado, la causa hubiera sido otra, y el culpado yo para tu pensar. No tengo la fortuna de adivinar, y no

podía saber de la junta de Antuco, ni de tu venida sin esta virtud, no dándoseme parte de ello. Citaron a todos los caciques, menos a mí, y no sé hasta ahora qué razón hubo: si fue porque allí esperaban socorro, y les parecía que no alcanzaría para ellos yendo yo, hicieron mal, pues jamás tuve interés, sino en servir alguna vez a quienes siempre nos auxiliaron. Si fue por desacreditarme, obraron peor, porque jamás supe desacreditar a mi nación, sino antes bien recomendarla. Corrió ahora la voz de tu llegada a nuestras tierras; corrió la novedad que deseabas caminar cuanto antes; y apenas lo supe, cuando monté a caballo con un sobrino cual es este, que así lo nombro, porque está casado con una sobrina mía. Él es nacido en Boroa, y de muy mediano se fue a las Pampas, donde se crió en lo de Quinchepi. Fue a buscarlo un hermano después de muchos años, y por retornar con su asistencia los bienes que había adquirido o merecido de aquel cacique, no quiso tener el gusto de venir a ver sus parientes, hasta que él mismo se lo mandase. Se llegó este tiempo, y se vino para lo de los guilliches, cuyas tierras debía pisar para pasar a las suyas. Allí estaba su suerte, como dicen. Allí estaba una sobrina mía, cautiva desde mucho tiempo ha; y éste, aficionándose de ella, y sabiendo que era mi parienta, se la robó, y se vino con ella a mis toldos, donde la tomó por mujer, con mi gusto y el de todos mis parientes. Tiene éste, parientes y amigos en los pampas. Ha estado muchas veces en Buenos Aires, y es práctico de los caminos y riesgos, donde pudieran ofrecerse para precaverlos.

De toda esta narración podrás inferir, que es fiel y agradecido, pues no quiso desamparar al que lo crió por venir a lo de sus parientes, y que así sabrá corresponder la estimación que de él hagas. Y también que, habiendo tenido valor para robar la mujer que hoy posee, será cona, y en cualquier peligro podrá defenderte, hasta rendir la vida. Aquí está Mariñan, que así se llama: recíbelo de mi mano, si te parece bien, que ya lo tengo bien aconsejado, a fin de que te guarde el respeto debido, y haga por ti, a mi nombre y el suyo, los mejores oficios de amistad, para que se te facilite y ceda cuanto apetezca tu buen deseo.

Me paré, y recibí de su mano la de Mariñan, diciéndole: Millatur, de tu mano, amigo, recibo la de tu sobrino, que apreciaré como lo merecen tus expresiones. Por ellas conozco un talento superior, y que aventaja al de otros muchos de tus paisanos; sino es que el mejor explicarte deba provenir de tu mayor fidelidad, y mejor voluntad que nos tenéis. Ninguno ha hecho lo que vos. Tú me has venido a buscar, y yo he buscado a los otros. Tú te vienes a disculpar, cuando otros me culpan porque los solicito. Tú me vienes a presentar tu sobrino para que me acompañe, cuando otros se valen de pretextos frívolos para no ir. Tú vienes sin interés, cuando otros ni por hartos se hallan satisfechos. No tengo expresiones para corresponder de parte de mi nación las que tu corazón ha vertido por tu boca, pero nuestras acciones te sabrán hacer ver nuestra gratitud. Esta acción generosa la recomendaré a mis superiores, para que llegue al trono de nuestro Soberano; y supongo que tu Gobernador que me oye, y que diariamente ha presenciado todo lo que ha pasado de estos días, se alegrará que así me exprese, para de algún modo retornar las finezas que te acabo de recibir. Doy a él también las gracias por la parte que tiene en haberte traído, y ved si soy de algún modo útil alguna vez para

servirte, que sabré con gusto acordarme de esta hora, para emplearme en complacerte.

Seguimos tratando más de una hora, entre los cuatro, acerca de la expedición. Hice varias preguntas a Mariñan sobre los indios pampas, patagones y guilliches: no me dio respuesta de importancia. Le di a cada uno de ellos chupas, pañuelos, sombreros, añil y tabaco; y emplazados para la junta, se retiraron, quedando Manquel conmigo muy contento, ponderándome la fidelidad, de Millatur.

A Manquel le reconvine sobre el encargo que le hice de que me consultase sobre la respuesta que había de dar al correo de los cuilliches. Me respondió que los mocetones lo habían engañado. Le aseguré, que muchos días antes tenía conocido que a cada instante padecía errores, y todos los de su nación: que ya iría tratando a españoles formales, y hombres de bien; con el tránsito y franqueza de sus tierras, y con esta comunicación, adquiriría mejores conocimientos. Con mucha afabilidad me confesó, que así había visto, que cuanto le había yo asegurado había sido cierto, y salido como se lo prometía. Que con las antecedentes novedades, sino me hubiera hallado en sus tierras; se hubiera originado una general perturbación y movimiento.

Le pregunté, que si Millatur no le había traído alguna cosa nueva. Me respondió que no, y queriéndome asegurar más, le insté que me confesase la verdad, pues tenía experimentado, que cuantos venían de otros toldos llegaban con esa introducción, y por eso los recibían, poniéndoles asiento, y sentándose a la redonda a escucharlos. Me confesó que algo de guera dungo, esto es de mala novedad, había traído. Le di el pésame, y le supliqué me contase sus trabajos, que procuraría consolarlo. Respondió que no; porque yo no creía, y luego me reía de él, y a este tiempo la llamaron de sus toldos.

El 31, estuvo Laylo a visitarme, y me prometió traer a su mujer y familia que querían conocerme. Le insté que lo verificase, aunque tenía muy escasas ganas de ello, porque a este indio le había notado un no sé qué, que ni puedo explicar, y podrá colegirse de la narración del viaje.

No tardó mucho tiempo en volver con su mujer, una cuñada, dos parientas, dos nueras, y una gavilla de chicos, independiente de tres de pecho, que las madres traían en brazos. Los obsequié con todo lo que en esta ocasión mis facultades alcanzaban. Conversamos mucho sobre la fertilidad de estas tierras y de sus habitantes, que ya irían conociendo cuánto les importaba la paz, que gozaban del regazo de tus mujeres e hijos, que los alcanzaban a criar y a ver grandes. Que así se multiplicarían, y que si antes tenían el gusto de verlos nacer, en la misma hora debían considerarlos esclavos, o víctimas de sus enemigos.

En este estado me avisaron de una mula que se había desgaritado de la tropa, y que habiendo llegado al toldo de un indio no quería entregarla, sino antes bien la había ocultado. En la misma actualidad llegó Manquel y Treca, y le dije al primero lo que me acababa de referir el arriero, y que hiciese en el momento entregar la mula; que ni yo ni los míos ofendíamos, ni perjudicábamos a sus mocetones, sino antes bien los tratábamos con agrado, y los regalábamos, y que estuviese advertido, que si el indio no le obedecía en entregar el animal, yo sabría hacerle entender el atrevimiento que había cometido en guardarse lo ajeno, y en no obedecer

las órdenes. Contestó Manquel, que mandaría un mocetón por la mula, y no la dejaría de traer. Se verificó, y le di los debidos agradecimientos, ponderándole, que entre nosotros el delincuente ya padecería la infamia de ladrón, y no hubiera quedado sin castigo. Y vamos a otra cosa, que ya esto lo habéis remediado del modo posible. Contadme el guera dungo de Millatur, cuya curiosidad me trae inquieto. Sonriéndose, me prometió que si lo haría; pero antes de verificarlo, le había de conceder una gracia, que era de no salir de sus toldos hasta el miércoles, porque esperaba un correo ciertamente de los guilliches, y quería tenerme a su lado para entonces. Le dije, amigo, ese correo que decís será como el del otro día, no lo esperes tan luego. Yo me perjudico con estas demoras. Traigo víveres para dos meses y medio solo. Todo se va acabando con las tardanzas de ustedes para moverse; y para que no digáis que no cedo a tu solicitud, sí haré lo que pedís, y vamos al cuento que lo empezó.

Millatur es hombre de verdad, y me aseguró que sabía que el guilliche Guerabueque estaba mortalmente herido por un hijo; pues estando éste en un cuarto de una mujer de su padre a deshoras de la noche, fue sentido, y levantándose Guerahueque a matarle, él lo recibió dándole una puñalada, de la que ya habrá muerto. Le dije: Manquel, si es muerto o no, no lo sabes, pues tampoco debes creer esa novedad, cuyos principios no son razonables. Millatur está engañado, y tú también. Yo te estimo y deseo no vivas confuso de tanta mentira y novedad en lo de adelante: examina bien lo que te cuenten para creerlo, y dentro de pocos días no te darán razón sino de lo cierto, porque temerán el que descubras los enredos. Me prometió hacerlo así, conviniendo también Treca en ello, que nos había estado oyendo. Permutaron dos caballos por dos frenos, y dos corderos por un mazo de tabaco, y se retiraron.

El 22, recibí un mensaje del cacique Calbuqueu, sobre que su hermano, que debía acompañarme, salía el 23, para pasar a juntarse con mi comitiva dentro de cinco días; que le mandase decir el camino que seguía, y el lugar donde quería esperarlos, para que fuese prevenido, y les avisase a Pulmanc y a Manquelipi, que los pasaba a llevar de sus toldos. Que también me comunicaba, de que Guerahueque estaba en paz con Canigcolo, y que si me parecía bien que ellos también la solicitasen, que le mandaría a dicho Canigcolo una embajada sobre el particular. Que me había oído en Rime Mallin, que les sería muy útil tratar amistosamente a aquel indio, frecuentar sus tierras, y comerciar libremente; y que si era de mi aprobación el proyecto, aconsejase a Manquel para que se cumpliese, que él daría mocetón y lo remitiría cuanto antes.

Obsequié al del recado, y le contesté: Que estaba muy bien el que su hermano saliese por mañana; que mi dirección era por la ruta de Molina, hasta conocer su calidad, y si era mala, como me lo habían asegurado, vendría a desengañarme de la de Cudileubú. También que en Triuquicó, o en Tilqui sería el lugar donde me juntaría con los peguenches, y el signo de mi estada sería una quemazón que haría mantener de continuo, la que los guiaría sin pérdida de terreno. Que sobre el proyecto de paz que quería entablar con Canigcolo, le aseguraba era el mejor partido que debía tomar, y con todas sus fuerzas protegiese su determinación hasta ponerlo en práctica; pero con el bien entendido, que la paz había de ser correspondiente a las naciones amigas de una y otra reducción o tribu, con

franqueza de comercio y trato libre, para poder entrar y salir sin temor de traición, ni pérdida de intereses, ni vidas. Que la menor infracción que se experimentase, o por cabeza, o por vasallos, sería toda la nación obligada a entregar los delincuentes, para que fuesen privados de la vida con ignominia por los agravios; y en caso de no hacerse así se entraría a nuevos tratados. Que la amistad de nosotros les es inseparable, y la más útil que puedan desear, y por el tanto la deberá admitir Canigcolo entre los límites de los puntos citados, debiéndonos recomendar desde ahora, para que no se embarazase en este punto, que le hará el tiempo conocer ser el más ventajoso. Que de esta materia había tratado conmigo, yendo de camino para Buenos Aires, y había convenido en ella con sumo gusto, y que si acaso se encontraba con mi comitiva, o algunos de sus vasallos que transitan las tierras intermedias, me recomendase como a hermano para que me protegiese y auxiliase, en cuanto fuese preciso, de cuya acción quedaría agradecido. Que por lo que respectaba a Manquel yo lo aconsejaría hasta persuadirlo a ello, y que le daría un obsequio para que se le mandase Canigcolo en mi nombre.

No tardó mucho Manquel en venir, y con descuido le entré en conversación, de lo muy conveniente que le sería una paz entablada sólidamente con él, y que no debía omitir diligencia alguna a este fin. Me contestó, que siempre pensaba enviar sus palabras a lo de Canigcolo. Yo le aseguré, que Calbuquen era del propio sentimiento, y podrían unirse los dos para verificarlo: se retiró ya con esta tentativa después de comer.

A la tarde se me llenó el toldo de mocetones, mujeres, y chicos al último socorro: a todos contenté, y los despedí diciéndoles, que estaba ocupado, como que debía salir al siguiente día.

A las seis de la noche, me fui con el capitán de amigos de intérprete² para lo del Manquel, a quien hallé a la orilla del fuego, con su mujer, y diez individuos más, entre hombres y mujeres, chicos y chicas que formaban una rueda, o círculo. Se pararon para recibirme, y poniéndome un pellejo de asiento, lo tomé y les dije: Que la gratitud en que les estaba, y el trato que habíamos tenido habían engendrado en mi cariño que me hacía sentir su separación; que mi marcha con el favor de Dios sería bien temprano, y podían ir viendo en lo que me ocupaban, porque deseaba complacerlos. El indio y su mujer me hicieron un expresivo razonamiento tal, que habiendo tenido Manquel sus pesares en los días antes de mi llegada, me aseguró que el gozo que había tenido su alma con mi compañía, le había podido borrar aquellos sentimientos, que cundieron tanto en su ánimo, que quiso dejar el mando, y abandonarse al desprecio de los suyos. Que mis instrucciones, manejo y consejos, lo han llenado de ideas más altas, lo han ensanchado, y desde luego, quisiera por algunos días más no separarse de mí: que no sabía cómo dejarme allí en la invernada. Que me deseaba toda felicidad en mi expedición, y si volvía por sus tierras, en señas de su voluntad, a mi regreso me iría a encontrar a lejas distancias, para darme un fuerte abrazo, y llevarme víveres.

Me di por muy satisfecho, y como lo vi algo enternecido desde que hizo memoria de sus trabajos, me pareció oportuna ocasión para entrármele hasta descubrir algunas confianzas útiles sobre la amistad de Canigcolo, y le dije: Manquel amigo, el título de amistad es una prueba de la mayor confianza. Yo os miro, y a toda esta familia que me oye, con mucha

lástima, y para que me lo creas, no necesito de otras expresiones que repetirte lo que antes oíste por tus preguntas: que soy oriundo de este reino, tu compatriota, y de cierto modo tu hermano. ¿Por qué te amáis tanto con tus compañeros peguanches, sino por esta razón? ¿Por qué defendéis sus partidos, sus propiedades, sus fueros, sus tierras? ¿No es por esta misma causa que ambos nos liga? ¿Por qué te parece me veis en tu casa, sino por noticiarte de bienes imponderables que nuestro Monarca os promete por medio de nuestra comunicación? Dejé mis comodidades, mi mujer, mis hijos por daros este gusto, y haceros entender cuanto os conviene franquear tus tierras y solicitar las intermedias, para que todos nos hagamos unos. ¿Cuándo pensabas hacer a tu nación una, unida con la nuestra, y que se hiciese tan respetable con la protección de un Soberano? ¿Esperabas en tus días, ni en lo de tus hijos, esta gloria? Apenas, amigo, oí que el Rey mi Sr. quería haceros entender su benevolencia, cuando estuve pronto en venir a comunicárosla. Ved pues, si es esta acción digna de vuestro aprecio y de vuestra confianza; y os dijera más, si me dieras mejores pruebas de tu amistad. Me miró, y me dijo: ¿Qué quería hiciese, cuando debía estar satisfecho, que conocía los buenos oficios en que andaba, y que amaba a todos los españoles? Y ¿por qué así podría desconfiar? Supuesta pues, tu amistad, amigo, seguí diciéndole, bien podéis conjeturar que, si se abre este camino que ando reconociendo, y se entabla por él un comercio franco con los del obispado de Concepción, y los del virreinato de Buenos Aires, conoceréis a todos los comerciantes, y adquiriréis porción de amistades, como la habéis tenido ahora conmigo. Cada una de éstas os franqueará en tu casa lo que te falte, y así de día en día nos iremos amando, hasta hacernos unos ambos reinos, y unos contigo, que entre todos formaremos un cuerpo tal, que sus acciones, sus fueros y sus derechos serán unos; y este cuerpo será tanto más respetado, cuanto más sea el número de las parcialidades que lo compongan; será más feliz, cuanto más comercio corra, y cuanto mayor sea su quietud y paz. Así pues, Manquel, yo deseo fomentar nuestro reino, y el de Buenos Aires, cumpliendo con las órdenes de mis superiores que traigo. ¿Cómo no querré que se extiendan más nuestros dominios por medio de la amistad, y que nos unamos también con los pampistas, patagones, y guilliches, para que en ningún tiempo podamos tener desavenencias con estas naciones? ¿Para que ellas, como nuestros compatriotas, logren de nuestra felicidad, y también para que nuestros enemigos extranjeros, teniendo noticia de nuestra unión, no intenten despoblar a aquellos paisanos que residen en la costa a orillas del mar, en la Patagónica? ¡Ah! Manquel, viejo sois, pero eternizarías tu memoria, si tú fueras capaz de proporcionarnos amistad con esos pobres indios, poco menos que salvajes, que carecen de comunicación racional. ¡Cuándo se olvidaría tu nombre entre ellos, si de tu mano recibieran este bien! ¡Cuándo, si las comodidades que adquirirían se lo recordarían al amanecer, al comer, al beber, al vestir y en todos los términos de la vida! ¿Qué crédito no tomaría ante el trono de nuestro monarca, y cuándo se borraría tu nombre de los libros que se formasen sobre este aumento de nuestros estados? ¿No sabes que nuestros primeros padres fueron unos, y que con esta atención somos hermanos? No tengas, pues, a novedad la lástima y el amor que les manifiesto. ¿Ignoras que los extranjeros, nuestros enemigos, surcan los

mares de la costa Patagónica? ¿No sabes de sus poderosas tierras? ¿Y qué extraño sería que esta nación hiciera un desembarco en aquellas costas de muchas gentes, que por fuerza tomasen posesión de aquellos terrenos, y con soborno, o dádivas captasen la voluntad de los indios? Y entonces vosotros, que no erais enemigos de aquellas tribus, ¿qué haríais, cuando esos extranjeros, con el pretexto de favorecerlos, quisiesen acabaros por tomar vuestras haciendas y tierras? No lo dificultéis. Esos forasteros, que llamáis vos moros, tienen necesidad de terrenos; de todos modos han de procurar posesionarse de aquellas tierras. Sus habitantes son indefensos, y los han de vencer, según el orden regular, y aunque me diréis que, en caso de que os combatieran, nosotros os auxiliaríamos, te lo concedo; pero sería siempre preciso salir a la guerra, y abandonaríais tus familias, tus toldos, tus haciendas; y lo mismo nosotros. ¿Qué pérdida no origina una guerra? ¿Qué muertes no causa? ¿Cuántas familias no quedan abandonadas? ¿Y habrá quien asegure la victoria antes de ganarla, siendo iguales las fuerzas? ¿No sería mejor, amigo, poner los medios en tiempo para evitar estos desastres que podrían formarse por nuestra inacción? Los arbitrios que te propongo son fáciles, y útiles a todas las tribus. Si haces una paz firme con Canigcolo, que es vecino, y acaso amigo de los patagónicos y magallánicos; si nos recomiendas, hasta franquear su amistad y conocimiento, no dificultes conseguir el proyecto, y dime tu sentir con la confianza que yo lo he hecho.

La atención con que escuchó la traducción de la antecedente relación, me daba pruebas de que le agradaba; y así como se concluyó, me dijo, que cada instante le aumentaba su confianza, y con la mayor que jamás pudo tener, me contestaría, y siguió: Amigo, ya me veis viejo, y los años de mi vida los he contado trabajando para mi nación, y su felicidad. Apenas se cuentan muy pocos que estas manos dejasen la lanza, y estos han sido después de la paz que se entabló por el parlamento general; pues antes con ella la defendía, entregándome a la muerte, primero que mis mocetones. No me descuidé también de extender mis deseos a más, y así he llegado hasta más adelante de Mamilmapú, y hasta lo del mismo Canigcolo, sobre quien me has tratado, ya con el pretexto de conocer las fuerzas de aquellas naciones, ya por granjear sus amistades en caso de ser muy superiores. Vais por Mamilmapú, y no tengo para que decirte de lo que te desengañarán tus ojos. De Canigcolo te diré lo que nadie me escuchó sino mi Carco, que me acompañó a la expedición. Seis días caminé para llegar a Guechuguebun, donde Canigcolo estaba situado, y antes de estar en sus tierras pasé el río de Limayleubú muy caudaloso y profundo. Tiene de anchura en aquel pasaje tanto como el de Biobío en Gualqui y Concepción. La balsa era de cueros soplados: me pasé sobre ellos, que un caballo a nado los tiraba, y mi mujer que temió pasarlo de esta suerte, amarrada con un látigo de la cintura, y con las manos de la misma balsa aterrada, lo pasó nadando. Es Canigcolo de rostro agradable, afable, y de muy buena presencia, y dice su buena contextura con su corazón. Me hospedó y recibió muy bien; me emparenté con él, y tratamos muy largamente sobre nuestros estados y conservación. Me contó de la alianza que tiene con los patagones, que son gente de a pie muy ágil y robusta, y la infantería en sus malones, armada de laques y flechas. Así también que un navío de dichos moros ingleses naufragó dentro de la boca de Limaylcubú, a

distancia considerable del mar, que no lo vieron entrar los indios, sino que después, andando a las riberas del río, algunos por las huellas dieron con la gente que era bastante porción, y estaban albergados en las barrancas del mismo río, en las que habían formado cómodas habitaciones. Que dichos ingleses traían gallinas, cerdos, ovejas, y otros animales desconocidos de aquellos habitantes, y también un intérprete para que los hablase, y explicase el uso de los animales. Que quedaron allí algún tiempo, y siempre obsequiaron a los indios, dándoles diferentes cosas vistosas, y de los mismos animales que he referido, para que procreasen. Que, cuando menos pensaron, se desaparecieron, y presumía que se hubiesen embarcado en otras embarcaciones que anduviesen por aquella costa, y que alguna se hubiese internado al río. Que los cerdos, gallinas y ovejas se han aumentado: harán cuatro años ha que pasó esto. Que no dificultaba con Canigcolo, conseguir su amistad, y la de la nación. Que hablará con Calbuqueu sobre el proyecto de que me mandó tratar, y estando en él, mandará un expreso luego que se cierren las cordilleras, pues antes no puede verificarse por temor de los guilliches inmediatos, que son sus enemigos, y si encontrarán el mensaje, lo matarán, y después nos vendrían a maloquear, sin más motivo que el de solicitar su amistad. Le insté sobre que viese, en siendo tiempo, a Calbuqueu, y no se olvidase de mis consejos, que le regalaría chupa, sombrero, bastón, y otras burlerías, para que las mandase en mi nombre a Canigcolo en señas que quería su amistad, tratándolo; y a él le dejaría memorias, para que no echase en olvido mi encargo. Que viniese con su mujer a mi tienda, y tomaría un buen mate, pues ya no volverían tan luego a tomarlo, sino hasta mi regreso; y con ellos me levanté, y vine para mi posada, en la que tratamos hasta las nueve y media de la noche sobre el particular. Le di los agasajos para Canigcolo, y a él un par de espuelas de plata. El 23, a las tres de la mañana, estuve en pie con el ánimo de caminar; y a las cinco y media llegó la tropa con falta de animales que se habían desgarrado. Por esta razón, y que era preciso buscarlos, determiné parar, dando providencias para que los solicitasen hasta encontrarlos. A las siete de la mañana tuve al cacique Treca de visita, diciéndome que los animales parecerían, y que ya él había mandado a un mozo que los diligencias y no viniese hasta dar con ellos. Me trajo dos corderos para el viaje y una ternera. Le di los agradecimientos, y le regalé un par de uples, un tupo, un pañuelo, una corbata de mi uso, un sombrero, un mazo de tabaco, unas gargantillas, y un poco de añil. Se fue tan agradecido, que me mandó un caballo de paso para mi silla, advirtiéndome, que era bueno, y no importaba que se perdiese. Quise no admitirlo, porque no traía necesidad de él, y me convenía más dejarlo agradecido, pero me aconsejaron que lo recibiera, y lo hice, dejándole dos de los míos, para que se sirviera de ellos, que también eran buenos, y me pudieran servir para llegar a mi casa en mi regreso. Así compuse mi voluntad y la suya. Pero después tuve a Manquel en mi presencia, y habiéndonos saludado y tratado sobre Treca algún rato, y de sus comodidades, le moví de nuestra antecedente conversación. Me hizo muchas promesas de cumplir bien con mi encargo; y que, así como fuese tiempo de mi regreso, mandaría llamar a Canigcolo, para que lo conociese y tratase con él. Que me daría noticia de todos los terrenos de su situación, hasta la costa de Chiloé, Osorno y

Valdivia; como que, en esa ocasión que allá estuvo, lo había convidado para ir de paseo a Osorno, prometiéndole que en tres días estarían allá, y sin pasar más cordillera que unos lomajes cortos y bajos. Que sólo por este indio es posible adquirir aquellos conocimientos, pues aunque algunos guilliches suelen internarse, pero nunca tan adentro que puedan dar razón sino de oído, como la que él da.

Me le manifesté de nuevo agradecido por la nueva oferta que me hacía, y le ponderé que sería muy de mi gusto encontrarme aquí con ese famoso indio, a quien obsequiaría hasta merecer su amistad, y hacerme merecedor de su confianza.

Me encargó que le guardase el secreto sobre cuanto había tratado de Canigcolo, porque tenía encargo de Guerahueque para callar con nosotros hasta su conocimiento; con amenazas de que, si llegaba a saber, lo quitarían los mocetones mismos la vida.

Le pregunté, que ¿cuándo trató de esto con Guerahueque, que le puso este precepto? Contestó: que cuando por noviembre fue a sus tierras a tratar de esta expedición. Que se ofreció la conversación de Canigcolo por los muchos malones que venía a dar a los guilliches, de que se lamentó, ponderando de que vivía en continua inquietud. Que él se ofreció a tratar de paz, o ir de mediador a lo de dicho Canigcolo, para que se verificase, y para persuadirle que podría conseguir cuanto apeteciese, le dio razón de conocerle, y ser amigo. Que entonces le dijo, que no era conveniente el que se supiese de esta amistad, pues podrían matarlo, sin que tuviese otro delito que este.

En el resto del día no hubo cosa notable, sino haber parecido los animales que faltaban, mediante la exigencia de Treca, y disponernos para la marcha.

Jornada VI

Desde Butacura al río Tocaman

(Abril 24 de 1806)

A las 8 de la mañana, que ya estaban todas las cargas levantadas, y la mayor parte de los indios e indias de Manquel con nosotros, para darnos el último adiós, me despedí de todos ellos, y una india vieja, hermana de Manquel, al darme el abrazo, me dijo: Pobre caballero, que soñé anoche saciabas la sed de los guilliches, mucho siento te vayas. Así que me explicaron sus razones, les dije: Si tus gentes, si tu nación, si todos vosotros no fuerais cobardes, y temierais tanto a los guilliches, no soñarías con ellos. Yo no les tengo miedo, ni creo en sueños, ni deben hacerlo vosotros, y así confía que he de tener felicidad, y mejor que la que aquí me habéis franqueado. Todos los indios tomaron la conversación sobre el sueño, que tiene sobre ellos tanto dominio, que en sucediéndoles fatal, dejan cualquier empresa; y yo salí, pasando la vega y el río.

Continuamos el rumbo del 19, y trepamos una subida algo parada y pedregosa, que tuvo diez cuadras hasta su cima.

Hace un hermoso plan arriba, y al tomando al sueste por camino carretero, y sin piedra, proseguimos midiendo, dejando al norte la toldería del cacique Carrilón, cuyo sitio es bañado de cuatro arroyos copiosos que corren al oriente, nacidos de unas vetas de piedras, que a distancia de una cuadra de la senda se miran, y al llegar al estero de Coyague, se completó legua.

Continuamos por igual camino; pasamos una cuadra muy pedregosa de piedras grandes y medianas, y a las veinte y una cuadras, un famoso estero de bastante agua, llamado Chacayco, y siguiendo tres cuadras más el rumbo, mudamos la dirección al estesudeste. Estos dos esteros corren hacia el oriente también.

Por este rumbo y buen camino, con quince y media cuadras estuvimos en la altura del cajón del río Tocaman, al que llegamos con 23 cuadras, contando de siete y media al descenso del cajón. Este río tiene de ancho media cuadra: su piso de piedra corre de sur a norte, se introduce al de Reynquileubu, ya confluído de todos los que he referido, que hoy pasamos. Las faldas de estas cajas están llenas de arroyos, nacidos de mallinares, pajonales y carrizales: todos entran al río, haciendo el cajón primoroso y muy fértil.

Pasado el Tocaman, empezamos a subir por fácil cuesta trumaguosa, con algunos reventones; y a las siete cuadras, frente a un mallinar, dejamos la mensura, y tomamos alojamiento al pie de un frondoso manzano, por cuyo pie corre al este un esterillo de muy buena agua. Al poco rato que estábamos alojados, llegó un mocetón del cacique Carrilón, diciéndome que deseaba verme, y que por la mañana lo verificaría, si lo esperaba un rato. Le contesté que de esperar estaba cansado, porque en lo de Manquel había parado muchos días, como había él sabido, que no obstante, deseando yo también verlo, y saber de su hijo que debía acompañarme, lo esperaría hasta medio día, no más; porque no dejaba de hacer alguna jornada, aunque fuese corta.

Mientras se despedía este mensaje, llegaron con su toldería y víveres, para invernar en este sitio, tres familias de indios de la reducción de Carrilón. Se llamaban las cabezas de los toldos, Meliñan (hijo del finado Ylaman, cacique gobernador que fue de estos peguenches. Murió en malón que les dieron los de Malalque, incorporados con los peulches), Caysumilla y Traquel. Todos vinieron a verme con su gente, así que se apearon.

Traquel me ponderó haber en el río mucho pescado, y con este motivo me fui con un anzuelo a su ribera, y dispuse también preparar la balsa de lobo que traigo para pasar los ríos, y una red, y que me siguiesen los balseros, para que echasen algunos lances. Estuve a la orilla de una poza de más de una cuadra de largo, que era bien profunda, se tiraron tres lances: ni en ellos, ni en el anzuelo se consiguió pescado, y nos retiramos burlados, y entumidos de frío, porque la helada ya blanqueaba por los campos.

El 25, monté a caballo temprano: anduve por todos los planes del cajón, que, como he dicho, son mallinares y de vertientes. El apio que hay es en mucha abundancia, y apenas habrá un chorro que no corra sobre pedernales

muy buenos.

A las diez no parecía Carrilon, y temiendo que me engaÑase, como acostumbran, hice recoger la tropa, y que se empezase a aparejar. A las doce se levantó carga, y así que estuvo todo preparado para marchar, hice saliese la caravana de estos indios, a quienes regaló como a todos los anteriores.

Jornada VII

Desde el Tocaman a Treuco

(Abril 25 de 1806)

Seguí la comitiva con la cuerda, poniéndola en el sitio que aquí finalizó la mensura, y continuando el rumbo, a las seis cuadras que estuvimos por igual clase de camino o subida, se enteró legua. En este punto hay un prado de más de cuadra de mallin, y un arroyo corriente. Proseguimos, y con veinte y una cuadras concluimos el repecho del cajón, que remata en un pedregal de diez o veinte varas de atravieso.

La bajada y subida, que forman la caja de este río, comprenden cuarenta y una y media cuadras, pero es de advertir que hay algunos trechos planos, en que sin compostura podrían rodar carros.

Puestos, pues, en la cima, dimos vista a una llanada hermosa; y poniendo la aguja para demarcar el rumbo, según nos dijo Molina, seguía el camino. Tomamos al nordeste, cuarta al este, por buena senda carretera. Caminamos media legua, y otra media, con algunos cortos y fáciles descensos, hasta un estrecho pedregoso de una punta de loma a un zanjocillo, en que corre una preciosa vertiente para el norte, en cuyo lugar se enteró otra legua. Esta aguada tiene su nacimiento en un bajo de las lomas, que dejamos al oeste, en donde hay un prado muy pastoso.

Continuamos por senda carretera, y a las doce y media cuadras pasamos un estero, llamado Guitalechecura, de esta parte se atraviesa una loma pedregosa, que vencimos subiéndola y bajándola —64→ con facilidad, quince y media cuadras, hasta llegar a otro estero nombrado Treuco, en cuya orilla tomamos alojamiento por lo muy pastoso del lugar, haber leña bastante, y buenos abrigos.

Desde este sitio se mira al poniente un cerrillo con un cogollo de peñas muy grandes que forman tres ganchos. Se distingue por el nombre del estero que nombre Guitalechecura. Me ponderó Molina abundaba de piedras en forma de balas de todos calibres: fui a verlas, y aunque las hay parecidas, no con perfección. Es cosa común en muchos lugares de estas cordilleras, y en especial, me han asegurado, que al lado del oriente de las Salinas Grandes, por cuyo camino vamos andando, hay un valle nombrado Muluchemelico, que sólo se compone de piedras redondas, y de todos tamaños, que apenas podrán encontrarse algunas que no sean idénticas a los calibres usados. También al sur se ve otro cerrillo con meseta, formada de

pedras que parece una corona, y al sueste, otro que remata en punta como volcán y en fin, por donde se quiera mirar, hay objetos dignos de atención y en especial los grandes mallineros entre las aberturas de lomas muy pastosas, y muchos arbustos de chacayes y michis, que aunque no agradables a la vista, son útiles para hacer fuego. Es el mejor sitio que he visto para crianzas de animales, desde que entré a los Andes.

En este sitio inverné dos años ha el cacique Manquel; y a éste, que estaba aquí cuando fue comisionado don Justo Molina para reconocer el boquete de Alico, y por el pasar estos montes, y enderezar con rectitud a Buenos Aires. Pero él lo que hizo fue pasar la primera cordillera, y tomando el cajón que hace con la de Epulauquen, que se le sigue hacia el sur, caminando, pasó el estero de Daguacque, el de Ligneubú y el de Rarin-Leubú, por el plan del lugar de la capilla que cité, cuando traté de la junta que allí hice con estos peguenches. Luego pasó Neuquen, a quien se incorporan todos estos ríos y esteros, y por estas lomas del norte llegó aquí. Es consiguiente que no verificó el reconocimiento de aquel tránsito de cordillera, que aunque no fuera tan franco como éste, pero es por línea mucho más recia desde Buenos Aires a Concepción y su puerto. Hoy mismo, tratando con él sobre los motivos que tendrán los indios para no vivir en este lugar, me contó que si inviernan³ en él; y para prueba me dijo, aquí estaba Manquel cuando he referido.

Jornada VIII

Desde Treuco a Treuquico

(Abril 26 de 1806)

A las dos y veinte minutos de la mañana estuve hoy en pie, con el deseo de hacer alguna jornada regular, y antes de venir el día estuvo aparejada la tropa, y salimos cuando se asomaba la aurora. Pasamos el estero, continuamos el rumbo subiendo una loma baja, por la que podrán rodar carretas, dejando a una y otra batida vertientes, que corriendo al poniente se incorporan en Treuco; y a las ocho y media cuabras, se tarjó legua, frente a un cerrillo, llamado Piu Maguida, que mirábamos al norte. Por este mismo rumbo y clase de camino, se enteró otra legua.

Entramos a una vega de la misma abundancia de pastos, mudamos rumbo al este, cuarta al sueste, por el que caminamos; y llegando a una vertiente de agua, que en el mismo camino sale de la tierra a borbotones, y que corre hasta una cuadra en donde se resume, se completó otra legua.

Media cuadra más, caminamos en una corta subidilla, y estando en una meseta de lomas, que por allí forman faldeo al cerro de Caycaden, pusimos la aguja, y mirando la cumbre del volcán al noroeste, continuamos nuestra marcha al este. Por este rumbo caminamos diez y ocho y media cuabras, por terreno desparejo de faldas del cerro, que todo necesita compostura para carros; y empezamos desde este punto a descender para un cajón, que hace el cerro de Caycaden con otra cordillera. Contamos por bajada diez y siete

cuadras, con las que se enteró otra legua; y continuando igual camino, a las catorce cuadras estuvimos en el plan. Tiene esta bajada treinta y una cuadras, todas de faldeo pendientes del cerro, y muy paradas; el piso es pedregoso, sobre trumau de todos colores ya amarillo, ya colorado muy encendido, ya menos; ya azulejo, ya aplomado, y de los colores del terreno, las piedras. Tres arroyos se descuelgan del camino al sur, los que forman un estero en la caja, y antes de llegar a ella, hay por cuatro cuadras un atraveso de piedras de yeso, cuya veta traspasa a todos los cerros del sueste y sur. También se encuentra una mina de tierra, y piedras cardenillos, y entre los indios se pondera de muy rico este cerro. Pasado el estero, y siguiendo su curso al costado del sur por el mismo rumbo, que traíamos, a las seis cuadras estuvimos en una quiebra, que hay una mina de piedras de caracoles, y otras con tallas de estrellas; cosa digna de atención, y de más y otras tomé algunas. Continuamos la marcha, siguiendo el cajón; poco más adelante encontramos varios terrenos de árboles petrificados, aun estando en su misma situación, pero de una piedra como poma, sin perder las vetas, y concavidades de la primera substancia. Y llegando hasta un lugar donde el estero toma su giro al norte, en cuyo sitio se mira de la otra parte de la caja una barranca minada de cuevas de tricaú, se enteró legua.

Todo el terreno de este cajón necesita de compostura, para carretas, porque es desparejo, tiene estrechos muy pedregosos, del cerro del sur a la caja, y en partes, algunas cuestecillas pedregosas y pendientes.

Desde este sitio, seguimos por senda carretera hasta estar al frente de un cerrillo de piedras y tierra colorada, en donde se enteró legua.

Continuamos por igual camino, aunque en partes sus cortas quiebras, veinte cuadras, y caminamos quince más al este; pasamos el esterillo de Treuquico, que por una y otra parte está rodeado de carrizales: su curso es de sur a norte por un hermoso valle. Tomamos alojamiento en su propia ribera, al abrigo del carrizo. A las doce cuadras, poco más para el norte de este sitio, hay una cueva, cuyo centro es de sal maciza, y se llama el lugar de las Salinas de Treuquico.

Desde que bajamos a Caycadén, a una y otra parte de la senda, hemos venido dejando lomajes de tierras de las mismas calidades que en él conté. Hay muchos arbustos por todos lados de michis, chacayes, callimamines, colliguayes, quiscos, retamillas, maitenes, y algunos sauces en la orilla del estero de Caycadén.

Poco más de veinte cuadras al oeste de este lugar, dejamos una mina de tierra tan blanca como la cal cernida.

Todo este terreno está lleno de pisadas de guanacos, y los indios ponderan que hay muchísimos, y también avestruces. Siguiendo esta vega para el norte, se resume este estero a las diez y seis cuadras; y a la legua poco más, corre el río de Neuquén de poniente a oriente.

Poco después de las oraciones, a uno de los rondadores de las caballerías se le arrancó el caballo ensillado, y fue tal el espanto de la tropa, que en el momento se desaparecieron todos los animales, tomando cada uno el costado que se le presentó. El desparramo nos causó la incomodidad de haber pasado los unos a caballo la noche, y los otros con el cuidado de la pérdida que podría experimentarse.

En toda la mañana del 26 sólo vimos los del alojamiento cinco

animales, que azorados se presentaron sobre las lomas del este, y a las once llegaron tres arrieros con setenta, faltando diez y ocho.

Yo me veía por todas partes confundido, deseaba caminar para llegar al lugar de la citación en Tilqui, pues ya en este sitio no había encontrado a los indios, que desde Butacura mandé llamarlos con el capitán Jara, y el teniente don Joaquín Prieto, a fin de que no me demorasen más. Veía que el camino en el cajón del Tocaman, y Caycaden presentaba dificultades costosas para facilitarlas, y que cada día nos íbamos separando más de la línea recta, que para tomarla tendríamos que bajar mucho, y en este estado, llamé a Molina a quien le dije, es preciso me señale usted la dirección que debemos tomar de aquí adelante, para según ella ir a reconocer el otro camino que me recomendaron pasaba por el otro lado de Neuquen, y me señaló un punta de cordillera que mirábamos al sur sueste, por cuyo pie del sur debíamos pasar; y para ello teníamos que bajar al nordeste toda esta vega hasta Neuquen, cuya caja me aseguró seguíamos. En este estado suspendí resolver, y él con el dragón Baeza, que hablaron con los arrieros, y les dijeron que diez y ocho animales que faltaban habían tomado el camino, se dispusieron a seguirlos, y tomaron su partida. Ya determiné yo pasar todo el día así, por esperar a Jara y caciques, como por ver si los animales parecían. Anduve algún rato por la vega abajo, y en donde se resume el estero, se extiende y aumenta la anchura del mallín que hay por la orilla. El agua es salobre; pero no tanto que incomode tomarla.

A las 12 llegó Jara, con el teniente don Joaquín y el cacique Manquelipi. Les pregunté la causa de su demora, y por qué no venían los otros indios Puelmanc y Payllacura; y el teniente me contestó que Puelmanc decía, que el camino que traía era muy malo, y de mucha vuelta; que ya habría visto el camino que había andado, y para adelante me restaban retazos muy peores. Que dispusiese pasarme a Tilqui, y que allí me saldría él para guiarme por otro camino.

Le pregunté: que cómo le había parecido aquella ruta; me contestó, que era mejor que la de Pichachen.

Me inteligenció de Manquelipi de todo el camino hasta llegar a las juntas con el de Molina; y me lo ponderó de mejores aguas, y de menos vuelta, que lo conocí por la dirección que me señaló. Me mostró hacia el nordeste, de la otra parte de Neuquen, distante la cordillera de Tilqui, cuyo cordón sigue al sur, por donde la descabeza Molina, y el otro camino pasa por sus principios, donde nace un estero que también se llama Tilqui. Con esta instrucción hallé por conveniente tomar el consejo de Puelmanc, y marchar en el día para Neuquen; y así hice traer la tropa y aparejar.

Jornada IX

Desde Treuquico a Cudileubu

(Abril 27 de 1806)

A la 1 y media de la tarde, que ya estuvieron cargadas y en disposición de caminar las cargas, le mandé a Jara se quedase en aquel sitio, para que, cuando llegase Molina y Baeza con animales, los guiase para el lugar donde debíamos parar, que se lo explicó Manquelipi; y empezamos nuestra marcha hacia el norte por la vega abajo. Atravesamos una loma baja, y a la legua, y doce cuadras, estuvimos en la orilla del río Neuquen, que corre de poniente a oriente, ya junto con todos los esteros que desde Pichachen he nombrado. Lo pasamos por buen vado sobre piedra menuda: es correntoso, de cerca de una cuadra de ancho, de profundidad de más de vara. Y siguiendo por el mismo rumbo, a las seis cuadras estuvimos en la ribera del poniente del río Cudileubu, al abrigo de vinos hermosos sauces, donde Manquelipi me dijo debíamos alojar, y esperar a los que atrás quedaban.

Le insté a que se alojase, con nosotros; pero no admitió, asegurándome que alcanzaba a sus toldos, y sólo me señaló el rumbo que debíamos seguir, y me demarcó el sitio que debíamos tomar en Tilqui, lugar que, al nordeste del que teníamos, distaría dos leguas.

Luego que se voltearon las cargas, hice que un arriero se volviese a Treuquico a acompañar al capitán Jara, mientras llegaban los seguidores de las caballerías, y después se vinieran todos juntos.

Este río de Cudileubu, corre de norte a sur; tendrá un tercio de agua menos que Neuquen, y se le introduce como cosa de tres cuadras del vado en que lo pasamos. Estamos en la caja de uno y otro río, que ambos son de una vega bastante ancha.

Las riberas de uno y otro y sus pisos, son de piedras redondas chicas de todos colores, a similitud de nuestras playas marítimas chilenas: la caja cubierta de arbustos de los referidos, y de unos matorrales de pajas muy espesas, y cortaderas. Pasto poco, y algunos sauces, arruinados con las continuas quemas que los indios hacen cuando transitan estos terrenos. Nuestro alojamiento vino a estar frente al una poza de agua, que en el mismo río formaba el plan del sitio; y deseoso de ver si había pescado, hice armar la balsa, y tender la red. Al primer lance, que fue poco después de oraciones, salió una pocha, que es semejante a la trucha, y al segundo, dos cauques.

El 28, por la mañana recorrí todas estas inmediaciones. Los cerros que forman las cajas de los ríos, son areniscos y vetosos de varios colores; lo mismo sus piedras de que abundan: los pastos malos. He visto también varias matas de cizaña, yerba amarga, y maleza, que arruina en nuestras tierras los sembrados y viñas.

He encontrado algunas perdices muy grandes, y con copete en la cabeza, distintas en estas dos partes de las chilenas. No pude tener el gusto de cazar una, por los muchos arbustos e yerbas donde se ocultan, propiedad en que convienen, con mucho ardid, con las nuestras.

A las 10, poco mas, llegó el dragón Baeza, y los demás que quedaron por las bestias perdidas. Trajeron quince, dejando perdidas dos mulas, y un caballo bueno que traía el dragón. Volví a mandar otros dos mozos, que los buscasen por todos los zarzales de Treuquico, en donde pudieran haberse ocultado.

Así que hicimos medio día, hice entrar a pescar, y en cuatro lances que se

echaron, salieron cuarenta piezas, entre pochas, truchas y cauques. Bastante prueba de que hay mucho pescado en este río, y mucho más habrá en el de Neuquen, que trae más agua.

En el resto de la tarde, puesto en una altura, mirando el punto de Butacura, de donde salimos el 24, el medio círculo que veníamos haciendo hasta Treuquico, y el que nos faltaba que hacer para despuntar la cordillera de Tilqui, noté la mucha vuelta que se da por el camino de Molina, y que me era preciso hacer reconocimiento del de Puelmanc, desde el mismo puesto de Butacura. Desde que llegué a mi alojamiento, mandé llamar a Molina, para que se dispusiese para salir al día siguiente conmigo a reconocer el camino; y me contestó hallarse enfermo. Al poco tiempo estuvieron de regreso mis dos mozos, sin haber encontrado las tres bestias perdidas.

Al cerrar la noche se levantó un viento oeste, como el que experimentamos en Moncol, pero más frío, como que nos hallábamos en situación más húmeda, por el bajo de la vega, y los dos ríos; y a las siete y tres cuartos de la noche oímos un estruendo como de pieza de artillería. Pensé fuesen los dragones pedidos al Sr. Gobernador Intendente, que hubiesen llegado a Treuquico, y como no nos encontrasen, hubiesen disparado para hacerme saber su paradero, y tomar por la contestación conocimiento del mío; y luego hice disparar una escopeta. Nada resultó, y debió ser algún estruendo del volcán.

El 29, continuó el viento con la misma fuerza, y habiéndose mejorado Molina, dispuse salir con él al reconocimiento de la ruta, y que los tenientes comisionados se pasasen con la caravana a Tilqui, para lo que los informé del rumbo que debía llevarlos, y sitio en que debían parar.

Jornada X

Desde Cudileubu a Tilqui

(Abril 30 de 1806)

En el intermedio de la noche, el oeste se cambió en norte, y el cielo, cubierto de oscuras nubes, amenazaba un fuerte temporal. Me era conveniente salir de esta situación húmeda y fría antes de que lloviese; y así, posponiendo mi primera determinación, hice levantar cargas, y salimos todos juntos.

Pasamos el río de Cudileubu, con el rumbo al este, así también la vega de esta parte, y llegando a unos cerros, con cuatro cuadras de tierra amarilla y piedras de varios colores, tomamos al este, cuarta nordeste, para subirlos. El repecho desde su principio fue parado, y en su cima vencimos un pretil bastante dificultoso, que pensaba el que las cargas hubiesen rodado: en fin no sucedió la menor desgracia. Tenía una cuadra. Estando en su cima, que se compone de un plan grande, y con algunas quiebras, con el mismo rumbo caminamos hasta descenderlo por

fácil bajada, y nos hallamos en una famosa vega, en cuyo sitio nos juntamos con el camino ponderado por Puelmanc. En este punto tomamos, al estenordeste, por camino carretero, con solo el estorbo de algunos arbustos que rozan, y pasando un esterito al oriente, y de un monte de yaques, alojamos con tres leguas andadas.

Este lugar es pastoso, y su mayor abundancia es de coironales: hay muchos choygues, quirquinchos, y guanacos, porque todos los campos están con vestigios de estos animales. Sus leñas son de arbustos, de retamillas, yaques, quilos, quiscos, y otros comunes. En la orilla del arroyo, que se consume poco más al sur de nuestro alojamiento, hay romazas, ñilgues, paico y apio; y en fin, es prado alegre y grande; guarecido desde el sudeste hasta el nordeste de un cordón de cerros o cordilleras; al nordeste una abra, por donde pasa el camino que hemos de llevar; al norte una punta de cordillera, que es gancho de la que titulan Piu Maguida, y al noroeste otra abra por la que viene el camino de Puelmanc, con el que nos incorporamos luego que estuvimos en este plan. Al este, más acá de los cerros, se divisa una caja grande de un estero que corre al sur, el que se llama Tilqui, y va a entrar a Neuquen, que corre de poniente a oriente, a distancia de dos leguas y media de este punto.

En este lugar me previno Manquelipi juntarse conmigo, y como sus proporciones nos franquean la posible comodidad, y para las caballerías, mejorándose el tiempo, haré el reconocimiento del camino, parando la caravana hasta vencerlo, y que lleguen los caciques.

El 1.º de mayo amaneció lloviendo, pero siempre corriendo norte. La tupición era tan grande, que no se veían ni los cerros inmediatos. A las ocho de la mañana repuntó el oeste, se empezó a deshacer la niebla, y aclararse la atmósfera. A las doce se manifestaron los montes de Piu Maguida, de Cudileubu, los del cajón de Richachen. Éste de Piu Maguida, y la sierra Velluda, que también se ve, todos nevados; pero ninguno de los que han quedado al sur de la ruta que hemos traído desde Butacura.

Por la disposición, o aparato del tiempo, pensé que descargase algún gran temporal, de aquellos que experimentamos en Chile, con menos preparativos; pero como ya está desecho, es consiguiente que aquí llueve mucho menos, y nieva también menos que en las cordilleras del poniente.

El 2 de Mayo, a las siete de la mañana, estuve a caballo con Molina, Jara, el agrimensor, y un criado para salir al reconocimiento del camino. A las tres y media estuve en la toldería de Puelmanc, y al poco rato que dejé ésta, en la de Manquelipi. A ambos citó para entre dos días que debían estar en Tilqui, asegurándoles que al siguiente regresaba yo. Al capitán Jara dejé en lo de Manquelipi para que los hiciese aprontar. Seguí el camino, o hice medio día en la ribera de un estero, inmediato al toldo de un indio, llamado Calbutripay, que me visitó en Rime Mallin, comunicándome se vino de Mamilmapú en la primavera pasada.

A las 2 y media de la tarde continué el camino hasta ponerse el sol, y alojé en la cima de una abra de la cordillera Pucom Maguida, cerca del nacimiento de un estero, que se titula Millanechico. La altura de esta cordillera es una de las nevadas. Corrió toda la noche un viento helado, y como no teníamos otro equipaje que los avíos, nos maltrató más, y puso en la necesidad de pasarlo cerca del fuego.

Reconocimiento

Desde Butacura a Tilqui, por Cudileubu, el 3 de mayo

El 3, continuamos la marcha antes de aclarar, y a las ocho y media estuvimos en Butacura, sitio de donde salimos el 24 para Tocaman. Tomamos ahora al norte de donde estuvimos situados, repechamos una subida de trumau, y piedra redonda de dos cuadras, y nos pusimos en el borde de una llanura hermosísima. Aquí se puso la aguja. Al norte mirábamos una piedra tan grande, que parece un cerrillo puntiagudo. Al mismo rumbo, poco más distante, la caja, o bajo del estero de Rarinleubu, que nace al oriente de las cordilleras de Moncol. Más lejos el de Ligureubu, que se descuelga de la misma cordillera hacia el oriente; y como de las cordilleras de Chillán, llamadas Epulauquen, que mirábamos al nornoroeste, otro cajón, por donde corre al sueste el estero de Daguacque, el que se une con Ligureubu, y en un cuerpo se introducen a Neuquen, y también los antecedentes. Y al norte la cordillera de Barbarco, por donde viene el camino de Malalque; de su lado del poniente el río Neuquen, y de su oriente el de Barbarco, que se une con Neuquen. A este plano o abra hacen un medio círculo completo las cordilleras de Mancol, al oeste y nordeste. Al nornoroeste, la de Epulauquen; al norte la de Barbarco, y un gancho de ella a nornordeste; y al nordeste y este la de Pucom Maguida. Es regado por todos los esteros referidos, y los que se descuelgan al poniente de Puconi Maguida, que todos confluyen a Neuquen, que corre de norte a sur. Pero por el mismo pie del referido monte Puconi Maguida, y descabezándolo, se incorpora con el de Renquileubu y del Tocaman, y toma al oriente.

Por esta abra fue por donde cortó don Justo Molino para ir a Treuco en busca de Manquel, para pasar a Buenos Aires el año de 804, en que fue comisionado para que se internase por el boquete de Alico.

Atendiendo al camino que debíamos tomar, nos dirigimos al nordeste por camino llano pero pedregoso, de piedras redondas sobre trumau, y entrando a un cajoncillo de estero de invierno de bastante piedra, topamos dos estrechos del plan del cajón, cuyo espacio es corto, y necesita facilitarlos para carros; que vencidos al poco trecho, entramos en una vega, por donde baja Rarinleubu hasta Neuquen. Pasamos por el lugar donde tuve la junta, y cortando la vega cerca de la capilla, pasamos una corta subida suave, y al poco rato la descendimos insensiblemente, hasta llegar al río Neuquen, que por buen vado da el agua a la cincha del caballo; y tiene de ancho una cuadra: lo pasamos. Hasta esta parte contamos dos leguas.

En esta ribera pusimos la aguja, y por el estenordeste continuamos la marcha por un repecho de la cordillera de Puconi Maguida. Su elevación es de seis cuadras de piedra grande y menuda sobre trumau, y no muy parada. Desde este punto empezamos a faldear, y pasando tres vertientes, que

corren al sur, y se introducen al estero de Millanechico que corre al poniente, pasamos también éste; vencimos otro repecho más tendido, y con algunas faldas suaves, hasta llegar a la abra de la cordillera donde nace el estero, en cuyo sitio dormimos anoche. Hasta aquí hay dos leguas desde el río.

En esta abra hay un malal o castillo de piedras, por naturaleza, el que se nombra Palal Maguida, y se refugiaron en él estos peguenches, en un malón que les dieron los de Malalque.

Por el mismo rumbo proseguimos bajando, y por mejor senda, aunque con varios atraviesos cortos que necesitan componerse para carruajes; a media falda nos acercamos al estero de Quilmanque, que nace de una quiebra que dejamos al sur, y llegando al plan, pasamos un estero que nace al oriente de esta cordillera, y allí cerca se une al que he nombrado Quilmanque. Y siguiendo la orilla de este por camino carretero, pasamos por tres vertientes que brotan salitre, y estilan alguna agua salada, de las que se forma un chorrillo que corre por el mismo plan: el salado al norte, y el dulce al sur, por cuyo medio caminamos; dejando, de la otra parte del estero Quilmanque, la toltería de Pilquillan, cacique nombrado, y de la del salado, el camino que de estos peguenches va para Mendoza. Y antes de llegar a una mancha de maitenes, que se mira por la orilla abajo de estos esteros, pasado el que hay en la toltería de Calbutripay, se enteraron otras dos leguas.

En este sitio mudamos rumbo al este, estando de norte a sur con el cerro de Caycaden, y cortando los dos esteros, y una loma baja con corta subida y bajada, con veinte cuadras llegamos al río de Cudileubu, ya junto con el de Quilmanque.

Si se quiere ahorrar esta loma, se toma la vega abajo de la toltería de Manquelipi y Puelmanc, hasta llegar a las juntas de Quilmanque con Cudileubu: sigue por la caja de este, que todo es camino carretero, hasta venir a este punto, sin más vuelta que de ocho a diez cuadras.

En este sitio pusimos la aguja; y mirando a una punta de cerro, que hace risco al río, y desde donde toma su curso al sur para enderezar a Neuquen, tomamos al sueste. Caminamos, después de pasado el río, por buen plan hasta pasar un estero de agua azufrada que viene al poniente a introducirse a este río; y de este lugar atravesamos un plan pedregoso, y lo descendimos con una bajada de una cuadra tendida, hasta llegar al objeto de nuestra dirección: en cuyo frente hay una vega de tierras blancas, que pasadas, subimos una loma con cortas quiebras; y continuando la cima de unas lomas hasta un alto de trumau flojo, pasado un pedregalillo, se completaron otras dos leguas.

Desde este lugar tomamos el rumbo al estenordeste, y caminamos treinta cuadras de igual senda, hasta llegar al alojamiento.

Por la relación hecha de esta ruta, y de la del Tocaman y Caycaden, se conocerá cuan más fácil de compostura, y cuan más recta que aquella es ésta.

Toda la cordillera de Puconi Maguida es de los mismos panizos que la de Caycaden. Hay también minerales inagotables de yeso, a su levante. En el cajón de Quilmanque, preciosas piedras jaspes, y en muchísima abundancia; y en el estero de Millanechico, muchísimo oro, según ponderan los indios, y puede ser muy bien cierto, porque el nombre

significa agua de oro.

No menos son de aprecio las abundancias de piedras aplomadas de cantar. En todo el atraveso de la abra hay buenos pastos y mallines. Aguas y leñas de arbustos comunes, sin más particularidad en esta especie, que la mancha de maitenes, y muy raros sauces.

En muchas partes hay también minerales de carbón de piedra, especialmente en las faldas de la cordillera por las cajas de esteros.

El 4, cerca de medio día llegó a mi toldo Mariñan, el mocetón de Millatur, que debe acompañarme: lo recibí con mucho comedimiento. Le acompañan cuatro mocetones, y trae veinte y dos caballos para su marcha. Le pregunté por el hijo de Laylo y de Carrilon, que ya tardaban; y me contestó, que Laylo con el hijo estaban alojados en la orilla de Cudileubu; que no se vinieron con él, porque se habían perdido dos caballos; que estarían aquí en el resto del día, pero que del hijo de Carrilon nada sabía.

Estando comiendo, llegaron Puelmanc y Manquelipi: éste con un hijo, y solos dos caballos; y aquél con dos hijos y dos mocetones, con veinte y seis caballos buenos. Tras de ellos llegó Payllacura con un mozo, y ocho caballos. Les di de comer, celebrándolos mucho, y les regalé una caja de dulce, que estimaron y ponderaron muchísimo.

Luego preguntaron por el hijo de Laylo, y les di la razón que Mariñan me había dado. No creyéndola, empezaron a murmurar de él, y de toda su casa, diciéndome que no vendría.

En el momento mandé a Baeza que lo fuese a buscar, y cuando no lo hallase en Cudileubu, lo siguiese hasta Butacura. Los indios dijeron que, en caso de que el hijo de Laylo no viniese, ellos no podrían continuar el viaje, porque ¿cómo se internarían a tierras ajenas sin mensaje de su cabeza? Más de una hora me llevé persuadiéndolos a que vendría, y cuando no viniese, que no necesitaba de él para llevar ellos noticias de la voluntad de Manquel, pues la oyeron en las repetidas juntas hechas. Que les sería muy recomendable el mérito de acompañarme, habiéndose el otro arrepentido, y otras reflexiones. Pero nada saqué, sino que sus corazones estarían tristes, mientras no viniese el mensajero de Manquel.

A las 7 de la noche estuvo Baeza de vuelta, porque encontró un mensaje que me mandaba Treca, con cartas del Señor Gobernador Intendente, y del Señor Comandante de los Ángeles, conducidas por un cabo de dragones, y nueve soldados, que estaban en la toldería de Manquel, desde la noche antes. En el instante estuvieron los indios a saber lo que era de Laylo, y les di por razón, que ni en Cudileubu, ni en sus toldos estaba: que no tardaría en llegar, porque se habría separado buscando sus caballerías.

Que ya tenían en sus tierras diez dragones, que pedí al Sr. Gobernador Intendente, a instancias de ellos; que viesen por sus ojos, que lo que prometían los españoles era cierto, y no faltaban a sus palabras; que del mismo modo irían experimentando cuanto les he asegurado acerca de nuestra amistad, y de la expedición. Que no sintiesen la falta del mocetón de Laylo; que a mí me bastaba con ellos, y les sería más importante ir los cuatro. Recibieron muy bien la noticia de los soldados, me dieron los agradecimientos de tan buen auxilio; pero al mismo tiempo, moralizando sobre la tardanza de Laylo, dijeron, que el no venir Laylo, y revolverse de tan cerca, contendría cosas de importancia, y la menor sería querer

echar el cuerpo fuera en permitirnos pasar; y que sin saber o descubrir sus máximas, les era imposible continuar la marcha.

Les hice ver que nos convenía salir sin demora al siguiente día, y que yo regresaría a buscarlo; que no me volvería sin él, o Manquel, que importaría más, que mi comitiva con ellos iría caminando, y saldría yo a alcanzarlos. Esta propuesta les hice por irlos alejando de sus casas, pues bien penetraba yo que Laylo no vendría. Aceptaron, pero con la condición que yo en el día debía volver, porque no podrían pasar sin mí más de un día: convine en ello.

Jornada XI

Desde Tilqui a Auquinco

(Mayo 5 de 1806)

A las 3 de la mañana ya estaba en pie, y con caballo ensillado; hice aparejar y aprontar la comitiva, hasta empezar a cargar. Traté un rato con los indios sobre el manejo que debían llevar en la marcha, y que, aun a costa de trasnochar, estaría con ellos en el alojamiento que tomasen. Hice a Baeza y a un criado que me siguiesen, y enderecé para Cudileubu.

No perdí instante en galopar, y a las 8 de la mañana ya tenía recorrida toda la ribera de Cudileubu, en donde sólo encontré los vestigios de Laylo, de sus animales, y del fuego que tuvo; me trasladé a la de Neuquen, pero nada sacaba, sino ver huellas, para arriba y para abajo del río.

Dudoso, pues, del éxito que tomaría, nos paramos en un alto; y hacia el norte, muy arriba del cajón de Cudileubu, divisamos unos bultos como de caballos, y al parecer se exhalaba un humo de una quebrada. Seguí para aquel destino, y cuanto más me acercaba, conocía ser de ciertos animales caballunos el objeto de mi atención. Llegamos al sitio: el humo eran unas tierras azulejas, y los seis animales caballos, de otros indios que estaban allí engordando.

Regresamos de aquel sitio hasta las juntas de Cudileubu, con Neuquen; y volviendo a tomar rastros, seguimos seis huellas de caballos que iban por una senda bastante amplia, aguas abajo de dicho Neuquen. Caminamos por ella más de tres leguas, y habiéndonos perdido en una quemazón, ya dudé de que Laylo pudiese haber tomado aquella dirección.

En este punto hice suspensión, y tratando con Baeza si nos alcanzaría el día para llegar al alojamiento de la comitiva, me respondió que no; pues teníamos que desandar todo lo andado, y después la jornada del día. Le aseguré que habíamos de alcanzarla, aunque fuese en la noche; y pareciéndome, que cortando el norte por los cerros que tenía de atraveso, podía salir a las vegas de Tilqui, me entré por un cajón de dos lomas altas, y a las 16 ó 20 cuabras que anduvimos, encontramos un estrecho, que fue preciso rodearlo por las faldas de un cerro; volvimos a él de nuevo,

topamos piedras, y vetas particulares, al parecer, de buenos metales. Mas adelante chorros, tracas, y caracoles petrificados, que de cada especie tomé una pieza. También un pedazo de cadera, al parecer de ballena petrificada; y saliendo del cajón nos fue preciso encumbrar un cerro parado, de tierras entre blanquizas, de muchas vetas de las primeras piedras aplomadas, relumbrosas, y muy pesadas que vi. Vencimos la subida, pero nos encontramos en un inmenso risco, sin más bajada que por donde habíamos trepado.

Desde este alto nos pareció que otro cerro contiguo nos proporcionaba poder pasar a las subsecuentes lomas; pasamos a él con mucho trabajo, y con no menos lo subimos tres veces, y dos bajamos unos precipicios, que hasta ahora sólo serían conocidos de fieras y guanacos. Nuestras cabalgaduras fatigadas y sedientas ya no caminaban sino a un tranco desmayado; nos era preciso aliviarlas a veces, caminando a pie, y tirándolas; pero notando que ni aun así nos sufrirían, las desensillamos un rato, para que tomasen fresco y alimentos. A nosotros también la sed y el calor nos incomodaban, y fue poco el rato que convino esperar. Seguimos por el filo de una loma, que cuanto más andábamos era más suave, y al fin descubrimos el plan de Tilqui, al que enderezamos con sumo gusto. Llegamos al sitio de donde habíamos salido por la mañana, a las 4 y tres cuartos de la tarde. En la aguada refrescamos las caballerías, y nosotros saciamos la sed. El dragón me instaba a que pasásemos allí la noche, porque no era práctico de la senda que la caravana había tomado; amedrentándome con que los animales no sufrirían la caminata. Yo le animé, asegurándole el conocimiento y experiencia que tenía de mis cabalgaduras, y que no podía faltar a los indios, y con esto seguimos a paso ligero por una senda pareja, aunque peligrosa, siempre al estenordeste, rumbo con que llegamos a la orilla del estero. A las poco más de 6 cuadras pasamos otro, nacido de la misma cordillera, y con igual curso al sur. Más adelante otro, que todos en el bajo forman uno, y consiguiendo el nombre de Tilqui, se incorporan al Neuquen.

Seguimos por una subida, que luego descendimos por terreno pedregoso y de trumau: el atraveso tendrá 4 cuadras. Trepamos otra subida de piedras, planas como tablones, que tendría cuadra y media, y la bajamos con media cuadra. Pasamos otro esterillo con varios mallines por su ribera, que nace de las faldas, al sueste de dicha cordillera, y se incorpora también al de Tilqui; y desde aquí comenzamos a subir un repecho tendido y largo, cubierto en muchas partes de piedras sueltas planas, y de todas vetas, que el arte no las hubiera puesto en tan buena disposición, para enlozar patios, y calles etc. Y llegando a la mayor altura de la loma, con sólo crepúsculos de luz, tendimos la vista, y se nos presentó al frente una hermosa llanura, con una laguna, cuya ribera albeaba, y circundada de unas faldas tan blancas como la nieve, por el nordeste, este y sueste; y en medio otro cerrillo, que dividía el llano de la misma materia. Me persuadí fueran salinas, pues no tenía razón para creer fuese nieve. Confieso no haber visto cosa más deliciosa, y que por aquel instante olvide la incomodidad que traía con las cabalgaduras, cuyas fuerzas se iban agotando. Seguí con gusto para el bajo; y antes de estar en él, se nos obscureció enteramente. Miraba por todas partes por si veía fuego, seña que me debían poner para distinguir el alojamiento de mi comitiva, y al

cabo de andar titubeando, entre arbustos espinosos y médanos, columbramos un fuego hacia el norte, seña que nos hizo conocer el que andábamos perdidos. Empezamos a cortar para la hoguera, pero ya nuestros animales cedieron sus últimas fuerzas, y ya a pie, ya a caballo llegamos al alojamiento a las nueve y media de la noche.

Así que estuve allí, pedí agua; y me pasaron un vaso, pero sin embargo de lo seco que venía, conocí al primer trago ser agria. Pregunté al agrimensor lo que había andado la caravana, y cómo se llamaba el lugar. Me respondió, que dos leguas y diez y nueve cuadras, y se llamaba Auquinco; que todo el camino fue al estenordeste.

A este tiempo llegaron a verme los indios, y enterados de cuanto hice por encontrar a Laylo, echaron fuera de sus pechos algunos resentimientos que de sus procederles tuvieron antes, y también de Manquel. Los consolé, prometiéndoles que bien temprano contestaría con el mozo de Treca, (que caminó este día con la comitiva) al Sr. Gobernador Intendente, y Comandante de los Ángeles, y al cabo, que estaba en lo de Manquel con los dragones, y encargaría a éste que hiciese nos alcanzase Laylo con su hijo. Me suplicaron no mandase a este mozo, hasta que no volviese un hijo de Molina, que de tras de mí salió esta mañana para lo del mismo Manquel, en busca de un hermano que había llegado con los citados dragones. Les pregunté: ¿que quién lo había mandado? Me contestaron que su padre; y lo hice llamar. Le reconvine: que ¿cómo había mandado a su hijo sin darme parte, para haber dado algunas providencias para la tropa, y por consiguiente sobre la revuelta de Laylo? Y que: ¿por dónde le dijo a su hijo fuese, que no se encontró conmigo, ni pasó por las juntas de Cudileubu? Me respondió que, después que yo salí, determinó el mandarlo, porque fuese a traerle un hijo que venía de Tucapel, para acompañarlo en el viaje; y que éste le mandó decir, que no tenía caballo en que alcanzarlo, y mandase por él, remitiéndole caballería. Le dije que ya estaba enterado, y a los caciques, que no devolvería al mocetón de Treca, hasta que no llegase el hijo de Molina, de quien tendríamos noticia de Laylo, y del recibimiento que Manquel le haya hecho, si se ha regresado. El 6, antes de amanecer, recordé al capataz, y le previne hiciese venir luego la tropa, y se aparejase. Yo esperé con caballo ensillado la aurora, y llegando, monté en él, y con Baeza me fui a reconocer aquellos objetos que me deleitaron antes. Las lomas que veía albas son de yeso enteramente. La laguna es salada, y toda la playa tiene un betún de sal, tan alba como la misma nieve.

El esterillo que corre por nuestro alojamiento nace de una cordillera, llamada Puni Manguída, que está al oeste nordeste de la laguna: forma tres lagunillas en el plan, antes de llegar al cerrillo del medio del círculo. De su otra parte está la laguna grande, que aunque salada, como he dicho, su agua, pero no desagradable. Toda la vega, que tendrá por una legua de atravieso, es pastosa, y por todas sus inmediaciones hay arbustos de los comunes. Así como volví, hice levantar cargas para marchar.

Desde Auquinco a Tril

(Mayo 6 de 1806)

Mientras se cargaba me vinieron a hablar los caciques: tratamos de la hermosura del sitio, y ellos de la mucha abundancia de sus guanacos, y avestruces que en él hay: que cuando llegaron ayer encontraron más de sesenta juntos en el plan, y cazaron tres. Me dieron dos piedras, de las que crían en el vientre; que por ser las primeras que veía, las celebré. Y viendo que ya la tropa estaba dispuesta, les dije: Amigos, a caballo, que son más de las ocho. Caminó la comitiva, y tras de ella la junta por el mismo rumbo de ayer: descabezamos la punta del norte de la vega, y comenzando a subir una loma baja, y dejando al este un camino, que los indios me dijeron iba para las salinas de Puan, antes de llegar al mayor alto de la loma, que toda es de trumau y camino carretero, se me llegó Puelmanc, y me suplicó, hiciese parar la caravana, porque querían cazar guanacos y choygues, Pues con la bulla y gritos de los arrieros se espantarían. Convine, y se repartieron los indios. Así que tomaron alguna delantera, continuamos la marcha por un plan del mismo terreno; como a las 8 cuadras, vimos un hermoso avestruz, que venía corrido y como a encontrarnos, y le salió de atraveso el hijo de Manquelipi, quien le tiró los laques, y enredó con ellos que no pudo moverse. Seguimos caminando, y como a las 4 cuadras, empezamos a descender por igual bajada: faldeamos unas lomas bajas, por las que venía un indio corriendo a 7 guanacos, que se le fueron sin hacer presa; y venciéndolas, nos entramos a un cajón de aguas de invierno, o lloedizas, que ruedan de las lomas del sur y norte; por el que caminamos dos tercios de legua, hasta llegar a una hermosísima vega, bañada de un estero que sale al oriente de la citada cordillera de Puni Maguida, a cuyo costado está la vega. Se llama Tril, y a la orilla del estero, que es salado, nos alojamos a las 10 y más de media. En este lugar hay cal de piedra, mucha arenilla blanca, y alguna negra, piedras cristalinas, mariscos petrificados, muchísimos guanacos, avestruces, marras en la misma abundancia, y mucha leña de arbustos para fuego. La cordillera repetida de Puni Maguida, para esta parte está cubierta de escoria: en sus faldas se divisan lomas enteras de yeso, hasta cerca de esta vega. Al norte hay un cerrillo puntiagudo como volcán, cuya altura se conoce ser de una piedra. En todos estos contornos hay piedra de cantería; y en los más distantes al oriente, tierras de color de bermellón.

Jornada XIII

Desde Tril a Cobuleubu

(Mayo 7 de 1806)

A las 6 de la mañana, estuvo toda la comitiva a caballo, y continuando el mismo rumbo, la atravesamos con más de dos leguas medidas, hasta llegar a un cerrillo bajo, que lo pueden pasar carros, y pasado otro llano más corto, llegamos a un esterito de agua salada imbebible, que pasamos, en cuyo sitio se ven al sueste muchos terrenos de color, y lomajes carmesíes como bermellón. Seguimos por buen camino, entramos a un cajón amplio de tierras llovedizas y saliendo de él, proseguimos por llanos entre dos lomas bajas. Dejamos al lado del norte un cerrillo pedregoso de muchos pedernales; bajamos, con descenso de diez o doce varas, a otro plan hermoso, y al salir de él, dejamos de una y otra parte de la senda varios extremos de lomas, cubiertas de piedras de cristales, que con los rayos del sol resplandecían como preciosísimas piedras.

Seguimos por camino carretero, y por igual clase de terreno trumagoso, y al este se nos manifestaron muchos cerrillos de arena y piedra, con cimas ya como casas, ya como torres, y algunos como fuertes, que parecían poblaciones de las nuestras. Los perdimos de vista, y nos introducimos a dos lomas, que hacen caja a las aguas rodadas y es formada de peñasquerías, por una y otra parte, color de fierro y con vetas de piedra blancas por cuyo cajón, pueden rodar carruajes: tiene más de media legua de largo. Salimos de ella, y entrando a la de Cobuleubu, que es una vistosa vega por su extensión y verdura de pajales, llegamos atravesándola con doce cuadras, hasta el río referido. Corre en este plan de oeste sudoeste a estenordeste: lo pasamos en buen vado de piedra menuda; tiene de ancho más de cuadra, de profundidad cerca de vara y media, y bien correntoso. Su agua entre salobre, pero no tanto como la del estero de Tril, y en su ribera, de esta parte, nos alojamos, habiendo andado seis leguas y veinte ocho cuadras, todas medidas.

Cualquiera ponderación que se haga de estos terrenos y montes, por los objetos distintos y desconocidos que a cada paso presenta la naturaleza, es muy corta; pues para describir de algún modo útil a la inteligencia, ni debía venir de marcha, y con los distintos cuidados que me rodean, ni ser de tan cartas luces: porque a la verdad, para dar completa idea, se necesitaba entrar a ellos con solo este fin, para especularlos despacio y con prolijidad. También, el que no se recelase riesgo en las especulaciones, porque ahora a cada momento los presentan sus naturales. Desde que llegué a Moncol, no hubo día en que no ocurriesen nuevos temores, y así toda mi comitiva, más quería regresar que dar un paso adelante. No se veía indio que no viniese despavorido, formando dificultades inaccesibles; y para hacerles ver que serían originadas de particulares fines de sueños de una vieja, de otra mujer, o de un indio de crédito que ellos recomendaban, se necesitaba emplear uno el discurso y el tiempo más importante. Ni me hubiera servido mi resolución, ni el desprecio que hacía de sus dichos, si ellos no hubieran creído que el reloj era cierto adivino, que yo traía para que me comunicase las disposiciones de las naciones. Laylo, que lo vio sobre mi mesa, y observó el sonido enmedio de varios concurrentes, virtió la especie: y aunque yo les signifiqué su destino, no lo creyeron, por dar más autoridad al indio, que les ponderaba, que ¿cómo había de temer, ni ignorar las cosas, cuando

a él le estuvo el Gaucho sacando la lengua?

De ambas materias trataré, con el conocimiento que voy adquiriendo, en el lugar que he prometido. Ahora la toqué porque en este mismo sitio donde estoy escribiendo, ha empezado Puelmanc a fundar nuevos obstáculos, que les rechacé, con decir que no me hablase de eso, que el miedo no lo conocía, y riesgo había cuando uno se descuidaba. En fin.

Este río, me han inteligenciado estos caciques, que es la línea divisoria de estos peguenches, con los de Malalque; pero no en cuanto a las Pampas, pues estos disfrutaban de la propiedad y dominio de tierras hasta Chadileubu.

Su nacimiento, dice Manquelipi, asegurando ha corrido la mayor parte de su extensión que es la cordillera de Curideguin, distante de este sitio diez días de camino, que su primer origen es de un hermosísimo mallinar, el que dista de los españoles de Maulé poco más de un día.

Que de sus tierras hasta este sitio le confluyen los ríos siguientes: Currimurin-leubu, Colimal-leubu, Collimamil-leubu, Rauguico-leubu, Liucuyan-leubu, Coygueco-leubu y Yanechi-leubu. Que en saliendo de estas cordilleras, corre solo sin introducirse a Neuquen, arrojándose a la senda que debemos llevar por unos días: después que nos separemos de su ribera, alojaremos a distancia de tres leguas, y otros de ocho, y otros de cinco hasta Puelec, por cuyo frente toma ya su dirección para la mar. También me han asegurado, que por el costado del sur, su línea divisoria con los guilliches es el estero de Curaguenague-leubu, cinco días de camino en su caballo, sólo antes de llegar a Limayleubu; que es decir, que son cincuenta leguas de menos goce, que los que Molina aseguró en su diario, por la división a Limayleubu.

A Limayleubu ponderan estos naturales, que es el río mayor que corre al oriente de los Andes; que nace de las cordilleras de los primeros guilliches, parciales de los llamistas y enemigos de Canigcolo y patagones; y que no descubre vados, porque es muy profundo; que le confluyen Neuqueu, y otros varios esteros.

Conviene en que el estero de Cariguenague, en las Pampas, corre hacia al sur, entre Neuquen y Limayleubu, y que se incorpora a este, antes de las juntas con aquel.

También, que Cariguenague nace de la cordillera, nombrada Deguin, que los divide de los referidos guilliches, hacia el poniente, y por último, que el atravieso, de sur a norte, desde este río a Cariguenague, es de doce días de camino.

Para adquirir noticias de estos indios se necesita irlos introduciendo insensiblemente a la conversación, sin que ellos conozcan es con el objeto de saber de sus terrenos, propiedades etc.; pues son tan recelosos que, yendo el agrimensor en Auquinco a ver un escarpado de piedras toscas de cantar, en la tarde que llegó allí la comitiva, le fueron a decir que ¿si iba a buscar oro? Que ¿qué hacía? Y que se retirase. Es también cierto, que a mí jamás me han embarazado, ni reparado el que ande a pie o a caballo, por todas partes donde me parezca conveniente: que trepe a los cerros, que me apee tomar tierras, o piedras; pero siempre he tenido la precaución de prevenirles alguna curiosidad, y deseo de salir de ella. En el propio lugar de Auquinco, como dije, en él fui a ver la laguna, y yeseras, con sólo la precaución de que la noche antes alabé la hermosura

del sitio, que lo había de ver antes de salir, y cuando llegué, se me juntaron todos con sumo gusto a preguntarme que: ¿cómo me habían parecido aquellos cerros tan blancos? Les ponderé aquellas minas, y en método alegre les supliqué si tenían algunos cerros de oro, o plata, me los enseñasen, que gustaba con ellos ver, y especular cosas desconocidas. Contestaron riéndose, que sí lo harían cuando los hallasen; y continué⁴, advirtiéndoles las utilidades del yeso, para introducirlos al interés que debían tener en la amistad de los españoles, pues con el trato de ellos adquirirían conocimientos importantes.

Así, hoy 8, como se levantaron, saqué de una petaca una aguja hermosa, de muy buena pintura y caja; llamé a uno de ellos, y la puse en la orilla del río, y como todo le pareció bien, gritó a sus compañeros que concurriesen a ver lo que era lindo, y se movía solo. No quedó uno sin venir. Les expliqué sus usos, y llenos de placer me traje a los caciques a mi toldo, en donde matearon a su gusto, y después almorzaron y mientras duró uno y otro, estuvimos tratando del río, de sus terrenos, y de lo demás que he expresado.

Por todo el diario de ayer se conoce, que no tuvimos más agua que la del esterillo salado, hasta llegar a este río, que no deja también de tener su sazón; y me falta advertir, que desde la vega de Tril hasta este lugar tampoco hay pasto, pues todos los terrenos son trumagosos y de arenilla escoriosa; pero si abundan los arbustos, especialmente de los de marras, que en muchas partes, para que pudieran pasar carros, sería necesario rozarlos.

En este sitio tenemos mucha extensión de vega, hacia el sur y norte, circundada de lomajes bajos, areniscos y con vetas de todas clases de piedras y tierras. Por el bajo que prestan las del norte, se divisa el cerro del Payen, a distancia de veinte y cinco leguas. Al norte, cuarta al este, la cordillera de Pichachen, tres días de camino de aquí, según dicen los indios. Al oeste, cuarta al sueste, la cordillera de Puconi Maguida presentada de costado, que distará su plan tres leguas, y hace caja a este río, y por todos los demás costados no se miran sino cerros bajos.

A las 10 del día, montaron los caciques a caballo, con el proyecto de buscar yeguas, o caballos alzados, que dicen hay muchos por estos contornos; y al ponerse el sol, que acababa de llegar el hijo de Molina de lo de Manquel, estuvieron aquí sin presa alguna. Me estaba dando razón Molina, que Laylo y su hijo se habían vuelto, y llegado a sus toldos con el pretexto de los dos caballos, que se le huyeron de Cudileubu. Que Manquel había tenido muy a mal la vuelta, y que estaba en disposición de montar a caballo con su mujer, y seguirme. Me aparté para que se allegasen los indios a tomar esta razón, y oírlos producir.

Apenas entré a mi toldo, y empezaron a preguntar: ¿Qué era de Laylo? ¿Qué de su hijo? ¿Qué de Manquel? Y oída su resolución de volverse, y la que tenía Manquel, moralizaron en voz baja sobre el proyecto, y dijeron a Molina que eran unos embusteros. Que ¿por qué no maneó Laylo sus caballos? Que los soltarían de propósito. Que ¿por qué no vino a entregar a su hijo, así como tuvo caballería para volverse, y después fue a buscarlos, y los mandó? Que ni Laylo, ni Manquel tenían palabra, honor, ni procederes honrados. Que sus promesas serían para recibir chupas y demás agasajos. Para tener en sus toldos soldados, pues, con este auxilio

estaban acostumbrados a salirse con las inhumanidades que querían; y por último, que no creían; y que teniéndolos resueltos a caminar, continuarían conmigo, y se vería que no hacían falta los mensajes de Manquel ni de Laylo. Que ellos me darían las quejas que tenían de Manquel y de su hermano, allá en su pecho, que lo abrazaban. Que entonces los conocería bien, y no tendría esperanzas de ellos. Bien enojados volvieron las espaldas, se fueron a su alojamiento, desensillaron, se tendieron, y trataron de nuevo de la materia.

Yo que de todos modos y sin reparar perjuicios, deseaba un compañero de la casa de Manquel, por tener el nombre de Gobernador, y que sin duda sería reparable para los caciques intermedios que faltasen sus recomendaciones, sentí el oírlos tan encaprichados; y, al poco rato, proponiéndome solicitarlos, los mandé llamar con el capitán Jara, para que viniesen a acompañarme en el mate, porque estaba triste, acordándome de mi mujer e hijos. Al punto vinieron.

Ya sentados dentro de mi tienda, me dijeron que estaría pues triste, viéndome en tierras ajenas, y tan distante de mi familia. Les contesté, que como no había de estar, cuando mes y medio hacía que me había separado de mi casa, de mis hijos y de mis comodidades, en cuyo tiempo pensaba haber concluido mi comisión, y estar libre de los temores que son consiguientes, y que aún no me hallaba en la tercera parte del camino.

Proseguí: Mi tardanza, amigos, ha dimanado de accidentes inevitables a los viajeros, y ella ha causado el atraso de mis bestias, el consumo, de mis víveres, y otras incomodidades que no está hecha mi persona a sufrir; pero habréis reparado, cuando me mirasteis, mi rostro igual, siempre afable, y siempre contento para con vosotros, como si estuviera en mis tierras entre los placeres, y en medio de la seguridad. No me negareis esta verdad; mas ahora que estoy acompañado de vosotros, que os he recibido como hijos ¿qué podrá afligirme cuando me habéis complacido con vuestras compañías, que me prometen cierta franqueza, y seguro en las tierras que hemos de pasar?

Cierto es que por esta parte estoy contento, pero algo tengo de nuevo en el alma que me oprime el corazón. Me he acordado que había creído llevar conmigo cinco peguences, y que en vosotros no veo sino cuatro, no tengo pues completo mi deseo, uno me falta, y si sois mis amigos, me ayudaréis a buscar arbitrios para solicitar otro compatriota, con el que se completará el número que deseo tener de los cinco. No por esto penséis que me intereso en que condescendáis con mi gusto, sino sólo en que, oyéndome cada uno, me diga con verdad su parecer, que si es más fundado que el mío, me daré a la razón, alabando el mejor dictamen. Soy, y todos los que me oyen, racionales, y conozco en vosotros ciertas luces naturales, dignas de toda alabanza. Decid, pues, ¿gustáis oírme?

Respondieron, que dijese cuanto quisiese, pues conocían en mi espíritu cierta bondad que merecía complacerse.

Proseguí: Ya oísteis, compañeros, el recado de Manquel, que condujo Molina, y también como Laylo se revolvió. Ya está conocido, y también conozco a Manquel, que sabe faltar con lo que promete. Así no es de asegurar el que ahora cumpla lo que me ofrece; pero no sé que me queda en que pueda en la ocasión tomar a su cargo cumplir con la obligación en que él mismo puso a su hermano. Estará corrido, avergonzado, y su corazón de hombre le estará allá dentro representando, que por los españoles se ve

auxiliado de soldados, con ellos a su puerta, como mis jefes, y que ¿cómo ha faltado a prestarme un homenaje o un mensaje y que en nada le perjudicaba, sino antes bien le prometía en la ocasión, honores, créditos, y se aseguraba de recompensas que sólo por este medio debía esperar merecer? Así verán sus ojos las prendas que él, que su hermano y su sobrino recibieron de mi mano por el motivo de haberme ofrecido un embajador de su parte; y no dirán todos ellos ¿cómo faltamos a nuestras promesas con estas memorias que nos causan la infidelidad e inconstancia? Soy, pues, de sentir hacer la tentativa de llamarlo; de cuyo proyecto sacaremos, o acabarlo de conocer, para lo sucesivo no darle crédito, o que sabe volver por su honor, para tenerlo en la buena reputación que antes se mereció, y de que se haría nuevamente digno. Si se consigue, llevaré en el número de mis cinco amigos y compañeros un igual al de mis hijos, que todos los días miraré en vosotros, y también el no perder a un amigo que ya lo miraba de confianza con el frecuente trato que tuve tantos días con él en sus toldos; pues no debíais dudar que la familiaridad engendra un amor parecido al de la sangre, si me queréis entender por lo que os lo digo. No debe, pues, perderse una amistad a los primeros resentimientos; y es de consiguiente necesario disculpar algunas faltas, porque ni los genios son iguales, ni los hombres tan cumplidos, que no tengan mil defectos. De otro modo siempre seríamos, unos de otros, enemigos y habréis notado en muchas veces, que haciendo acciones a vuestro parecer en obsequio de vuestros compañeros y amigos, estos las han recibido como injurias y agravios, que debieron ser gratitudes. Por estas razones, para consolidar la amistad de Manquel, quisiera llamarlo, supuesto que me ha mandado decir que vendrá, si quiero. Si lo hace, conoceré que es digno de mi aprecio; y si no, lo abandonaré como satisfecho de su ingratitude. El perjuicio que puede resultarnos de su llamada, aun cuando no venga, sólo será el que padezcamos alguna más demora en el camino; pero os hago presente que ganamos el menos maltratamiento de nuestros caballos, y el completo conocimiento de su carácter, para no confiar más en él. No sólo seré yo el de esta ganancia, pues conozco en vosotros ciertas quejas, por las que dudáis también de su fidelidad y de su amor. Sobre ellas no puedo menos de advertiros, que el superior es siempre el blanco de sus vasallos, que le es imposible proceder al gusto de todos los súbditos, ni consultar a todos para proceder, porque entonces todo el gobierno sería confusión; y por ahora es bueno suspendáis vuestros juicios, y no critiquéis más sobre los resentimientos que de él os he oído. También ganáis en la demora, caso que venga, hacer presente a vuestro jefe, que necesitando sus respetos para que os recomienden vuestros servicios, convinisteis gustosos en tardaros más en la marcha, y si no viene, para que yo haga presente al Sr. Virrey esta mayor prueba de vuestra fidelidad y subordinación. Sírvaos yo de modelo, que he padecido demoras tan grandes por vosotros mismos, y que aún no me desisto de esperar a vuestro compañero. Espero sufrir ésta en vuestra compañía con gusto completo, y que la mía vos no la recibáis mal. No os propongo discurráis esperando aquí quietos, porque no aseguro el que venga, sino sólo el que caminemos despacio, y parando donde haya comodidad para nuestras cabalgaduras. Espero, pues, me digáis como amigos la verdad de lo que sintáis sobre mi proyecto.

Manquelipi, que tomó la voz para responder, trató con Puelmanc más de un cuarto de hora de la materia, y al fin se convinieron en parar conforme yo dispusiese, asegurándome que cierta honradez que conocían en mis procedimientos, no les daba lugar para contradecir a mis disposiciones. Les advertí que el siguiente día se mataría una ternera que traía en pie; que tomarían buenos asados, y pasado mañana o al subsecuente día, seguiríamos nuestra derrota, pues ya el pasto estaba escaso y trillado, Les pareció bien, y después de cenar se retiraron. Luego me puse a escribir a Manquel llamándolo, y haciéndole ver, que su hermano, a quien él ofreció, había faltado al tiempo preciso; que por su oferta se habían originado tres gastos de agasajos que recibieron en esta virtud. Que sólo viniendo él podría poner en cubierto un defecto que con ningún otro arbitrio se borraría; que entregase al cabo de dragones los agasajos que le dejé para Canigcolo, para que éste se los llevase al cacique Calbuqueu, con una carta que le incluía, previniéndole los remitiese en siendo tiempo.

Al mismo cabo le encargué el puntual cumplimiento en este asunto, y el buen orden de la tropa, que remitiese cinco dragones en caso de poder continuar las cabalgaduras, y cuando no, que me mandase a uno, y viniese en uno de dos caballos míos que dejé en lo de Treca. Contesté al Sr. Gobernador Intendente, y al Señor Comandante de dragones, orientándolos de mis demoras y sus causas, y del estado actual de la expedición, y que de Chadileubu le remitiría el diario formado hasta allí, para en caso de perecer más adelante, quedase constancia de él, y del buen arbitrio que se ofrecía por Cagnicolo, para conseguir el descubrimiento de las tierras Patagonas, y caminos para Chiloé, Osorno y Valdivia, por estos montes. El 9, bien temprano, remití el expreso, recomendándolo a Treca, para que prestase los auxilios que se necesitasen, y aconsejándolo que instase a Manquel a que viniese, pues por lo más que sentía sus defectos era por ser su pariente, y él tan mi apasionado. Le remití nuevo agasajo. En el resto del día no ocurrió cosa notable.

Jornada XIV

Desde Cobuleubu hasta la boca del estero de Invierno, en donde hace isla el río, y hay carrizales

(Marzo 10 de 1806)

Con bastante noche dispuse la marcha, y a las cinco y tres cuartos siguió la caravana al cacique Puelmanc. Tomamos la misma dirección del río al este, cuarta al nordeste. Sólo en partes se distinguía camino, porque ya en otras estaba cegado de arbustos, y de unos matorrales de paja cortadera, que en montones abundan. Nos desprendimos de la vega del río

hacia el norte, atravesamos una punta de loma baja, continuamos por un plan, desagüe en muchas partes de las quebradas y cajones del norte que forman los cerros. Descendimos una bajada parada de media cuadra, en cuyo sitio repetimos la marcha por la caja del mismo río, que desde este punto es muy tupida de las pajas referidas de yaques, guicos, y otros arbolillos, cuyo espacio sería de diez a doce cuabras, y prosiguiendo por camino más amplio, con cuatro leguas seis cuabras, llegamos a un cajón bajo con sólo una quiebra, cuyas arenas denotan ser curso de aguas en las lluvias, y embocadura al río; que lo es también de un gancho, que del mismo se desprende para formar una corta isla con carrizales. Alojamos en este lugar: goza del mismo nombre del río.

En todo el trecho del camino no hay pasto, sino en las vegas y orillas del río, y eso, grueso y escaso. En los lomajes no se ve ni una sola mata. Todas son tierras trumagosas con algunos arbustos, ya de color blanco, ya amarillo, ya azulejo, ya colorado por una y otra parte de Cobuleubu. Todos estos terrenos tienen su betún de escoria, y por consiguiente algunas piedras grandes y medianas, y muchas de ellas de color de fierro, que suenan al tocarlas casi como una campana. En este alojamiento dejé una mula que se empedró.

Jornada XV

Desde dicha isla hasta otra del mismo Cobuleubu

(Mayo 11 de 1806)

Salimos de este sitio a las siete de la mañana, por el antecedente rumbo con que llegamos, y atravesando una loma baja pedregosa, que en su altura tiene minerales de piedra de la misma especie que las referidas del día 8. En el plan que arriba hace, que es bien grande, hay multitudes de unas piedrecillas negras lustrosas, y llenas de recortes por todas partes, en quienes parece anduvo el arte, de cuyo espacio descendimos, con una hora andada, una corta bajadilla bien pendiente de poco más de media cuadra, y tomando al este, entramos a la vega del río. Aquí mucho más emboscada de pajas y arbustos chicos, y por ella abajo, ya separándonos del río, ya acercándonos, y en partes por terrenos limpios, y en otras con arbustos con tres y media leguas medidas, llegamos a un bajo que hay bastante saucería, varias islas, y por una y otra parte se estrechan las lomas, que sólo dejan una corta caja a Cobuleubu. Todo el camino, y lo que se comprende con la vista, son terrenos iguales a los de ayer. Vine tratando con los caciques sobre la esterilidad de estos campos, que son sin destino, ni puede dárseles aplicación, si no es la misma ribera, y que pudieran haber muchas minas, porque en terrenos semejantes, las hay en Chile muy ricas. Me contestó Mauquelipi, que así decían, que había riquezas en todos estos lugares, y de manifiesto en la tierra de

Chachaguen, que demora al norte de este alojamiento, y está a distancia de ocho a diez leguas. Me aseguró, que en un cajón de un estero que baja de dicha cordillera, está el oro de manifiesto. Le dificulté mucho sobre la realidad de su aserto, y se afirmó tanto, que dijo: que sino fuera hacer traición a su nación, descubriría las riquezas, y que el camino es pedregoso, y por eso muy áspero. Que él me llevaría a que por mis propios ojos me desengañase. Dejé la conversación en este estado, porque no me considerase interesado a un descubrimiento, que siendo el monte tan notable y conocido, como que está ya fuera de las sierras, será facilísimo hacerlo en lo subsecuente, si se logra la apertura de esta ruta.

El 12, pasamos en este lugar, por dejar descansar las bestias; pues siendo de las de peor condición las que traigo de real hacienda para la conducción de los víveres para los indios, ya vienen en deplorable estado; y también por esperar las resultas del cacique Manquel. Lo he prevenido a los indios, quienes aceptaran con gusto la disposición, y me suplicaron les mandase hacer un algodón a cada uno, para guarecerse del frío. No me dejaron de poner en confusión, porque jamás había notado en el corte de los dichos algodones, pero con todo, habiendo muestra de manifiesto, entre mis mozos, les prometí cumplir sus deseos. Y estuvieron servidos los cuatro caciques, a las ocho de la noche, con sus algodones incintados y muy decentes que luego se calaron, dándome repetidas gracias.

Jornada XVI

Desde las islas y carrizal de Cobuleubu hasta Quenico

(Mayo 13 de 1806)

A las siete de la mañana estuvo la caravana a caballo, y tomando la ribera abajo del río, anduvimos al sudsudeste, por camino bueno, y con muchos arbustos, veinte y tres cuadras. Nos apartamos del río, tomando al este, introduciéndonos a un cajón de lomas bajas pedregosas, y de terreno de trumau flojo y vetoso como el antecedente. Para salir de él, trepamos una subidilla de un tercio de cuadra. En este punto estuvimos en un plan hermosísimo del mismo terreno que el anterior piso, y cubierto de arbustos. Al norte, cuarta al noroeste, demora la sierra de Chachaguen, cuya cima es de peñasquería muy quebrada; y al sudeste la de Auca Maguida. Hasta este punto, en que se enteró legua, sólo puede contarse la cordillera, pues ya para adelante todo lo que se distingue son llanuras. Continuamos por camino carretero, y como cosa de seis cuadras, antes de llegar a un bajo, o abra de una loma muy baja, se midieron dos leguas, y mudamos el rumbo al nordeste, cuarta al este, por el que nos dirigimos. A la legua que seguimos esta derrota, divisamos de nuevo la caja del río Cobuleubu, a distancia de dos leguas, poco más. Este río, desde donde nos apartamos de él, empieza a hacer un medio círculo, tomando al sur, y pasando por el pie del norte de la citada cordillera Auca Maguida,

se dirige al nordeste, hasta unos cerrillos de tierras blanquizas, y otro a manera de castillo, desde cuyo sitio toma su carrera al este y sudeste, para los llanos, que se conoce muy bien desde este punto, porque le forma caja un cordón de lomillas y cerrillos, que se distinguen superiores hasta después que la vista no alcanza a los llanos. Proseguimos por el rumbo, o igual senda, por entre muchos arbustos de los comunes, y pasadas algunas quiebras del terreno, en trecho de ocho o nueve cuabras, llegamos a un cajón muy pedregoso, que se titula Quenico, en donde tomamos alojamiento, con seis leguas, veinte y tres cuabras andadas.

El día de hoy ha sido el más penoso de camino que hemos experimentado, porque el viento oeste no ha cesado desde las cinco de la mañana un momento. El tropel de cerca de ciento y cincuenta animales, que vienen en piso trumagoso, y en muchas partes flojo, formaba una densísima nube de polvareda, que no sólo los ojos, sino la boca, narices y oídos han padecido. Los mismos indios, que están acostumbrados a estos sitios, se adelantaron, y los hemos venido a encontrar poco menos que ciegos. Nuestra guía fue el rastro que el mismo polvo lo cegaba; y si no es porque noto la variación del rumbo, nos hubiéramos perdido, pues el madrinero perdió las huellas por venir a veces cerrando los ojos en las mayores volcanadas. Hubiéramos pasado una noche igual al día, porque en todos estos contornos no hay agua sino aquí, y ésta es de vertientes en pujios chicos, que sólo forman una fuente pequeña. Las caballerías, por la jornada pesada y sin agua, han padecido y atrasádose mucho. Dos caballos cansados se han alejado en el atravieso, y otros han quedado con pocas fuerzas para seguir. En todo el camino no hay una mata de pasto, sino en este sitio algunos coironales.

El mucho viento me ha impedido poder atender a otros objetos que hubieran hecho más palpable la ruta; porque muchas veces que quería mirar a una u otra parte, me era preciso echar mano a los ojos llenos de tierra.

Jornada XVII

Desde Quenico a Luanco

(Mayo 14 de 1806)

A las ocho y tres cuartos de la mañana, partimos de este lugar, dirigiéndonos al nor-nordeste, conforme a la ruta que tomó el cacique Puelmanc que nos guiaba, y para poder con acierto computar por el reloj las distancias que anduviésemos, como que todo el terreno, es igual en lo de adelante, y suspender de la mensura que nos demora, mandé que se tomase la cuerda, y se siguiese con ella, hasta que yo avisase.

Saliendo del bajo, en que alojamos, por una corta subidilla pedregosa, y pasando una loma baja de seis cuabras de atravieso, también con piedra el piso, llegamos a un plan en el que hay un hermoso puquio, y tres sitios al norte en que está virtiendo el agua, y se harían unas famosas fuentes, si

se limpiaran. Seguimos la marcha por camino parejo trumagoso, siempre con muchos arbustos, y algún pasto de coirón; a las diez y tres cuartos, que hacían dos horas, se enteraron dos leguas.

En este sitio se puso la aguja, y demora al noroeste, cuarta al oeste; el cerro del Payen, y al oeste, cuarta al noroeste, el de Chachaguen, y entre éste, y el de Auca Maguida, que ya no lo distinguimos, ofrece el camino objetos conocidos, e invariables desde muchas distancias, para no perder la dirección.

Quise de nuevo volver a repetir en la mensura, y continuando con ella, y rumbo, a la legua y nueve cuabras, llegamos a una profunda cueva de piedra; que sacando el reloj, vi habíamos andado hora y cuarto, y ya hice guardar la cuerda con el debido conocimiento, que una legua por hora debe estimarse.

Esta cueva, como dije, es de piedra; su circunferencia tendrá de boca en círculo doce o catorce varas, y duplicada cantidad en el plan. El asiento está lleno de tierra volada, y será desde la creación, porque no se le conoce derrumbe. Hay también en este lugar muchas piedras de escorias, y en otras varias partes del camino hasta llegar al lugar de Luanco, en el que estuvimos a las dos y cuarto de la tarde, y tomamos alojamiento con cinco y media leguas andadas.

Este sitio es una famosa vega, que de oeste a este tiene quince cuabras, y a su remate unos lindísimos y abundantes pujios sobre toscas. En ellos saciaron su sed nuestras caballerías, y sin embargo de que son bastantes, no se conoció disminución. Se nota la pujanza con que brota el agua por entre las rendijas de las piedras, y como es cristalina, se hace más hermosa y apreciable, aunque no le falta su sal para no ser dulce.

El viento tuvo hoy sus intervalos, pero nos causó la velocidad de ayer tal conmoción en la naturaleza, que no ha habido uno de la comitiva que no haya velado y padecido una sed insaciable. Los indios se la han pasado a viajes al agua, y a la una de la mañana ya estaban en un fogón, quejándose del desvelo y sequía, que les era en vano querer dormir, ni procurar humedecerse.

A las nueve de la mañana volvió a soplar el viento, y ya fue trayendo varias nubes oscuras que nos prometían aguacero. Yo lo deseaba, para que el polvo se aplacase, y se reverdiesen los campos; y a las doce poco más, cayó una corta granizada, y poco después de estar alojados, una lluvia de poco más de media hora, muy parecida a las que experimentamos en Chile. Los caciques vinieron a cubrirse en mi carga, que estaba punto menos que en el campo; y mientras duró, tratamos de la cueva tan notable en el escampado parejo, y terreno pedregoso. Ha asegurado Puelmanc que siempre la conoció, y por caso particular, que sólo en una ocasión oyó decir mantuvo agua de las lluvias, que sin duda serían entonces muy copiosas y continuas.

En este mismo sitio se junta el camino que anduvo Molina, con el que hemos traído; y así que salió el sol, el 15 puse la aguja, y notó que el Payen está de este sitio al oeste noroeste, al oeste el de Chachaquen, y al sudsudeste el repetido camino de Molina.

Aquí tuvimos la desgracia de que un caballo, que traía reservado para adelantar un expreso a lo de Charripilun, amaneció muerto por haber comido cierta yerba venenosa que se conoce en estos campos; y por haberse

desgaritado muchas caballerías, padecimos demora en el aprontamiento⁵.

Jornada XVIII Desde Luanco a Carcaco

(Mayo 15 de 1806)

A las once y diez minutos dejamos este sitio, dirigiéndonos al este. El camino llano, y a las pocas cuadras, topamos pujios de agua y vertientes, pero todas salobres. A las dos leguas entramos a un corto pedregal de escoria; que pasado, nos introducimos de nuevo a otra vega, y repitiendo por algunos otros muy cortos pedregalillos. A la una y cuarenta minutos, con dos leguas y diez y ocho cuadras, estuvimos en el lugar de Carcaco, en que alojamos, por haber un pujio abundante de buena agua, bastantes arbustos para fuego, y pasto de coirón. Todo el terreno que hoy hemos andado, es parejo y plano; de suficientes pastos.

En estos anteriores días habrá llovido mucho por estos lugares, porque hemos dejado muchos pozones de agua del tiempo. En este alojamiento se enfermó una mula, y la dejamos abandonada por no estar capaz de seguir.

Jornada XIX Desde Carcaco a Guacague

(Mayo 16 de 1806)

A las nueve y diez minutos proseguimos nuestra dirección por la misma derrota del este, a veces por camino, y otras sin él: nuestra guía era el cacique Puelmanc. Los arbustos comunes en su calidad y abundancia, algunos cortos atraveso de piedra escoriosa y menuda, y mucha agua llovediza; y a las dos y tres cuartos de la tarde, como una y media legua, estuvimos alojándonos en Guacague; y antes de llegar, pasado un monte de arbustos, hice contar la tropa, en cuya diligencia pasamos ocho minutos.

Es de notar que al poco rato que salimos de Carcaco, dejamos una vertiente de agua que corre un corto espacio, y se resume en el médano, mucho mejor que todas las antecedentes, desde la salida de la cordillera, y el lugar de su situación sería muy cómodo para cualquiera población.

Muchas perdices, infinidad de marras, y huellas de animales caballunos, que habrá alzados en estos despoblados, hemos visto por todo el camino.

Ya que estuve acomodado, vinieron a mi toldo los caciques, y sentados a su uso, dijo Puelmanc: A poca distancia de este alojamiento es el lugar de Puelce, donde se junta el camino por el que trajinan los llamistas y

guilliches con este. En este lugar es el riesgo, ahí puede haber indios esperándonos, si acaso se han determinado a maloquearnos; y más si unos con otros se convocaron, como nos dijeron en los montes, que debían juntarse ahí por necesidad. Será pues bueno prevengáis tu gente, hagáis recorrer tus armas, dar tus disposiciones a tus rondadores, y en fin cuanto halles por conveniente para nuestra seguridad; quedando advertido que en nosotros tenéis unos amigos que hasta perder la vida seremos tuyos. Les contesté que a todos estimaba la visita, la advertencia y oferta, y que en presencia de ellos dispondría lo que mi gente debía hacer: que se esperasen para que estuviesen también entendidos, me dijese lo que no estuviese a su gusto, y me advirtiesen lo que no alcanzase a discurrir. Llamé inmediatamente a mi gente, y parado entre todos ellos fuera de mi tienda, les dije: Antes de montar a caballo, Señores, y cuando nos convenimos en venir, os dije bien claro, que esta expedición se hacía por tierras desconocidas, que las habitaban indios, de quienes hasta ahora no teníamos otras nociones de su carácter que de bravos guerreros y salteadores, como que saltaron en muchas ocasiones las caravanas que salieron de Buenos Aires. También os dije, que debemos ir a solicitar a Carripilun, que fue capitán del difunto Llanquitor, que cautivó y quitó la vida al canónigo Cañas, por el mismo camino de Buenos Aires a Mendoza. No me descuidé así mismo de advertiros que los guilliches y llamistas, enemigos de los peguenches que traemos por amigos, trajinaban este camino; y así que en venir, arriesgabais vuestras vidas; pues en buenos términos solicitabais la muerte, porque siempre que tuviésemos algún encuentro, sino los ganásemos, o pereceríais en el encuentro, o en la fuga. ¿Pues por dónde habíais de tomar, que no quedaseis entre ellos? Os dije a todos y a cada uno, que yo solo, lleno de amor al real servicio, y deseoso de que por medio de mi sangre se aumentase el estado, y se hiciesen más felices y seguros estos reinos, me sacrificaba gustoso a esta empresa, desafiando en buenos términos a la muerte. No sé, amigos, lo que os animó a vosotros, (hablo con algunos de los sirvientes de la comitiva). Si fue el prest que venís ganando, estamos pues ahora en el caso de que pudiera proporcionarse ocasión de defender vuestras vidas para gozar del premio que esperáis en la ganancia; pues con consideración al riesgo os ajustasteis, y por los demás que ya conozco, a los unos que me sirvieron desde mucho tiempo, les animó el deseo de complacerme, mostrarse agradecidos, y hacerse más dignos de mi protección; y a los otros, los enlaces de la sangre, juntos con los buenos deseos de hacerse útiles al estado. A todos, pues, es ahora cuando les debe animar aquel mismo motivo que los violentó a venir. Sí, amigos, estoy prevenido por estos caciques que estamos en el riesgo, que pudieran aquí, o más adelante acometernos enemigos. Así me parece que estoy a la cabeza de un ejército invencible, si sólo por un rato os mostráis valerosos y fuertes, porque ya habréis notado que son cobardísimas estas naciones, y estoy persuadido que, aunque nos salgan doscientos indios, antes de media hora huyen, como observéis estas órdenes.

Primera.- Que cuatro arrieros, que serán nombrados a satisfacción del capataz, salgan a rondar las caballerías; prevenidos, que los cuatro anden distancia de media cuadra de los animales, teniéndolos siempre en medio, y vivamente observen por todas partes de su costado si ven gentes, y cuantas

con el bien entendido, que si son dos, o uno, comunicándose con la debida precaución la noticia unos a otras, y quedándose uno en la tropa, los demás a ellos, hasta prenderlos, y traérmelos aquí para recibirles declaraciones. Y si son más, tirarán un tiro, y se arrimarán dos con la tropa a este mismo sitio a toda brevedad, a fin de favorecerla; y otros dos procurarán cortarles el paso, mientras yo de aquí mando refuerzo, para lo que se amarrarán mis mejores caballos.

Segunda.- Para en caso de que nos asalten, ninguno se desnudará, y siendo catorce nuestro número, once con pistolas, y tres sin ellas, los tres cuidarán de los animales al lado opuesto del enemigo, y los once formaremos dos filas dentro del recinto de nuestras cargas y aparejos, que son bastantes para atajar sus caballerías; y formando dos filas, les haremos fuego sucesivamente. Teniendo el cuidado la primera, que así que descargue, dejarle el terreno a la segunda para que imite esta a la primera sin turbación, y tengan entendido que en el valor y entereza de ánimo consiste la mayor parte de la victoria, y que acertados los primeros tiros, nuestro es el campo; porque estos indios en muriendo uno, es consiguiente el que todos han de morir, y luego huyen.

Tercera.- Nuestros peguences se formarán a nuestros costados con sus machetes y laques, que son las únicas armas que traen, y de las que usarán como les convenga; no cesando por un instante de gritar y balar como acostumbran, así para acobardar al enemigo, como para hacer creer, que es mayor nuestro número. Así lo espero de ellos, y de su valor, y que en esta ocasión sabrán acreditar más su fama, como que es en servicio de nuestro soberano. Y en fin, el artificio que gasten los enemigos en combatirnos, nos ha de ordenar a nosotros; y estad seguro que yo os dirigiré en todo instante con la voz, y con el ejemplo.

Cuarta.- Ninguno se separe, porque siendo tan pocos, seremos perdidos: no nos podemos favorecer sino en unión, y el continuado estruendo y balas ha de acobardarlos, espantarles sus caballerías, y hacer que mueran. Ni huya, porque el que lo hiciese, es por entonces, si lo merezco, el objeto de mis balas; y si se escapa y queda con vida, será para siempre habitante de estos desiertos, si no se entrega a sus enemigos, porque de mi comitiva bien puede huir, pues sabría, así que pareciese, hacerle quitar esa vida, y corazón vil que gozaba sin merecerla. Y ya bien sabéis que sé cumplir lo que con razón prometo.

Quinta.- El dragón Baeza reconocerá todas las pistolas, y estando corrientes y bien cargadas, como tengo prevenido, las cebará con pólvora fina, y les echará a todas los cartuchos en la boca un poco, para que la ceba no se quede sin prender, y haga saber a los indios estas disposiciones.

Enterados de ellas, las aceptaron, y dijeron que esperaban, que aunque salieran doscientos indios, habíamos de correrlos, porque, en oyendo las tralchas se perdían, ni podían sujetar sus caballos, y que les parecía que estando a pie mis españoles estábamos más seguros.

A los indios les hice dar de cenar, y luego se retiraron a su estancia, que estaría treinta pasos de la mía.

A las 3 de la mañana estuvimos todos en pie, hice hacer varios fuegos para hacer creer mayor número de gente; y al salir el lucero se arrimó la tropa a las cargas, en dónde se mantuvo hasta venir el día en que se dio

principio a aparejar.

Estando en este ejercicio vinieron los indios contentísimos, diciendo: ¿Ya aquí no tenemos novedad, y qué disponéis? ¿Salís de aquí?, me preguntó Puelmanc. Le contesté, que saldría inmediatamente, y mandaríamos batidores hasta el lugar de Puelce. Que estos deberían salir con anticipación para que con ella llegasen allá, y habiendo indios, les comunicasen mi marcha, y el objeto de ella, que es dirigida y auxiliada por peguenches, con quienes tienen paz celebrada, y no podrán embarazarme el camino sin quebrantarla primero, y de consiguiente romper guerra con nosotros, que somos sus amigos y protectores. Que toda mi expedición se dirige a ser un mensajero del señor Capitán General del reino de Chile, conquistando las voluntades de los indios caciques intermedios, para que se franquee un camino desde la Concepción a Buenos Aires; reconocer la calidad y circunstancias del que anduvo don Justo Molina, y pasar con las respuestas de dichos indios a trasladarlas al Exmo. Sr. Virrey. Que los enviados y embajadores siempre han sido admitidos y bien recibidos, no sólo en tiempos pacíficos, como ahora estamos, sino de campo a campo, en viva guerra, y como que vengo de paz, y solicitando amistades, les advierto que mi vida vale cara, y si así la solicitan, la venderé por su precio, que lo sabrán después por mi boca. Y mientras se les dé este recado, los demás atenderán a su número, fuerzas, armas, y estado de sus caballerías, para que, tomadas sus razones, vuelva uno a encontrarme, y a la mayor brevedad me las comunique, puntualizándome también estas circunstancias que son precisas para mis resoluciones.

Convinieron en el proyecto y se ofertaron Puelmanc y Manquelipi a ir de catirupos con un español. Admití su oferta, y diputé al dragón Pedro Baeza, como más a propósito, más fiel, y de más valor para que los acompañase; y sin más espera ensillaron caballos y caminaron.

Jornada XX

Desde Guacague a Puelce

(Mayo 17 de 1806)

Yo hice aprontar las mulas, y a las ocho y cincuenta y cinco minutos, siguió la caravana su marcha y rumbo al este; fue siempre por planes de buen piso, pero muy llenos de arbustos, de marras, yaques, urreycacho, mirres, quiscos, retamillas, chacayes comunes en todas las jornadas; y a la hora, atravesamos un trecho de piedra de escoria menuda, cuyo atraveso fue de cuarenta minutos y al salir de él entre los arbustos, me esperaban los catirupos. Pregunté, que si había novedad, y me contestaron que muchos rastros frescos de caballos, y dos de ellos que fueron hasta cerca de nuestro alojamiento, y de allí se volvieron. Les hice presente que ya debíamos contarnos seguros, pues aquellos dos rastros debían ser de las vigías que ellos mandasen, y así como vinieron con la respuesta, no se

atreveron a asaltarnos, lo que nos debe prometer que sus fuerzas serán pocas, y algunos cobardes; llenos del temor; cuando los rastros no fuesen de algunos animales sueltos, que podrán habitar estos desiertos, y que los dos hubiesen ido en busca de agua; y como hubiesen sentido gente, se volvieron de regreso. Me aseguraron había rastros de escaramuzas, y habían divisado dos bultos de caballos en aquellos contornos. Les repliqué, que también los animales se escaramuceaban solos, ya por estar lozanos, ya por padecer espantos, y que Manquelipi fuese en busca de los caballos, y Puelmanc y Baeza siguieran la delantera. Así lo hicieron, y siguiendo nosotros a muy corta distancia, nos introducimos a una deliciosa vega limpia y pastosa; pero muy llena de salitres, que albeaban por entre el pasto, y sendas. A cada paso que dábamos, notábamos multitud de huellas de corredurías, y caminos trillados en la misma noche, y más adelante rastros de vacas y de ganado ovejuno. Y estando en una abundante fuente de agua salada, que corre como una cuadra y se resume, vimos fuego, una cabeza de carnero fresca, y otros indicios de haber alojado allí gente aquella noche.

Hice presente a mi gente que estos vestigios debían ser de indios que se trasladaban con sus haciendas, y que así caminasen sin recelo. Continuamos por la misma vega, hasta entrar a una loma baja, muy montuosa de arbustos, y estando al descenderla, encontré con el cacique Payllacura que llevaba nuestra delantera, sumamente asustado, diciéndome ¡Gueradungo! ¡Gueradungo, quınca! ¡Muy mala noticia te traigo! Llamó a un arriero que entendía el idioma, y diciéndole preguntase: ¿qué novedad había? Contestó: que en Puelce había muchísima gente y caballada, y que a mis catrirupos los habían tomado en medio, y no salían. Le dije, que me siguiese, y también la tropa, y a la media cuadra de delantera que tomé al galope, di vista a la vega de Puelec, que, siendo bien grande, estaba casi cubierta de animales esparcidos en cuatro parcialidades. Gente, solo un camucho columbraba; y acercándome con mayor violencia, distinguí ganado vacuno y ovejuno, y que desprendiéndole del camucho, vega abajo, cuatro jinetes, otro a toda carrera venía hacia mí, que pronto conocí por mi caballo era Pedro Baeza. Encontrándolo más adelante, me dijo: que no había novedad, que era gente de Mamilmapu que venía de camino con sus haciendas para las cordilleras de nuestros amigos peguenches, y le dije pasase a comunicar la noticia a mi comitiva, para que saliese del justo recelo con que debía venir, y nos introducíamos a la vega, mucho mayor que la antecedente. Estuvimos en el alojamiento a la una de la tarde, y ha sido toda nuestra jornada de cuatro leguas hasta el estero de Puelec, en cuya orilla acomodamos nuestras cargas. Este estero nace de un pretil de médano, distante de este sitio como doce cuadras, corre al sur, trae agua suficiente, y de sobra para un molino, y se resume como a las seis cuadras; por toda su orilla tiene carrizo, y en su remate forma una peana un gran carrizal. El agua es muy clara, salobre, y con muy pocos pastos, porque el piso es pantanoso. Su corriente es activa, y así puede regarse por todas partes con facilidad la vega, y hacer el terreno más fecundo para árboles y siembras. La circunferencia del plan será de cuatro leguas, y a las inmediaciones del nacimiento del chorro hay alturas muy buenas para población, y para formar un castillo o fortaleza.

En este lugar se juntan los caminos de los guilliches y llamistas,

peguenches, y malalquinos, que transitan para Buenos Aires y Mamilmapu; y aunque algunos viajeros transitan por Cobuleubu, que está a distancia de cinco leguas hacia el sur, por no pasar el río Chadileubu que tenemos adelante, y dicen se resume; pero son muy pocos, porque aseguran los prácticos, que son tan tupidos los zarzales que hay, que se hacen pedazos entre ellos.

Maderas para fabricar no las hay, pero podrían traerse de las sierras de Reinguileubu que se introduce a Neuquen, y desde éste, tirándolas en carretas a Cobuleubu, por el que bajaban hasta estas inmediaciones.

Por estos campos hay bastantes pastos de coirón, y creo no pueden escasear las aguas por los muchos bajos que hay entre los trumagales; y aunque no hubieran otras que las que hemos pasado, ésta y la de Cobuleubu eran suficientes. Los abrigo son muchos, y se criarían animales muy fértiles, y de buena sazón, por el salitre y las antecedentes razones.

Tomado pues mi alojamiento, estuvieron los indios de Mamilmapu a saludarme. Los cabezas eran tres; a saber: Quemellan soltero, Mariñan, casado y con dos entenados, y Entrequen con mujer y dos hijos. Todos me han asegurado vienen de Curamalal cerca de las salinas de Buenos Aires, que hace un año y más que están caminando por no maltratar sus haciendas que traen. Que su ánimo era de irse a vivir a los guilliches; pero ya que han tenido mi encuentro, y el de los caciques que me acompañan, se encaminarán para lo del cacique Carrilon que es pariente de ellos. Que Puelmanc les había asegurado que los indios del descanso, del sosiego, y del gusto eran sus parcialidades, porque como estaban auxiliados de los españoles, les temían los demás, y que viniéndose ellos tímidos de los continuos asaltos y malones que los pampistas les daban, abandonaron sus tierras, saliendo como fugitivos en busca del sosiego y seguridad, que ahora han hallado en tan buenas noticias que han recibido. Los animé a que siguiesen su derrota para lo de Carrilon, y hablando un rato más con ellos le hice presente, que venía muy cansado, y deseaba un rato para dormir, que así que despertase los llamaría, o pasaría yo a sus toldos.

Si nosotros tuvimos fundamentos para temer nuestra perdición, al ver la multitud de rastros de escaramuzas hechas, y últimamente la muchedumbre de caballerías; indicios todos del gran número de indios que nos esperaban; ellos no menos lo tuvieron de haber visto a nuestros exploradores. Así como los columbraron, y conocieron a un español (me ha asegurado Baeza), que se desaparecieron a coger los mejores caballos para huir, y con el susto no veían, ni atendían a las voces de Puelmanc que les gritaba: «amigos, amigos somos». En fin, se acercaron tanto a todo correr, que pudieron darse a conocer, y los sosegaron, dándoles razón de mi expedición, y ellos confesaron temían malón de peguenches con españoles. Esta escaramuza causó la demora de Baeza con la noticia que le previno me diese, y a mí el recelo de su perdición, y la de Puelmanc, luego que Payllacura me la advirtió con los antecedentes de las caballadas. Y no sé si fue temeridad la mía en haber enderezado al campo sin completo conocimiento de él. Lo cierto es que en el momento, reflexionó que mi vuelta sería de mayor riesgo, y que con la intrepidez podría alcanzar algún partido, y así sin más acuerdo llamé a Paillacura que me siguiese, cuando sus voces pronosticaban mi ruina.

No me juzgaba muy seguro, entre estos indios; y así luego que se

retiraron, previne a mi gente que la desconfianza debía siempre gobernarnos entre ellos, sin darla a conocer: di mis órdenes para las cargas y caballerías, y me acosté a dormir por un rato.

A las cuatro, que ya estuve en pie, fui a visitarlos a sus toldos, y lo primero que se puso a la vista fue una india, que me envió especies de española por el encaje de la cara, boca y nariz afilada, de cuyos dones carecen ellas. No puedo negar que el espíritu se me revistió de ira, al mismo tiempo que lo cubrió un sentimiento imponderable. Quería dedicarme a tratar con los indios, que los tenía sentados a mi redonda, preguntándome de mi viaje, pero me era imposible desprenderme de atender a ella por observar sus acciones y movimientos, que aseguraban mi sospecha. Y queriendo la casualidad que Baeza se me pusiese enfrente, mientras Jara interpretaba mis razones a los indios, lo llamé y dije: Hable usted con esa india que puede tener plumas de avestruz que vender. Extrañó mi propuesta, pero se allegó a hablarle, y a mirarme sin saber qué hacerse; y por industrialarlo, riéndome le dije: ¿Qué dice? ¿De dónde es? ¿De dónde dice que viene? ¿Cómo dice que se llama? ¿Qué sabe nuestro idioma? ¿Tiene plumas? Y ella contestó soy china, china puerca soy. Salí de mi sospecha, e hice que Baeza se retirase, y ella siguió hasta cerca de su toldo, que distaba de mi asiento poco trecho. Yo seguí satisfaciendo a los indios, y continué la conversación, preguntándoles la ruta que habían traído, y me contestaron, que dieron vuelta al sur del río Chadileubu, que no podrían asignar los lugares por serles desconocidos, que vinieron a salir por Tropol, dos jornadas más adelante de este paraje; que pasaron con mucho trabajo por zarzales espesos, y caminaron algunos días sin agua. Pareciéndome conveniente no apurarlos en esta materia, me despedí.

Así que estuve separados de ellos, me salió al encuentro la india referida, y de paso le dije: ¿Amiga, eres casada? Me respondió, sí señor. Seguí: ¿Cómo se llama tu marido? Mariñon. ¿De dónde eres? Del Pergamino. ¿Cuándo viniste de allá? De chica. Pues id a visitarme que te regalaré mucho; pero con gusto de tu marido, y llévalo.

Ya que se había obscurecido, se apareció en mi tienda con otras dos indias: me trajo algunas plumas de avestruz inservibles. La obsequié regalándole añil, agujas, chaquiras, gargantillas, bizcochos, dulce, y cuanto traía de aprecio para estos naturales, y teniéndola a ella y a sus compañeras agradadas, le pregunté: ¿Cómo te llamas? Petronila Pérez, respondió ella. ¿Eres cautiva? ¿Sí soy? ¿Mucho ha? ¿De muy chica? ¿Cómo sabes hablar? ¿Por qué he tratado con otras cautivas, que me enseñaron como hablan allá? ¿Tus padres de dónde eran? Del camino de posta de Buenos Aires, y los mataron los indios cuando yo fuí cautiva con otra hermana mía, y dos hermanos uterinos que se apellidan Morales. ¿Según eso no fue tu padre al que mataron, sino a tu padrastro? Sí señor. ¿Y no has visto por las Salinas, donde vivían algunos españoles? Sí, hay muchos y a dos hermanos también, que todos los años venían a pasear a mi casa. ¿Y no quisiste ir con ellos a pasear a los cristianos? No quise irme, porque quiero mucho a mis hijos. ¿Cuántos tienes? Dos; pero no son hijos de este marido, sino de otro que murió. ¿Cómo se llamaba? Carrilon, y mis hijos son sobrinos del cacique peguenche Carrilon. En este estado llegó su marido, y me puse a hablar con él inmediatamente, por el intérprete (que siempre lo tuve adelante). Quiso retirarse, lo obsequié, y se fueron muy

gustosos.

Luego vinieron los caciques a preguntarme, que si salíamos al otro día, y les contesté, que no, porque el lugar era bueno para los animales; que yo venía algunos días sin carne, y podría comprar a los indios; y también que debíamos dar tiempo a Manquel, o al propio que esperaba de los dragones para que me alcanzase.

El diez y ocho salí a ver las haciendas de estos indios, que estaban apiñadas por varias partes de la vega, y casi todas ellas tenían marcas, prueba de que fueron de los españoles. La cantidad que aquí tienen a la vista, entre caballos, yeguas y vacas, pasan de mil y quinientas, y dos tropas considerables de ganado ovejuno.

Otro indio, llamado Llancaquen, que vino con estos mismos, y que se adelantó dos días para Cobuleubu a esperarlos, me han asegurado todos estos, y la cautiva, que llevó más de dos mil animales mayores, fuera del ganado lanar.

Las mutaciones de estos indios sin duda provienen de los robos que hacen, y para alejarse y que no los persigan, se introducen a las sierras

en donde se van a hacer poderosos. Ello es cierto que no anhelan en criar, porque no arbitran otro sustento: que su comercio no es otro que permutar, que son afectos a herrajes de plata, chupas, espuelas, uples, botones y otras baratijas que adquieren con animales; que juegan y se embriagan, y todo lo costean con animales, y lo más, las copiosas partidas que dan a los guilliches y llamistas, por sudaderos, mantas y ponchosó.

El diez y nueve por la mañana recibí un mensaje de Llancaquen por dos mocetones, llamados, el uno Painaquen, y Curaquen el otro: se redujo a que, por hallarse lastimado de una caída de caballo que ayer dio, no venía en persona a tener el gusto de conocerme, y a ofrecerse, por si lo hallaba útil, para servirme. Que por su compañero Entrequen sabía andaba de paz, y entabládola por medios seguros entre los caciques. Que él, huyendo de malocas, se retiraba para lo de su tío, el peguenche Carrilon, que lo mandase recomendar, supuesto que era amigo, y había pasado por aquella nación; y que él haría lo mismo para con los de Mamilmapu y Pampas, donde su nombre era bien conocido. Que sólo tres días ha que estaba con sus haciendas en la orilla del río Cobuleubu, cuya noticia debería tener de sus compañeros, que dejó aquí advertidos de que luego lo siguieran; a quienes mandaba decir que no se moviesen mientras yo no pasase. Que si necesitaba carnes, allí tenía cuantas hubiese menester, sin otro interés que mi amistad; pues la apetecía más bien ahora, que se iba inmediato a nuestras tierras. Le contesté, que agradecía su atención, y sentía mucho su enfermedad, que me privaba de conocerlo. Que era cierto solicitaba la paz por medio de una comunicación por estas tierras, el mejor arbitrio para hacernos amigos. Que tenía mucho gusto que se fuese para lo del cacique Carrilon: que lo conocí por muy hombre de bien, y lo recomendaría a aquellos caciques, mis amigos. Que le admitía la oferta de sus recomendaciones para Mamilmapu y Pampas, en donde no dudaba fuese bien conocido, pues venía de esos lugares. Que sus ofertas de servirme, y de carnes que me franqueaba, las estimaba, y debía contar con mi amistad, que no sabía venderla por interés, sino por los méritos personales de que sabía él era adornado. Y dándoles recado para Treca, Calbuqueu, Pilquillan y Levinirri, recomendándolo, los remití agasajados con tabaco, añil y

chaquiras.

Al poco rato repitió a visitarme la cautiva, y entró diciéndome, que su marido la mandaba a pasear a lo de los cristianos, para que hablase con ellos, porque le habían dicho que salíamos mañana. Le contesté, que así tenía dispuesto, pero aún no podríamos asegurarlo.

Me preguntó: ¿que si había tenido recado de Llancaquen? Le respondí que sí, y que me mandó decir estaba enfermo, lo que sentía. Contestó que ella lo sentía mucho más, de que no lo hubiese conocido, porque era indio de mucha razón y muy elocuente. Que si hubiese venido, ella hubiese servido de intérprete, porque el capitán y el dragón que hablaban para traducir, no se explicaban con las razones propias, ni expresiones que debían. Luego me empezó a preguntar las distancias que había de los peguenches, a Concepción y a la frontera; de los granos y vinos, de su valor etc. Y habiéndola satisfecho, le seguí con las siguientes preguntas.

¿Que cómo se llamaba entre los indios? Que Llamigual; esto es, ya se perdió la guala. ¿Que de dónde traían tanta hacienda? Riéndose: Que de Buenos Aires. ¿Que cómo la habían conseguido? Que con mantas. ¿Que por qué habían tardado un año en el camino? Que vinieron dando muchísima vuelta, extraviándose del camino, temiendo malones. ¿Que por cuáles lugares pasaron? Que no los oyó nombrar, pero que estuvieron muchos días en un duraznal, que hay, por donde se acaba Chadileubu, cuyo lugar se acuerda se llama Diguacalel. ¿Que si no pasaron ríos? Que sólo un estero bajo, que dijeron era de los brotes de Chadileubu, que salía de entre unos medanos, y lo nombraran Curaco. Que ahí también pararon. ¿Que si no tuvieron travesías sin agua por ese camino? Que no; pero que todas eran saladas, a excepción de la referida de Curaco. ¿Que si por esos campos que pasaron, no encontraron población de indios? Que ninguna, ni oyó decir a sus gentes que había. ¿Qué si no se acordaba de las jornadas que hicieron desde Diguacalel, hasta este sitio? Que no era posible. ¿Que si no estuvieron por ese camino en el río Cobuleubu? Que no; porque de aquí, cerca corre ya para la mar, según dicen los indios. ¿Que si había pastos, árboles y algunas frutas comestibles por esas tierras? Que pastos pocos, y en partes bastantes; arbustos muchísimos, que no podían romper los montes, frutas ningunas, sino sólo lancú. ¿Qué era lancú? Una semilla parecida a la cebada, y también la yerba que la da, como la de ella crece y echa espiga que se cosecha en el verano, de la que usan en harina tostada los indios, para espesar con ella el caldo de la carne, y también cruda. ¿Que si conocía el arroz, y si se parecía a él? Que no se acuerda haber visto arroz. Hice traerle un puño, en el que venía uno o dos con capullo, y le pregunté: ¿Que si era grano parecido a éste el lancú? Y respondió que sí, que era lo mismo, pero no tan blanco ni tan lleno el grano. ¿Que si no traía algún poco? Respondió que no, pero podría encontrar en Mamilmapu, donde lo usan mucho aquellos indios, y se da muy hermoso. ¿Qué si hay muchos cautivos por eso de Curamalal, donde ella vivía? Que a cuatro o cinco conocía ella; pero sabía que por todas partes habían españoles y españolas entre esas indias. ¿Que si hay muchos indios? Que no hay muchos, porque los toldos están separados, y cuando tienen sus funciones se juntan, y cuando se ven cincuenta o cien indios, les parece mucha gente. Que ese lugar de Curamalal, ¿qué lejos estará de Buenos

Aires, y de las Salinas? Que de Buenos Aires no sabía, pero de las Salinas sí, que sólo había un día de camino. Que cuando los españoles vienen a sacar sal, iban muchos indios de todas partes a sus conchayos, y algunos españoles solían salir también para entre los indios, y que de allí vinieron varias veces sus dos hermanos a verla a su toldo. Y en este estado, sin esperar más, me dijo: ya será tarde, me voy; y pidiéndome cinta para fajarse la cabeza, en que fue complacida, se retiró.

El 20, bien temprano, hice traer la tropa para continuar mi camino, pero faltándome cuatro caballos de la caravana, y otros seis a los indios, fue preciso suspender la determinación. Con la ocasión de haber andado los españoles en solicitud de los animales perdidos, me aseguraron llegaron hasta otra vega tan grande como esta, pero mucho más pastosa. Que está hacia el norte de ésta, y también, que habrá en ella dos tantos más de haciendas que las que hay aquí. Yo siempre noté una continua salida de estos indios como para ese lugar, y presumía fuese por rodear sus animales: pero ahora creo sería por ir a ver a aquellos animales, que sin duda los tendrán separados y ocultos, o por temor de algún malón, que en tal caso escaparían con aquellos, o por darles mejor pasto, y más extensión. Aunque todos, o los más, son robados, como lo creo y debo asegurarlo, porque son marcados, como dije, ya en este lugar no pueden tener persecución de sus dueños, y por esta razón no los separarían.

Regulo que el tiro que estos bárbaros hicieron, pasó de cinco mil cabezas de animales mayores; pues como he dicho, los que aquí tienen pasan de mil y quinientos, otros tantos que sean solo los que estén en la otra vega, y más de dos mil que tiene en Cobuleubu Llancaquen, por confesión de todos estos indios y de la comitiva que me ha ponderado el número, salen más de los cinco mil. También otros indios se hallan en Cobuleubu, con mucha hacienda, que fueron los que alojaron en la primera aguada de la antecedente vega, cuyos numerosos rastros encontramos nosotros al venir, y estos no tan querido confesar quienes fueron; pero sí, que llevaban también mucha hacienda.

También es de notar, que a más de estas tres parcialidades de haciendas, se halla en Cobuleubu, desde muchos días ha, otra que ha venido a encontrar el peguenche Geramañ, y otros dos más. Estos vinieron de Puelmanc, y echándolos sólo aquí menos, por el número, pregunté qué se habían hecho tres indios que faltaban; y me contestaron que del alojamiento de Cobuleubu, se bajaron por la orilla abajo del río, en busca de dichos indios, a quienes venían a ayudar a arrear.

El 21, a las cuatro de la mañana, ya estaba en mis toldos la tropa, y viniendo las primeras luces del día, se empezó a aparejar. Estando ya levantadas las últimas cargas, divisé al oeste seis jinetes con algunos animales arreando, que se dirigían para nosotros. Luego presumí fuese Manquel con algunos dragones y el intérprete Montoya. Al poco rato ya supimos que eran Manquel, su mujer, un dragón y dos mocetones. Celebré en mi corazón la llegada de estas personas, porque la presencia de Manquel en Mamilmapu debía contemplarla de muchísima importancia, y la de Montoya por su instrucción en el idioma; y también porque venía con el trabajo de lidiar con el capitán Jara, que a más de lo flojo y sornero que es, puede decirse subsiste de los indios, y por esta razón tiene con ellos cierta condescendencia, ajena de la hombría de bien. El dragón Baeza también se

me destinó para intérprete en algunos casos, y aunque este tiene su corazón en el real servicio, habiendo entre ellos acreditado su espíritu militar, los domina como pudiera hacerlo su general si tuvieran subordinación. Pero no entiende sino muy poco, y así no puede ayudarme en esta parte.

Llegó, pues, Manquel, y dándole el bien venido, y celebrándole como merecía, se le sirvió mate, y concurrieron los caciques a visitarlo, luego todos los demás indios, y concluida una larga parla que tuvieron pidió que le disparasen dos escopetas por el gusto que tenía de vernos sin novedad, y dos por su feliz llegada. Le complació porque viesen los indios del lugar, que traíamos defensa, por si nos seguían algunos guilliches, que deberían encontrarse con ellos.

Pidieron todos parar, y los aprobé, a fin de que descansasen los recién venidos, y tratase Manquel con dos parientes de su mujer, que había, según dijo entre los ranquilinos.

No sólo tuvo Manquel la satisfacción de habernos alcanzado, y nosotros la de tenerlo en nuestra compañía con su comitiva, que ya eran seis personas más; la de haber encontrado a dos parientes políticos; sino también la de hallar entre los referidos ranquilines a un sobrino llamado Trecalan, hijo del famoso peguenche Manquel, digno de memoria por su mucha fidelidad con los españoles. Este indio vivía en Antuco, con otros peguenches. Entraba con frecuencia a la tierra; era muy respetado de los suyos, y no hacían acción que no la consultasen primero con él. Las consultas las pasaba todas a nuestros jefes, y no resolvía sin dictamen de ellos, y así contenía los espíritus tan inquietos de los suyos, como entonces estaban. Siempre fue de talento elevado por su juicioso modo de discurrir; y no sólo por esta razón estaba bien acreditado con los suyos, sino también, porque supo defender las acciones de los peguenches, con valor, y vencer varias batallas, haciendo de general. Adquirió su mejor fama en una ocasión, que estando su gente en campaña al frente de los guilliches, y habiendo combatido, y encontrándose repetidas veces con pérdida de unos y otros, llamó un famoso guilliche a que se decidiese la victoria, saliendo dos solos al campo. La propuesta hizo a Manquel exhortar a los suyos para que saliese uno con vigilancia, pero notando él que nadie se movía, se puso al frente con su lanza llamando al enemigo. El combate, aseguran estos duró largo rato, y recibiendo Manquel una lanzada en el brazo izquierdo, se irritó de tal modo, que abalanzándose hasta entregarse al guilliche, lo traspasó a su salvo, que lo hizo morir en el momento. La victoria quedó por su parte, los despojos fueron de su nación, y su hazaña, lo eternizó entre los suyos, como nosotros no debemos olvidar su fidelidad.

La sublevación del año de 70 la anunció repetidas veces; anduvo muchas procurando apaciguar a los suyos, trasladaba a nuestro gobierno los preparativos e ideas de los indios que no pudo desvanecer. Últimamente, hizo el mayor esfuerzo de entrar al tiempo que ya empuñaban la lanza: no le fue posible quitarla; pero sí el regresar a comunicar el estado de las cosas. En fin, estos hechos en un indio chileno son muy recomendables y no menos que fue muy cierto que, en la pacificación de esa época, él fue el que intervino, y a quien se le debió.

Estos méritos, dignos de nuestra gratitud, recomiendan la persona de su

hijo, a quien sumamente pobre he conocido, como salido de un cautiverio. Le he dado un pañuelo, sombrero, llamatas y añil, para hacerle de algún modo entender, que en él se estiman las acciones de su padre; y que sus compatriotas, llevados del interés, procuren imitar a aquel peguenche, y dejarnos de este modo recomendados sus hijos.

Jornada XXI Desde Puelce a Chadico

(Mayo 22 de 1806)

A las nueve de la mañana, después de haberme despedido de los indios o indias ranquilinas, empezamos a caminar continuando nuestra dirección al este, ocho cuadras. Entonces mudamos el rumbo al noroeste, cuarta al norte, por el que anduvimos dos leguas y veinte y ocho cuadras; y entrando a un zarzal tupido de arbustos, cuyo trecho fue el atraveso de una loma baja trumagosa, por el rumbo nordeste, cuarta al este, de una legua, entramos a una vega, que a las tres cuadras andadas por ella, estuvimos en el lugar de Chadico.

Este sitio es un bajo de poco más de seis cuadras: del zarzal del oeste brotan tres abundantes arroyos por entre piedras; la agua es muy clara, pero muy salada. También se resumen en la vega al poco trecho, y así en todas las humedades se forma un salitre que albea.

Entre los arbustos de estos zarzales, hay bastantes árboles de chical y currimamil. El primero, dicen los indios, da una fruta chica que tiene hueso como el coyque: se seca, y es muy agradable por su dulzura; la usan para comer cocida, y también de la agua en que la cuecen hacen chicha. Toda esta legua de monte para facilitar el camino, aun de cargas, es preciso cortarlo en la senda, hasta dejarla franca; así por lo tupido que es, como por lo muy espinoso que son los chicales, y todos los arbustos, pues todavía no he visto uno que no sea capaz de llevarse el pedazo que encuentre, a excepción del de marras, que es arbusto suave.

Jornada XXII Desde Chadico a Chadileubu

(Mayo 23 de 1806)

A las siete y veinte continuamos caminando al estenordeste, por la citada vega, y entrando como a las seis cuadras a otro zarzal, brotan los chorros

de agua, que antes, dije se resumían, y corren por la misma senda un buen trecho. Desde este punto, tanto los arbustos como algunos chicales en partes, dificultan el camino hasta el espacio de veinte cuabras.

Entramos a otra vega, también salitrosa y de bastante pasto, y atravesando otro igual monte de menos trecho, nos introducimos a un hermoso plan lleno de agua llovediza, y cubierto de flamencos. La mayor parte de esta agua tiene un salitre de un dedo de grueso, en todas las partes que no traía agua. La sal no es mala, por cuya razón hice tomar alguna de ella: se titula este lugar Retrequen. Nos dirigimos por la ribera del sur de la vega, a la legua y media llegamos al estero de Potrol, que es de agua enteramente salada, y antes de que entre el invierno, dicen los indios, produce sal. De este punto mudamos rumbo al nordeste, cuarta al norte, por el que anduvimos dos leguas, hasta llegar a un médano.

Siguiendo el rumbo por el médano, que era desperejo y muy montuoso de árboles y arbustos, más crecidos que las anteriores, a la legua y veinte y dos cuabras, estuvimos en la ribera del río Chadileubu, al que llegamos a las tres y veinte y ocho de la tarde, con nueve leguas cuatro cuabras andadas. Hoy perdimos dos caballos, dejándolos abandonados al campo por cansados.

Este río es de bastante agua, corre al sur, cuarta al sudeste; su ribera es de enea o batru, y carrizo; por ambas partes forma algunas preciosas islas. Sus aguas muy claras, pero algo salobres. De su otra parte al sudsudeste, a distancia de una cuadra del paso, tiene una loma montuosa de arbustos, y de piso de piedras de amolar, que se titula por esto Limen Maguida. Todos estos contornos, a cuanto alcanza la vista, son tupidos de arbustos y poco pastosos, y todos los que hemos andado hoy son vestigios de alguna fuerte granizada que habrá pasado en estos días, pues el suelo está todo picado como un asiento de esterilla.

El 24, a los primeros rayos de luz, estuvo la balsa armada, se empezaron a pasar mis cargas: para la mayor brevedad se puso un andarivel de un cordel, pendiente de un árbol de chical del otro lado, y una estaca de este. A las doce estuvo ya toda la comitiva de la otra banda.

La anchura del río es de noventa y ocho varas, y su profundidad de dos: corre muy lentamente, y su plan es trumagoso y con pastos, pues por la claridad de las aguas, se ve muy bien.

Hay abundancia de cisnes, coscorobas, que es una semejanza a nuestros gansos, flamencos, patos, cuervos, garzas y otras muchas aves. En la ribera hay cerdos alzados, según dicen los indios: he visto osamentas y pisadas. También me ha contado Manquel, su mujer y Puelmanc, que se han visto en diferentes ocasiones unos animales del porte de un perro, de su figura, las manos, cabeza y cola; y de orejas como vaca; de color alazán, y con una cuarta de clin: que así como los corren, se entran al río, pero comúnmente los toman los de Mamilmapu. Que el nombre lo traen de un espantoso grito o bramido que dan, y se oye de muy lejos, que resuena oop. Que los caballos se espantan cuando le oyen, como cuando ven un león. Que corren muy fuerte, pero se cansan luego. Que el modo de tomarlos es con perros y laques.

Que en una laguna hermosa que hay a distancia de este sitio, como cosa de seis cuabras, y la que he visto, hay otros animales como gatos, muy

bravos, que matan a los caballos, y los nombran nirribilos.

Este río, que antes se llamaba Ocupal, según Puelmanc, nace, de las cordilleras de Malalque. Corría antes su mayor cuerpo de aguas por el cajón de Potrol, que ayer pasamos y cité en el diario; y a causa de un derrumbe, siguió este curso, quedando allí muy pequeña parte, y muy salada, como que aseguran todos estos indios, que en llegando a él, antes de algún temporal de lluvias, puede de su ribera tomarse bastante sal y buena. También dicen, que a cinco leguas de distancia de este punto, se junta dicho Potrol con este río, por ahí mismo, donde este confluye al siguiente, que según reconozco es el del Desaguadero; así por la graduación en que está, como porque el mismo Puelmanc, que es muy práctico, asegura que el río del Diamante, que sale del lugar de Cusa, corriendo hacia el oriente, se le emboca a este río que nos resta, y con él toma al sur, formando en todos estos bajos inmensas lagunas, hasta juntarse con este Chadi-leubu, cinco leguas poco más de aquí, desde donde juntos corren como diez más, hasta resumirse en un gran lago. También dice, que este Chadileubu se forma en los Andes, de los esteros Pelaugen-leubu, Malalque-leubu, Chadico-leubu, Aylon-leubu, Chacuico-leubu, Pichimalal-leubu, Cobu-leubu, y que en las llanuras no le entra ninguno, hasta que se junta con el de Tunijan, y el de Mendoza, que vienen en un cuerpo.

En esta isla hay arbustos, de coyque limamil, para colorado, chadomamil, caman, zarza, currimamil, urrecacho, salasala, que tiene un olor lo mismo que nuestros cominos, y la toman los indios para oler, y ninguna otra cosa desconocida.

A las tres de la tarde llamé a mi toldo a los cinco caciques, y haciéndoles dar mate, les dije: Amigos, este río que acabamos de pasar, es el deslindo de tus tierras con los indios de Mamilmapu, hasta aquí habéis venido con la seguridad que nos franquean vuestras propiedades, pero adelante no podemos andar sin pedir venia a los caciques y gobernadores. Nosotros venimos de paz, y con deseos de entablarla tan sólidamente que podamos asegurar una comunicación franca y sin riesgos en lo sucesivo: venimos a tratar con reflexiones de utilidad, no con armas; venimos a visitar a estos indios, y antes de llegar a sus casas, es preciso, es necesario pedirles licencia. Yo sé que Carripilun es el gobernador de estas tierras. Sé que algunos de vosotros sois amigos de él, en quienes podrá haber la satisfacción de entrarse hasta los umbrales de sus toldos, y los recibirá bien; pero también sabéis que yo no conozco a Carripilun, que es enemigo de los españoles, y que sería mucha imprudencia entrarme a su casa, sin primero anunciarle mi llegada a sus tierras, a consecuencia de superiores órdenes, y del deseo que tengo de tratarle. Con esta atención te quedará tiempo para que reflexione sobre mi venida, y desee saber las utilidades o conveniencias que le ofrezco. El recado lo acompañaré con un regalo, que le asegurará la certeza de mis ofertas. El que lo llevará, que deberá ser uno de sus amigos, le dará individual razón de mi manejo y carácter, y no dificulto que así sin demora me franqueará sus terrenos, para que por ellos llegue hasta su misma estancia. Vosotros sois nuestros amigos; y con todo, para internarme a vuestras tierras, os convocaron a los Ángeles y a Antuco, para daros parte de mi venida, y ¿cómo no la daremos a un extraño, a un enemigo? Espero que por todas estas

razones no me repliquéis en este proyecto.

Contestaron, que no podían hablar en una materia que tenía tanta razón, y que mandando yo un mensaje, mandarían ellos también, como que eran guilmenes.

Les repliqué: El mensaje que yo he de mandar, no será como que soy cabeza, sino como forastero y desconocido, que por esta razón, sin su venia no puedo llegar a sus toldos. Como cabeza debo comunicarle las órdenes que traigo de mis superiores. Así, pues, vosotros como cabezas debéis irle a anunciar también mi venida en vuestra compañía; a quitarle los recelos que podría concebir; a ponderarle, como por vuestra parte está conseguido cuanto apetecen mis superiores; y que deseando vosotros no carezcan ellos de los bienes, que por este medio les quiere dispensar nuestro soberano, venís acompañando, guiando, recomendando y sirviendo de auxilio a mi persona, a fin de que les haga entender mi comisión. Si vosotros no fuerais, que acostumbráis, como amigos, llegar a su casa sin esta ceremonia, tendrían estos caciques que extrañar, y que dudar de vuestros mensajes. Por consiguiente, sería dejarles margen para que ellos pudiesen tomar algunas providencias para nuestra desolación. Los puntos de entidad y graves los tratan los cabezas principales, y no los mocetones, por cuyas bocas suele salir la mentira, la novedad y los enredos. De ir uno de vosotros, que yo antepondré sus méritos, quedará este más autorizado, porque es elegido para una embajada, en cuyas personas se deposita la confianza, y esto no se hace sin experiencia acreditada. Si vosotros sois cabezas en vuestras tierras, yo también lo soy en la mía, y vengo de embajador. Ved, pues, si por la misma razón que queréis excusaros, debéis tomar con empeño, y apetecer la comisión. Dijeron, que estaban prontos para ir, y que eligiese el que fuese de mi voluntad.

Les continué hablando: En todos vosotros encuentro igual fidelidad, igual amor al servicio de Su Majestad, o igual voluntad. Todos sois unos, y muy merecedores de toda mi confianza; pero para estos casos no sólo son necesarios estos méritos, sino también son muy convenientes los créditos, recomendaciones, conexiones y conocimientos con las personas, adonde es mandado con sus allegados, y demás individuos de circunspección que tienen autoridad. Estas circunstancias son ahora las oportunas, y así vosotros mismos me diréis, quién es el más amigo de Carripilun, quien es el que más lo ha tratado, y a sus gentes; quién el que tiene más parientes en estas tierras, y este será el que deba ir: así vos mismos lo elegiréis. Yo quedaré gustoso, y vosotros complacidos en hacer la elección. Contestaron que el de más conocimiento con Carripilun y su gente, era Puelmanc, como que había vivido muchos años en estas tierras, y se había venido de Ranquel con todos estos. Que él había sido uno de sus consejeros, y en todos los malones llevaba la voz. Que estas recomendaciones ninguno las tenía, y así por justicia le pertenecía a él tomar la delantera, y anunciar nuestra llegada a sus tierras.

Les confesé, hacían justicia, y no dudaba que mi Puelmanc aceptaría con gusto el nombramiento que de él hacían sus compañeros, y que confiaba lo desempeñaría a medida de los deseos de mis jefes y de mi voluntad. Y hablando con él, le dije: Irás con don Justo Molina, que lo conoce, y trató con él el año pasado, quien le llevará el pasaporte que traigo del Gobierno, como credenciales de nuestra expedición. Tú, una carta mía, una

chupa galoneada y un bastón; reservando otros regalos para tener yo el gusto de dárselos por mi mano; pero permitidme deciros más.

Por cuantas expresiones me habéis oído, y acciones me habéis visto hacer, habréis notado en mi alma una franqueza general: esto es, que mis buenos deseos para con vosotros, no sólo se extienden a los que he necesitado y conocido, sino a todos. Que de todos modos, aún a costa de las mayores incomodidades, he querido descubrir e indagar el mejor camino y más corto, y todas las noticias de utilidad que pueden ser convenientes a nosotros y a ustedes. Por esta razón os pregunto de ríos, lagunas, maderas, esteros, yerbas, etc. Así también de los habitantes, de los lugares y se acordará Puelmanc, que cuando hemos venido andando, me contó que pasados estos ríos de Chadileubu hay una travesía sin agua de dos días de camino, hasta el lugar de Meuco; que otro día más adelante está la toldería del cacique Pilquillan, descendiente de nuestros peguenches amigos, en cuyo número sois más dignos; y que hacia las Salinas, a distancia de dos días de camino de lo de Pilquillan, vive el cacique Quilan, gobernador, por cuyas tierras es de aquí el camino más recto para Buenos Aires; y por consiguiente debía ser esta nuestra dirección, si no nos viéramos precisados a pasar a lo de Carripilun, que está al norte de esta ruta. Es, pues, preciso ver modo de captar la voluntad de Pilquillan y de Quilan. De Pilquillan, como que es el primero que se nos presenta, y cuyas tierras con anticipación pisaremos y de Quilan, para dar la vuelta con rectitud, reconocer y franquear esa ruta, y dejarlo asegurado, para que en lo sucesivo nada reste que hacer, sino pasar francamente en virtud de la ganancia que ahora hagamos de su voluntad. Decidme, pues, ¿quiénes conocéis a estos caciques? Puelmanc, Manquelipi y Manquel respondieron conocer, Pilquillan, y al otro, sólo Puelmanc. Pues bien, amigos, les respondí, será siempre conveniente que Manquel con Puelmanc se adelanten. Que ambos traten con Pilquillan de nuestro arribo, y procuren me mande algunos mocetones para mi seguridad en el atraveso de Meuco, en el que podríamos encontrar algunos indios desconocidos, y por querernos robar, verme precisado a defenderme; que sería poner en movimiento los ánimos. Conseguido esto, que Manquel procure le dé un practico para llegar hasta lo de Quilan, con quien tratará de nuestra expedición con la madurez que acostumbra, y se interesará con él, a fin de que ocurra a lo de Carripilun, en donde lo recibiré con el mayor comedimiento que pueda. A uno y otro les llevará agasajos para que el interés los mueva, y les haga entender la bonanza del tiempo. Manquel respondió: Que bien sabíamos había salido de su casa como una ramera; pues la precisión de su inopinada partida le había hecho moverse desprevenido, y que estaba muy cansado, pero siempre con deseos de ser útil. Puelmanc, sin esperar a que acabase, le dijo: Que si sus procederes no hubieran sido siempre como de ramera, no hubiera salido ahora así. Que los hombres que saben prometer, deben saber cumplir, que no debió haber ofrecido a Laylo, supuesto que no era capaz de desempeñarlo, y que toda su casa no era sino... Yo metí paz, haciendo ver que la acción de haber montado a caballo Manquel, era muy digna de aprecio; que su persona era más necesaria que su nombre, y que Dios habría dispuesto el trastorno de Laylo y de su hijo, para que en el mejor tiempo nos viésemos acompañados del mismo Gobernador peguenche.

Quedó Manuel contento, y los demás también. Desde este río me previno el Señor Gobernador Intendente de Concepción, que le devolviese al capitán Leandro Jara, con el diario hasta este punto obrado, a fin de que si perecía en lo de adelante, no se perdiese el reconocimiento hecho de la Cordillera y sus ríos, y por saber también el éxito que llevaba la expedición, para según eso dar él las providencias convenientes, y comunicar a la capitanía general con anticipación a mi llegada a Buenos Aires, las dificultades o franqueza de los Andes. Y para cumplir con la orden, llamé al agrimensor don Tomas Quesada, y le dije: Ya tengo a usted dicho que el Señor Gobernador Intendente me mandó le diese cuenta de mi expedición desde este punto, por medio del capitán Jara. Mañana deberá regresar, y en atención, a que lo contemplo inútil en adelante, porque ya son todos llanos parejos, y que yo puedo tomar los rumbos, volverá usted con él, conduciéndole el diario y demás recaudos, que lo satisfagan de cuanto he podido hacer en desempeño de mi comisión. Allí presentará usted también lo que ha trabajado, según el artículo 3 de las instrucciones de que le he enterado repetidas veces, para que el Sr. Gobernador quede satisfecho de mi celo y buena voluntad. Me contestó que lo haría, y se prevendría.

Poco tardaron en volver los caciques a hacerme presente ¿que cómo tenía valor de hacer regresar a aquellos dos hombres solos en malas bestias, y por unos desiertos en que perecerían como animales, si se les acababan los víveres por algún temporal? Que les tuviese lástima, pues podrían encontrarlos algunos indios de los que transitan para Mamilmapu, y viéndolos solos, robarlos y matarlos; y por último, que llegarían por julio a los Andes, cuando estuviese cerrada la cordillera; que no la podrían pasar antes que mis cartas de Buenos Aires estuviesen en Chile, y así que esperaba suspendiese mi determinación. Les repliqué, diciéndoles, que yo no podía variar, ni suspender las órdenes superiores, que ya me hacía cargo de los inconvenientes que representaban; que amaba a todos mis compañeros, y no quería separarme de ellos, pero sufriría el dolor de su partida, por obedecer. Instaron, que no fuese tirano en poner en riesgo a dos españoles, si no los mandaba con dos de ellos, siquiera; pero para eso les había de dar mulas para conducir víveres suficientes y de sobra para llegar a sus tierras. Y convenciéndome por el tiempo que estaba ya muy avanzado con las demoras que tuvimos en la Cordillera, convine en que se quedasen, y continuar todos nuestra marcha al siguiente día.

Segunda parte

De la derrota del alcalde provincial de Concepción en el viaje desde el río Chadileubu, lindero de los peguenches con los indios de Mamilmapu, hasta la capital de Buenos Aires

Desde Chadileubu hasta el Desaguadero

(Mayo 25 de 1806)

El 25, bien temprano, se pidieron las caballerías, y a las nueve tuve las mías aparejadas, con sólo la falta de un mozo que buscaba dos mulas mías, y una de la expedición; a Manquel le faltaban todas las suyas, y viendo que ni unas ni otras parecían, les dije que sería mejor nos adelantásemos al otro río, quedándose él con el capitán, esperando sus bestias, las que parecerían, mientras se pasasen mis cargas, y las de los demás indios. Convino, y a las diez y diez minutos de la mañana, salimos de la orilla de Chadileubu tomando al este sudeste, hasta descabezar una laguna hermosa, circundada de carrizales, que dista del río como cosa de seis cuerdas⁷, desde cuyo lugar tomamos al estenordeste, y por senda de médano carril, muy montuoso de arbustos. A una y otra parte llegamos a la orilla de otro río, a las once y cuarto, de mas anchura, y al parecer, de mucha más agua que el antecedente. Este río, dice Puelmanc, como antes hice mención, es el desaguadero del Diamante, corre de norte a sur, haciendo muchas vueltas, y formando lagunas. Desde una alturilla bien grande, se divisa que la laguna anterior nace de este río, y otras que hay más abajo de este puerto, que a las primeras vistas parecen independientes.

El terreno que hay, entre uno y otro río, es inútil para siembras, a no ser muy tempranas, todo de médano, esto es, en lo que respecta al camino, y lo que se comprende con la vista; y también muy montuoso de arbustos. En este río hay mucha más abundancia de aves, pues sin embargo el tropel de la comitiva, su crecido número de animales, los gritos de los arrieros y bullicio de los indios, he visto muchos patos, coscorobas, y los más primorosos cisnes. Luego que me desmonté, logré tirar a uno que cayó: su hermosura y pellejo son de codicia.

Así que estuvieron las cargas en el suelo, hice pasar las caballerías, y noté que todo lo que hace la caja del río nadaron. Luego se botó la balsa, y se empezaron a pasar cargas. Duró balseándose hasta las ocho de la noche, quedando Molina con sus cargas de la otra banda. En la última balsada, llegó el lenguarás Montoya, que con recado de Manquel vino de Chadileubu; quien dijo, que Manquel me suplicaba le mandase los balseros y la balsa, para que pasasen dos mocetones en seguimiento de seis caballos que le faltaban; pues mi mozo que buscaba mis bestias, se echó a nado siguiendo las huellas, y sólo alcanzó cinco caballos suyos; y por haber pasado desnudo y sin avío, se volvió dejando el rastro de sus otros animales, y de los míos, que seguía para adelante. Di orden que muy temprano pasase la balsa por Molina, y luego se desarmase y llevase a Manquel para los fines expresados.

El 26, antes de venir el día, estuve a recordar los balseros, y apenas se manifestó la claridad, cuando empezó a correr la balsa. A las nueve medí la anchura del río, que fue de ciento diez y seis varas, y de profundidad seis, y desde que estuvo desocupada, a la misma hora, fue llevada a Manquel por los balseros y Montoya, con recado que así como pasasen sus mocetones se me trajese la balsa, y él se viniese con su familia a esta

estancia, que por razón natural los animales se alcanzarían hasta mañana, y entonces volvería a ir a pasarlos, y hoy serviría aquí para que él se pasase a esta parte. Que la separación de nuestras personas era muy mala, pues no nos podíamos valer en ningún caso, y más estando río por medio. A las diez montó a caballo, por correr este terreno; es igual al de la otra parte, todo médano montuoso de arbustos, y pocos pastos, encontré una mata de tuna, con fruto, pero de espinas mucho más grandes que las que tienen las de Chile, y el fruto de éstas morado, y aquellas verde. Muchos rastros de animales caballunos, que deberán ser de los que dejan cansados los viajeros. Llegué hasta la ribera del otro río, la que es igual a la de este, y del otro anterior. Todo se compone de lagunas a una y otra parte, pues corriendo sobre el haz de la tierra como los pasados, donde encuentra bajo se extiende; cubiertas sus aguas de pájaros, en especial de cisnes, que lo hacen digno de verse. Los carrizales imposibilitan la entrada hasta la orilla, porque el piso está pantanoso y con agua. Por esta causa me fue imposible acercarme a tirarles, por más que anduve de abajo arriba más de media legua.

A la una y media de la tarde llegué a mi tienda, y encontré que los indios Manquelipi, y un hijo de Puelmanc, que también habían montado a caballo, estaban allí, cada uno con una yegua que habían laqueada. Al poco rato mataron la más gorda; con la sangre se lavaron todos la cabeza, y siguieron en la despresadura para partirse la carne.

A las cuatro de la tarde estuvo Manquel de la otra parte, y al cerrarse la noche con toda su familia, a excepción de Montoya y de mi mozo, que ellos fueron los que pasaron a seguir sus bestias y las mías. Llamé a Manquel y a su mujer que viniesen a mi tienda para consolarlos, y darles mate. Jamás he visto hombres con más sentimiento que el que manifestaban por la pérdida de sus caballos, y en especial su mujer, que ponderaba las excelencias del de su silla. Por último la conversación se concluyó con que le prestaría dos mulas para sus cargas, y caballos, cuando le faltasen los que le quedaron, caso que no pareciesen los desgarrados.

El 27, no hubo cosa notable, ni parecieron los seguidores de los caballos de Manquel; pero después de las oraciones, uno de los rondadores de mis caballerías llegó con la novedad, que de la otra parte del río que nos queda, divisó un indio de vigía, sobre una alturilla, que le hizo señales y gritó, pero no le contestó, sino sólo observaba que si él subía, el indio lo mismo por la otra banda; y si bajaba, lo propio. Le pregunté qué anduvo haciendo por aquel lugar; y me respondió, que buscando dos caballos que se le dispararon de la tropa.

Hice llamar los caciques a mi toldo, les comuniqué la noticia, y me contestaron que serían indios de Mamilinapu que vendrían de Guiñantu, esto es para trasladarse a las cordilleras. Les dije, que era de presumir, pero no de asegurar, y que importaba averiguar por la mañana qué indios eran; pues si eran amigos, los pasaríamos en la balsa, que la mandaría luego; y si no lo eran, nos prevendríamos. Quedaron en ir por la mañana a reconocerlos.

A las doce de la noche, ya que estábamos acostados, empezaron a ladrar los perros, y a desprenderse de nuestro alojamiento como para el norte. Parecía que cargaban con gente, y como podría ser que anduviesen indios en esta isla, internados de los que vio un arriero, me levanté, o

hice se reconociese el campo, y se previniesen las armas. Nada se encontró, pero lo pasamos en vela el resto de la noche.

El 28, a las siete de la mañana, llamé a Puelmanc, y Manquelipi, y les dije que cuanto antes montasen a caballo para ir a saber de los indios; me pidieron caballos para ir, y dándoselos al poco rato estuvieron de vuelta con cuatro ranquilinos, o de mamilmapu, y el uno de ellos sobrino de Manquel. Vienen de viaje, según dijeron para pasarse a las cordilleras; que traen sus haciendas, y están situados una legua para abajo de nuestro punto a la otra banda del río; que ayer subieron hasta ponerse a nuestro frente por una quemazón que columbraron, y pensando podrían ser peguenches que venían, deseaban verlos, para saber el estado de las paces entre ellos. Que estas tierras están inhabitables con los malones, y actualmente se hallan en ellos los ranquilinos. Manquel tuvo mucho gusto de ver a su sobrino, y de que se fuese con haciendas para sus tierras. Puelmanc tuvo sus sentimientos, pues los forasteros le comunicaron, que en estos días pasados había muerto en un malón un pariente suyo, y después de comer se retiraron con uno de los mocetones de Mariñan, que fue a ver a una parienta que venía entre ellos. El río lo pasaron nadando, como que vinieron en pelo, y cuando fueron estos indios a buscarlos, ya los encontraron de esta parte.

A las seis de la noche llegaron los que han buscado los caballos de Manquel y míos, con sólo estos, y no los de él, sin haberlos encontrado sino los vestigios que pasaron de Puelce para adelante. Volvieron a hacer nuevos sentimientos, y a llorar mucho; sin embargo que les hice la reflexión de que dentro de dos días estarían en Butacura; que los vendría a encontrar en sus tierras gordos y descansados a su regreso; que ya los tendría libres de pérdida por estos lados de que se maltratasen y quedasen cansados, como he dejado yo ya cinco caballos, y dos mulas, y dejaré aquí todos los que no puedan vencer el atravesado de Menco sin agua. Previne al capataz la salida para mañana, y que diese orden a los arrieros que madrugasen con la tropa.

Jornada XXIV

Desde el Desaguadero hasta la orilla del pajonal de Tripaque

(Mayo 29 de 1806)

A las nueve y tres cuartos de la mañana, salimos de la orilla del Desaguadero, después de haber estado desde que salió el sol esperando el que pareciesen las bestias de los caciques con nuestras caballerías en disposición, y tomando al nordeste, atravesando un médano montuoso de arbustos y con pasto, a las 24 cuadras estuvimos en otro río, gancho del que hemos dejado, cuya ribera está cubierta de carrizales, y a una y otra parte viene formando lagunas preciosas y grandes; lo pasamos a vado con el agua a la cincha, y de anchura tendría 40 varas. En esta isla que, según

dicen los indios, tendrá 6 leguas de sur a norte, hice dejar 6 caballos que venían muy maltratados, porque aquí pudieran hallarse convalecido a la vuelta, por razón del agua, que adelante no la hay.

Luego que estuvimos de esta parte, pregunté a Puelmanc, que si había más adelante agua, y respondiome que sí. Hice caminar; tomamos en este lugar el rumbo nordeste, cuarta al este, y siguiendo por igual clase de médanos dejamos a las 6 cuadras al lado del sur una hermosa laguna dependiente del brazo, y continuando 28 cuadras más, alojamos a la orilla de un pajonal de otra laguna, que se llama Tripaque, y también nace del río y otras muchas que le siguen hacia el sur.

El sitio que comprenden estos ríos es muy parecido al de las lagunas de Guanacache, que pinta el Abad Molina, desde los 30° hasta los 33° de latitud, y 309° de longitud; con la diferencia que Chadileubu las hace por separado en una línea hasta las juntas con el Desaguadero, que está al sursudoeste de nuestros alojamientos, por 5 ó 6 leguas. También en que aquellas tienen el desagüe de este río, que titula el Desaguadero, y el de éstas se resume por 15 ó 20 leguas de camino más, al mismo rumbo, con el nombre de Chadileubu en una hermosísima y profunda laguna que ya he dicho se titula Urrelauquen, que es decir, Laguna amarga.

Él pone en su mapa que el río del Diamante entra al del Desaguadero en los 352°, y siendo así no puede ser cierto lo que Puelmanc dice, de que el que hemos pasado es el Diamante; a no ser que sea ya unido al Desaguadero, y en este caso el Desaguadero debe perderse, pues todas estas aguas se resumen sin la menor duda.

También en su mapa pone al Diamante como el penúltimo al sur, —122→ que nace de las cordilleras al oriente, y el de Naguelguapi, el último; siendo cierto que corre Chadileubu al famoso Cobuleubu, y Neuquen hasta Limaileubu, que pudiera ser el de Naguelguapi.

Es de notar también que hay algunos indios que aseguran, y especialmente el peguenche Tripainan, que este río de Chadileubu, más al sur, pasado una travesía de médanos, va a brotar en unos menucos, u ojos de agua, que ya vuelven a formar un considerable cuerpo que corre hasta el mar. A las 8 de la noche entraron los caciques a mi toldo, con el objeto de tratar sobre los expresos que debían anticiparse a Carripilun, de lo que hasta ahora no se ha vuelto a hacer mención, porque don Justo Molina ha estado enfermo. Se le propuso a Puelmanc, y contestó que Molina hasta ahora seguía indispuerto, y no estaba capaz de marchar a la ligera, que él es conocido de todos los habitantes de Mamilmapu y es precisa su persona en el atraveso de Meuco a lo de Pilquillan, por si acaso se encuentran algunos indios que podrían extrañar la comitiva, y quererla ofender, que en estando en lo de aquel indio, se adelantará, y quedarán con más seguridad nuestras personas. Le pregunté ¿que si Carripilun, y los otros cabezas no tendrán a mal que nos entremos a sus tierras sin avisarles? Me contestó, que viniendo él en nuestra compañía no lo tendrían a mal; que él les diría, que no quiso dejarme solo hasta no dejar mi persona con las recomendaciones necesarias. No me pareció mal el proyecto, porque debiendo siempre parar en lo de Pilquillan, lo haríamos entretanto él se adelantaba a lo de Carripilun.

Mientras estábamos en esta junta llegó el mocetón, que fue ayer, con los ranquilinos que cité, a ver a una parienta; y avisó, que antes de venirse,

llegaron indios a la otra parte del río; pero no supo de que nación eran, sino solo que venían armados, porque vieron algunas lanzas desde esta banda. La noticia era de entidad, pues en las dos siguientes jornadas de Meuco se nos han anunciado los mayores riesgos por quilliches y llamistas, y más viniendo por camino poco usado. Ellos se sorprendieron bastante; yo les fui a la mano diciéndoles, que pudieran ser amigos y venir armados, o temiéndonos por las novedades que a ellos les contarían de nuestra expedición, o por temor de otros enemigos. Que la puerta de esta isla en que estábamos, nos aseguraba un costado, y nuestros animales, que para pasar un atravieso sin agua de dos días, era conveniente dejar las caballerías descansar donde tuviese bastante agua; que pararíamos mañana, y mandaríamos bien temprano a saber qué gente era, y con qué destino venía a estas tierras; qué número y qué fuerzas traía; que ellos y yo les mandaríamos el bien venido, y que si su destino seguía para adelante, que nuestra voluntad y protección estaba pronta para que si gustaban se viniesen a incorporar con nosotros.

—123→

Quedaron gustosos con el proyecto, y al mismo mocetón, que ya era práctico del lugar, le di un mazo de tabaco, para que bien temprano saliese con su mensaje.

A las 4 de la mañana salió, y a las 12 del día estuvo de vuelta, avisando que los indios eran llamistas, que no traían novedad, y que ya venían para acá; que él los encontró, y recibiendo las razones que llevaba, venían gustosos.

Al poco rato estuvieron en el alojamiento siete indios mozos, y uno como de 50 años, los que trajo a mi toldo a las seis de la noche Manquel y Puelmanc. El principal se llamaba Lincopay, Guilliche del lugar de Lonquimay, vasallo de Millalen, que ya he nombrado en distintas partes, por las conexiones que tiene con estos peguenches. Sus siete compañeros vienen con él a conchabo a estas tierras de Mamilmapu, y su destino es la reducción de Carripilun.

Me ha asegurado viene con otros cinco, y el que hace cabeza en ellos es Caminillaquien, trae una hermana a ver a otro hermano, llamado Autequin, que vive en la misma tribu de Carripilun, y los que le acompañan es a comercio. Ha prometido que mañana nos alcanzarán, pues hoy no lo pudieron hacer, porque viene enferma la mocetona de una caída de caballo.

Así que tomé estas razones de él, le pregunté que si venían otros quilliches, o llamistas para Mamilmapu detrás de él; y me contestó, que sólo otro indio, llamado Gurla, que trae el camino que da vuelta por el resumen de este río.

Le manifesté extrañaba que no viniesen llamistas y más quilliches, cuando tenía noticia que todos los años pasaban reducciones enteras para Mamilmapu, por permutar los ponchos por haciendas. Contestó, que era cierto, y que este año hubieran venido también, si no hubiera sido por el peguenche Caullan, que pasó a los llanos, en donde hizo junta de indios para darles noticia que los peguenches estaban alzados con los españoles, que todos venían a Buenos Aires, con determinación de acabar con los quilliches y llamistas que encontrasen. Que por esta razón se temieron, y dejaron sus viajes para el venidero.

Manquel y Puelmanc, que oyeron estas razones, se rieron, y les dije:

Caullan es, Manquel, de tus peguenches, y es él que nos llevó las últimas noticias de que Guerahueque y los llamistas estaban unidos para impedirnos el tránsito por estos caminos; y es el mismo que a mí me dijo —124→ que doscientos guilliches armados habían salido de las cordilleras con Llanquitor y Cunaquen con sólo el objeto de acabar con mi expedición. Este es, amigo, un sedicioso, un infame, y debe desterrarse de las naciones un hombre que fomenta con sus enredos guerras. Nos pudo poner en tal estado con fingir en una y otra parte que querían maloquear. Vosotros debéis dar a ese peguenche una reprensión que no le deje en aptitud de continuar con su genio, y que escarmienten otros. Así se deben dar las satisfacciones al público y a las naciones amigas. Puedo aseguraros, que si mientras estuve en vuestras tierras, hubiera sabido el ardid de ese mocetón, yo os hubiera hecho ver allí cuál era su delito, y cómo debían haberlo castigado, para que no infestase vuestros terrenos; pero ya que lo hemos sabido tan distante, confío en vosotros sabréis tomar las satisfacciones que debéis. Recibieron muy contentos los consejos, y volviendo a Lincopay le dije: Ya estáis satisfecho que lo que os dijo de nosotros, nos dijo también de vosotros, y con verme aquí deberéis creer que no recibí bien sus razones, ni lo di crédito. Hizo muy mal Guerahueque, y los demás caciques que querían venir, de suspender su determinación, por las razones de un mocetón sin crédito de sus jefes. Yo hubiera celebrado encontrarme con ellos por aquí, así como tengo gusto de que estéis vos y tus compañeros conmigo. Los hubiera tratado con mucho amor, pues deseo conocerlos, y darles pruebas que solicito sus amistades.

Estos pasos que doy; este verme en campos desconocidos, y tratando con gente que sólo por noticias sabía que habían, es con el motivo que desean mis superiores, obedeciendo a varias reales órdenes, se trafique amistosamente por estas tierras, desde la Concepción a Buenos Aires. Es en buenos términos, solicitar hacer una unión de nuestras fuerzas con los habitantes de las tierras; y es en fin que desea nuestro soberano hacernos un mismo cuerpo, y que por ese arbitrio merezcan su real protección, como logran de ella nuestros amigos los peguenches. Yo espero que a las primeras palabras que hable sobre materia tan importante, empezarán a conocer las ventajas que se les ofrece, y que esta internación mía a sus tierras, les franquea. Con nuestra protección se harán poderosos, respetados y fuertes. No habrá nación que les perturbe sus derechos de propiedad; ya se les acabarán los malones, pues la paz se extenderá a todos los límites de estas tierras. Y andando en pasos tan útiles para todas las naciones de este continente, ¿cómo debía presumir me sucediese un destrozo que sólo merecía un bandido? No, Lincopay, son tus compatriotas racionales, y no hay hombre que no se dé a la razón. No habrá alguno que proteja mi comisión, que yo no lo recomiende como merezca. Una noticia de un río, de un estero, un nombre de un cerro, de un llanodo asiento en un papel citando el autor que me lo dio. No me contento con quedar yo solo agradecido, sino que quiero que mis jefes, sepan vuestro buen —125→ modo de proceder con fidelidad. El que intenta transitar por tierras desconocidas debe inquirir los nombres de los lugares, de los ríos, de las lagunas, sus situaciones, y todos los objetos notables. Mis peguenches te dirán que tenemos nuestras conversaciones sobre el particular, y que en el momento tomó la pluma para trasladar cuanto me

dicen, a noticia del Señor Capitán General, y Señor Virrey de Buenos Aires, a cuya ciudad he de pasar a dar cuenta de mi expedición. Así se hacen los hombres conocidos, sin que se pongan a la vista, y se hacen merecedores de la memoria de esos grandes hombres. Si Guerahueque y Millalen estuvieran aquí, tuviera la satisfacción que me instruyeran de todos esos terrenos que ocupan; que hasta ahora desconozco: me dieran razón de los grandes ríos que se descuelgan de los montes, y del origen de Limai Leubu, que hasta ahora lo ignoro, como su cuerpo y curso. Me contestó, que decía muy bien, y que aunque hubieran salido armados a cortarme los pasos, en habiendo sabido el objeto de mi viaje, se presumía, no sólo me hubieran franqueado el camino, sino también me hubieran auxiliado. Que sentía mucho no hubiesen venido sus caciques, porque hubiesen celebrado conocerme, y no hubieran sido menos que los peguenches en comunicarme todas las noticias que les hubiese preguntado. Que por lo que toca al río de Limaileubu él me daría razón de su nacimiento, pues lo sabía; como que salía de sus tierras.

Como toda mi conversación no se reducía a otra cosa, le admití la oferta; y reconviniéndole por ella, me dijo, que nacía de una hermosa laguna, llamada Alomini, que está en medio de las primeras cordilleras del poniente, hacia la derecera de Maquegua: que en su origen era río mediano, y después se hacía formidable, por los esteros que le entraban.

Manquel dijo, que ya sabía de la laguna que era muy grande, por cuya orilla había andado muchas veces, y que día y medio se caminaba por su ribera. Que al río que salía de esta laguna, le entraban a su caja, en medio de las cordilleras, los esteros, Matañanc-leubu, Rucachonoi-leubu, Quelguen-leubu, Pichi-leubu, Mayen-leubu, Naguelguapi-leubu, y que la laguna está situada en medio de las cordilleras Miquen y Guenueo. El guilliche confirmó ser cierto cuanto Manquel aseguraba, y seguí: ¿Que si tenían noticia, o conocimiento de la laguna de Naguelguapi? Me dijeron, que no había tal laguna de Naguelguapi. Les insté que como no, ¿cuándo como cosa de quince leguas más al norte del volcán de Rucachavi, estaba esa laguna! Que era muy dilatada, y tenía una hermosa isla en medio, cubierta de lindísimos árboles, y de la que dimanaba un famoso río, llamado Naguelguapi?

—126→

Respondió el guilliche, que ni hay otro río que se descuelgue a los llanos de esta parte en tierras de ellos, que el citado Limaileubu; muy caudaloso, y que se introduce al mar; ni otra laguna grande que la que ha dicho de Alomini; que esta tiene una isla en medio con varios chacayes y hermosos pinos, y no otra. Que Naguelguapi se llama un mallín que hay en las tierras del cacique Quiñillan; que de este mallín nace un estero que toma su nombre, y se introduce a Limaileubu, como que pasa muy inmediato, y por esta causa me habrán contado que hay otro río del nombre de Naguelguapi. A todo convino Manquel que según ha asegurado, es muy práctico, de aquellos lugares.

De aquí es que al Abad Molina no le dieron con la debida exactitud las noticias de la laguna, así como tampoco las de Neuquen, que se introduce a Limai de Cobuleubu que gira a la costa patagónica, y Chadileubu que se resume en estas pampas, tres ríos grandes que tienen su curso, a esta parte, y los he pasado yo con toda la comitiva.

Ninguna otra razón me dio este indio por más preguntas que le hiciese; asegurándome, que en solas sus tierras ha trajinado, y para estas tierras de Mamilmapu, que jamás paso a Limaileubu. Me hizo presente que venía caminando dos meses, que ya los víveres se le habían acabado, y que le hiciese favor de darle bastimento, que se incorporaría con mi comitiva hasta Meuco. Convine en uno y otro gustoso. Manquel me dijo, que habían traído unos parientes suyos dos caballos de venta, que debía darles cabalgaduras, y que los comprase. Los vi, y aunque sólo eran buenos para suplir necesidad, los compré, el uno por un freno, y el otro por un par de uples, y de ellos tomó uno D^a Carco para su marcha. Se despidieron, advertidos que al siguiente día caminábamos.

Jornada XXV

Desde Tripaque a un plan en la travesía de Meuco

(Mayo 31 de 1806)

A las siete y tres cuartos de la mañana, continuamos nuestra marcha, prevenidos de aguada por seguirsenos la travesía. Tomó la delantera el cacique Puelmanc, guíandonos, como ha acostumbrado, desde Tilqui; y prosiguiendo, por médano parejo y con los mismos arbustos expresados entre los ríos, siguiendo el mismo rumbo del nordeste, cuarta al este. A las cinco horas y cincuenta minutos, alojamos —127→ en un prado, pasado un atraveso de árboles grandes de curimamil, porque ya venía la tropa muy fatigada, y se había cansado una mula.

El cacique Puelmanc, con la comitiva de guilliches que iban delante, se alejaron, y así alojaron en otro lugar más adelante.

Aunque todos aseguran, que en estos terrenos no hay agua; pero yo lo dificulto, porque hay muchos taros, gallinazos, trinquis, halcones, águilas, muchísimas perdices chicas, y otras varias avecillas que no los habitarían sin ella.

Jornada XXVI

Desde el Plan de la travesía hasta México

(Junio 1.º de 1806)

Como habían quedado tan maltratadas del medana^l8 las caballerías, les sería más aliviado caminar de madrugada, a las doce de la noche estuve en pie, e hice que se rodease la tropa y trajese al alojamiento: a las dos y

media, y a las cinco en camino nosotros, siguiendo el mismo rumbo. A las dos leguas estuvimos en el alojamiento que tuvo Puelmanc, quien ya había caminado, pero dejó allí a Manquellipi para que nos guiase. En este sitio mudamos rumbo al estenordeste, y continuando por médano mucho más pastoso, algo desparejo, y más sólido, a las cinco leguas llegamos al lugar de Meuco, que es una veguilla pastosa, en donde hay dos fuentes de agua permanente, y algunas cortas lagunillas, que aseguran suelen secarse. La vega está rodeada de médanos que forman cerrillos. Todo lo que hoy hemos andado serían siete leguas por cómputo, pues aunque llegamos a las dos de la tarde, trajimos paso muy corto, e hicimos dos paradas de media hora para aliviar la tropa. Mucha más abundancia de pájaros que ayer vi hoy, y especialmente perdices chicas, que llaman sello los indios, conformes a las de Chile.

Al rato que estuvimos alojados, hice llamar a los indios, y estando juntos les dije que ya era tiempo de que se adelantasen a dar la noticia de mi venida, así a Carripilun como a Pilquillan, a Paillatur y a Quillan, pues podíamos encontrar algunos indios, y formar novedad de ver la caravana con tanta carguería y comitiva. Me contestaron que decía —128→ bien, y que en la noche se trataría de la materia, después que comiese y me acomodase; porque sería bueno parase un día para refrescar las caballerías.

A las seis de la noche volvieron los caciques, y estando en mi carpa, les dije: Ya os he dicho cuánto importa, y que nos es preciso adelantar noticias a estos habitantes de nuestra llegada a sus tierras. No demos motivos de sentimientos, sino de gratitud, a los que necesitamos. Aunque mañana pare aquí, es forzoso se adelante Puelmanc con don Justo Molina; y siendo el más cerca que tenemos, según vosotros mismos me habéis dicho, Pilquillan, vuestro amigo, a lo de este pasarán primero; le comunicarán me hallo en este sitio, y haciéndole ver que vienen conmigo el gobernador Manquel, y los otros caciques, le suplicarán venga a visitarlos, o mande algún mocetón a enterarlos del estado de estos lugares, y que éste nos conduzca a sus toldos, para que allí nos orientemos de cuanto importe a nuestra seguridad.

Allí podré esperar la contestación de Carripilun; allí podremos encontrar guías que lleven Manquel a lo del cacique Paillatur y a lo de Quillan, cuya vista nos importa, porque la derecera del camino a Buenos Aires es por tierras de estos, y no por lo de Carripilun, que queda muy al norte, y que sólo necesitamos por ser la cabeza principal de estos terrenos; y allí nos surtiremos de carnes y cabalgaduras, que de uno y otro venimos días ha necesitados. De todo lo que le tratará Puelmanc, para que solicite de sus compatriotas estos auxilios, que se les pagarán por el precio que pidiesen.

Contestaron, que todo estaba bueno, y que saldría Puelmanc con Molina bien temprano, que pasarían a lo de Pilquillan, a quien harían venir, o que mandase a verme; que estando allí, se dispusiese la separación de Manquel. Pero que no había necesidad de que esperase la contestación de Carripilun, sino que siguiese mi marcha, que en el camino encontraría su respuesta; y cuando no fuese como deseamos, Puelmanc debería volver con celeridad a llegar antes que nosotros pudiésemos movernos de lo de Pilquillan. No me pareció mal el proyecto; hice llamar a Molina, y quedando ya advertidos que bien temprano saldrían, se retiraron.

A las tres de la mañana tuve a Puelmanc en mi toldo, después de haberse llevado en parla la mayor parte de la noche con sus compañeros tratando de lo que había de hacer, y los recados de cada uno que debía dar. Me dijo que ya deseaba salir, y no veía la hora que llegase el día; que esperaba esta ocasión diese Carripilun pruebas de la —129→ mucha amistad que siempre tuvieron, que le hiciese favor de darle a él el agasajo que le mandaba para captarlo más, y que a él le diese un freno y un pañuelo, que el freno que traía estaba quebrado, y el pañuelo ya viejo. Hice cuanto me pidió, y poniéndome a escribir a Carripilun; llegaron a las cuatro Manquel y Mariñan, con quienes se puso a conversar hasta ser de día.

A esta hora vino Molina a ver lo que mandaba: le entregué el pasaporte del Señor Gobernador Intendente, para que se le interpretase, y una carta mía, cuyo contenido es el siguiente:

«Nuestro Católico Monarca (que Dios guarde) tiene recomendado a los Señores, Virrey de la capital de Buenos Aires, y Capitán General del reino de Chile, te hagan ver el amor que os tiene, y te den pruebas de su benevolencia. Para cumplir estas reales órdenes, he sido comisionado por el referido Señor Capitán General, y me hallo en los umbrales de tus tierras, con la comitiva que te darán a entender las credenciales que incluyo.

»Espero sólo tu permiso para internarme hasta esos toldos, en donde deseo verme cuanto antes, y proponerte bienes que luego conoceréis por su valor. Para merecerlo, mando con ésta al cacique Puelmanc, y a don Justo Molina; uno y otro le dirán algo de mi trato y buen corazón, por lo que deberás prometerte mayor seguridad en cuanto diga. De ésta necesito también para proseguir sin recelo por tus tierras, y espero me la franqueareis, como mi persona y comisión lo exigen.

»Puelmanc te entregará por sus manos un obsequio que mi voluntad adelanta a los que tiene destinados, para que recibas de las mías. Espero lo tomes en prueba de mi buena fe, y deseo que tengo de servirte.

»Nuestro Señor te guarde muchos años.- Meuco, y junio 2 de 1806,
Luis de la Cruz

»Señor cacique, gobernador Carripilun, en las tierras de Mamilmapu».

Para que interpretase la carta y pasaporte, que como credenciales le incluí, comisioné al español Marcelo Molina, y se despidieron bien instruidos de cuanto debían obrar. A las cuatro de la tarde llegó al alojamiento de Manquel un indio —130→ de estas reducciones, y después de las oraciones lo trajo a mi toldo. Me lo ofreció, diciéndome era su sobrino, que no lo conocía, porque era oriundo de estas tierras, y hacía más de cuarenta años que no veía a su madre, que fue peguencha, y también pariente de Treca. Que Pilquillan no venía por hallarse en otro lugar que el que Puelmanc dijo vivía, que a este mandó para que fuésemos mañana a parar a su toldo, y que allí saldría también Pilquillan.

Recibí al indio con el agasajo que era regular, y habiéndomele ofrecido, y ponderado cuanto gusto tenía en haberle traído su tío Manquel, gobernador de los peguenches, y saber que era también pariente de Treca, cacique de toda mi estimación, le empecé a preguntar por los principales de su nación, sus habitaciones, ¿dónde las tenían, y en dónde se hallaba Carripilun y Quillan. Me contestó, que Carripilun vivía en el lugar de Maribil, dos días y medio distante de aquí. Que Quillan, cuatro días,

cerca de las salinas de Buenos Aires; que Paillatur, en Chaquilque, a las dereceras de Buenos Aires; y así que todos los caciques estaban separados con sus reducciones. ¿Que si ha estado alguna vez en Buenos Aires? Me contestó, que sólo en una ocasión, pero que es muy práctico del camino más recto, atravesando los llanos. ¿Cuál era el camino más derecho, y cómo se llaman los lugares que se atraviesan para llegar en menos jornadas a Buenos Aires? Que saliendo de aquí por donde venía la luna, que era al este, cuarta al norte, es el más recto. Que primero se llegaba al lugar de Chaquilque, y después a Chiyen, a Malcuaca, a Quilquil, a Cololanquen, a Tuay, a Aldirinanco, a Lelbun-Mapu; que ya ahí son las castas a Leubuco, a Catrilechi-mamil, Trilis, a Moncolo, a Mallin-lauquen, a Pichiloo, a Cumaloo, a Chalac, a Gualanelú, a Butanguencul, a Leubu-Mapu, y a Loncoguaca; y de aquí ya está en tierras de españoles, y que con mis cargas, despacio en 10 ó 12 días estaría en Buenos Aires. ¿Que si hay aguas estables por todo el camino? Que todos los lugares que ha nombrado son aguas perpetuas, y que cerca una de otras como de aquí a sus toldos, y algunas poco más. ¿Que si son corrientes las aguas, o de lagunas? Que son lagunas. ¿Que si hay leña? Que sí, hay mucha leña y gruesa hasta más de la mitad del camino, y de ahí para adelante algunos arbustos, y dos días sin leña, que se hace fuego con achupalla. ¿Que si todos los terrenos son parejos, capaces de rodar carretas, y si son pastosos? Que si hay arenales, o son de tierra firme todos los campos? Que todas las tierras son llanas, muy pastosas, y de tierra firme; que por todas partes pueden rodar carretas sin el menor embarazo, porque no hay zanjones, ni barrancas, ni otro estorbo, que algunos árboles en este atravieso hasta lo de Quillan, que puedan por la vereda impedir el tránsito. ¿Qué si hay camino trajinado por los lugares que me ha nombrado? Que hasta —131→ las castas hay camino real, y de ahí para adelante se corta derecho a Luján. ¿Que si podría llevarme por ese camino? Que si me llevaría, pero que yendo a lo de Carripilun, me iba mucho al norte, y sería mucha vuelta. Que este camino lo sabía Puelmanc, y otros muchos indios, que me traerían por él a la vuelta, pues estaba muy cerca, como lo experimentaría, y que era mejor que los otros que van por lo del difunto Quintrepi, y otro para las fronteras del Sauce, porque tienen menos aguas y leñas. ¿Que si este camino, que dice, está cerca del de las Salinas? Que está cerca, a distancia de dos días, o día y medio al paso. ¿Que si habrá recelo por ese camino, de que los indios nos sujetasen? Que en captando a Quillan, que es el más alzado, y la cabeza principal, ya los demás no valen, y están yendo todos los días a la frontera, y a las Salinas, cuando vienen españoles; pero que Quillan jamás se allegó ni a las Salinas. ¿Que si en todos estos lugares, o en algunos viven indios, que me exprese los que están poblados? Que en Cololanquen vive Cayupan, que en Tuay, Manquechen, y en Aldirinanco, Quillan; y de ahí para adelante todas son tierras despobladas. Que indios hay muchos afuera del camino, pero él no sabe decirme el número que habrá; que Pilquillan me dará más razón de todo cuanto desee saber, pues él es mocetón, y tiene pocos conocimientos. Le pregunté a Manquel. ¿Que como tiene en estas tierras tantos parientes, y desde qué tiempo? ¿Qué si siempre han sido estas tierras pobladas de indios, o fueron sólo pobladas cuando se vinieron los ranquilinos de la Cordillera a habitarlas? Que en estos terrenos habitan indios desde

tiempos inmemoriales, que así le oyó a sus antepasados, y siempre estas naciones fueron enemigas de los otros guilliches, que hoy gobierna Canigcolo. Que Quiñepil fue gobernador peguenche, y tan guerrero, que siempre estuvo con la lanza en las manos, maloqueando a los guilliches y llamistas, y aun a estos. Que encolerizadas estas tres naciones se comunicaban las lunas en que los habían de asaltar, y así a un mismo tiempo y a una misma hora, les entraban por diferentes partes, y los fueron destruyendo. Que hubo ocasión en que doscientos y más peguenches que andaban guanacando por el lugar de Auquinco, (los que se alojaron en la aguada en que nosotros mismos nos hospedamos) de madrugada llegaron allí estos ranquilinos, y acabaron con todos, sin que hubiese quedado uno que lo contase, sino los cuerpos en el campo como bestias, y los rastros de estos nacionales, para conocer que ellos habían sido los del destrozo. Que así, pues, se fueron despoblando sus terrenos de hombres y de mujeres, llevándose las cautivas; y varias familias que vivían por Ranquel, otras por Treuco, y otras por Cobuleubu, tomaron el partido de venir a implorar el asilo de estos mismos enemigos, por no morir en manos de ellos en aquellos montes. Que llegaron a Chadileubu, —132→ y de allí mandaron mensaje a estos indios, avisando, que allí estaban; y venían a vivirse con ellos, y a ser esclavos voluntarios. Que entonces fueron a recibirlos, y se los trajeron; desde cuyo tiempo se vino la madre de este mocetón, y otros peguenches que aquí han procreado, y han llenado estas tierras. Que la mayor parte de habitantes, que en el día hay, son descendientes de aquellos montes.

Que él se acuerda, que desde Tilqui hasta Cobuleubu, había una reducción de más de seis cientos peguenches; en el Tocaman, Treuco, etc. otros tantos. Que en la Capilla y Codileubu más, y que eran tantos que no se conocían, sino las cabezas principales. Pero todos fueron muertos por los brazos de los enemigos. Que se consumieron sus padres, parientes, amigos y paisanos; que las haciendas saciaron la codicia de los guilliches, y de estos, y en fin que sólo con lágrimas puede contarse tan lastimosa escena; y hacer memoria tan triste no es para este tiempo.

Le hice presente que esas consecuencias eran precisas a las guerras, y al no tener conducta en ellas; pero que ya se les acabó ese tiempo de infelicidad; que ahora son nuestros amigos, y con nuestra amistad, no sólo son respetados, sino también temidos; no sólo son queridos, sino que se ven granjeando las amistades de todas las naciones, pues nosotros, no sólo tenemos armas aventajadas, sino prudencia para hacer conocer y distinguir la razón. A este tiempo avisaron a Manquel que sus cabalgaduras no habían parecido, y se despidió con su nuevo pariente, prevenido de que bien temprano marcharíamos.

Jornada XXVII

Desde Neuco a Tolvan

(Junio 3 de 1806)

A las nueve de la mañana montamos a caballo, y continuamos el rumbo y misma calidad de médano, sin ninguna madera, hasta una laguna llamada Gualico, donde se completó una hora. Desde este sitio mudamos el rumbo al nornordeste, por el que caminamos tres leguas y seis cuadras, hasta la una y doce, que llegamos a los toldos de Angueñan, que es un sitio de médano con una fuente de agua dulce, y algunos árboles de algarrobos.

Más de veinte y cinco indios mocetones, de buenas presencias, y bien montados, me esperaban en distintas puntas de cerrillos, con —133→ varios trozos de yeguas y caballos. Luego que me desmonté, me trajo Angueñan un ternero de regalo, para que tomase. A más de que era preciso agradecer la fineza, se la estimé como que hacía algunos días que no tomaba carne fresca; se la correspondí, dándole añil, chaquiras, un pañuelo y un sombrero.

A las tres de la tarde se puso a la vista una cuadrilla de indios, sobre un cerrillo de arena, de los muchos que circundan esta estancia. Al poco rato vino un mensaje a los indios, diciendo que el cacique Naupayan estaba con algunos mocetones a la vista; que ignoraba qué españoles eran los que estaban en este sitio; que si había novedad, pues, por novedad le contaron casualmente, que Molina, y el cacique Puelmanc se habían internado para lo de Carripilun, sin hacer juicio de él; que había oído que venía un caballero, y antes de llegar a saludarlo, fuese uno de los indios que lo conducía a darle razón de quién era, a qué venía, y para dónde caminaba. Así que los caciques recibieron el recado, me lo pasaron, y mandé con Manquelipi, al dragón Baeza, y al capitán Jara, diciéndole, que con sólo saber que venía del reino de Chile, debía inferir que no tenía conocimiento ni de estas tierras, ni de estos habitantes, ni de los caciques que los gobernaban. Que mi deseo ha sido no faltar a las atenciones que debo en tierras extrañas; y por esta causa anticipó a Molina y a Puelmanc a lo de Carripilun, para que me permitiese pasar adelante, pensando era la única cabeza en estas reducciones; que desde este lugar fue a encontrarme el dueño de esta estancia llamado Angueñan, quien me aseguró podía seguir mi marcha sin la menor desconfianza. Que confiado en sus razones, me trasladé a este sitio, en el que tengo el gusto de divisarlo; y siendo servido de llegar a mi toldo, lo trataré un rato, me conocerá, y será enterado de cuanto desea saber. Tuvo un largo rato de parla con los del mensaje, y se dejaron venir a toda carrera, dando una media vuelta a mi toldo. Hice disparar tres tiros de pistola, y habiéndose apeado, vino a abrazarme con su capitanejo, y dos indios de respeto. Los entré al toldo, y le dije: No creo debo hacerte presente, Naupayan, otra prueba de mi voluntad que tengo a estas naciones, y de la importancia de las noticias que os conduciré, que el dejarme ver en tus tierras tan distante de las mías; cuando he hecho esta acción, en que ya podréis regular las incomodidades que he pasado, ¿por qué podría excusar la atención de mandarte un mensaje, avisándote mi llegada? Piensa bien en esto, y deberás disculparme, como que un forastero no conoce, y por esto no incurre en defectos de atenciones, que no pudiera prevenir sin ser adivino. Molina y Puelmanc fueron mis enviados, y aunque suponga que estos —134→ te conocerían por haber andado en estas tierras, pero no sabrían

donde ahora vives, y por eso, ni me lo previnieron, ni advirtieron pasar a verte. Así, debéis disculparme, y perdonar a ellos. Ya me tenéis aquí, estoy en tus tierras, deseo hacerme tu amigo, y no hemos de empezar la amistad con sentimientos de poco fundamento, que acortan el tiempo con que debemos daros a conocer. Me respondió, que así como supo que Molina había pasado para lo de Carripilun a darle parte de un caballero que traía, dijo: Carripilun, es el sol de estas tierras, irá a darle con celeridad la noticia; de mí no ha hecho juicio para pasarme a ver, menos lo haría para ponerme en noticia de ese guinca que viene. Así, pues, éste no tiene culpa, y voy a encontrarlo para conocerlo y ofrecerme; y también le haré presente que Molina, cuando pasó el año pasado, recibió en mi casa mil favores, se los hicieron también mis mocetones; les prometió, y a mí darnos cuanto se le previno, y ahora con desprecio se pasa por nuestras puertas sin hablarnos y sin preguntarnos cómo estamos. De nuevo le respondí, que no podía saber en dónde vivía, sin estar en el camino, y que yendo a lo de Carripilun, en donde deben juntarse los caciques de estos distritos, para que oigan los mensajes que traigo de mis superiores, allí esperarían verlo, tener la satisfacción de saludarlo, y corresponder sus finezas. Me contestó, que estaba muy bien; y sería cierto lo que le decía; que él no irá a lo de Carripilun, pues no era chiquillo para andar más pasos. Que para cumplir conmigo era ya bastante con haber venido, y el sentimiento que tenía con Molina no podía quitárselo con palabras, porque éste lo había engañado, prometiéndole regalos para granjearle obsequios que entonces le hizo. Le contesté, que ya yo me le mostraría, regalándole alguna cosa, pero que quisiera fuera sin resentimientos a lo de Carripilun, porque en estos casos deben los hombres ceder de su derecho por mirar lo conveniente a su patria. Que yo ignoro si debe ir o no a lo de Carripilun; pero que siendo mi destino allí le estimaría fuese sin etiquetas. Me respondió que alojaría, y me respondería por la mañana. Acepté y se retiró a alojar.

Seguidamente llegaron a visitarme porción de indias, con la familia de Pilquillan. Las más, vestidas de paño de segunda, y en su rito muy bien adornadas. Reparé en ellas, además de venir más pintadas que las peguenchas, que muchas eran lagañosas, y con los párpados hinchados, que continuamente se tiraban las pestañas; y preguntándoles que ¿por qué era allí tan común en las mujeres la enfermedad de la vista?; se rieron, y una me respondió que no era enfermedad, sino que para parecer bien, se adelgazaban las cejas, y se arrancaban las pestañas. Pudiera haberme sido sospechoso el axioma, —135→ si no hubiera notado, que las más jamás eran las más escasas de este natural adorno.

Cincuenta y cuatro indios se juntaron en este sitio en el resto del día, prueba de los que habrá en estos lugares. Las precauciones tomé conforme al número de mi gente, y lo que más me recelaba, fue que me robasen las caballerías. A todos les hice dar tabaco y bizcocho.

A las siete de la mañana entró a mi toldo Pilquillan, me saludó, y echó una relación, como acostumbra los peguenches, ofreciéndoseme y pidiéndome. Le di un sombrero, chaquiras, llancatus y tabaco. Al poco rato entró Naupayen, y después de los primeros cumplimientos, le pregunté ¿que cómo se hallaba para acompañarme a lo de Carripilun? Me contestó, que sólo hubiera ido a lo de Carripilun por conocerme; que ya había merecido esto,

y lo excusase; que me acompañaría hoy con toda su gente hasta el alojamiento, y entonces se retiraría a sus toldos. Le pregunté, que si no asistiría a la parla que debía hacerse en lo de Carripilun. Me contestó: Que diciéndole yo su contenido, me sabría responder según su intención, que era hombre formal, y no sabría variar. Le expresé, que mi venida ha sido, con el objeto de reconocer el camino por que anduvo Molina, y otros que se conociesen por más rectos y mejores, con el fin de entablar una franca correspondencia desde la Concepción a Buenos Aires, y desde Buenos Aires a la Concepción. Que esta correspondencia debía presumirle el principio más seguro para unirse con nosotros, de tal modo, que debíamos unos y otros formar un cuerpo, que lograrían la ventaja de tener a nuestra poderosa nación por amiga, y de consiguiente de protector a nuestro soberano; que mirándolos con la mayor ternura ha expedido sus reales órdenes a fin de que se ponga en uso este trato, comunicación y comercio. Que por este arbitrio quería hacerles ver su paternal amor y su real amparo y protección; que ya vería cuán útil sería a su nación esta buena correspondencia, y las ventajas que de ella se lograrían. Me contestó, que celebraba la noticia que le daba, y me agradecía las pensiones que habría pasado por venir hasta estas tierras, que por su parte no había embarazo al buen cumplimiento de mis deseos, y que cuanto hiciese Carripilun sobre la materia, él lo daría por bien hecho, y sabría cumplir por su parte cuanto él prometiese. Hablamos mucho rato sobre el asunto, sin que él acordase cosa que no fuese a la mayor seguridad y franqueza de los tránsitos, y concluí la conversación dándole una chupa, llancatus, cintas y añil; y a sus dos capitanejos Llaminanco y Apeles, chaquiras, añil, tabaco y cintas.

—136→

Jornada XXVIII
Desde Tolvan a Butatequen

(Junio 4 de 1801)

A las nueve y cuarto estuvo la caravana en camino; me despedí de Anqueñan, y siguiendo el rumbo al norte, cuarta al noroeste, con el acompañamiento del cacique Naupayan y toda la indiada, seguimos el camino atravesando por la abra de uno de los cerrillos, que circundaban el lugar; entramos a un plan parejo de trumau, pastoso y sin leña; a las veinte cuadras llegamos a una laguna, nombrada Butalauquen. Prosiguiendo por igual senda a la misma distancia, pasamos a la ribera de otra, llamada Manibil; poco después dejamos otras dos chicas, que la una era salada, como las dos antecedentes, y la otra dulce; y caminando por camino igual, a la legua y treinta cuadras estuvimos en la laguna y lugar de Butatequen, que seis cuadras al este de ella tomamos nuestro alojamiento al lado del oriente de la toldería del capitanejo Llaminanco, junto a un pujio de agua dulce. Este capitanejo es la segunda persona de Naupayan.

Una porción de yeguas y caballos estaban inmediatos a su toldería; me han asegurado es costumbre de estos habitantes hacer manifestación de sus haciendas a los forasteros, para que formen de ellos concepto de ricos. Todo el tiempo que se tardó en descargar y acomodar las tiendas, se mantuvo a caballo Naupayan y su comitiva, y luego que estuve desocupado, se apeó a darme un rato de conversación. Me reiteró sus ofertas y franqueza; le repetí mis anteriores encargos, y se despidió con la mayor parte de los indios. Ya el capitanejo tenía comida prevenida, y fueron todos a comer allí.

La mujer del capitanejo vino al poco rato con un cordero; la recibí con mi mayor cariño, la obsequié, y pasada media hora fui a pagarle su visita. Repartí porción de agujas a todas las mujeres de sus toldos que componen el sitio; me celebraron cómo que les complacía el deseo, y me devolví a mi estancia. En estos toldos vi dos hijas de este capitanejo, que eran donosas.

A las 14 de la tarde nos pusimos a comer, y poco después avisaron del mensaje que había llegado de lo de Carripilun. Le hice entrar, y llamando al capitán Jara para que interpretase su razonamiento, me dijo: «Que el corazón de Carripilun estaba como una fiera —137→ contra Molina, porque le habían asegurado que vino el año pasado a registrar sus fuerzas y tierras con objeto de venir a maloquearlo; que así tenía mandado, que luego que pasase sus primeros terrenos lo matasen, o botasen de ellos; pero así como recibió mi carta, sintió la tranquilidad que debía. Que este consuelo yo se lo he traído, y me esperaba, con deseos imponderables de que cuanto antes llegase con felicidad a sus toldos, que me ofrecía con toda su buena voluntad. Que juntara sus caciques y mocetones para que todos juntos con él reciban los consejos que de parte de mis jefes traigo. Pregunté al mocetón que ¿quién era, y qué órdenes traía de su superior? Me contestó, que era el capitanejo de Carripilun, que se llamaba Payllanancú, y las órdenes que traía eran de no separarme de su persona hasta no ponerme inmediato a la presencia de Carripilun. Le hice dar de comer muy bien, y poniéndole su alojamiento entre los míos, se retiró a visitar a todos los caciques de mi comitiva.

A las ocho de la noche tuve de visita de la viuda del difunto Tricao, de quien hice mención en aquellas tierras: fue muy regalada, y ella me obsequió con unas semillas de lancú, del que traté con la captiva en Pulce, y es un grano inútil de pasto; y unas frutas del árbol chanal o chical, que es una graciosa avellana, y del gusto del dátil su comida.

Jornada XXIX

Desde Butatequen a Rimeco

(Junio, 5 de 1806)

A las nueve, y cuarto monté a caballo, acompañándonos el capitanejo

Payllanancú, y su mocetón, y enseñando la ruta que debíamos tomar, nos dirigimos al nordeste, cuarta al este, por senda pareja y con suficientes maderas, por los contornos de chicales, muy hermoso árbol, muy útil, tanto por el fruto, como por sus maderas, que serán tan durables como los espinillos de nuestro Chile, que no les aventaja el fierro en duración, y así merecen todo aprecio para cercos y otros destinos, por la experiencia de que duran siglos. A poco más de una legua pasamos por la rivera de una laguna, llamada Riganco, en cuyo lugar nos salieron al camino dos indios a vender corderos, y por hablarlos y obsequiarlos, paré por media hora. Continuamos la marcha al nordeste, cuarta al norte, subiendo una loma trumagosa y baja, capaz de rodar carros; y descendiéndola, llegamos a otra del nombre Chadilanquen, que en la cabecera del sur tiene una vertiente de agua dulce que le confluye, y ella es salada; proseguimos por —138→ su playa, como para el norte, estando llena de patos, y algunos arbustos y separándonos de ella y de su cajón, que es muy poblado de árboles de la especie referida, ascendimos a otra loma baja, desde cuyas alturas por cualquiera parte que se extiende la vista, se columbraban multitud de árboles de los referidos. La descendimos por igual clase de camino, y estuvimos en un bajo, en que se encuentra otra laguna llamada Metanquil, que pasada, y un retazo de buen camino de terreno más firme aunque siempre trumagoso, llegamos al lugar de Rimeco a la una y tres cuartos de la tarde, en el que se encuentra otra laguna; y al lado del norte de ella tomamos alojamiento, al abrigo de unos árboles de los mismos. En esta ribera hemos encontrado muchos caballos, vacas y yeguas de Carripilun. Me ha dicho el capitanejo, que ya la toldería está cerca, y que antes de medio día, podremos llegar a ellos.

Al poco rato que estábamos alojados, llegó el capitanejo de Naupayan, de cuyos toldos hoy salimos, que seguía también para lo de Carripilun, con el objeto de hallarse en la junta, a que dijo había sido hoy citado con precisión, después de haber salido nosotros.

A las ocho de la noche llamé a mi toldo a Payllanancú, y te dije: «Ya estoy por tus razones enterado que me hallo cerca de la toldería de tu jefe Carripilun. Mucho lo celebro, pues deseaba conocerlo y tratar con él, y confío que mañana se verán cumplidos mis deseos y solicitud. En haberte mandado Carripilun a recibirme y auxiliarme, ha recomendado tu persona, pues con esta sola acción, me ha mandado decir que sois su segunda persona, que eres toda su confianza y estimación, y por lo mismo creo que así será, y que sabrás agradecer el aprecio que de ti haga. Te regalo esta chupa, este sombrero, estos llancatus, y este añil, que todo se aprecia en tus tierras. Mañana te vestirás con este traje, para llegar, anunciando que te he recibido bien, y te he apreciado como mensajero de tu Gobernador; y será bueno que antes que caminemos, mandes adelante a tu mocetón, dando noticia que estamos caminando, y presto llegaremos. Pero para que procedamos con acuerdo en todo de nuestros amigos caciques peguenches, por la mañana trataremos de la ceremonia que ellos quieren usar, según sus costumbres que yo ignoro.

Quedó tan agradecido Payllanancú al obsequio, que con expresiones más que finas lo manifestó, y me contestó, que hablaríamos con los caciques supuesto yo lo quería, pero no porque él viniese sujeto a la disposición de ellos, sino mía. Yo le hice ver que estos caciques eran mis amigos,

compañeros, y el auxilio que traían de los montes, y que no sería posible hacer cosa sin que ellos tuviesen intervención, mucho más en materias de sus ritos, a que yo no faltaría por más proporciones que se me franqueasen.

—139→

El 6, bien temprano, volvió el capitanejo, y se juntaron los caciques en mi toldo, y fueron conformes en mandar con el mozo de dicho capitanejo, a avisar a Carripilun de mi llegada a sus toldos, y salió en el momento.

Jornada XXX

Desde Rimeco a Cura Lauquen

(Junio 6 de 1806)

A las nueve y media de la mañana, monté a caballo con toda mi comitiva y más de veinte y cinco indios, que llegaron en diferentes partidas a mi toldo, de los citados para mi recibimiento; y continuando con el rumbo del nordeste, cuarta al norte, por buen camino, pero siempre trumagoso y de iguales maderas, por una y otra parte de la senda, a la media legua encontramos seis indios, entre ellos Llancau. Tenía seis corderos de camarico; me saludó con arrogancia, y me hizo presente me tenía allí destinado dos, en señas de lo bien que apreciaba mi venida a estas tierras. Le di los agradecimientos por su agasajo y expresiones; e incorporándose en la comitiva, continuamos la marcha. Al poco rato me vino a encontrar el hijo de Carripilun, con cuatro mocetones, vestido de un fraque encarnado de paño de primera. Pasamos por la ribera de una laguna salada, que tiene dos fuentes de agua dulce a la orilla, y a las seis cuadras había seis indios de vigía, que así como se vieron, largaron las riendas a sus caballos, y se nos quitaron de la vista por entre unos árboles, pero no habríamos andado cinco cuadras, cuando se presentaron cerca de cien indios, de los que se separaron cuatro, y los demás a todo correr de sus caballos, dando balidos empezaron a rodearnos, cortándonos la marcha hasta habernos circundado cuatro veces; en cuya ceremonia hice tirar cuatro tiros de pistolas. Se retiraron a juntarse con los cuatro, entre los cuales estaba Carripilun vestido de la chupa que le mandé, en un famoso caballo, como un cuerpo adelante, moviéndose a saludarme. Todos mis indios retornaron la ceremonia, tirándose en cada vuelta otro tiro, y concluida nos encontramos, dándonos las manos; y con arrogancia majestuosa, me dijo, que el gusto que había tenido desde que supo mi entrada a sus tierras ni le había dejado dormir ni comer con sosiego, pues como un caballo fogoso estaba su espíritu por salir a recibirme de una vez, que mi tardanza le incomodaba; pero ya tenía sus deseos cumplidos, y que le era feliz la hora y de entero gusto; y yo podría tener la satisfacción, que era el primer español que pisaba —140→ sus tierras, pues no se contaría de otro antes que don Justo Molina, a quien miró como

indio, hijo suyo; pero había la distinción que él pasaba de un modo, y yo venía de otro. Que si los Toquiuelos no hubieran mandado a una persona de su posición, desde luego no hubiera permitido que pasase, ni le pisase sus terrenos, pues el dueño podía disponer a su satisfacción de lo suyo. Le contesté: Que si él se alegraba de verme, yo me alegraba de su satisfacción, complaciéndome también de conocerlo; que en el hecho de venir solicitándolo, podría ya pensar el deseo que tendría de llegar a sus toldos, y lo persuadido que vendría de ser bien recibido. Que mi comisión no merecía otro recibimiento, que el que el buen discurso me hacía, pues un embajador de unos jefes, como los que me mandaban, debía ser bien recibido con la mayor atención. Que por esta razón, más que por otros respetos, me hacía acreedor, de sus honras; pero por todos términos se las estimaba. Que mis superiores quisieron también valerse de mi persona, para que no le quedase a él, ni a ninguna de las otras cabezas que tenían jurisdicción en estas tierras, la menor duda de sus palabras; y que le estimaría, no siendo la presente hora oportuna para tratar de tan importante materia, citase a toda la gente que le acompañaba, para el siguiente día en que tendría el gusto de volverle a ver, y de que oyese mis razonamientos. Me repitió, que las noticias que el cacique Puelmanc le había dado de mi manejo y procedimientos, y demás circunstancias que condecoraban mi persona, ayudaban a hacer más respetable la comisión. Le repliqué: Carripilun, el primer favor que os pido es que me conozcáis, para que puedas hablar con fundamentos, Deseo el tratar despacio contigo, y el que me franquees un corto recinto de tus tierras para alojarme. Yo sé estimar las finezas, y mucho más cuando la persona que las hace es más digna, sé lo que me queréis decir, y yo quisiera en esta ocasión cumplir con mis deseos, más que con los tuyos. Pero te habéis de hacer cargo que vengo de muy distantes tierras, y que he venido granjeando voluntades para merecer la tuya, que conseguida, el tiempo te dará a entender quién es el que solicita en esta ocasión la tuya, y cuántos bienes se esperan de su venida. Que el sitio donde debía alojarme me lo tenía destinado mil veces y muy cerca de su habitación, para lograr de mi compañía y moviéndose todo el concurso, nos dirigimos a un plan arenisco, como lo era todo el contorno, de su toldería, la que distaba cuarenta varas, con varios árboles de chicales. Así que llegamos, se apeó, y me preguntó, que si me acomodaba el sitio, que la agua estaba cerca, y pasto había por todos los contornos. Le contesté que estaba muy bueno, y como yo deseaba, cerca de sus toldos. Se allegó a —141→ que me apeara, y tomamos la sombra de un árbol, formando toda su gente un círculo de una fila. Me trató de las incomodidades que había sufrido en el viaje, de las distancias que tenía vencidas, de varios sueños que antes tuvo de la llegada de un español, a quien no podía menos que recibir con obsequio, que viajaba a Buenos Aires y volvía con felicidad, con solo la pérdida del casquillo del bastón que se lo robaban. Le hice presente las incertidumbres de los sueños y las causas que tendría para haber soñado con la venida de algún chileno, e ida a Buenos Aires que le sería de consiguiente, y llegando mi tropa, me separé de él, para acomodarme y poderlo obsequiar. Ya que estuvieron las cargas en el suelo, le hice llevar una caja de dulce, y una porción de bizcochos. Todo lo repartió entre su gente, probándolo y haciéndoles ver los favores que le dispensaba. Puesto mi toldo, lo convidé a mate; el que

tomó con abundancia, y se despidió prometiendo volver con presteza. Al poco tiempo regresó, y me dijo, que esperaba toda aquella gente mis órdenes, y que estuviese cierto que estaba tan seguro como en mi casa. Le contesté, que a su gente sólo necesitaba yo para que estuviesen en su presencia al tiempo que le hiciese saber la causa de mi venida, y que esto sería al siguiente día, si lo hallaba por conveniente, pues ya era tarde y aún no había desayunádome. Me respondió, que le acomodaba, pero esperaba de mi buen corazón supiese acreditarle de franco en la primera ocasión que los veía, porque sus vasallos tendrían a mal su benevolencia si no quedaban contentos.

Le contesté, que lo que traía para agasajarlos se lo repartí con dictamen suyo; que él sabría lo que venía, y me diría a quiénes le había de dar más o menos, expresándome las mayores recomendaciones de algunos vasallos, y en especial el número de caciques que tenía en el concurso. Me aseguró, que sólo el cacique Quechureu estaba en la junta, y que Naupayan vendría luego; pues al primer mensaje que le mandó, se excusó, y que le había retornado otro, que sin excusa se pusiese en el día a su vista. Que la repartición debía yo hacerla para que quedasen satisfechos de mi humanidad, y de su integridad.

Le di razón de lo que me quedaba después de haber obsequiado a los peguenches, y que era precisa dejar para dar a los caciques, que me restaba que ver hasta llegar a Buenos Aires. Me dijo que era poco; y que sólo dos caciques había en el resto del camino. Le prometí, que yo proporcionaría los agasajos para contentar a todos; y conociendo que su interés era tan grande como el de —142→ los peguenches, mudé conversación, y pedí la comida, convidándolo, para la que me acompañó. Ya que estuvimos solos, lo enteré de las conveniencias que venía a ofrecerle, con sólo tratarle de la franqueza que solicitaba de sus terrenos, para transitar libremente por ellos, y abrir una segura comunicación de los dos reinos de Chile y Buenos Aires, y que de ningún otro modo mejor podría el rey Nuestro Señor haber discurrido mostrarles su paternal amor. Que con este proyecto, haciéndole palpable los tesoros que les proporcionaba, y la gloria que a él y a sus hijos se le esperaba, de que en su tiempo se facilitase, y consiguiese un bien imponderable, como el que se le ofrecía. Me respondió, que así sería, y que el tiempo sería quien lo desengañase, y procurando mudar de asunto, lo dejé con su idea, por lograr de mejor ocasión, y se retiró.

Para quitarle que pudiese tratar con los suyos, y especialmente con sus viejas, cuya autoridad es respetable entre ellos, al muy poco tiempo lo fue a visitar, llevándole a su mujer y a sus hijas, agujas, añil, abalorios y otras frioleras de las que apetecen. Fui muy bien recibido, me pusieron el asiento acostumbrado, de un pellejo, cerca del que él tenía arrimado al fuego. Estaba ya allí el cacique Naupayan, con quien traté de que cómo había vencido las excusas que me pasó antes de venir: le hice varias reflexiones sobre lo conveniente que era a los hombres darse a la razón, despreciando sus infundados caprichos. Me entré a la averiguación del número de su familia; me dio a conocer tres hijos que tenía, con el que fue a encontrarme, y dos hijas casadas en su mismo toldo, y me dijo, que otra tenía casada entre los peguenches. El toldo es de la misma calidad de todos los demás, y no pudiendo sufrir el humo y fuego sin

desagrado más tiempo, me despedí, prometiendo repetir mis visitas. Me vine a mi estancia, a la que tras de mí entró su hijo, el casado: le regalé una chupa galoneada y un pañuelo. Con el obsequio zafó al instante; y tras él le mandé a Carripilun un par de espuelas de plata, un tupo de lo mismo, un sombrero franjado con todos los aderezos precisos, un bastón para él, y otro para su hijo, media docena de quesos, una porción de panes esquitos de dulce, otra cantidad de bizcochos, harina tostada, cruda, y dos cajas de alfajor. Me contestó con finas expresiones, mostrándome su agradecimiento, y me mandó pedir al criado que le fuese a cebar mate a su mujer. Fue remitido muy pronto con los aperos, y volviendo tras él a darme las gracias, entró pidiendo el intérprete; y así como llegó, dijo: —143→

Con solo las primeras miradas que di a este caballero, conocí su buen corazón y la buena intención de sus Toquiquelos que lo mandan. Nuestra rusticidad sólo se vence con la franqueza, pues como carecemos de cosas buenas, tenemos una vida de perro, y sus propiedades. El perro ama a quien le da, y le es también grato y fiel: dile, pues, que no dificulte le sea yo reconocido, y no le falte en las promesas que le haga. Soy racional, y no creo pueda otro hombre de respeto y de bien engañar a un cacique que vive en sus tierras, disfrutando de una quietud apreciable, respetado y querido de sus vasallos, al mismo tiempo que temido de los indios. No soy alzado, como otros dicen, ni traidor como otros aseguran; sólo conozco mis fueros, y cuan poderosa es la costumbre que nos gobierna. Dicen que soy alzado, porque el Señor Virrey difunto, que gobernó antes del actual, me mandó llamar, y yo le contesté a su mensaje que no quería ir, respuesta que me pareció propia al recado, porque si él me mandaba llamar como Virrey, yo no quise ir como cabeza principal de estas tierras, independiente de su jurisdicción; y que soy traidor, porque he sabido defenderme de mis enemigos, y castigarlos a tiempo. No tengo por qué ser soberbio, pues ni poseo más bienes que mis vasallos, ni tengo otro caudal ni defensa que ellos; razón que me precisa a consultarlos para proceder con firmeza en cualquiera materia de estado. Ahora los veo a todos juntos conmigo, admirados de ver a un caballero con decencia que denota su carácter; con caciques peguences que lo acompañan; con comitiva de gente, con tanta carguería; y en fin, con un trato que nos da a entender es aquel, que antes dije soñé en mis tierras y en mis casas, y que no podía dejar de recibirlo y complacerlo. Por otra parte, conozco que los superiores que lo mandan, tendrán mucha autoridad, y que el Señor a quien sirve podrá dispensarme fortunas que no esperaba, porque el más rústico debe conocer por el criado el poder del amo. Por obedecer, no hay duda, despreció los temores de la muerte, que son consiguientes al internarse a unas tierras desconocidas de indios bárbaros, como dicen los españoles. Conque, ¿cuál será su rey por quien se desprecia la vida? Así, Montoya, dile que estoy admirado, y con mi espíritu alegre, de tal modo, que sólo ahora me creo feliz, y espero de él sea mi buen pronóstico. Hizo esta relación con tanta autoridad y desembarazo, que jamás la notó en las parlas de indios, a las que me hallé presente, y por medio del intérprete, le contesté: Carripilun, la comparación que te haces de perro, en tu modo de discurrir, me da mayores pruebas de tu buen talento. El perro es símbolo de la fidelidad y de la gratitud. Ya hubo un gran rey de Suecia, que así se explicó en cierta ocasión, regalando una caja figurada de un

perrillo. Nada más quiero de ti, pues creo sin duda —144→ tu buen entendimiento, con el que distinguirás las ventajas que te vengo a ofrecer. Ya supe desde mucho tiempo que eres cacique Gobernador, que eres alzado, pues no querías tener comunicación con españoles, y que eres bravo, porque te hacías temer de los demás indios. Celebro que por mi comitiva y corto equipaje, puedas conocer el poder de mis superiores, y el de nuestro monarca, a quien ellos se sujetan y obedecen, lo mismo que yo; pero te advierto que éste es muy corto diseño para que puedas inferir su poder y grandeza. Ese Señor se sirve de los sujetos más elevados que hay en sus dominios; estos entonces llegan al monte de la dicha, y entonces es cuando resuenan por todo el mundo sus nombres, sus poderes y sus honores. No digo vos, sino yo, nos quedaríamos admirados de ver a uno de esos grandes con el tren y criados que le son precisos para tener una decencia proporcionada a su estado. Así, puedes admirarte de la multitud de soldados, de vasallos, de gobernadores, de capitanes generales, de virreyes y otros personajes, que gobiernan reinos, ciudades, plazas, partidos etc., que todos lo sirven y de sus reales cajas tienen crecidas rentas. ¡Ése sí que es caudal inagotable! Cada uno de estos jefes manda a millares de personas poderosas. Ya sabréis cuántas de éstas hay en Buenos Aires, y todas están sujetas al Señor Virrey que son más distinguidas y apreciadas, cuanto más él las emplea con sus órdenes y comisiones. Yo soy uno de los principales sujetos de Concepción, y estos dos caballeros que me acompañan, y ya me veis obedeciendo al Señor Capitán General, y señor Intendente, que gobiernan en mi patria. ¿Y queréis que os diga más? Pues sabed, que tuve mucho gusto y complacencia que me destinasen a este servicio, en que arriesgaba mi vida, la pérdida de los cortos intereses que traigo como precisos, y el abandono de mi familia, haciendas y comodidades, a que estoy acostumbrado. Sabed más, que los temores, los desvelos, las caminatas y las demás pensiones, que son consiguientes a un viajero por tierras desconocidas, y tratando con gente inculta, no le he probado su desabrido, con sola la satisfacción de que vengo en servicio de ese Rey grande, y que para ello fue elegido por mis superiores. De aquí infieres, cuán dichoso podrás llamarte si te haces digno de su patrocinio. Esto pende, amigo, de tu voluntad, pues con él te convido, y óyeme atento. El Rey, mi Sr. D. Carlos IV (que Dios guarde), no pudiendo olvidar el que habitáis el centro de sus dos reinos de Buenos Aires y Chile, y que hasta ahora estáis privados de su conocimiento, protección, y de las utilidades que podríais conseguir con nuestra comunicación, ideaba arbitrios para proporcionaros, como padre poderoso, vuestro alivio. Al paso que lo deseaba, se veía por todas partes rodeado de dificultades, porque —145→ siempre fuisteis amigos de llevaros en los montes retirados, ocupados o de un temor infundado, o de una desconfianza heredada de vuestros antepasados, que concibieron de los españoles, por el mismo buen trato que les dieron. Y diré más claro la razón. Vosotros fuisteis siempre pobres, porque vuestras riquezas y comodidades jamás se extendieron a más que al deseo de cazar animales silvestres para manteneros, y a sus pieles para vestiros; y después que llegaron los españoles a estos desiertos chilenos a procrear caballos, vacas y ovejas, para vuestro uso y sustento, y esto bien lo sabéis. Así pues, un pobre ¿qué podrá dar sin interés? Nada. Si da, es por esperar recompensa, y si no la consigue, queda agraviado; y

como vosotros siempre visteis que los españoles procuraban vuestras amistades, y que nuestros jefes os han agasajado, discurrieron tus padres que nosotros por algún interés, y nuestros superiores por privaros de vuestras propiedades, les regalaban. Nunca fue así, Carripilun; a nosotros nos gobiernan leyes sabias, que son fundadas en la caridad. Nuestro Monarca siempre estuvo compadecido de vuestras vidas miserables, y quiso siempre desvendaros los ojos de la razón, para que conocierais hasta dónde llegan los bienes que Dios tiene prometido a los hombres, y hasta donde su poder y paternal amor, que quería manifestaros por medio de los que tiene al cuidado de estos reinos. Este fue su interés y no otro. En fin, volviendo a mi asunto; estando, pues, el corazón de nuestro Rey compadecido cada día más de veros lejos de nuestra amistad, acordó que, abriéndose una mutua correspondencia del reino de Buenos Aires con el de Chile por estos terrenos, uno y otro reino trataría con vosotros; que de uno y otro os haríais amigos; que de uno y otro os traerían los comerciantes lo que necesitáis, y que con uno y otro os uniríais, esto es, que seríais un cuerpo con los españoles, y los españoles unos con vosotros. ¡Qué amor Carripilun, tan calificado es el que nuestro monarca os tiene! ¿Qué más podríais desear, que tener las riquezas de nosotros, que lograr nuestras comodidades, que disfrutar nuestros conocimientos, que tener nuestro auxilio para ser respetados y temidos de todas las naciones, como somos? ¿Pensabais en vuestros días lograr de estas proporciones, de convidar a tus gentes con estos regalos, de hacerles estas ofertas, que el Rey mi señor os hace? Dichosos sois; y Dios que te ama, quiso que en tus días se te propusiese este proyecto. Ved, pues, si mi comisión es digna de aprecio, y ved si con conocimiento de su importancia me han mandado mis jefes. Ved si os pronostico comodidades; ved si os prometo de parte de mi Rey cuanto os podría franquear un padre. ¿No es así, amigo? Y puedo aseguraros que jamás temí en mi viaje: ya me decían entre los peguenches que doscientos guilliches me esperaban en Puelce, ya que en Meuco; ya que vosotros quedasteis sintiendo el no haber muerto a Molina, y que nos acabaríais. Yo despreciaba estas noticias, pues conocía que, viniendo a haceros bien por el orden racional, no podríais hacerme mal, ni permitirlo —146→ Dios9. Ya tengo experimentado que el nombre de Dios lo conocéis,

y, su poder también, como que en él suponéis el orden de todas las cosas, y por eso, os hablo así. También espero de ti, que a más de recibir bien la propuesta que te hago, me habéis de acompañar a Buenos Aires, pues debiendo yo pasar hasta allí, a dar cuenta al señor Virrey de mi comisión, deseo te ratifiques en su presencia, de lo que aquí me respondas, y que él con su conjunto de facultades, y superiores luces de que yo carezco, podrá de mejor modo hacerte conocer el bien que yo solo en bosquejo puedo anunciarte, se te proporciona de parte de nuestro Rey y Señor. Quedando por un rato callado, le dijo al intérprete: Dado estoy, Montoya, dado estoy, y díceselo; dile que le creo su bonanza, y que cuanto me promete es verdadero. Que me escuche por un rato mis razones. Siempre los indios fuimos desconfiados de los españoles, porque muchas veces nos engañan, y como un solo engaño es bastante para engendrar desconfianza, no es mucho se conserve en nuestros ánimos el recelo. No podéis, amigo, negarme esta verdad, y te daré la razón y prueba de ello. Los jefes para

tratar con nosotros, se valen de sujetos, que o prometen más que los superiores, o no dicen lo que se nos promete. Por consiguiente, ellos también no dirán lo que nosotros aseguramos, y de aquí nace nuestra desconfianza con la experiencia que tenemos, de que en nuestros conchabos y tratos, rara vez no somos engañados por los comerciantes. También conozco que, entablada la paz y la comunicación que solicita, tomaremos conocimiento de todos los españoles que transiten, y del precio de los efectos, que uno y otro contribuirá a que no podamos ser alucinados de la ignorancia, como ahora nos pasa. Ciertamente será que te amenazaban con la venida, pues tu persona, comitiva y carguería era de meter codicia en toda la tierra. Un prisionero de tu carácter es de importancia, y una muerte de un sujeto así hace tomar nombre al que la ejecuta. Venías a pasar por terrenos despoblados que nuestras naciones transitan, y en donde, si hubieras perecido, jamás hubieran sido descubiertos los malhechores: por esta razón, se hace más de aprecio tu persona y valor, y la resolución de tus jefes que te mandaron para dar más fuerza a su solicitud; y te aseguro, que si tu no hubieras venido, no hubiera pasado Molina, ni los peguenches aunque hubieran sido acompañados de otro sujeto que no fuese a lo menos tu igual. Yo estimo las honras que se me han dado, cuando un español de tu carácter se me manda. Cosa no oída. Así, he dicho a mi gente, es mi igual, y no puedo desairarlo. También un español Morales, de estas fronteras, me dijo, que Molina había pasado el año pasado por estas tierras con el designio de hacerse práctico, —147→ y descubrir nuestras fuerzas, para volver a maloquearnos con peguenches. Lo creí, pues trata con ellos y anda con ellos; y así tenía dada orden, que como volviese, se le hiciese regresar antes que experimentase el furor de mi corazón indignado; pero como Puelmanc me hizo relación de tu trato, de tu persona, de tus comodidades, y de tus circunstancias, se serenó mi espíritu, me vi satisfecho, y con un gozo imponderable, pues no me podía quedar duda ni de tus palabras, ni de tu destino. Ahora sí que iré de buena gana acompañándote hasta Buenos Aires, y lograré hacer la voluntad del Sr. Virrey, que me tiene repetidas veces solicitado, y la tuya. Allí ratificaré en su presencia cuanto te he dicho y prometa más adelante, pues un corazón tengo y una palabra. Tú también le dirás el aprecio que de ti he hecho y haré. Me ofreceré como hijo, para que me aconseje, y obedecerle; y seré, de aquí adelante soldado fiel de ese Rey grande, que nos mira, siendo tan poderoso, como padre, solicitándonos para hacernos bien. Por ahora nada más te digo, que regaléis bien a mi gente, para que nunca me acusen de que me entregue sin beneplácito de ellos. Le contesté: Yo tenía noticia de tu buen discurso, pero nunca pensé fuese tanto como ahora conozco. Dios te destinó para que usaras en esta ocasión de él, y que mediando tu autoridad, saliese tu nación de la obscuridad y vida miserable en que vive. Sea, pues, amigo, tu palabra estable. La comunicación que solicito, ha de ser perpetua y segura; esto es, que entablado el tránsito, no pueda cortarse, y que en él no se experimenten robos ni pérdidas; y para la mayor seguridad se formen fuertes, castillos y postas por el tránsito, a fin de que los correos tengan todos los auxilios necesarios, como también los comerciantes; que al cabo todos ellos serán útiles para tus gentes, y para esto tu persona ha de dar principio en servir a Su Majestad, tratando con los butalmapos de estas

tierras, a fin de que todos ellos se hagan nuestros amigos, y que puedan gozar del bien que te ofrezco. Serás entonces más recomendable y más merecedor de la piedad y amor de nosotros Soberano, le darás esa prueba de tu gratitud, a consecuencia de la piedad que te tiene, y por mi boca te comunica; serás (como dijiste) como perro agradecido y fiel, y así os dispensará muchos favores. Respondió: Mi reflexión, así como es, conozco ventaja en nuestros congresos a los demás caciques, que los componen, y está advertido que lo que prometo se ha de cumplir; y así de tu asunto nada más me habléis, que mañana tendremos nuestra junta, y veréis si te doy pruebas de ello. Le manifesté estar persuadido de su verdad, y empezamos a tratar de la calidad de sus tierras, haciendas y número de indios, de que hablaré a su tiempo. A las diez y media de la noche, después de cenar, se retiró a su toldo.

El 7, a las cuatro y media de la mañana, estuvo ya en mi tienda —148→ Carrpilun pidiéndome mate, y habiéndome hallado escribiendo, me preguntó qué era lo que escribía tan temprano, y le contesté el diario de mi viaje; esto es, una prolija relación de lo que veo, hablo y trato, y os diré para qué. La noticia de los terrenos sirve para saber para lo que son útiles, y así si son buenos y de siembras, que puedan los comerciantes introducir semillas, para que tengan salida cuando te destinéis a sembrar. De los montes, para que sepan que tienen leñas para fuego. De las aguas, para que no las carguen los viajeros. De sus escaseces para que las traigan en los días que entren a los secadales. De número de ustedes y sus trajes, para que a proporción de uno y otro, os internen los efectos que usáis para vestiros, y en fin de cuanto tenéis de tus usos y costumbres, para que con completa inteligencia puedan viajar los españoles, e introducirse a comerciar, para que no se perjudiquen por falta de conocimiento, ni vosotros carezcáis de lo que hubieseis menester. Se alegró y me dijo: no en balde te mandan a vos, seas pues, el principio de nuestro bien.

Al poco rato llegó Manquel, y haciéndole dar asiento, le dije a Carrpilun: este cacique y todos los demás peguenches que me acompañan debo recomendártelos, pues son, como yo, extranjeros, y los contemplo tristes, porque los he sentido muy callados entre la multitud de tus gentes. Cualquiera merced o cariño que les hagáis, lo hacéis a mi persona, y te lo agradeceré más. Si yo solicito nuestra unión y amistad, es de consiguiente la de ellos, pues son nuestros amigos; y así la misma franqueza debéis a ellos conceder y seguridad. Diviértelos, dándolos a conocer a tus gentes y recomendándolos. Respondió: Ya los he visitado a todos ayer, luego que me separé de ti el primer rato, y les repetiré visitas. Tuvieron entre los dos un rato de conversación, y Manquel se despidió, pero apenas volvió las espaldas, cuando me dijo: estos peguenches son unos lobos indomables. Me reí, y me repitió: Son lobos, porque no tienen fidelidad con nadie. Le repliqué: Ya están dados. Y me contestó: Mientras están lejos; de sus tierras; ya lo he dicho.

Salió del toldo; fue a visitar a los peguenches; estuvo con ellos mucho rato, y a las siete volvió a preguntarme, que si sería hora de la parla, le respondí que cuando mandase. Y a este tiempo entró también el cacique Quechureu, diciendo que él no podía parecer en estas fronteras sin hacer ver que era amigo, y que había prometido la paz, y camino; y así que le debía dar una constancia de ello para salir a su comercio con franqueza.

Le prometí que le daría un papel que acreditase su amistad; y diciéndome Carripilun que lo hiciese, salió llamando a su capitanejo, que juntase a su gente.

En un plan cerca de mi toldo se formó en círculo toda la indiada —149→ que pasaría de ciento y cincuenta. Él andaba en cuerpo con su chupa, chamal y su bastón, arreglándola, dando sus paseos y órdenes por todas partes, como un sargento mayor, y en donde debía cerrar el círculo, puso a los ancianos, y a los caciques Quechureu y Naupayan; y estando en esta disposición, me mandó avisar que, cuando gustase, ya era tiempo.

A las ocho de la mañana, entré al círculo por la abertura en que estaba, y dando lugar para que a mi lado lo acabase de formar mi comitiva, vino a tomar mi izquierda, y con la mayor arrogancia, dijo a los suyos: aquí tenéis este caballero a mi derecha, mandado de los superiores de Chile; a mí y a vosotros viene a visitar. Trae noticias muy favorables de nuestra nación y sus palabras debéis atenderlas como mensaje del Rey Grande, y hablad con libertad lo que sintáis del bien, o mal que para lo sucesivo discurráis de su contenido. Respondieron que muy bien, y siguió un chivalto por un gran rato, en celebridad. Puestos en silencio, les dije: Carripilun, demás caciques y oyentes. Nuestro Católico Rey, Don Carlos IV, etc., (que Dios guarde) compadecido de saber que hasta ahora estáis careciendo del trato y comunicación de los españoles de Buenos Aires y del reino de Chile, mandó a ambos reinos que solicitasen los medios de abrir comunicación por vuestras tierras, a fin de que por este arbitrio se unan con vosotros ambos estados. En cumplimiento de su real orden, el Sr. Virrey de Buenos Aires, destinó a don Santiago Cerro, para que pasase hasta la ciudad de Talca y Concepción, desde la ciudad de Buenos Aires, y el Señor Capitán General del reino de Chile, a don José Barros, para que reconociese los boquetes de Ancoá y Achigueno, y a don Justo Molina el de Alico y Antuco, y se internasen por estas tierras de Mumilmapú hasta la capital de Buenos Aires. Esta fue la causa de la venida de don Justo Molina, el año pasado, por estos terrenos, a reconocer si eran o no transitables, y los obstáculos de ríos y secadales que podían impedir la dirección. Vuelto, pues, Molina, y dado noticia de la franqueza de la senda, me colisionó el referido Señor Capitán General, para el reconocimiento de la ruta, y que os diga que a nombre del Rey Nuestro Señor, solicita le franqueéis vuestros terrenos, para que los españoles de ambos reinos puedan mutuamente comunicarse y comerciar con seguridad y franqueza, sin que les podáis impedir el tránsito, ni irrogarles perjuicio alguno. También la amplitud de que puedan internarse a estos terrenos todos los españoles que quieran venir con efectos que os sean útiles, ya para vuestros vestuarios y usos, ya para vuestros alimentos, sin que les deis motivos de quejas, que así también se os permitirá el que vos podáis entrar y salir con igual franqueza, y seguro a los dos reinos, a vuestros comercios y a otras diligencias que gustéis y sin que podáis —150→ recelar el menor perjuicio, sino antes ser auxiliados y bien tratados por nuestros jefes y superiores. Y para que mejor lo entendáis, toda la intención de nuestro Soberano, es que tratemos pacíficamente, que nos hagamos un cuerpo, que unamos nuestras fuerzas, que nuestra razón sea siempre una, para que de este modo puedan allanarse las incomodidades que por naturaleza tenga el tránsito que deba abrirse, y fortificarse con

fuertes, plazas y postas, si fueren precisas, como las hay en la ruta para Mendoza y Santiago; y se acaben los recelos que de vuestra separación y retiro son consiguientes. A esto es a lo que se dirige mi venida, y os suplico que reflexionéis sobre las comodidades y utilidad que se os prometen, las que espero vos mismo, Carripilun, se las hagáis ver, a fin de que no piensen que como interesado las finjo; y aquí tenéis también estos caciques, vuestros compatriotas, que a nombre de su nación me acompañan para dar más vigor a mis palabras con su presencia, y a suplicaros distingáis las ventajas que con la propuesta se os ofrecen, y que ellos ya quisieran estar disfrutando. Ya tenía de antemano prevenido al dragón Baeza, que cada vez que se nombrase a nuestro Monarca se disparasen seis tiros, y así, interpretado este razonamiento, se hizo con la debida puntualidad, y apenas salían los tiros, cuando Carripilun hacía su seña, para que continuasen sus vasallos con balidos; y contestó: Ya te dije, caballero, que mi tranquilidad y sosiego interior, sólo lo he conocido desde que llegasteis; he tenido a fortuna mía y de mi nación tu venida. Es mi corazón de los jefes que te mandan, y así estaré pronto a obedecerlos y servirlos como buen general. Esas voces que oís de mis gentes, significa que resuena en sus pechos la misma alegría que yo gozo. Sea en buen día venido y admitido el mensaje de nuestro padre el Rey, que ha buscado este medio para mostrarnos su benevolencia, y no dificulten tus superiores, que te comisionaron para esta empresa, el que sepamos cumplir con lo que te aseguro de mi parte y de la de mis vasallos. Están desde ahora francas nuestras tierras, para que puedan transitar todos los españoles que quieran, ya con comercio, ya sin él: podrán asegurar como quieran el camino; no se les hará perjuicio alguno, sino antes los favores y estimación que podamos, del mismo modo que me prometisteis experimentar los nuestros en vuestras tierras, que desde ahora se estiman. Conozco que tus ofertas, tu venida, las órdenes que se te dieron, y el origen de este enlace y nudos que se han hecho, para que pudiesen llegar a nuestros oídos, sólo pudo fomentarse en un corazón de padre, cual me ponderáis es el Rey mi Señor, a quien todos desde ahora serviremos en prueba de nuestra gratitud. Y volviéndose al congreso, preguntó: ¿Digo bien? ¿qué decí? ¿quedáis contentos con esta respuesta que doy? Hablad si algo os queda. Libres somos, y estamos en vuestras tierras para manifestar sin recelo nuestros más ocultos —151→ pensamientos. El pueblo prorrumpió con gritos, diciendo: Muy bien, muy bien. Y mirándome, me preguntó: ¿Estáis servido? ¿no es esto lo que has venido buscando? Y le contesté: Carripilun, ¿qué tenéis que preguntarme, cuando me has complacido en cuanto deseaba?; pero no olvidéis tampoco mi nombre, que fue el primero que os ha anunciado mil fortunas de que eres digno goces, y sea larga tu vida para que las disfrutes. Sólo me resta el que estos dos caciques que tenéis a tu lado, cada uno de por sí haga iguales promesas, o digan en términos claros su sentir, y que vos sepáis debéis ratificaros en presencia del Señor Virrey, de cuanto me habéis prometido, y hagáis saber a tu gente vais con este fin a Buenos Aires, prestándome la satisfacción de tu compañía, pues debo yo ponerme en su presencia a darle cuenta de esta expedición, que para llegar a estos términos, aquí tenéis a los peguenches, que te satisfarán de cuantas juntas y parlamentos se celebraron con ellos.

Preguntó a los caciques Naupayan y Quechuren que ¿qué decían? Ambos contestaron que se hallaban satisfechos y sumamente contentos; y Manquel, saliendo al centro del círculo, hizo relación prolija del consentimiento que se les tomó para mandar a Molina, del que se le pidió para que yo viniese mandándoles que me acompañasen. Que todas sus reducciones estaban satisfechas de nuestra amistad y auxilios, y que ¿cómo podían haberse negado a una solicitud de que les resultaba beneficiosos, etc.? Y manifestándole Carripilun y Quechereu que ya quedaban inteligenciados, me dijeron. Ya creemos está esto concluido; y le respondí que faltaba el que sus vasallos, prometiesen su amistad perpetua y fidelidad, sin poner en ningún tiempo embarazo alguno, para asegurar el camino y ponerlo franco; y que sus caciques me diesen las manos, protestando ser perpetuos y fieles vasallos de nuestro rey, don Carlos IV, y de sus sucesores. Contestaron, que estaban prontos, y en altas voces, todo el concurso aseguró su fiel amistad y franquezas de sus terrenos para ambos reinos y poniendo sus manos Carripilun con las de los dos caciques, le pregunté: ¿Estas manos me entregáis en prueba de vuestra amistad y fidelidad, y en señas que no le moverán sin el consentimiento y aprobación de nuestros Toquiuelos? Que sí. Seguí: Pues tú, Carripilun, y tus caciques reciban esta mía en prueba de que deben cumplirse nuestros pactos, porque los derechos naturales son fundados sobre la razón que obliga en todo tiempo a los racionales, y resuene en estos campos hasta ahora desconocidos, el nombre de nuestro católico Monarca, don Carlos IV, (que Dios guarde). Toda mi gente gritó: ¡Viva el Rey nuestro Señor, y sean ponderados los jefes que hoy mandan los dos reinos, y el buen Carripilun! Se hicieron salvas de 24 tiros, y pidiendo dos bastones y chupa para Quechereu y Naupayan, tomando él un bastón en la mano, le dije a Naupayan: Toma, amigo, este bastón, a nombre de nuestro Rey y Señor, con el —152→ que denotas la jurisdicción que tienes, sobre tus vasallos, a quienes como padre debes aconsejar la buena amistad y fidelidad que deben guardar con nosotros, y que no deben tomar las armas en las manos, sino con vuestro consentimiento y el de nuestros jefes, a quienes debéis consultar para resolver con su aprobación. Hice la misma ceremonia con Quechereu, y también a éste le di chupa, que ya al otro le había dado antes en sus jurisdicciones, como expresé; y volviendo a repetir en montones: ¡Viva el Rey!, me vine con Carripilun, haciéndose otra salva, a mi toldo. A las dos de la tarde les di los parabienes, me los dio él también por el buen éxito de mi comisión, y no queriendo demorar más su gente, le supliqué la hiciese venir para regalarla. Se puso toda en ala al frente de mi toldo, y repartí por mi mano ciento y cuarenta y siete atados de añil, y otras tantas sartas de chaquiras y tabaco, reservando a la gente de Carripilun para después. Se retiraron contentos y a gritos, y entraron a su puesto, setenta y ocho mujeres, las que tocaron otros tantos atados de añil, chaquiras y agujas.

No menos fue la celebridad que estos tuvieron, en cuyo repartimiento tocaron las ancianas mayor cantidad, por recomendación de Carripilun, fundándose en el mayor mérito de ellas, y saber hacer daño para quitarle la vida. Yo me reí, diciéndole que todos eran artificios, que me las juntase y trajese, que las sabría distinguir como enemigas del género humano, y que me hiciesen daño. Celebró mi discurso, diciendo que los guecubos que yo traía eran poderosos, por cuya razón habría tenido valor

para llegar hasta sus tierras, y que sabría muy desde antes que no podría tener novedad, ni las brujas poderme hacer daño, y por eso hablaba así. Le repliqué que los cristianos no tenían otro guecub que Dios, el que quitaba la vida cuando nos convenía. Me respondió con ligereza, que así sería. El concurso de indios e indias a mi toldo no cesaba a ninguna hora, de suerte que ni me dejaban escribir, ni poder moverme, y le dije a Carripilun: Antes que te retires es preciso mandes a tu gente me dejen de molestar con estarme aquí entrando y acomuchándose con bullicio, en la puerta. El que tenga que hacer conmigo lo recibiré gustoso, pero el que no puede retirarse, porque mis ocupaciones no me dan lugar para estar atendiendo a tanto ocioso. Para conocerme, y para novedad, ya basta, y pasa a majadería, esto es estrecho y me sofocan. Les mandó se retirasen los que allí estaban, y él también lo hizo luego que comimos, fue cerca de la noche.

Este lugar, como he dicho, se llama Curalanquen, que quiere decir, Laguna de Piedras, por razón de que al norte de este alojamiento se —153→ hace en invierno una laguna sobre un plan pedregoso, que es el único de esta clase que hay en todos estos lugares, en que no se encuentra una piedra. Es muy pastoso de coironales, pero amargos, que no comen los animales, pero entre él hay carricillo, y en algunas partes gualputras y alfilerillo. Hay muy buenos terrenos para chacras, y algunos planes para trigos, pero pondera Carripilun que en algunos años abunda de tal modo la langosta mediana, que todo lo agota. Los indios no tienen labranzas de tierras, sino unas cortas chacarillas de sapallos, sandías y melones, que se reducen a diez o doce varas de circuito. Dicen se dan estas frutas muy hermosas, y la fertilidad de las plantas la he visto en algunas guías secas. Las aguas de todas las poblaciones son de pozos hechos a calla; pero en cualquiera parte que se cave, a las tres cuartas, brota a borbotones, y no es mala.

El cacique Puelmanc, Carripilun y Llancau entraron a mi toldo estando escribiendo el antecedente capítulo. Vino el intérprete, y por medio de él, me preguntó Puelmanc, qué pensaba de mi viaje, y el lugar por donde debía hacerlo. Le respondí, que mi salida sería cuando Carripilun la mandase, pues en estando él dispuesto, yo no tenía más que montar a caballo y seguirlo; y sobre la ruta que debíamos continuar, la que Molina anduvo, porque ésa era la orden que del Sr. Intendente recibí. Pero que si ellos sabían otra que estuviese desde este punto más directa, desde luego la tomaríamos; porque en este caso me previene dicho Sr. Gobernador abandonase la descubierta. Puelmanc me dijo: ya te tengo dicho que el camino derecho para Buenos Aires sale de Meuco por el norte cerca de las Salinas; de aquí cualquiera que se tome es torcido. Para nuestra vuelta, vendremos en rectitud a Meuco, y conocerás que Puelmanc jamas te mintió. Le contesté: Ya lo creo, Puelmanc, y lo echo de ver también, y así me lo aseguró el mocetón Anqueñan que me mandaste a Meuco, el que fue para que me trajese a tus toldos. Me preguntó ¿te dijo que el camino iba derecho por Chaquilque, Chiyen, Malalguaca, etc.; que pasaba cerca de lo de Quillan, y salía a Lelbmapu, donde empiezan las castas, y se introducen a las tierras de los españoles por Loncoguaca? Sí, en esos mismos términos creo me lo demarcó. Repitió, pues, por ahí es, y no necesitas más práctico que yo. Yo te traje hasta aquí; yo te he acreditado; yo te he recomendado

a nuestros jefes; yo he dicho a todos quién es el Rey, por lo que tú me has enseñado; y te llevaré y serviré por donde quieras y gustes; pero será bueno que de aquí cortemos al Salto, por ahí cerca de donde Molina vino, porque quiero mudar caballos en lo de mis cuñados que viven en el mismo tránsito, y quiero también llevar dos cabezas¹⁰ de mis parientes, un hijo que tengo por esas tierras, y otros —154—; mocetones para no entrar sólo a lo del señor Virrey, para que vea que el peguenche Puelmanc sirve con amor, y con todos los suyos. Puelmanc, en todo dices bien, y supuesto que este camino que anuncias es derecho y el que trajo Molina, desde luego tendré mucho gusto en obedecer a mis jefes y complacerte a vos, pero será bueno venga Molina, para que lo tratemos con él, y yo quede enterado de tu verdad, y de lo que él produzca.

Carripilun dijo, hablándome: Hermano, el camino recto para Buenos Aires ya lo dejaste en Meuco, y de aquí cualquiera que se tome será recto a mi casa, y no a tu dirección. En este supuesto, y que hay por medio otros pasos interesantes a tu destino y voluntad, me parece atendáis a vencerlos, primero que a tu rectitud; pues las pampas y las tierras, de aquí para adelante todas son de una clase y pueden venir cuantas carretas quieran, por donde se te antoje, sin embarazo. Para que lo que has conseguido de mí quede firme, y sin que jamás hayan quejas por parte de mi nación, te vuelvo a decir, que en el atraveso de aquí a Melinque está la extensión de indios, y los más de ellos son de mi gente. Me es preciso pasar por sus toldos, y que vos mismo le manifestéis tu destino, y el de tu venida, haciéndoles ver que no me quedaron arbitrios para negarme, en vista de las utilidades que nos resultan del camino. Mas, a Quilan, que es el que manda todos aquellos terrenos desde Menco hasta Loncoaguaca, lo haremos salir a una junta, para que dándole tu embajada, y conseguido de una vez, nada tengas que hacer a tu vuelta, sino internarte con franqueza, como que tienes el permiso del general. Este indio es el más alzado de estas tierras; es intratable, pero está casado en mi casa, y yo te ayudaré, debiéndote lisonjear que si lo vences, por hecho cuanto quieres. Mas, si no nos fuéramos por la ruta, que te digo, podrían hacerme daño las muchas viejas que hay entre mi gente, por cuyo temor me he estado sujetando, porque siempre me anuncian ruina en mi ida a Buenos Aires, y ahora estas viejas de mi casa han soñado que me echarán al otro lado del mar. Por el camino que quieres llevar (a este tiempo entró Molina) pudieran atravesar los guilliches, que andan en malones con estos pampas, y si nos encontraran, nos robarían todas las caballadas, y nos ponemos en riesgo sin necesidad. A más de que no es mucha la vuelta que hemos de dar por Melinqué, y son muchas las ventajas que consigues.

Enteré a Molina de cuanto da la relación de Carripilun, y del proyecto de Puelmanc, y me contestó que por Melinqué era vuelta, como lo experimentaría, pero que decía bien Carripilun, y así resolviese lo que me agradase, que él sólo no podía tampoco guiar por su camino en las Pampas, porque no había venido, y sería preciso buscar práctico para cortar, —155—; y que con atención a la salida de Quillan, por cuyas tierras era la ruta más recta, ya se vencería toda la dificultad.

Traté con Puelmanc, y me convine en aceptar el proyecto de Carripilun, porque entró su yerno Quechudeu, y añadió: Si no vas con Carripilun nada se hace; él ha de pasar a ver a sus caciques, y sin vos, si queréis tomar

este otro camino, no pienses lo dejen ir, porque ya verás cómo le meten miedo, diciéndole que se morirá, y le harán daño las brujas, a que les tiene mucho temor; y así no lo dejes de acompañar, y de irte con él, porque todo tu trabajo es perdido. Me ratifiqué en que lo seguiríamos, aunque me perjudicaba, y que Puelmanc pasaría del camino a ver a sus parientes, incorporarse con ellos, y luego con nosotros, donde le tuviese mejor cuenta, para lo que nos citaríamos en siendo tiempo.

Quedados de acuerdo sobre nuestra dirección, tratamos sobre los agasajos que me quedaban, y le dije, que sólo dos chupas y un sombrero, un mazo de llancatus, y un poco de añil. Dijo Carripilun, que eran muy pocos para hacer juntas, y lo que se haría era mandar él a su capitán, a darlos parte que yo caminaba por órdenes superiores a Buenos Aires, que venía tratando de paces y amistades con la seguridad requerida, que él tenía concedida su amistad, hasta contarse como el principal vasallo del Rey Nuestro Señor, y por lo mismo me conducía para la capital. Que por habérseme acabado los agasajos en tantas tierras que había pasado, no les mandaba suplicar juntasen sus gentes; pero que debiendo contar con la amistad que ofrecía, en señas de ella le mandase a cada uno unas piezas de estas, y que en volviendo tendríamos juntas en cada reducción, en las que trataríamos con la formalidad precisa de un asunto que tanto les importaba. Que este mensaje llevaría también sus recados, y aseguraba que tendríamos las contestaciones como deseábamos, dejando sólo la junta de Quillan. Apoyé su determinación y se retiró, despidiéndose hasta el siguiente día.

Apenas salió el cacique, y entró a visitarme la mujer del capitanejo Llamin, con dos hijas y otra india más; tras ellas más de veinte y cinco indios se entraron y pusieron a la puerta. Les hice señas que se retirasen, y lo hicieron hasta quedarse muy cerca, ya afirmándose sobre el toldo, ya estrechándose, y llegando a tanto el atrevimiento, que uno de ellos levantó una estaca de la carpa, y metió el brazo para tirarse unos manteles que estaban sobre una petaca. Así como columbré la mano me paré, y echando mano a la espada, salí de un salto a la puerta, pero en el momento se desaparecieron tan asustados, que se enredaron varios de ellos por los árboles. Así les sucedió a las indias que tras de mí salieron, y también se desaparecieron, prueba de la cobardía que los posee. —156→ Las indias mandaron a preguntarme, que si estaba enojado, y les contesté risueño que no, que sólo por asustar a los indios me había movido, para que conociesen su atrevimiento.

No tardó un credo en entrar riéndose un yerno de Carripilun, diciéndome, que bien podían sus chinas o indias apostar plata a correr, que no sabría hasta dónde habrían llegado con el susto, pues no se habían contentado con quedarse por los alojamientos y estancias que habían en el campo, sino que se habían desaparecido. Le conté el paso y lo celebró un rato, pasando al alojamiento de las chinas, que aún les palpitaba el corazón.

El 8, bien temprano, antes de amanecer, ya tuve a Carripilun en mi tienda, riéndose, y llamando al intérprete para que le contase como había sido la carrera de sus indios; que había oído el bullicio, y cascabeles de las corredoras. Vine luego el lengua, y no podía tenerse en pie, al oír el modo con que se desaparecieron. Al poco rato hizo venir a veinte y siete mujeres, y ocho hombres de su familia, que tiene en sus toldos, y les repartí doble cantidad de agasajos que a los demás indios.

Viendo que ni él, ni sus otros caciques, ni muchos indios se movían de nuestro asiento, que tenían mi gente en vela, porque se iban desapareciendo algunos aperos y trastes; le dije a Carripilun, que su compañía me era gustosa, y por lo mismo por gozar de ella no podía atender a mis quehaceres, y especialmente al diario, en que no había trabajado por la continua inquietud que padecía con los indios, y así que esperaba de su favor me permitiese partir para el siguiente día, hasta un sitio pastoso y con agua, en donde lo esperarla.

Me respondió, que supuesto lo deseaba, había cerca un lugar bueno, para que me adelantase, en donde solía él vivir, cuyo sitio se llamaba Rinanco. Le di los agradecimientos, asegurándole que para el siguiente día estaría allá, y sin demora puse en noticia del capataz mi partida para que se dispusiese.

Carripilun no me dejó un momento desde esta hora, hasta las once de la noche, en que después de cenar me pasé a acomodar el tráfago y hacer que dejasen allí la balsa, unos aparejos, chiguas, pieles de vaca, y una carga de charque para Carripilun y su gente, que debía acompañarle en el viaje, a fin de aliviar mis mulas.

Jornada XXXI

Desde Curalauquen a Rinanco

(Junio 9 de 1806)

Aunque la madrugada que di, fue de las mayores que he hecho, pero nada pude avanzar, porque amanecieron cuatro bestias perdidas, y era preciso domar cuatro mulas que se habían cambiado de las fatigadas por lobas. A las cinco de la mañana estuvo Carripilun conmigo, diciéndome, que la jornada era muy corta, y no tenía que apurarme. Le respondí, que ya vería como sólo en buscar los animales, y domar las mulas se iba la mañana. Hice enlazar el mejor caballo de mi silla que traía, y se lo regaló a Carripilun, para que tuviese experiencia de los bríos chilenos. Se retiró un momento con el caballo, mientras encontró a su hijo y lo hizo ensillar. Le dejé en encargo las especies referidas que hice acomodar anoche con este destino, y también cuatro caballos y dos mulas de la real hacienda; un caballo mío al cacique Quechereu, otro caballo de mi silla a otro indio, llamado Antequen, y otra mula mía.

A las once y media, después de haberme despedido de todas las indias e indios, monté a caballo con mi comitiva, menos Molina y el capitán Jara, que quedaron esperando unas bestias, y salió Carripilun acompañándome; y tomando al estenordeste, por camino parejo y llano todo de trumau, y los campos pastosos de coirón, a las veinte y ocho cuabras estuvimos en un sitio, que se conoce haber sido de población de indios, con tres pozones de agua, desde cuyo punto ya el lugar se llama Rinanco, y dejándolo, continuamos por una vega que tiene un espeso monte de chicales al norte, y lomas muy bajas al sur, hasta llegar al sitio de nuestro alojamiento; muy parecido, no sólo en el nombre, sino en su situación y aguada, al

antecedente, con ocho cuadras que completaron legua.

En estos árboles de chicales ponderan los indios hay muchas abejas, y aseguran que sacan porción de miel. Entre estos indios hay cinco españoles, de ellos uno con una mujer, que dice que es casado, y un negro que se afirma fue captivo de muy chico. A todos los protege Carripilun, y estos le sirven de cuidar sus haciendas, llegando aquí, he encontrado a dos de ellos.

El 10, a las diez del día tuve a mi Carripilun de visita con su hijo; me dio expresiones finas de su mujer y familia, y me trajo de —158→ obsequio un caballito muy chico, de los que llaman mampatos o llauchas. Se lo recibí, porque sus instancias fueron grandes. Con él vino Molina y el capitán. Al poco rato llegó su capitanejo, y lo dijo que ya estaba de marcha, y que lo diese sus órdenes. Me avisó que lo iba a mandar adelante, a lo de los caciques Neyen, y a Oyquen, previniéndoles que no se ausentasen, que él se movía de sus tierras para Buenos Aires, en compañía de un caballero, que había venido de Chile a pedirle sus terrenos para abrir camino por ellos, y una paz firme y segura, que tenía admitida por razones que ahora no podía explicarles. Me pidió dos sombreros para mandarles y pañuelos, y no quedándome sino uno, dio el suyo, y les mandó en mi nombre el obsequio. El recado lo dio con una gravedad extraña, y concluyó: Dile también a Oyquen, que yo le mando decir que ese genio inquieto que tiene, lo sosiegue, y que en volviendo nosotros de Buenos Aires, será tratado como debemos hacerlo; pero que entre tanto, aunque se vea agraviado, no tome las armas, porque la paz ha de extenderse a todos los butalmapus. Esto fue, porque estaba en actuales malones con los guilliches.

Me hizo darle tabaco al emisario, y después de comer, se retiró para sus toldos, y el capitán acompañado de dos mocetones, continuó su viaje. Manquel vino a pedirme permiso, para ir con este capitán a ver unos parientes que tiene adelante, y que me saldría al encuentro; le dije que en muy buena hora, y aprontado con toda brevedad, le siguió.

El 11, me mandó Carripilun a su hijo, para que me acompañase, previniéndome que al siguiente día, debía caminar bien temprano, que él me alcanzaría luego, y dejándome ya de marcha, su hijo se adelantase a avisar al cacique Payllaquin, que íbamos de camino, que aprontase su gente, y mandase convocar al cacique Quillan que deseaba conocerlo, y tratarle de mi expedición.

Jornada XXXII

Desde Rinanco a Calchague

(Junio 12 de 1806)

A las siete de la mañana salimos de este lugar, guiando nuestra —159→ ruta el cacique Puelmanc; tomamos el rumbo nordeste, cuarta al este, por

el que caminamos tres leguas hasta pasada una montaña de muy hermosos chicales.

Desde este sitio mudamos nuestra dirección al este, cuarta al sudeste y andadas como ocho cuadras de terreno limpio, volvimos a entrar a otra montaña de los mismos árboles, cuyo atravieso fue de más de tres leguas, hasta el lugar de Calchague, que es un plan hermoso; y caminando hasta las dos de la tarde, estuvimos en una llanada, que al sur, a distancia de una cuadra del camino, tiene una loma baja al oeste, por donde pasamos, una corta mancha de los referidos árboles; al norte, otra mayor y tupida; al nordeste, otra mucho mayor; al este, otra rala y mediana, y al sudeste, un árbol solo, redondo y frondoso que se distingue por su figura, y estará del alojamiento que lo tomamos, en el mismo camino, ocho a diez cuadras. En este sitio no hay agua, pero la hay diez cuadras más atrás del camino, y en varias partes hay humedades, que haciendo pozos se descubrirán otras muchas.

La mayor parte de tierras que hemos hoy andado, son muy buenas para trigos, y lo mismo para crianza de animales mayores y menores. Las maderas son inagotables, porque los dos cordones que hemos pasado, de sur a norte, se extienden hasta donde la vista alcanza, y los hemos cortado en su menor latitud. Los árboles son todos muy grandes, pueden muchos tener tanto grueso como el vuelo de una gran rueda de carreta, muy ganchudos, y leña a propósito, para el fuego, por su duración, y para cercos.

Todo el camino fuera carretero, si algunos árboles no ofuscaran la ruta; pero para cargas es bien franco. Desde que salimos hemos traído senda trillada, y palpable como de mucho trajín, y ha sido la misma que Molina trajo, según me ha dicho su hijo, ya notaré donde nos separamos de ella. En estas tierras abundan los maticos, venados y vizcachas; muy pocos pájaros, y todo despoblado.

A las seis de la noche llegó un mocetón, que adelantó Carripilun, avisándome que venía de marcha, pero que hasta mañana me podría alcanzar. Éste me ha asegurado, que muy cerca hay agua más adelante, y está cerca también lo del cacique Payllaquin, a donde le dijo Carripitun que debíamos ir a alojarnos mañana.

—160→

Jornada XXXIII

Desde Calchague a Puitril Malal

(Junio 13 de 1806)

A las seis estuvo toda mi gente a caballo, y tomando al estenordeste, por camino bueno, parejo, sólido, pastoso y de maderas, a las doce cuadras topamos una laguna, y una fuente rodeada de estacones, que para la mejor conservación del agua tendrán puesto los indios. Aquí saciaron su sed nuestros animales; y, mientras bebían, estuvo con nosotros el cacique Carripilun, su mujer, un hijo casado, su nuera, dos mujeres más, un hijo

soltero, un yerno y dos mocetones. Nos dimos las manos, y me dijo: Qué violento venía por alcanzarme, y merecer otra vez de mi compañía. Le retorné sus expresiones, y habiendo hecho en este lugar una estación de media hora, continuamos la marcha por igual camino, y a las nueve mandó Carripilun un correo al cacique Payllaquin, diciéndole ¿que si no le mandó el día antes a su hijo, avisándole que venía con una persona de entidad, para que ya estuviese con su gente en el campo, esperándolo para recibirlo?

No tardó mucho en volver el chasque con su hijo, que ayer se adelantó, y le dijeron, que su gente no había llegado, porque tarde de la noche llegó el mensaje, y sólo ahora la andaba convocando. Se puso enfadado como una fiera, y por apaciguarlo, le dije: Carripilun, las honras que me quieres hacer, las estimo como tus buenos deseos, y también celebro el que el cacique, por falta de su gente, no me obsequie con su recibimiento, pues no teniendo, como te he dicho, agasajos más que los que te he referido, me veo en la necesidad de no poder corresponder sus atenciones. Así, amigo, caminemos luego, que yo quiero irlo a ver a sus propios toldos.

Caminamos, y como cosa de seis cuabras, antes de estar en ellos, salió con catorce mocetones bien montados, y dando terribles balidos, pasó a darme cuatro vueltas en circunferencia, que concluidas, tomó mi frente, y dijo: Las atenciones que se merece este caballero, ya se conocen con sólo verlo acompañado de mi jefe, y las honras que nos hace, con experimentar, que a su sombra y a su derecha lo lleva, a presencia del Sr. Virrey. Aquí me tenéis, Señor; nada tengo que ofrecerte, que mi tío Carripilun no sea de ello dueño, y que ya te habrá ofrecido. Tengo mucho gusto de conocerte, y aunque quise recibirte como era debido, mi desgracia quiso que el chasque me halló durmiendo; y vos de madrugada.

—161→

Le contesté: Payllaquin, tus expresiones son finas, y por hacérmelas vos más las aprecio, con sólo que me hayas dicho que eres sobrino de Carripilun. Éste es un sujeto digno de todo aprecio, y no puede distinguir a personas que no sean muy merecedoras. Celebro conocerte, y por tener esta satisfacción, me veis en tus tierras, mandado por el Señor Capitán General, que solicita vuestras amistades.

Carripilun dijo, vamos a alojarnos, que ya hablaremos; despacio. Seguimos todos hasta llegar a la orilla de una laguna del tiempo, cuya agua, estaba espesa de lo trillado de animales. La reconocí y pregunté, que si no habían pozos de mejor agua; me dijeron que no; y así nos alojamos, habiendo andado dos y media leguas.

Luego que se puso el toldo, entró a él Carripilun, el cacique Payllaquin, y los cabezas, Pilquiñan, Millatur, Guenchullanca y Maliquenú; y así que se sentaron, dijo Payllaquin: Caballero, no es poca novedad para nosotros, y será también para las demás naciones, ver a un español de tu porte, por nuestras tierras, apaciguándolas facilitando la comunicación de los españoles con nosotros, y en un tiempo en que estábamos avisados de no permitir transeúntes por estos terrenos, a consecuencia de la noticia que el español Morales dio a mi tío Carripilun, de que Molina vino a hacerse práctico para maloquearnos con los peguenches. Ya teníamos dispuesto que si éste volvía de Chile con cualesquiera otros que fueran, de desmontarlos y botarlos a pie para atrás. Así lo hubiéramos hecho sin otra consulta,

pues lo teníamos ya acordado. Y peores cosas tenía dispuestas Payllatur, que a mí mismo me las tenía comunicadas.

Guenchullanca siguió: Y no es menos de nuevo el que nuestro jefe te acompañe; pues de su vuelta no podríamos confiar, si no lo viéramos ya en camino; tus promesas habrán sido seguras cuando él se ha resuelto a caminar. ¿Qué haríamos nosotros sin esta cabeza, que nos ama como a hijos, y nos gobierna con una circunspección imponderable? Él sabe meterse en las mayores dificultades, y sin más armas que sus razones, salir vencíéndolas. La paz es su objeto, y mediante él estamos libres de malones y enemistades: gozamos con quietud de lo poco que tenemos, andamos sin recelo por todas partes; y así, si llegara a perecer entre los españoles Carripilun, no se nos podría hacer mayor daño. Todos los cinco hablaron un gran rato sobre el punto, y luego que concluyeron, le contesté.

-Mi venida, caciques, nada tiene de nuevo, habiendo sido bien —162→ admitido por vuestro General, y viniendo ahora con él. A sus toldos llegué como mandado de los superiores de Chile, para tratar con él cosas de importancia para toda vuestra nación; y si os acordáis que en los mayores ardimientos de la enemistad los mensajeros se admiten con franqueza de una a otra parte, nada hay de reparo en mi venida, y mucho menos no teniendo novedad, ni nosotros con ustedes ni ustedes con nosotros. Si hubieras hecho con Molina lo que habéis dicho, hubieras traspasado las leyes de la humanidad que sabéis observar muy bien; y sin justicia, pues por el dicho de un español de mala fe, y que será de muy poca consecuencia, no se procede a perjudicar a un vasallo, que por obedecer anduvo en estas tierras. Y de no, respóndeme: ¿Qué mayores motivos teníais para creer a Morales y no a Molina? Me dirás: Porque a Morales conocen, y a Molina no. ¿Y por qué entonces procedíais a obrar sin conocimiento del delito, y si Molina decía verdad, como es cierto, y Morales no? ¿Por qué castigabas al inocente? Vuelvo a deciros, que tu hecho hubiera sido criminoso, y te hubieras hecho digno de la indignación de nuestros jefes y Monarca. Que vuestro gobernador vaya conmigo a presencia del Señor Virrey, nada tiene de extraño, porque en eso acredita su prudencia. Se ha enterado de mi comisión, y aunque me la ha contestado, quiere hacerle presente a Su Excelencia las respuestas que me ha dado. Tiene que tratar con él de puntos de importancia, y quiere cerciorarse de muchas cosas en que yo no puedo satisfacerle, porque carezco de facultades que se hallan en el Señor Virrey. Yo solicito la paz y franqueza de terrenos para abrir un camino por estas tierras franco y seguro, me lo ha concedido Carripilun, pero el Señor Virrey, como principal encargado para esta empresa por el Rey Nuestro Señor, le hará presente cuantas cosas son necesarias para el completo desempeño de su deseo, las que yo ignoro. Yo soy un comisionado, soy un mandado, y de mi diligencia debo ir a dar cuenta al Señor Virrey, viniendo encargado para que lo lleve, a fin de que tratando los dos, se ajusten, y queden firmes en su resolución. Se le franquea la seguridad con mi venida, se me ha mandado para que no recele de la verdad, y que no les quede que temer ni a él, ni a ustedes. ¿Respondedme, si alguna vez se mandó algún español como yo, a sacar algún cacique? Sus capitanes u otros españoles o indios son los que entran a sacarlos; y así debéis todos vosotros estimar las honras que se os hacen, en haberme a mi comisionado, que ha sido también haceros ver de una vez el buen tiempo, la serenidad de

nuestros deseos, y que llegó la época feliz para vosotros, que contéis con la protección de nuestro Monarca.

Me dieron las gracias, por medio de un razonamiento bastante —163→ artificioso, el que concluyeron, recomendándome la persona de su cacique y familia.

Esta visita duró hasta cerca de las oraciones, que llegó el chasque que había ido a comunicar al cacique Quillan de mi venida. Este trajo la respuesta de que por mañana estaría a visitarme, y que pasaría lo menos dos días, pues tenía mucho que hablar conmigo.

A esta hora me puse a comer con Carripilun, y al poco rato entró un español, llamado Francisco Castillo (alias Puntano) saludándome, y diciéndome, que el comandante del Portillo, en la luna pasada que allí estuvo él, lo quiso matar, y le dijo que mil pares de pistolas, y hasta pólvora y balas tenía para acabar con los indios con quienes no quería amistad, y así que ¿cómo quería llevar al Señor Cacique para que le sucediese alguna desgracia? Ya puede considerarse la suspensión que haría en el ánimo de mi compañero esta noticia. Le pregunté: ¿Que si no estaba borracho cuando ese comandante le prometió esas pistolas y balas? Que quizá le diría que las tenía para favorecer a los indios, y volviéndome a Carripilun, le dije: no creas a este indio o español, que sólo conquie lo veas en estas tierras, ya puedes inferir qué clase de sujeto será. Jamás prestes oídos a personas de poco honor, que procuran siempre engañar con mala fe e intención. Éste, bien conoce que viéndome aquí no hay novedad, y por este medio injusto, quiere meterte susto, como si en el pecho de un General como vos, cupiera temor.

Esta conversación duró hasta las diez de la noche, y otro español que andaba por defuera se dejó también decir que sería bueno nos cortasen la cabeza, así que me lo dijeron salí en su solicitud, y no pude dar con él.

Mi ánimo era traérselo a Carripilun, y decirle que supuesto estaba en sus tierras lo castigase, pues no podía sufrirse ni disimular tal maldad.

Para que Carripilun me dejase, me valí de que quería ir a ver a su mujer, que ya estaría acomodada su casa, y así se movió. Estaba a todo campo, la noche mala, amenazando agua; pero ella muy serena. Le mandé acomodar un toldo de pellejos, y me retiré.

El 14, a las dos de la mañana estuve en pie por lograr de un rato de quietud y poder escribir, y estando en esto, a las tres y media, tuve a Carripilun a la puerta llamando, hermano. Lo hice entrar; venía con su mujer; nos pusimos a tomar mate, y pidió al lengua. Vino Montoya, y le dijo: Dile a mi hermano que mi mujer no ha —164→ podido dormir esta noche de miedo, y está resuelta a no ir a Buenos Aires, ni sus hijos, y quiere también que yo no vaya, porque anoche llegó a mi alojamiento un mocetón, que ha andado estos días en el Sauce con varios indios, y a uno llamado Numunir, lo mataron los españoles, cortándole la cabeza por robarle sus caballos.

Le aseguré que sería mentira, o que el indio iría a robar, y por esta razón lo matarían, así como ellos lo hubieran hecho, si hubiesen pillado algún español. Dijo que no, porque el mocetón le contó que el indio fue a buscar sus caballos, que los tenía maneados, y viendo que tardaba, fueron a buscarlo los compañeros, y lo encontraron descabezado, y el rastro de los caballos que se los habían quitado.

Los sosegué, asegurándoles su seguridad, con mi persona; que aún había que dudar de la relación, y que siendo cierta, habría sido el matador algún salteador, que también los hay entre nosotros, como entre ellos; y que le daríamos cuenta del hecho al Señor Virrey, a fin de que hiciese averiguar el delincuente, que entonces sería castigado y satisfecho. Que no era regular que su mujer, estando de camino ya, suspendiese marchar, ¿y qué se diría de él y de mí? que si entre nosotros hubiera novedad, no hubiera yo venido a meterme entre ellos etc. Al poco rato vino el cacique Payllaquin, con las mismas noticias; en dos horas no me era posible reducirlos. Al fin, cedieron, y para que no repitiesen en lo mismo, le di una chupa al cacique, y le dije me había de contar todas las tierras que había corrido, porque su arrogancia me daba especies de que tenía muchos conocimientos. Me respondió, que era cierto; que había andado mucho, que es nacido en Guayli, cerca de Meuco, y que de mocetón se fue para los Puelches del sur, con su padre; que era hermano de Carripilun, y éste tenía conocimiento de aquellas tierras, y por esta razón lo llevó: que entre ellos se crió, y tuvo muchas amistades.

Le pregunté, ¿cómo se llamaba el lugar donde se crió y en cuáles otros estuvo, y qué tan lejos de los guilliches se hallan esas tierras? Que en Pulpalguí, Catapulig, Catapulis, que es Malal-Guerhuguegun, Butacura-Malal, Pilo-Limatal, Nanquilico, en el Malal de Lepeten, que en todos estos lugares vivió, y es práctico de ellos. ¿Que a cuantos caciques conoció? A Tritriguen a Payniguina, a Quinile, a Guilnichine y a Coline, que todos son muertos, menos Coline, que es mozo. ¿Si sabe a Limay-leubu, y si de esta —165→ parte, o de la otra están los lugares que ha nombrado? Dijo, que sabe a Limay-leubu, porque en la orilla de esta parte fue donde estuvo. ¿Que si sabe el nacimiento de Limay-leubu? Dijo que sí, porque ha visto que su origen es de la laguna Alomini, que es muy hermosa, y tiene una isla en el centro. ¿Si está bien cierto de esto, pues yo tengo noticias que sale Limay-leubu de la laguna de Naguelguapi? Que Naguelguapí no es laguna, sino mallín; que de él nace un esterillo, que entra al río de Limay-leubu. ¿Que si estos terrenos de los montes, hacia el sur de la laguna de Alomini, no vio otra laguna grande, y que de ella saliese algún río que también se llamase Naguelguapí, y tuviese su curso por esta parte? Que se conoció otra laguna bien grande, que se llama Guechulauquen; que ahí habitan muchos guilliches; que su cacique era Melinaquel y Epumaquel, que esta nación está en medio de los muluches y guilliches. ¿Qué ríos entran a Limay-leubu? Guechulauquen, y los demás que cité en la jornada 24. En este estado avisaron que el cacique Quillan ya venía. Pedí la comida, y acabando de comer se comunicó que estaba cerca. Carripilun me dijo que sería bueno montase a caballo, para hablar con él, según era costumbre, cuando venía alguno de fuera, y que debiéndome yo computar como dueño del terreno, cuando se me había franqueado, esperaba me tomase la pensión sin repugnancia. Le contesté que yo era forastero, y Quillan venía a visitarme, circunstancia que no pedía esa atención; pero supuesto que así era la costumbre no quería variar de ella, y montaría luego. Pedí caballo, salí con él, con mis caciques, el intérprete y Molina. Caminamos una cuadra de nuestros toldos, y puestos allí firmes, vino Quillan con treinta y tantos mocetones chibateando, y se pusieron a distancia de cuatro varas a nuestro frente, puesto él un corto espacio adelante de los

suyos. Su figura era la más ridícula que jamás vi: muy chico y viejo, los ojos ya gastados de mirar, y los dientes de comer; la cara teñida de negro, desde las cejas a la boca, un sombrero de lana negro viejísimo, con una tira de cotense muy puerca y vieja; un vestido de librea que sería encarnado, un poncho ordinario negro, un avío que no era sino grasa, y un caballo negro, flaco y viejo, competente a su ridícula persona, que me movió a risa mirarlo.

Nos adelantamos el terreno que fue preciso, para darnos las manos, y hecha la ceremonia, le dije: Que celebraba conocerlo, y me tenía en sus tierras cumpliendo las órdenes del Señor Capitán General, y Gobernador Intendente, que ya sabía le había comunicado mi amigo Carripilun. Me contestó con la cara torcida, que él también celebraba conocerme, y por tener este gusto había montado a caballo para venir a solicitarme y oír de mi boca las razones que —166→ por el mensajero de Carripilun había recibido. Le hice una breve relación de mi expedición; le ponderé sus buenos efectos que tendría, habiendo sido bien recibidas y aceptadas mis propuestas por su General, quien me acompañaba hasta la presencia del Señor Virrey, en cuyo tribunal se trataría con mayor formalidad y solidez de los puntos esenciales para consolidar los tratados concernientes a nuestra mutua comunicación, y a la seguridad requerida. Dijo, que le era a él tan de nuevo el que Carripilun hubiese admitido bien mis razones, como el verme en tierras, que no se usaba fuesen pisadas de españoles que antes de mi llegada, poco tiempo ha, se pensaba en quitarle la vida a Molina, si volvía, esto es, sin pensar que él viniese con solicitud de camino y demás añadiduras que yo he pedido, y que de repente se trastornó aquella disposición. Que nunca pensaron en que su jefe se pasase a Buenos Aires, pues tenían pruebas bien ciertas, que lo querían echar al otro lado del mar, y que los esfuerzos e instancias que se le hacían eran por esta razón, y que al cabo se vería la mentira del camino y paces. Que los llamistas le habían mandado decir que nosotros estábamos alzados, y queríamos acabar con todos, y por eso había sido yo mandado.

Puedo confesar que mi espíritu jamás ardió en tanta cólera como cuando oí expresiones tan picantes, y de boca de una figurilla tan ridícula y fea, que podría llamarse monstruo hecho. Le respondí que o yo me engañaba en persuadirme que Carripilun era hombre de razón y entendimiento, o él no tenía discernimiento para conocerlo, y por eso decía le tomaba de nuevo el que hubiese aceptado mis propuestas; y que lo mismo debía decirle sobre el extrañamiento de mi entrada a estos terrenos. Que de uno y otro le daría los motivos, y eran que viniendo yo a ofrecerles comodidades que no podían esperar sino de un padre, como son las que se le proporcionan en nuestra comunicación y unión, que el Rey Nuestro Señor les franquea por medio de un camino y comercio, las que sólo unos hombres rudos, desagradecidos, sin razón ni medianas luces podrían desecharlas. Que ni al Rey mi Señor, ni a nosotros se nos aumentan comodidades, ni proporciones, como las que a ellos deben redundarles; que nosotros no necesitamos de sus productos, que sólo se reducen a cuatro caballos y vacas; y ellos necesitan de nuestras cosechas, de nuestros efectos de Castilla y hechizos, y de nuestras artes o industria para adquirir algunos conocimientos y utilidades, y salir de los errores de abusiones en que están imbuidos, que es el primer motivo, para que sean dignos de la conmiseración de un Soberano piadoso, como es

nuestro Católico Rey. Que Carripilun penetró desde que me oyó, hasta donde podía felicitarle su nación con este arbitrio, y por eso admitió la propuesta, y más siéndole —167→ consiguiente la paz y unión. ¿Que si él ni otro alguno de estas tierras puede ignorar las riquezas de los españoles y sus fuerzas? Que sólo la provincia de Chile tenía más gente que todas las tribus de indios, y que con cuatro o seis soldados que se les franqueaban a los peguenches eran temidos, sin embargo de que son un puño de indios, y así asolan a sus enemigos, y ¿qué fuera si les dieran mil o dos mil soldados? ¿Qué si ya han echado en olvido lo que muchos de los que me oirían padecieron, y por qué causa se ven aquí? ¿Que de dónde podrá hombre racional discurrir, que quería el Señor Virrey desterrar a su jefe, y para qué cometería ni él ni yo ese engaño y alevosía? Que cuando fuesen reos de graves delitos, para escarmentarlos no necesitaban mis jefes de ardides, ni embustes, sino tomar venganza justa, pues sus armas y fuerzas son superiores a las de ellos, y saben hasta dónde alcanzan los fueros de la naturaleza; que nosotros no sabemos mentir, ni podemos hacerlo sin grave delito, e infamia en materia de tratos; y así solo por no saber él lo que había dicho en decir que se vería la mentira, podía dispensársele y tolerársele; que supiese distinguir los sujetos y tener más moderación en sus palabras. Que me pusiese presente al llamista que le trajo la noticia de que nosotros queríamos acabarlos, para que a su vista fuese convencido. Respondió: Que ya estaba satisfecho, que él no había tratado con español de suposición, ni había salido a los españoles, ni a las Salinas, por no tener conocimientos con extranjeros que lo engañasen. Puelmanc le preguntó, ¿que si no lo conocía, que si no sabía quién era? ¿Que si no era él de estas mismas tierras, que si no era hermano de todos, que si no lo tenía por de verdad? ¿Que si siempre no los aconsejó, y procuró su honradez y paz? ¿Que si él no sosegó estas tierras en sus mayores fuegos, y conquistó todas las cabezas para que el Sr. Teniente Coronel don Simón Goroldo viniese a una junta que se celebró en Luanlauquen? ¿Que si no oyeron todas aquellas palabras ciertas y promesas que les hizo, las que hasta ahora no se han falsificado? Que la razón porque temen a los superiores es porque no quieren dejarse de robos, de traerse las haciendas de los españoles y cuanto pillan. ¿Que si ya han olvidado que por los llamistas casi fueron asolados y consumidos?; y hablándole a Quillan, le dije: ¿Te has desmemoriado Quillan que te escapaste como zorra de las garras de los peguenches auxiliados de españoles? ¿No te acuerdas que por creer a los llamistas, abandonaste a tu nación peguencha, cuya recomendación da algún aprecio a tu persona? No te dijeron entonces los llamistas, y a mí también, que los españoles estaban alzados; corrieron la noticia, y sólo algunos peguenches no se alzaron; y estos por fieles a los españoles, con su auxilio nos acosaron y nos hicieron —168→ desamparar nuestras tierras. ¿No te acuerdas de este tiempo, Quillan? ¿No te acuerdas de aquellas aguas tan buenas, de aquellos pastos, de aquellos mallines? ¿Los vendiste, los diste por tu voluntad, los di yo, los dio Carripilun, etc.? No fue así. Los desamparamos por nuestras pocas fuerzas, por nuestro error, por los llamistas; ¿y así vienes con novedades de ellos? Ya eres viejo como yo, puedes hablar con experiencia. Yo me retiré a mis antiguos terrenos; estoy gozando de la tranquilidad, y de mis propiedades, que sólo el corazón de los españoles

me pudieran proporcionar. Tenemos cuando queremos soldados que nos favorezcan, y con este servicio que hago a mi Rey, ¿quién se me atreverá? Vengo con dos hijos que tengo, para que toda mi casa logre del mérito y ¿discurrís, que cuándo se trató de la venida de este caballero, allá no corrían también novedades? También nos decían que nos iban a matar a todos, que por todas partes iban a entrar tropas; y con todo, despreciando a nuestros patriotas, salimos a los Ángeles, y vimos a nuestro compañero, a nuestro comandante, en quien no pudimos conocer sino su buena intención, su realidad y su corazón amable, y prometimos acompañarle, hasta la presencia del mismo Rey si era conveniente, y ¿qué te diremos, y qué te pueden decir estas gentes de tu nación que ya lo conocen? Nada más que lo que antes te dije. En fin le dijo tanto a él, y a los demás de su partido, que se tardó más de una hora en su parla, y quedó tan enronquecido, que apenas se le oía las últimas expresiones. Carripilun siguió con otra relación, apoyando las razones de Puelmanc, y a las grandes causas que le movían a seguirme, y a franquear sus tierras, porque veía que era lo que les convenía, y pidiendo perdón Quillan de lo que se había pensado, y diciendo que ya estaba satisfecho, nos venimos a nuestros toldos. Entró al mío Carripilun, Quillan, un zambo que traía a su lado, dos capitanes, Puelmanc, y otros cuatro o cinco indios de los más viejos y más feos. Les hice pasar mate, se comían la yerba; y después tomaron la conversación de tal modo que hasta las diez de la noche me duró la parla; que es en unas voces tan recias y forzadas que sólo el que las experimenta puede conocer su destemplanza. Tuve que comprar una yegua para que cenara el señor Quillan y su gente, la que en un momento, entre-cruda se pusieron a comer.

Quedé bastante cansado de la visita, y a las dos de la mañana, que hice encender vela y me levanté, tuve un mensaje del señor Quillan, que le mandase cigarros y leña para el fuego. Le contesté, que estas horas eran destinadas para el reposo, y las que yo tenía asignadas para el cumplimiento de mi obligación, que si quería cigarros, que pitase de los —169→ que por la tarde le di, que le daría tabaco para que llevase a su casa, y si no tenía leña que la mandase a buscar con sus criados o sus mocetones; que no me volviese a mandar mensaje hasta que no fuese de día. El mocetón se fue temblando, pero escarmentó porque no volvió, y a Carripilun que venía bien temprano, le debió decir que yo le había mandado aquel recado, y se volvió también.

Luego que estuvo claro, di orden de que se trajesen los animales de carga y las caballerías para salir de aquel sitio, en que a toda hora teníamos indios, que ya alcanzarían a ciento entre los que habían llegado de Payllaquin y los que trajo Quillan. Se habían robado la carne, y un cuchillo; y apenas se descuidaban mis españoles, cuando ellos ponían su atención en solicitar y robar. Me constaba que el tiempo estaba muy malo y podía llover, cuando llegó Carripilun a hablarme con Quillan. Les dije que pensaba en caminar, y Carripilun me contestó, que muy bien, pero que fuese un poco más tarde, porque él esperaba un caballo. Convine, y di la orden que, en estando Carripilun complacido, se aparejase. Nos entramos a la carpa, y después de haber tratado de las amenazas del tiempo, lo adelantado del invierno, y que aún no había caído ningún aguacero fuerte, y de la calidad de aguas tan malas, y especial este barro que aquí bebían,

le dije a Quillan: Ya habréis conversado bastante, amigo, con tu Gobernador y compañeros. Ya estaréis libre de tus seducciones, y estaréis también cerciorado de que yo no soy embustero, ni mis jefes deben mentiros, ni a mí engañarme. No eres tan sin entendimiento, que dejéis de conocer que en cualquiera época la mas crítica que sea, deben las cabezas de los pueblos, o naciones, tratar por medio de chasques, o de comisionados, los asuntos que les ocurran, y estos tienen lugar, y salvo conducto en medio de las armas, para entrar y salir con franqueza; así no es de extrañar, ni debéis sorprenderte, porque me veis aquí, y bien hospedado. Yo traigo aquellas credenciales precisas para que me atendáis, y respetéis, y me franqueéis auxilios (que te advierto, por ahora, no necesito) en estas tierras; y podéis estar cierto que sólo nuestro Soberano, que debe ser de amor para vosotros, os puede proponer arbitrios tan ventajosos, para que os hagáis felices, después que nos habéis saqueado las haciendas, cautivado gentes, hecho salteos y otros excesos, en cuyos hechos habéis dado motivos para que fueseis dignos de su ira, y que os hubiera consumido, porque te traspasaste tantas veces de los fueros naturales. De todo esto se olvida, y lo echa fuera de sus sentimientos, por haceros conocer con bienes su poder y clemencia. Para esto soy yo mandado; pero vos que te halláis siempre con delitos, como dices, teméis y receláis, que siendo nosotros ofendidos, podamos por este arbitrio tomar desquite. No lo creas, porque el desquite de nuestra corona sólo se dirige a que abráis los ojos de la razón, y conozcáis con nuestro trato y —170→ amistad lo mal que hicisteis, y que vuestros hijos criándose en mejor tiempo, disfruten de comodidades que apenas vos en tu vejez merezcáis. Y por si acaso el haberte ayer explicado en aquellos términos groseros, que lo hiciste, fijé por exagerar tu tolerancia o representar mérito para que yo te quedase más agradecido a fin de que te diese más, porque te ponderarían que yo venía vistiendo caciques, te advierto, que perdiste razonamiento laborioso y despreciable, porque apenas por casualidad conservo una chupa y un bastón, que aquí lo tenéis y recibirás de mi manto, para que cubras con más decencia tu cuerpo, y el bastón, para que empuñándolo en tus manos, acordándote del Rey mi Señor, a quien deberás ser fiel de hoy en adelante, mandes a tus vasallos, los sujetos y reprimas, y como buen padre los aconsejes que sepan conservar nuestra amistad, intimándoles que serán castigados siempre que a ella falten. Aquí tienes también tabaco, añil y agujas para que lleves a tu familia y repartas entre tus mujeres e hijas. Todo lo recibió con prontitud, y me dijo, que traía dos hijas consigo que querían conocerme, y diciéndole que las llamase, vinieron al punto. Me fue preciso darles otra porción, y pasar un rato de conversación con sus mozas. Me dijo: Este bastón que me habéis dado me asusta, porque para recibirlo y sostenerlo necesito de mucha protección. Es imposible sujetar a los mocetones sin que ellos vean que somos favorecidos del Rey, cada uno es un jefe aquí, y en todas nuestra tierras y Carripilun le dijo: Esos son cuidados míos, Quillan, yo voy a hablar con el Sr. Virrey, voy a buscar su mano derecha, su protección; me convida con su auxilio, su amistad; recibe lo que te dan, que yo te ayudaré a sostener ese bastón, y no creas sino la que este Guillmen te dice, y lo que yo te aseguro. Nos conviene la paz, que es el mejor bien que puede proponérsenos, Payllaquin continuó haciendo varias

reflexiones sobre lo mismo, y al poco rato avisando a Carripilun, que ya estaban ahí sus animales, se despidieron, diciéndome, que así que viniese su jefe de Buenos Aires se les debería hacer un parlamento para oír todas las disposiciones del Sr. Virrey.

Yo hice aligerar nuestra despedida, y al caminar dejé encargadas a Payllaquin tres mulas y un caballo de la real hacienda, que admitió con gusto, prometiendo tenerlas gordas a la vuelta.

Jornada XXXIV

Desde Putrimalal a Loncocché

(Junio 15 de 1806)

A las once del día salimos de este sitio, y con imponderable gusto, —171→ pues todos veníamos incomodados de la impertinencia de los indios.

Raros fueron los que se quedaron, y era así mucho y muy lucido de caballerías el acompañamiento.

El camino que tomamos fue al nordeste, cuarta al este, por senda amplia y muy trillada, igual a la que traíamos desde la casa de Carripilun; el terreno superior para toda clase de siembras: de muchas maderas de espinos y chicales, y muy pastoso. Y a la legua estuvimos en un plan limpio, donde hay una laguna permanente de agua clara, pero salobre; y a su inmediación estaba la toldería del capitán Guenchullan. Antes de ir a saludarlo, se despidió, Payllaquin; toda la indiada, y yo haciendo caminar la caravana, pasé a hablar con este indio, que me pareció de mucha razón, el día que salió a recibirme con Payllaquin. Luego que le di tabaco, y repartí veintisiete agujas a otras tantas mujeres, que de tres toldos que de allí había, salieron. Seguí me derrota por igual clase de terreno, aunque menos montuoso, y alcanzando mi comitiva, antes de parar, a las dos de la tarde estuvimos en el lugar de Retequen, toldería del capitán Maliquenú, a quien en cierta ocasión trasquilaron la cabeza los españoles. Inmediato a los toldos paramos, y como venía deseoso de tomar agua, pregunté dónde había, y me llevaron a un pozo, que sólo con verla, se me quitó la sed. Mucho aumenta a su mala calidad de estas aguas, el desaseo, pues botan las inmundicias dentro de los pujios, y las dejan en sus orillas, especialmente la de las carnes.

El tiempo seguía malo, y de él esperaba el socorro. Poco tardó en venir este, pues no había una hora que estábamos alojados, cuando empezó a tronar, y llover tan fuerte, que jamás lo vi. Mi cubierta sólo era la carpa maltratada, se me pasó el primer gusto de tomar buena agua, y me entró la pensión de empezarla a sufrir con todo el cuerpo y todo el equipaje, pues no alcanzando a correr tanta como caía, se alagunó el sitio y no tuve otro arbitrio que subirme al catre, en donde lo pasé hasta las diez de la noche, que cesó. Los truenos repitieron muchas veces y muy

recios, y el viento sudeste cada instante era más fuerte.

Este capitán me mandó ofrecer un ternero, diciendo que ahí tenía las vacas prontas para que lo tomase. Le contesté, dándole los agradecimientos, y que mejor tomaría un cordero que le sería de menos estimación; que a mí se me mandaba, no para pensionarlos ni incomodarlos, sino para tratar con ellos de mi diligencia; que le mandaba el valor del cordero, y me mandase su gente para obsequiarla, que quería conocerla.

El 16, temprano tuve al capitán con once indias; las celebré y —172→ obsequié a toda la familia, con añil y agujas. Recibí el cordero, y quedando muy contento, se fue a tratar con mi comitiva de indios.

Al rato vino a visitarme Chacquellan; me trajo otro cordero, le di a éste un rebozo y tabaco, y le dejé el encargo de dos mulas de la real hacienda, una mía, y un caballo de don Joaquín Prieto, con cuyos animales se regresó a su toldo.

Jornada XXXV

Desde Lancoché a Reteguen

(Junio 16 de 1806)

A la una de la tarde, después de comer, salimos de este sitio, dándoles las gracias de su buen hospedaje, al capitán, y tomando siempre al nordeste, cuarta el este, por igual vereda y de tierra firme; a las dos y diez minutos, con legua y cinco cuabras andadas, llegamos a Retequen, que es una llanura hermosísima, con algunos árboles de espinos bien grandes, a la orilla de una lagunilla del tiempo. Alojamos, por asegurarme Carripilun que adelante no había agua cerca; el pasto hermo seaba el prado, y con bastantes haciendas de yeguas y vacas de Maliquenú y sus mocetones. Poco distante de la lagunilla había pozos muy puercos, y sitios donde habrían poco ha vivido indios. Todos estos terrenos, antes de una vara que se descubren, vierten agua. En este sitio hallamos muchísimas torcazas, que continuamente se cubría la orilla del agua de ellas.

Jornada XXXVI

Desde Retequen a Peñingué

(Junio 17 de 1806)

A las siete de la mañana montamos a caballo, y siguiendo la senda al nordeste, por terreno muy bueno, parejo, pastoso y sin leña, caminando

delanteras las caballerías de Carripilun, y él a mi lado, vino Puelmanc, Payllacura y Mariñan a decirme que tenían parientes más adelante, y con mi permiso pasarían a saludarlos, y a solicitar de ellos cabalgaduras, y dejar encargadas las que traían maltratadas. Les contesté, que en muy buena hora. Puelmanc me dijo que iría con Molina, pues tenía por donde iba algunas gentes que saludar y de las que había recibido —173→ favor cuando vino el año pasado. Les respondí que era justo, y que no tenía embarazo por mi parte.

Le supliqué me pusiese a la disposición de todos los cabezas que viese, y de sus parientes, recomendando a todos los españoles que pudiesen entrar a sus tierras, dándoles los buenos consejos de que acostumbraba usar. Me respondió, que así lo haría, y especialmente a un hijo que iba también a ver, y que solicitaría llevarlo al Señor Virrey, para que conociese a todos sus descendientes por finos vasallos del Soberano, como antes me dijo. Le prometí que yo también lo haría, y que su persona me había dado mejores pruebas de su fidelidad, que los otros; que había trabajado con gusto, y hecho acciones dignas de recomendación. Continuamos en la conversación hasta llegar a una mancha de espinales, de diez y seis a veinte cuadras de circunferencia, en donde encontramos dos pozos al poniente de ella, de buena agua. Todos pasamos a beber de ella, y Carripilun me dijo, que pasado el monte había una laguna salada, y unos pozos de agua dulce; que allí alojaríamos. Caminamos por entre la punta del norte de la montaña, y a las diez del día estuvimos con tres leguas en la ribera de la laguna Peñingué, en cuyo sitio se empezaron a descargar las cargas. Volvió Puelmanc a despedirse, y partió con sus hijos y Payllacura. Molina vino al rato, diciéndome que no había ido, porque sus animales venían fatigados, y no tenía a que ir. Le dije lo que Puelmanc me había dicho, y me respondió que iría ya lejos, y no podría alcanzarlo. Hasta este sitio hemos venido cerca del camino que trajo Molina.

Jornada XXXVII A Pel-lanquen

A las ocho y media se puso la caravana en marcha, y siguiendo el mismo camino que ayer trajimos, variando al nordeste, cuarta al norte, por campos llanos y muy pastosos; caminamos cuatro leguas. En este punto mudamos rumbo al norte, cuarta al nordeste; y continuando por igual terreno, a las dos y media de la tarde, llegamos a una laguna nombrada Pel-lanquen; en su ribera o playa del este, hay varias manchas de chicales y espinillos en abundancia. Aquí tomamos alojamiento con seis leguas andadas. La agua de la laguna es salada, pero hay pozos de muy buena. Este sitio está lleno de vestigios de muchas poblaciones de indios que habrá habido; y hablando de ellas con el yerno de Carripilun, me —174→ ha contado que la toldería entera de indios que aquí vivió y murió de la

peste de viruelas en estos años pasados.

El hijo del mismo cacique se enfermó esta noche de lipidia, por haber comido carne cruda, y bebido mucha agua; al fin, se ha aliviado facilitándole que vomitase, con cuya mejoría se consiguió poder continuar el camino, y que se desbaratasen las ideas del padre, que ya suponía que, las brujas le habían hecho daño al hijo.

Jornada XXXVIII

Desde Pel-lauquen a Michinguelú

(Junio 19 de 1806)

A las nueve y media montamos a caballos y continuando con el rumbo de ayer, del norte, cuarta al nordeste, y misma clase de terreno sin leña, pasando a las inmediaciones de unas lagunas muy saladas, lo mismo que las del anterior alojamiento, a las dos y media horas estuvimos en el lugar de Michinguelú, que es un medanillo, que formando un corto cajón, tiene una laguna en medio que dicen es perpetua, pero me es difícil creerlo. Apenas estuve a pie, cuando vinieron a visitarme los caciques Millanan, y Cayunan, que ha sido de nuestros peguenches, quien se vino a estas tierras, como los otros que repetidas veces he referido. Por tres horas me tuvieron en sus arengas, que todas fueron dirigidas a elogiar a Carripilun, y a la falta que les haría si acaso pereciese en el viaje tan arriesgado que hacía; porque los hombres grandes tenían muchos envidiosos, y podrían a este hacerle daño y morir, por cuya razón no les era fácil moverse de sus tierras sin mucho temor: pero que si volvía con felicidad, y conseguía con el Sr. Virrey algunos favores, entonces se llenaron de gusto, y se franquearía cuanto Su Excelencia quisiese. Repitieron muchas veces estas mismas expresiones, y aunque les ponderaba la seguridad con que iba, y que no debían creer en daños, era en vano, y por último Millanan añadió que estas tierras tenían indios como arenas, y si su pariente Carripilun no volvía, ya se acabarían los arbitrios de que estos terrenos se comunicasen por los españoles. Le contesté: ¿Que digáis Millanan, que aquí hay indios como arenas? Es falso porque el terreno todo es arenisco, y no todo está poblado, sino muy desamparado. Yo quisiera que fuese como dices, porque mientras más amigos, mejor, y mientras más gente, más comercio debe haber, por el mayor consumo; pero puedo asegurarte, —175→ que en unas de nuestras ciudades hay más españoles que en trescientas leguas de vuestras tierras. Yo vengo tomando noticias de todas partes, porque por entablar comercio y paces con una nación, es punto esencial averiguar el número de habitantes y usos, para regular el consumo; y me parece sois muy pocos, y mucho menos de lo que nos pensábamos. Tu General irá y volverá sin novedad: entre nosotros no hay traición, no hay mentiras, tratamos con la verdad y decimos lo que solicitamos. Ahora las vidas dependen de nuestro Criador, y no como vos

decís de tus brujas, o de las guerras; y sobre esta materia no me habléis más, porque ya os he prometido lo que debo y puedo prometer, como hombre de bien. Y si queréis pedir algo, bien lo podéis hacer de una vez, pues estoy muy práctico ya de tus costumbres, que cuando queréis conseguir algo, vuestras introducciones son dificultar las cosas de que se trata con vosotros. Contestó, que tenía que pedirme cierto favor, y era que le consiguiera un pasaporte con el Señor Virrey, para que fuese estimado y atendido por las fronteras cuando saliese a su comercio, y que los comerciantes cuidasen de que los españoles no lo engañasen, ni pidiesen más caro de lo que valen los efectos, que ellos suelen ir a buscar. También que tenía un yerno español, con varios hijos, llamado Bautista Prieto, natural del Río Cuarto, cautivo que se ha criado en estas tierras, a quien los españoles tienen prometido apresarlos, luego que lo vean entre ellos; y así mismo desea un papel, para que este yerno pueda correr con franqueza, respecto a que está casado con su hija, y que no quiere irse. También que a un hermano suyo, llamado Numuguirí, lo mató un español en Santa Catalina, el que conoce aquel comandante, y esperaba que el Sr. Virrey diese una orden para que dicho comandante hiciese pagarle los daños y perjuicios que se le han irrogado. Le pregunté: ¿que si no deseaba conseguir otra cosa? Dijo que por ahora no. Y le contesté: Cuanto me has dicho pondré en noticia del Sr. Virrey para que Su Excelencia disponga lo que fuere de su superior agrado. Y reiterando sus instancias a fin de que no se me olviden sus súplicas, se retiró al alojamiento de Carripilun. Luego entró un español, llamado Alberto Aguirre, natural de la punta del Satice, haciéndome también presente, que él fue cautivo de muy chico, y se crió y casó en estas tierras, que tiene cinco hijos, tres mujeres y dos hombres, que se halla con conveniencia, y deseaba le diese un papel para poder salir a comercio para estas fronteras, o las de Mendoza. Le hice ver que yo no tenía facultades para darle pasaporte, y que le haría presente al Señor Virrey su instancia, para que dispusiese lo que fuere de su gusto. En este alojamiento, se juntaron veintidós indios con los dos caciques, y seis u ocho indias, entre ellas una ciega de Antuco, hermana del referido cacique Cayunan. Fue imponderable el regocijo que mostró esta india al —176→ oírnos hablar acordándose de sus españoles y tierras, y prometió que se iba este año con su hermano para los Andes.

Jornada XXXIX

Desde Michinguelu a Rinancolob

(Junio 20 de 1806)

A las 9 del día estuvimos a caballo, y tomando el camino y mismo rumbo, acompañado del cacique Millanan, el español Alberto y varios mocetones que a la media legua se separaron, a la una y veinte minutos llegamos al lugar de Rinancolob, que son unos medanillos bajos, y entre ellos una corta

laguna que dicen es perpetua, en cuya orilla alojamos. El color de la agua es verde como las antecedentes. La necesidad sólo puede hacerla tomar; y aunque no es de muy mal gusto, pero se conoce que mucha parte de ella será de los derrumbes de las yeguas que en ella beben. En todo el camino, ni en lo que alcanza la vista, ni un arbolito siquiera se ve, ni lo hay en este lugar; para calentar un poco de agua ha sido precisa recoger huesos de animales que engrasándolos arden. Yo no comprendo cómo puedan habitar estas gentes por estos páramos, y más siendo tan afectas al fuego. El terreno es muy bueno para siembras.

Antes de las oraciones estuvo a verme Bautista Prieto, el yerno del cacique Millanan, haciéndome la misma súplica que me hizo su suegro. No supo darme razón del nombre de sus padres, que me expresó ser ya difuntos, sólo me dijo que tenía dos hermanos ricos, el uno de su nombre, y el otro Pedro. Lo estuve aconsejando sobre que saliese de la vida brutal que tenía, sobre la nulidad de su matrimonio, y las obligaciones que como padre se le seguían para solicitar los bienes temporales y espirituales de sus hijos y mujer. Conocí estar enteramente su corazón radicado entre estos bárbaros. Le pregunté sobre el número de indios que habitan por estas inmediaciones: me dijo que muchos, sin saber computar hasta cuántos podían ser. Le averigüé de las malocas, y demás costumbres, y me refirió ser comunes entre unos y otros, y especialmente que los guilliches, que son los que habitan al sur del camino, de las Salinas, tienen enemistad con estos, y que en las costumbres son iguales. Le traté de las haciendas que tienen y riquezas y me contestó que las principales son las parcialidades de yeguas alcazas, que llaman cartas, de donde toman alcaques cuantas pueden, y éstas las venden para todas partes de la tierra; y que también tienen crianzas de vacas, yeguas y ovejas, a que se reducen sus riquezas. Pregunté, que —177→ si no habían por aquí tigres en estos parajes. Respondió, que a poca distancia encontraría un totoral, y que en él había tres tigres muy hermosos, que estaban haciendo muchos daños en las haciendas de los indios; que tuviese cuidado con mis caballerías, para que no se metiesen entre la totora por buscar agua, y se cazasen, algún caballo. Me instó para que le solicitase el papel de franqueza con el Sr. Virrey, y se despidió.

Jornada XL

Desde Renancolob a Guaguaca

(Junio 21 de 1806)

A las ocho y media nos separamos de este alojamiento, tomando la delantera Carripilun con su gente; el camino siempre igual, igual el rumbo y los campos. La llanura imponderable, que por todas partes, a corta distancia forma horizonte, y siempre se mira uno como punto en medio de un círculo, a las dos horas justas, estuvimos en el Totoral de los Tigres, y a

distancia de una y media cuadra de él me esperaba Carripilun. Llegando a este sitio, hice parar mi caravana, y llegándome a lo de Carripilun, le dije: Aquí es preciso, amigo, apresemos a estos ladrones, y hagamos bien a estas gentes, de quitarles estos enemigos, a quienes temen. Me enseñó luego el sitio en que estaba una bestia muerta, y frescal que tenían, pero me dificultó la empresa, y me aseguró el evidente riesgo que debía esperar de ellos, porque saltaban. Le pregunté, ¿que si estarían en el totoral? Y me señaló las huellas frescas que de la bestia al totoral habían pasado; y le dije: ¿Tú tienes miedo? Respondió, que mucho. ¿Y tu gente? También. Pues estate aquí, y me veréis que a mí nada me hacen, ni a mi gente. Llamé a todos mis mozos, y ya los traía bien montados, ensillé yo un caballo chileno, que aún viene en muy buen estado, dispuse mi comitiva de a tres sujetos, dos de lazo, y uno de pistolas, con orden que si los hallaban parados, o sentados los laceasen cada uno con su lazo, y tirasen encontrados, y el de las pistolas sobre estirado le descargase, según quisiese defenderse; y si los hallaban tendidos en camada, usasen de las pistolas desde la proporcionada distancia. Cinco parcialidades formé en un momento, y nos introducimos al totoral con espanto de mi Carripilun, e indios, pero fue en vano mi esperanza y deseo que tenía de la presa, más por los cueros que por ostentar nuestra industria y valor; sin embargo que en el caso era muy útil. No los hallamos, porque a la otra parte del totoral salían los rastros para el llano, por donde —178→ los buscamos también con bastante cuidado, y con los perros. En nuestras montañas hay leones muy grandes y feroces, y nuestros campañistas, que de ellos traigo dos famosos, a lazo los pillan y despedazan, mas luego que lo hacen con un cordero. Para la admiración de Carripilun y su gente, que son cobardísimos todos estos indios, fue suficiente el hecho de meternos al totoral, y haberlo registrado con la prolijidad que vio. Una hora tardamos en las andanzas, y a las once y media seguimos nuestra derrota, mudando el rumbo desde este sitio al nornordeste, y a la una y media llegamos al lugar de Guaguaca, que es un medanillo con varios cerrillos bajos, entre los cuales hay tres lagunas permanentes, dos de agua amargosa, una buena, y un pozo que es la mejor que he visto, y más clara desde Chadileubú, o más bien desde Tilqui. Es muy rara cosa que en los médanos que se suspenden algo sobre el plan de los llanos, y que son en realidad montones de arena floja que puso la naturaleza, se hallen las aguas que son tan escasas en los bajos de tierras más sólidas.

En este sitio vine a hallar al capitán o capitanejo de Carripilun, como decimos en Chile, a Manquel y Manquelipi, que celebraron con rostros y expresiones finísimas mi llegada, al cacique de estas tierras Roniñancú, y a 46 mocetones que lo acompañaban. Me echó su arenga celebrando mi felicidad, y estimando los pisos y pensión que en beneficio de ellos había dado y pasado, haciéndome presente estar muy enterado de mi expedición por Manquel. Le contesté como merecía su razonamiento, y haciendo tender mi carpa y acomodarla, lo convidé a mate, al que asistió mi Carripilun. Tratamos largamente del viaje, y estando para despedirse, le regalé tabaco y añil, y se me ofreció por si acaso le mandaba algo para Melinqué, asegurándome que mañana salía para allá, porque tenía viaje desde cuatro días demorado, por solo esperar el conocerme antes de su partida. La oferta me fue utilísima, pues ya venía ideando los arbitrios de que me

valdría para adelantar el pasaporte del Sr. Gobernador Intendente que traigo, a fin de que se me auxilie de prorratas en estas fronteras para mi comitiva, y así le dije que estimaba su oferta y le había de merecer fuese con un dragón que condujera una carta para el comandante de esa frontera. Admitió mi súplica, y en el instante puse un oficio a dicho comandante, incluyéndole el pasaporte; y mediante él, pidiéndole veinte animales de carga, y diez y seis de silla para mi comitiva e indios, suplicándole también que si había oportunidad de alguna ocasión para Buenos Aires, trasladase al Exmo. Sr. Virrey la noticia de hallarme ya en estas tierras con felicidad; pues debiéndola ya tener por el Sr. Gobernador Intendente de Concepción de mi salida, deberá estar recelando mi pérdida, por la demora. Le instruí también del mal estado e que vienen mis —179→ animales, y que yo seguía mi camino conforme las caballerías podrán sufrir. Al oscurecer se despidió el indio con el dragón que llevó el pliego, con orden que él mismo volviese con la prorrata. Aunque el cacique se fue, su comitiva quedó en este sitio, como lo acostumbra, mortificando con sus peticiones, y metiéndose hasta lo último de las carpas y cargas, pero ya más tarde se fueron desapareciendo poco a poco, hasta quedar sólo cuatro. A eso de media noche oí una gritería, cantos y tambor a las inmediaciones de nuestro alojamiento; y averiguada la causa, era un machitum que estaban haciendo con una enferma en un toldo que distará como casa de dos cuadras de este sitio.

Jornada XLI Desde Guacagua a Guentcan

(Junio 22 de 1806)

Mientras la tropa vino al alojamiento, se aparejó y cargó, volvió de nuevo a ocurrir mucha parte de los indios, que en la noche se desaparecieron. La gente del campo se entretiene, y embelesa con cuanto objeto se le presenta a la vista; y así aunque la tropa antes de las seis estuvo pronta, no pudimos salir hasta las nueve y tres cuartos.

Se me presentaron también varios inconvenientes para presenciar el aprontamiento, porque no habiendo llegado el chasque de Puelmanc, que, como dije, en Pel-lanquen se separó de allí para lo de sus parientes con citación de encontrarnos en este punto, era preciso acordar si lo debíamos esperar o caminar, y para proceder sin dejar motivos de sentimientos, llamó a Carripilun y a Manquel, y estando juntos les dije: En este lugar fue donde Puelmanc nos prometió esperar, si llegaba primero que nosotros, y nos encargó que lo esperásemos, si él se tardaba. Tengo muy presente su fidelidad y servicios, por lo que se hace digno de que no olvidemos sus encargos, y también tengo a la vista, que todos estos contornos están talados de las haciendas de estos indios, y que mis cabalgaduras no están

en disposición de demorarlas en lugar que más se atrasen; también que el tiempo, como lo veo, amenaza algún temporal, pues las nubes y viento nos lo aseguran. Puelmanc es práctico de estos terrenos, y me parece que, dejando aquí al capitán Jara para que lo esperase, nosotros tomaremos la delantera hasta un sitio (que el tiempo nos —180→ puede esperar) en que hayan mejores pastos, y que estemos más inmediatos a la frontera para recibir los auxilios que ayer pedí, y los demás que pudieran ofrecerse. Si vosotros discurris mejor arbitrio, estoy pronto a seguirlo, y podéis decírmelo. Contestó Carripilun, que el acuerdo era muy bueno, y que pararíamos un día en la jornada siguiente; pero que siendo Puelmanc práctico de todas estas tierras y atraviesos, y Jara no, podría Puelmanc, juzgándonos más adelante, cortar a otro alojamiento, y en este caso el capitán se hallaba confuso, sin saber el destino que debía tomar; y así que él dejaría a Puelmanc recado, haciéndole presente, cuanto yo había dispuesto, y que él tomó el partido de que Jara nos siguiese, para que no pudiese culparme de desprecio a su encargo. Recibiendo bien su disposición, y mandando la salida, los dos caciques empezaron a tratar sobre cierto daño, que una tía de la mujer de Manquel, decía Carripilun, le había hecho a un mocetón suyo, el que le causó la muerte, y debía pagarla; o pereciendo la vieja, o dando doce yeguas, y un herraje, o unas espuelas, u otra prenda de valor. Manquel quería persuadirle que era falso el daño, que al regreso de Buenos Aires, quería llevarse por los montes a toda su familia, y que su parienta daría las doce yeguas; que era pobre, y se contentase con ellas. Duró tanto la contienda, que fue preciso se saliesen de la carpa para voltearla y cargarla, y al fin no supe de su resolución. Salimos, pues, a las nueve y tres cuartos, siguiendo la senda y rumbo de ayer. La llanura, piso y pastos, iguales en toda la caminata; sólo vimos a distancia de media legua del alojamiento, dos árboles de chicales, y una legua antes de llegar a Guentcan, en donde paramos, otro. En este sitio, que también hay algunos medanillos, como en los dos anteriores alojamientos, hay una laguna estable, y un pozo de agua menos buena que la del antecedente. También como cosa de ocho cuadras al sur, hay otra hermosa laguna salada. El indio principal que aquí vive, se llama Ena, y dice Carripilun es su pariente; pero yo creo que será por Adán, pues no me cabe puedan darse vivientes con tantos parientes. Tres son los toldos que hay en este sitio, y en los tres, entre chicos, grandes y mujeres, habrá veinticinco personas. Una de las mujeres es española, cautiva, y se halla casada, con varios hijos; y según ella confesó, es Petrona Martínez, rescatada que fue por Antuco, en al famoso malón en que murió Llanquitur, en carrera malal; la trajeron con cinco españolas más a Mendoza, y de allí se huyó para estas tierras.

El 23, por la mañana, tuve de visita seis mujeres de estos toldos, trayéndome una de camarico, un rale de carne de vaca, más cruda que asada, una pierna de carnero otra, y un cordero otra. Les di los agradecimientos que debía, y las obsequié con añil, y unas pocas de las chaquiras que me quedaban. A Carripilun le pasé el asado, que se lo comió —181→ con sus dos hijos, vertiéndole la sangre por entre los dedos y boca. Luego me dijo que le había gustado la carne, y que le diese una vaca, tuve que comprarle una vaquilla, y la tomó a su satisfacción. En el resto del día, hasta las cuatro de la tarde, no ocurrió cosa notable.

A las cuatro de la tarde, llegó un mocetón a lo de Manquel, de lo de sus parientes; diciéndole, que anoche había estado en lo del cacique Curichipay, y que estaba muy enfadado con Carripilun y nosotros, porque nos habíamos pasado sin pasar a verlo; y que estaba en disposición de venir a maloquearnos, o a lo menos a quitarnos las caballerías. Esta noticia me trajo el capitán Jara, la recibí riéndome, y le contesté: Jara, ya me río de las novedades de estos indios, y si le he de decir a usted la verdad, no merecen otro recibimiento que reírse, y paciencia. Carripilun me dirá lo que pueda resultar; mis bestias están en estado de regalarlas sin sentimiento, o de abandonarlas, y averigüe usted dónde vive ese cacique, para que si está cerca, vaya usted con un mensaje mío a visitarlo, y que venga Carripilun.

Volvió Jara, diciéndome que había quedado Curichipay muy atrás, y que ya venía Carripilun. Poco tardó el llegar, y le dije: Tus caciques no deben saber que mis bestias no están de codicia, o son tan ladrones, que por saciar sus deseos, roban cuanto se les proporciona; yo, me río de sus palabras, pues al que viene proponiéndoles comodidades, ¡quieren desacomodarlos! Ya sabes lo que ha dicho y ha pensado Curichipay. Sí lo sé, me contestó, y le mandé decir que así como él trata con españoles, y no me da parte, traté yo ahora contigo, y no tuve antojo de mandárselo decir. Que yo nunca me sentí, y si él está ahora sentido, que venga de carrera a quitarnos los caballos, que las balas lo harán volver de repente, y que se acuerde de sus fuerzas y las mías.

En esto estábamos, cuando llegó Puelmanc, y apenas se apeó, cuando vino a echarme los brazos, diciéndome: La pena que tuve estos días por andar fuera de tu mano derecha, tengo ahora de gusto al verme contigo, y hallarme bueno. Mucho te quiero; entre los míos no he tenido rato de sosiego. Aquí te traigo a mi hijo Leubumanque, a Imiguan y su mujer, a Quiñanancu, mi cuñado, y a Rapiñan, los que deben acompañarte hasta la presencia del Señor Virrey; pues estos son más, y faltando yo, podrán suplir mi ausencia, porque no olvidarán mis consejos fieles.

Quelechalquin, Millapan y Quinchepechun, que son estos, vienen para pasar a la frontera con comercio, y te traen recados muy finos de su cacique Cheuqueñan, solicitando tu salud, felicidad en tu viaje, y ofreciéndote sus tierras y fidelidad para los españoles. Les hice a todos sentarse, les contesté a cada uno con particular cariño, pues el Puelmanc —182→ es digno del mayor aprecio, y les hice dar mate. Duraron las arengas hasta cerca de las echo de la noche, y siguieron con Carripilun, que nunca se movió de mi carpa, y tiene particular gusto de introducirse en todas las parlas. A las nueve y más acabaron, y me fue preciso decirles que fuesen ya a descansar, que ya era tarde, y yo tenía que hacer. Todos salieron, menos Carripilun, que se esperó a cenar, y después se retiró, prevenido de que mañana debíamos continuar nuestra marcha.

El 24, amaneció una niebla muy densa, y por esta causa, así los caballos de los indios, como los míos, no pudieron hallarse temprano. A las siete llegó un mocetón de Manquel, y dijo que los rondadores de mi tropa andaban perdidos, sin poderse encontrar cada uno de dos que eran, con una tropilla de animales. Hice pronto que saliese el capataz a buscarlos con un práctico, porque no se perdiese también; y entretanto vino Puelmanc a mi toldo con su cuñado Quinchañancú, y comenzando con la acostumbrada arenga,

acabó diciéndome, que su cuñado por desear mi amistad, y hacerme ver su fidelidad, había venido, y que en muestras de ello, me traía un caballo de regalo, el que estimaría se lo recibiese. Le respondí, que con sólo decirme era su hermano político, ya me decía que sería fiel, y amigo mio; que con sola la acción de querer regalarme el caballo, quedaba yo agradecido, y me llevaba toda mi voluntad; que ya sabía que mi intención no era de gravarlos, sino aliviarlos y favorecerlos; que cuando necesitaba caballos, los compraba, y que traía ya nueve gordos para mi silla, y que pudiesen servir a mi comitiva; que podría venderlo o regalarlo a otro, y así lograría por dos partes, pues yo le correspondería su fineza, y el otro el caballo. Puelmanc me instó, diciéndome: yo soy el que traigo a mis hermanos y desairas a dos amigos; ya te conozco yo, y vos también me conoces; no me dejes salir corrido y avergonzado de tu toldo, ¿qué dirán los que me vean despreciado? Será favor el que haces en recibirlo, que ya yo sé que no recibes. Le contesté: Puelmanc, no pienses quiero despreciar tu obsequio que me haces con tu cuñado, que no te recibo el caballo, sino que lo hago porque no os perjudiquéis, desacomodándote de una bestia que necesitáis. Ya habéis visto que sólo a Carripilun recibí un caballito de poca importancia, y eso porque antes le di uno de la mejor calidad, que él recibió con gusto, y si tú quieres llevarte otros de mis caballos, o el valor que quieras ponerle a ese que me traes, yo quedaré agradecido de tu fineza, y tú te irás contento con el valor. Repitieron ambos sobre que les recibiese el caballo, y mandé se tomase, previniéndoles que se lo pagaría con algún obsequio que apreciaran.

A las once del día llegaron mi capataz y arrieros, que anduvieron —183→ perdidos, en estos llanos, por la niebla: hice aprontar la salida, y por esperar algunas caballerías de los indios.

Jornada XLII Desde Guentcan a Pichinlob

(Junio 24 de 1806)

A la una y veinte y cinco minutos de la tarde, tomando al nordeste, cuarta al norte, salimos del alojamiento por llano pastoso, y sin leña, y a las dos y treinta y cinco minutos, estuvimos en otros medanillos muy parecidos a los antecedentes, con una laguna en medio, de todo el año. El agua es mucho mejor que la anterior, y mandé se hiciese cerca de ella un pozo, y notó que a la media vara se dio en tosca, y empezó a brotar muy buena agua.

Desde este lugar empiezan a verse las yeguas alzadas, que abundan por estas tierras, según aseguran los indios, y apenas divisaron ellos una tropa, que se fueron a ellas, y mientras mis arrieros descargaron, estuvieron de regreso con un potro de año.

Ponderan que es tan crecido el número de estas yeguas, que aseguran ser un

cordón, desde la costa hasta estas fronteras, que es inagotable, y su origen lo fundan en que algunas manadas de sus antepasados se alzarían, y de ahí se han procreado. Pero siendo cierto el que estos indios no conocieron los caballos, hasta la introducción de los españoles que los trajeron, y que ellos nunca han podido aumentar sus haciendas por el consumo de ellas para mantenerse, como que no usan de otros alimentos, es claro que estas castas deben haberse extendido por estos campos, procedentes de las yeguas de los españoles. También aseguran, que en ellas se encuentran muchos animales marcados, de los que a los españoles se les alzan, e incorporan a ellas, como antes dije. Si es así, esta misma razón manifiesta que dichas yeguas fueron de los españoles, pues así como en el día se les vienen y pierden, sucedería entonces.

Yo creo, y debo presumirlo, que con el pretexto de estas yeguas, se acercan los indios a estas fronteras, y se introducen a las haciendas más próximas, y roban cuanto pueden, pues apenas he visto caballos y yeguas en todas sus manadas que no sean marcadas, y sería mucha casualidad que sólo pillasen las con marcas.

—184→

Los llamistas, los guilliches, los peguenches y demás naciones, y tienen con estos indios de Mamilmapu, un comercio muy vasto de animales, y para mantenerlo, roban hasta donde pueden. Nuestros montañeses, y ultramontanos tienen caminos y alojamientos, que designan las grandes cantidades que conducen, y desde que salí de la cordillera hasta este sitio, pueden contarse muy pocas cuerdas en que no haya osamentas de animales muertos que como maltratados y cansados los abandonan para que perezcan. La huella que hay, desde Mamilmapu hasta el anterior alojamiento, no la abriría entre el pasto tupido de coirón de que abundan estos campos, un continuo ejercicio de carros; y de aquí pueden inferirse qué parcialidad de animales no conducirán. Hasta aquí he venido viendo ponchos, mantas, chameles y otras prendas de las que usan aquellos indios, y por cada una de ellas llevan allá doce, y diez y seis yeguas.

El indio Ena, que me acompañó hasta este alojamiento, me hizo presente, que de aquí adelante ya no habían poblaciones, y que los animales que fuesen fatigados, debía dejarlos por no perderlos. Le estimé la advertencia, y así le hice entregar siete, a saber, un caballo del teniente don Ángel Prieto, un rosillo del dragón Pedro Baeza cuatro mulas, y un caballo de la real hacienda. Me pidió le trajese, o le mandase por el cuidado, un par de estriberas de alquimia, y se las prometí.

Jornada XLIII

Desde Pichinlob a Blancomanca

(Junio 25 de 1806)

A las ocho y tres cuartos de la mañana, comenzamos la marcha con el mismo rumbo, y por iguales campos. Los pastos muy abundantes, pero ni un sólo arbolito. A la media legua pasamos por la orilla de una laguna hermosa, que dijeron los indios ser estable, y de buena agua, y desde ese lugar columbramos una gran tropa de yeguas alzadas. Paramos un cuarto de hora, para que los indios mudasen caballos, que quisieron apresar algunos para comer, y así que estuvieron en buenos caballos, en un momento formaron un círculo, a distancia de 16 a 20 cuadras del centro en que dejaron a la yeguada. Se acercaron a un tiempo, y lograron laquear, o bolear a dos; las mancornaron con bestias mansas, y siguieron su marcha alcanzándonos, pues nosotros, así que ellos se separaron, seguimos caminando. —185→ A la legua más de camino, dejamos otra laguna poco menos que la anterior, y hasta llegar a Blancomanca, que fue a las dos de la tarde, pasamos inmediato a otras tres lagunas, las dos medianas, y la una bien grande, todas permanentes. Este sitio es igual a los antecedentes cerrillos de médanos, y también en la laguna que tiene en medio, y llegamos a él con cinco leguas nueve cuadras.

Por estas inmediaciones se han encontrado vástagos de un pasto que se nombra achapalla, y de ella nos hemos servido para hacer fuego y poder cocer la carne. No tuvimos ayer este hallazgo, y aunque las osamentas y bostas pueden hacerse arder, pero no en tiempo húmedo y de continua llovizna, como ha sido el que hemos experimentado, desde el agua que padecemos en la noche, que hasta ahora no se ha despejado el cielo.

Toda esta prima noche y alguna de las anteriores han retumbado truenos hacia la costa Patagónica; y han sido tantos y tan continuos los relámpagos que a manera de un candil alumbraban. Tres truenos muy grandes también han pasado esta noche, y les sucedió un aguacero corto, que pasado, se tupió más la niebla.

Jornada XLIV

Desde Blancomanca a Chicalco

(Junio 26 de 1806)

Muy temprano recordé al capataz, para que hiciese llamar a los rondadores de la tropa, con el deseo de caminar y llegar a tierras de españoles; y así, al venir el día, se estuvo aparejando; pero apenas fue bien claro, cuando se cubrió el horizonte de una niebla tan tupida que ya conjeturó sería imposible caminar. Poco tardó Puelmanc en venir y decirme que no podíamos salir sin que la oscuridad se deshiciese, que le faltaban tres caballos, y en pareciéndome avisaría. Le contesté que muy bien, puse mi tropa al pasto sobreaparejada, y cerca de las nueve vino Carrpilun a prevenirme que saliésemos, pues el práctico no dificultaba ya tomar bien la dirección.

A las nueve estuvimos a caballo, siguiendo a todas las comitivas de

indios; y como cosa de media legua que habíamos andado, se pararon los indios hasta que llegase. Ya que estaba con ellos, me dijeron que se veían confusos, y sin saber por donde atravesarían. —186→ Les pregunté, si su dirección debía ser recta con la de ayer me dijeron que sí. Hice poner la aguja, y que se tomase un tanto, al este, por lo que nos habíamos inclinado al norte, y al poco trecho que caminamos ya se deshizo la niebla, y se divisó el lugar de nuestra salida, y una mancha de árboles de chicales, punto fijo que debíamos haber traído. Llegamos a ella, y encontramos allí a ocho indios de Mamilmapú que andaban tomando yeguas de las alzadas, los que nos siguieron. Habrá de atravieso, de Blancomanca a estos chicales que están al nordeste, cuarta al norte, una y media leguas, pues aunque anduvimos cerca de dos horas, nos tardamos algún rato en la vuelta, y en porfiar con los indios sobre la dirección que debíamos tomar, porque ellos querían avanzarse más al norte.

Continuamos caminando por el mismo rumbo media hora, y aquí volvieron los indios a repartirse para encerrar otra parcialidad de yeguas, que pasarían de quinientas. Hice parar mi tropa, mientras se alejaba la yeguada, y fue tanto el desparramo de piños que se formó en el campo, que vino un potro a pasar cerca de mis caballerías. Nos cupo muy a tiempo, porque el capataz lo enlazó, y lo hice domar a uno de los arrieros en el mismo momento. Ya cansado de las carreras, parecía dócil, y lo será también porque es marcado.

En esta función paramos una hora, y después guiándonos el yerno de Carripilun, proseguimos nuestra marcha por el anterior rumbo. A la hora, poco más, de camino columbramos un árbol que fue nuestro objeto desde aquí nos empezaron a alcanzar pasar los indios dichos, que quedaron entretenidos con las yeguas, y a las dos y media de la tarde estuvimos en una lagunilla cerca de la mata de chical, en cuya orilla estaban ya los indios alojados. Tomamos nuestro sitio a distancia de una cuadra de ellos, cuidado que tuve, porque su vecindad inmediata me es muy perniciosa. Les pregunté, que cuantas yeguas habían pillado, y me aseguraron que cinco ellos, y tres los otros indios citados.

De las cinco y media horas que tardamos en la caminata, la hora y media gastamos en las dos paradas, y las cuatro solo de camino, y algunos ratos muy despacio, porque las mulas vienen muy maltratadas.

Al poco rato de alojados, se limpió el cielo hacia el norte y oeste; se puso hermosa la tarde, pero hacia el sur al poco rato empezaron a formarse nubes muy oscuras. Cerrada la noche, repitieron —187→ los relámpagos, y a las once media, se levantó un sur bastante fuerte, al que le sucedió, un aguacero bien recio, de poco más de un cuarto de hora, y muy grandes truenos y relámpagos, que se alumbraba todo el campo. El 27, amaneció sumamente cargado de nubes y cerrazón. Me avisaron los indios que era imposible caminar; contesté, que pararíamos, y que mis animales necesitaban también descanso, pues tres mulas llegaron ayer cansadas.

Al poco rato tuve un mensaje de Carripilun, diciéndome que estaba con el sentimiento de que ayer mandó a un hijo a pedirme charqui, y no le quiso dar, y que se veía sin tener que comer. Le contesté, que su hijo vino con el hijo de Molina, y le mandé charqui y tabaco. Que si lo gastó todo, yo le advertía que tres días ha le regalé una vaquilla, que antes de ayer

mató una yegua, y que en su casa le di una carga de charqui para que trajese mantención; reservándome yo otra sola, para tres individuos que tengo de familia. Que mis españoles no saben comer carne de caballo como ellos, que nosotros no desperdiciamos, y sabemos guardar para el otro día, y ellos comen lo que necesitan en la hora, y lo demás lo abandonan y dejan para los perros cosa que no debe hacerse en un viaje, principalmente cuando consiste el caminar en mil contingencias que no dependen de nuestra voluntad, que ahí iban otros pedazos de charqui, y supiese que sólo un costal me quedaba, y ninguna otra cosa de bastimento, como él bien sabía. Así como recibió el recado se vino muy contento a mi tienda, acompañado de Puelmanc, y de su capitán Payllaman. Me dijeron que estaba alojado muy lejos, porque tomé mi estancia una cuadra de ellos, y le contestó, que mis ocupaciones pedían retiro, que ellos eran muchos, y cuando estaba muy cerca, a toda hora estaba mi carpa llena, y no podía hacer cosa alguna. Que tomaba la providencia de levantarme a media noche, cuando debía dar descanso al cuerpo, y aún a esa hora, que debían juzgarla destinada al reposo, así como columbraba alguno la vela, ya se recordaba para venir a visitarme; y en sus visitas eran tan constantes, que duraban todo un día, o toda una noche. Que también yo ignoraba su idioma, y necesitaba incomodar al intérprete para que me entendiesen; éste lo consideraba cansado, y fastidiado, como hombre sensible, y no debía mortificarlo demasiado, pues la prudencia debe ser una de nuestras reglas para gobernarnos. Contestó, que decía muy bien, que así era, pero que no podían —188→ sujetarse, aunque conocían que debían incomodarme. Se sentaron, pidieron mate y quedaron firmes tomando su parla.

Los dejé conversando, y me fui a ver la laguna que me dijeron ser perpetua. Lo dificulto, porque es muy baja, y tan turbia por su poca agua, y demasiado trillada, que es más barro que agua. Para tomar una poca hice colarla tres veces, pero como el lodo es de una tierra tan suave, siempre pasaba espesa, y no es posible se aclare por más que se deje asentar, por lo liviano del trumau. El criado me señaló una olleta llena desde ayer, que dejó para que se aclarase, pero estaba lo mismo que la de la laguna. Los indios no se movieron hasta después de comer, y el día siguió descomponiéndose cada vez más; el viento sudoeste se aumentaba también, y a las oraciones empezó a caer una lluvia tupida, parecida a las chilenas. Toda la noche se llevó lloviendo, ya más fuerte, ya en lloviznar, hasta amanecer, que se puso despejado el día.

Así como vi que los indios se movían, hice se empezase a aparejar, y le mandé a Carrpilun recado, que si le parecía salir o no. Respondió que el día estaba malo para caminar, y que sería mejor esperar mejor tiempo. Me fui a su toldo, y lo hallé en el de Molina que estaba entre ellos. Le hice presente que tiempo bueno no debíamos esperar mientras la luna durase; que mantención sólo quedaría para cuatro días, cuando más; que no debíamos demorarnos tanto, porque pereceríamos, y que si él no quería salir, a lo menos me diese un práctico para adelantarme algún poco, pues el agua tenía enfermo a uno de mis asociados, y a un criado. Me respondió, que los prácticos que venían querían revolverse, y que no había práctico que me guiase; que el capitán Payllancú decía que yo venía enojado con ellos, pues no lo visitó ayer, y éste se revolvía con su hijo. Le hice presente, que el capitán tomó mate, tabaco, y comió ayer en mi carpa muy contento, y

se retiró cuando gustó, como él lo vio; que quería volverse, y por eso fundaba sentimiento sin razón; que por la tarde llovió, y no tuve lugar de visitarlos, porque mis ocupaciones y atenciones son más que las que, en el tiempo que paro, puedo vencer: que debo cuidar hasta de los animales, y bastimentos, porque de lo contrario hay desperdicio que no debo permitirlo; mucho más cuando ya no quedaba ni aun el suficiente. Que ellos sabían formar sentimientos, y yo no; que antes de ayer me demoraron por potrear, dejándome con mis cargas paradas, y luego que hicieron la presa se adelantaron de tal modo, que ni columbraba, y si no hubiera sido por un indio que quedó atrás, no hubiera dado con ellos; y, en fin, —189→ que mayor contemplación no cabía en hombre que la que yo traía con ellos. Me aseguró que su yerno Quechuden le dijo, que yo estaba enojado; y le contesté: bien se conoce que tu yerno dice lo que se le antoja, pues vive con nosotros, y si yo estuviera enojado no estaría allí. Y lo que te digo, Carripilun, es, que no tienes ninguna razón, ni la tienen los tuyos para fundar pretextos o sentimientos para volverse. Mi genio es uno, mis ofertas unas, mi diligencia una; y así nunca verás variación en mí. Y si con todo esto, quieren volverse alguno de los tuyos, pueden hacerlo, pues yo no puedo prometerles cosa que de mi mano no dependa, ni tengo más que darles que lo que les he dado. Me respondió que así sería, y que por su parte no había novedad. Le seguí diciendo: pues si así es, yo caminaré hasta otra laguna inmediata de mejor agua, que hay aquí cerca, y pueden seguirme allí, si quieren estar conmigo. Contestó que muy bien.

Jornada XLV
Desde Chicalco a una laguna

(Junio 28 de 1806)

A las nueve y media de la mañana montamos a caballo, siguiendo al nordeste, cuarta al norte; y a los veinte y cuatro minutos estuvimos en la orilla de una laguna del tiempo, de mejor agua, en cuya orilla tomamos alojamiento, y al poco rato que nos habíamos acomodado, empezó a llover fuerte; y en este mismo tiempo llegó Quechuden en nuestra solicitud, como que no se separaba de nosotros, tan fresco como si no hubiera oído lo que su suegro me dijo, y lo que yo le contesté, siendo él entreladino, como ya antes dije. Me hice desentendido, así como me he hecho en muchas ocasiones de lo perjudicial que es el confiar asuntos de importancia a gentes ordinarias, y de pocas facultades, que los traten con los indios. Por interés de un caballo, de una ternera y de otras cosas de menor importancia, dicen a los indios lo que nuestros jefes no pensaron, ni pudieron soñar, ni nuestro estado quiso, porque contemplan de más favor y de más importancia a un indio, que a toda nuestra corona. Esta es la razón porque los indios son tan desconfiados; y hablo con un conocimiento adquirido por experiencia en mi viaje, que es el arbitrio más propio para

conocer los procedimientos. Así los engañan, les piden, les prometen, los atraen al juego, y últimamente, los —190→ dejan imbuidos en unos principios que los aseguran en su infidelidad, inconstancias y temores, que los hacen rebeldes.

Luego que el citado Quechuden desensilló, me vino a decir, el capitán Payllanan se va con un hijo de Carripilun, y el español Ramón. ¿No les mandáis que se vuelvan? Ellos no se volverán si no les mandas. Le contesté: Ya te tengo dicho, que yo no puedo ofrecer más que lo que he asegurado, y es que por nuestra parte no deben tener temor los indios; que el Señor Virrey estimará sus personas, y distinguirá en su aprecio la de Carripilun y su familia, que desea tratar por su boca con ellos, sobre los puntos que han ajustado conmigo, y que los cuidará y puede regalar según sea de su superior arbitrio. Y lo juzgue por conveniente. Y si el capitán, a quien no ha mucho he hablado, sobre que no se vuelva, y dado estas razones, quiere volverse, puede hacerlo con la libertad que tiene, y cuando guste; pero yo, Quechuden, estoy entendido que no se irá hoy, ni mañana, ni pasado mañana. Así será, porque se quedan a tomar yeguas con esos otros indios que están ahí en ese ejercicio, y hasta que no tengan muchas, no se mudan. Pues bien, le dije, este interés les hará quedarse, y yo no tengo que ofrecerlo ya, porque vaya, pues, le he regalado más que lo que por proporción debía darle y aunque tuviera, no le diera por esa razón, sino por hacerle bien; y hazme el favor de no tocarme más sobre el particular, porque yo trato sólo de lo necesario y útil. Con esta contestación se quedó callado; y yo traté, del acomodo de aparejos y cargas, porque el agua arreciaba, el viento se aumentaba, y el día se iba oscureciendo.

Para hacer de comer fue necesario poner tasa, y dar órdenes estrechas para que a nadie se diese charque, que era lo único que quedaba, sin darme antes parte.

En todo el resto del día no ocurrió otra novedad; sólo el tiempo que cada momento llovía más, y amenazaba durar el temporal; todos, nos veíamos mojados, porque si por una parte cubría, algún pellejo, por otra el viento no sosegaba, y no era de menos incomodidad el que las velas también se acabaran.

Así como fue de día, y que el 29 no amaneció lloviendo, hice traer la tropa, y mandar a lo de Carripilun a ver si salíamos. Antes de llegar la contestación, vino Ramón a decirme que le mandase decir al capitán que caminase. Le pregunté, ¿qué tú no te vuelves con él? Si él no se vuelve, yo sigo. Y le dije, pues yo no le mando decir al capitán que no se vuelva; y me dijo: Señor, —191→ los españoles son los que ponen así a los indios, ellos son unos pobres ignorantes, y les dicen que te digan que no quieren seguir; les ponderan que son muy grandes ellos, y por eso están así los indios. Le contesté: Así será, y por ahora no te hago decir que españoles son esos, por no poner en ardor a Carripilun y al capitán. Pero te aseguro, que la primera novedad que vuelva a originarse, yo la averiguaré y sabré castigar al español como merezca. En esto llegó la noticia que los indios estaban ensillando, y al poco rato llegaron todos sumamente agradosos, especialmente Carripilun y el capitán.

Jornada XLVI

Desde la laguna de Chicalco a la Ramada

(Junio 29 de 1806)

A las nueve y tres cuartos salimos del alojamiento, con toda la comitiva de indios, que eran cuarenta y tres, y más de ciento cincuenta animales que traían, siendo la mayor parte, así de personas como de caballos, la de Puelmanc. Al cuarto de hora que anduvimos, hicimos suspensión de una hora, porque se pusiesen a corretear yeguas, que pasarían de quinientas las que se pusieron a la vista apresaron tres, y a las doce en punto proseguimos caminando por el mismo rumbo del nordeste, cuarta al norte. A la legua pasamos por una laguna de agua dulce, bien grande; estaba cubierta de cisnes que pasarían, de mil; de muchísimos flamencos en la orilla, y algunos piugueños, ave de muy buen gusto, y muchos patos.

Continuamos marchando sin mudar nuestra dirección, y a las dos estuvimos en el lugar de la Ramada, que es conocido por una corta mancha de chicales que hay, y hacia el sur de ella, uno solo y varios arbustillos, y hacia el nordeste otro. También hay agua en una lagunilla, pero del tiempo. El nombre de la Ramada tiene su origen, de que los españoles tuvieron en este sitio una ramada, andando persiguiendo a los indios.

Todo el campo que hemos andado, es muy poblado de pastos, de tierras muy a propósito para toda clase de siembras, y mejor para crianza de animales de todas especies, por las aguas, pastos y piso muy enjuto.

—192→

La jornada se hizo tan corta de solo dos leguas y nueve cuadras, por secarnos; pues así los indios, como nosotros, hemos venido mojados, y a la una poco más, se empezó a despejar el cielo, y a verse el sol, que no fue posible perderlo.

Jornada XLVII

Desde la Ramada a Chipaylauquen

(Junio 30 de 1806)

La compostura del tiempo solo fue desde la hora citada hasta media noche; amaneció el día oscurísimo y chispeando; pero aún con todo, quiso nuestra fortuna que Carripilun, al aclarar, vino a mi tienda, y me dijo que habíamos de caminar, acepté su propuesta con gusto, juzgando más tolerable andar lloviendo, que llegar al tiempo de no tener que comer. Hice en el momento que viniese la tropa, y se aprontase; pero como me era preciso

esperar el que se juntasen las caballerías de los indios, lo que no se consiguió hasta las ocho y media. A esa misma hora caminamos al nordeste, cuarta al este, por igual clase de terreno, muy pastoso, sin leña alguna, y de un panizo propio para toda clase de sementeras.

Poco más de una legua habíamos caminado, cuando se divisó hacia el este una manada de yeguas, que pasaría de mil quinientas, y otra al norte mucho mayor. Se desparramaron los indios como han acostumbrado en tales encuentros, y en el término de media hora que nos demoramos, cada parcialidad tomó una, y mancornándolas con bestias mansas, seguimos caminando hasta las dos y diez minutos, que llegamos al lugar de Naguelcó; que es un corral que forman dos lagunas. Entramos por una abra de bastante extensión, y tomando al sudsudeste, para salir por otra igual, a los veinte minutos alojamos a las dos y media de la tarde, con cinco y media leguas andadas, en la orilla de dicha laguna, que es de agua dulce. El nombre de Chipay-leuquen, que quiere decir pasto grande, en lengua de estos naturales, es originado de que en este lugar hay unos matorrales de yerbas parecidas a nuestros lirios, en los que habitan muchos tigres, y deben haberlos aquí, pues cuando pasábamos entre unas pajas, se vio uno que lo hice dejar quieto, porque ya el agua nos venía rociando.

—193→

Aún no nos habíamos acomodado, cuando empezó a llover, pero tan fuerte, que los aguaceros chilenos son lloviznas para estos. Allá me aseguraban, que en estos tiempos, por estas pampas sólo caían unas rociadas como neblinas; pero lo cierto es que, así como yo experimento que las carpas no resistían el agua, compré en la primera oportunidad, doce cueros de caballos, que los hice coser para cubrir mi tienda; pero aun estos pasan, y muy pocas partes son las que se han reservado sin empaparse, si no ha sido lo he cubierto con el capingo de barragán que traigo.

En mi vida he visto más patos juntos, que los que hallamos en estas lagunas esta tarde. Estaban sus aguas cubiertas de ellos, y tuve mucho gusto de verlos, esperanzado en que se proveería la despensa; pero no fue así, porque apenas me vieron acercar, que todos se volaron. No obstante, trece perdices venían ya, y siendo muchas las que hay por estos campos, no perdí las esperanzas de tener víveres de sobra.

Toda la noche ha llovido con un continuo tesón, y amaneció hoy lloviendo con igual fuerza; pero a las ocho y media escampó, y vino Carripilun y otros indios a ver si me animaba a salir. Les contesté que estaba muy pronto, y empezando a disponer los aparejos y cargas que estaban amontonadas, por favorecerlas del agua.

Jornada XLVIII
Desde Chipaylauquen a Chadilauquen

(Julio 1 de 1806)

A las once y media estuvimos a caballo, y tomando al sur sudeste, dejando a uno y otro costado lagunas, caminamos por la ribera de la que teníamos en el alojamiento al este diez cuadras, hasta empezar a descabezarla. Desde este punto tomamos al nordeste; cuarta al norte, por la orilla de la misma laguna, y caminando ocho cuadras nos separamos de ella, y a las diez y seis cuadras más, llegamos a la ribera del norte de otra que era salada, tan grande que no se le columbraba el fin de largo. Seguimos el rumbo por bañado, y dejando al oeste y al este otras varias lagunas, hasta haber andado tres y media horas, y columbrado al este una laguna casi redonda, que tendrá muy cerca de legua de circunferencia, también salada, mudando el rumbo al nordeste, por él llegamos cerca de otra que mirábamos —194→ al sur, en donde alojamos a las cuatro de la tarde, con cuatro y media leguas andadas.

Todo el camino ha sido delicioso por el plan tan lleno de lagunas, y estas tan pobladas de cisnes, coscorobas, flamencos y muchísimos patos. No puede darse mejor lugar para criar animales, pues todos los terrenos son sumamente pastosos, y, como he dicho, abundantes de aguadas; porque apenas se andaría algún espacio en que por una y otra parte del camino no se viese agua dulce, además de las saladas, por cuya razón se llama Chadilauquen todo el lugar. También hay aquí al norte otra laguna dulce, y en este mismo punto otra, de cuya agua muy buena hemos bebido.

El tiempo siguió mejorándose, luego que montamos a caballo, y aunque en el resto del día tuvo sus variaciones, desde que cerró la noche, se puso el cielo limpio, que ya nos prometía bonanza. No nos era poco consuelo, pero fue por muy poco tiempo; pues a las dos de la mañana empezó a tronar al sudoeste, a levantarse huracanes, y desparramarse agua como a puñados. La primera bonanza nos puso en descuido, y así nos empapamos muy bien; este aguacero duró hasta las seis de la mañana, que empezó a correr sur, y se limpió el cielo.

Jornada XLIX

Desde Chadilauquen al Sauce

A las nueve y media de la mañana, salimos por el rumbo nordeste, cuarta al este, por planes enjutos y muy pastosos. A las doce cuadras divisamos al lado del sur otra laguna, y al norte otra, que tienen su comunicación por un bajo de media cuadra de ancho, por el que atravesamos. Pasado este lugar columbramos hacia nuestro rumbo una humareda, que dijeron los indios debía ser señal que en la laguna del Toro Muerto estarían haciendo los españoles, que allí debían esperar con la prorrata. La necesidad que traía de ella, lo escaso de víveres, y estarme los indios con la majadería que les diese ya la una cosa, ya la otra, que no tenía; y el verme más de dos meses entre estos bárbaros, que creyendo los vaticinios de sus adivinas, obedecen a estas como infalibles protectoras de su nación, expuesto que de

uno a otro momento inventasen que debíamos ser asolados, porque de nuestra venida se seguiría la perdición de ellos, como no faltaban quienes lo dijese, me hizo complacerme ver el signo. Todos los indios tomaron la delantera hacia el humo con tal viveza, —195→ que al poco rato ya no tuvimos otro objeto que nos guiase, que la misma humareda. Caminamos siempre, dejando a una y otra parte lagunas grandes y medianas, pero a las cuatro leguas pasamos por la ribera del norte de una muy hermosa, y cerca de ella hay sus saucesitos particulares, por ser los únicos árboles que se divisan en todas estas llanuras. En todo el camino no vi mayor abundancia de pastos que los de hoy, ni tropas mayores de yeguas, que las que a una parte y otra de nuestra dirección columbrábamos. Proseguimos caminando, y a las dos y media de la tarde llegamos a otra orilla de laguna dulce, en la que encontramos alojados a los indios, que me dijeron se habían perdido por dirigirse al humo, que todavía lo mirábamos más de dos leguas de distancia, y que no sabían dónde se hallaban; pero que la laguna del Toro Muerto ya estaba atrás, y que habían mandado al cautivo Ramón para que viese si estaba allí la prorrata. Contesté que estaba muy bien; que les prevenía sólo que cuatro mulas y un caballo habían quedado cansados, que sería bueno pasar un día por no perder estos animales, y no se acabasen de cansar todos los demás. Carripilun y los otros caciques convinieron en la parada, porque ellos tenían también que secarse.

Al poco rato llegó Ramón diciendo, que no había encontrado la prorrata. Le pregunté, ¿que si era él práctico de este lugar? Y respondió, que mucho, porque siempre andaba en potreradas por aquí, adonde concurren muchas yeguas, por las aguas. Le pregunté, ¿que cómo se llamaba? Y me contestó que el Sauce; y así se llaman todos estos contornos, por los sauces que hay a la ribera de las antecedentes lagunas. Pregunté ¿si estábamos muy perdidos? Y me dijo que no, y que antes habían cortado más derecho. Pregunté, que ¿qué distancia hay a la laguna del Toro Muerto, por dónde debíamos haber pasado? Respondió que de la laguna del Sauce poco más adelante, a una vista del rumbo que traíamos, la dejamos. Cerrada la noche se fue limpiando de tal modo el cielo, que al poco rato estuvo enteramente despejado y claro; tanto, que a las ocho de la noche ya estaban blancos los campos.

Amaneció un día de primavera, y al poco rato estuvieron todos los caciques a verme. Yo me hallaba acometido de un terrible resfriado, y me había quedado ya vestido en la cama; pero desde que los sentí, me puse en pie, y salí a hablarles. Empezaron a ponderar la hermosura del día, y al último me dijo Carripilun ¿que si quería caminar? Le contesté, que mi voluntad estaba dispuesta para todo, que si quería salir él, yo le seguiría muy pronto, y si se quería —196→ quedar, también me estaría aquí; que ya habría conocido en mí un ánimo dispuesto para todo. Dijo que así era, y le prometí que aún no me conocía todavía, y por mí podría regular lo que eran los españoles; que aunque no pasaban las vidas tan acostumbradas a las intemperies, pero cuando les eran precisas, se hacían tan amigos con ellas, que no sabían extrañarlas. Luego vi un humo hacia el rumbo de nuestra derrota, y les dije: Aquel humo es mucho más acá del que ayer vimos. Confesaron que así era, y que podrían ser españoles, y diciéndoles que fuese uno, montó a caballo el capitán de Carripilun, y tiró para el fuego.

Yo hice también prender en el campo, y a eso de la hora y media, llegó el dragón que mandé a Melincué con la prorrata que pedí, que fueron treinta y siete bestias para cargas y comitiva. El Comandante de aquel fuerte, que se titula don Manuel Marín, me escribe con fecha 30 de junio; que la prorrata me la ha remitido con seis milicianos, quienes han pasado los mismos temporales que nosotros, y me han prometido, que pasado mañana estaremos en Melincué, pues dos días de camino sólo hay, aunque ellos salieron el último del pasado. Al poco rato se pusieron a la vista muchas yeguas, montaron a caballo algunos indios, y cuatro españoles de los de Melincué, y en menos de media hora pillaron diez.

Jornada L
Desde el Sauce a Siete Árboles

(Julio 4 de 1806)

Aunque la mayor parte de la noche, hacia el día hubo viento norte, muy fuerte y destemplado, no acobardó a mi gente, como antes solía, con el deseo de caminar, y acercarse a tierras de españoles. El constipado que yo tuve se me pasó a un fuerte reumatismo; pero tampoco hice caso de él, así a mis horas acostumbradas estuve en pie. Al amanecer pedí las caballerías de prorratas, pero siendo muy lobas no fue posible disponernos al estado de caminar hasta las nueve, en que montamos a caballo. Los indios tomaron la delantera, como siempre; yo con mi tropa de mulas y caballos, me les seguí continuando, el rumbo nordeste, cuarta al norte, y la caravana a mí siga. A la media hora que habíamos andado, vi parar la tropa, y al instante vino el capataz a decirme que el dragón Contreras se había quebrado una pierna. Preguntándole que ¿cómo? Me respondió, que el caballo había metido una mano en la —197→ cueva de una marra, o bizcacha, y había caído y le aplastó la pierna. Fui inmediatamente a verlo, y encontré ser cierta la quebradura en la canilla, cerca del tobillo de la derecha. Hice despedazar un cajón en que vinieron velas, y del modo posible se le entablilló, y volviéndolo al caballo dejé al dragón Baeza, y a un arriero con él, para que lo trajesen muy despacio; y caminó la caravana al paso acostumbrado.

En estos campos no hay riesgo más próximo que el trastornarse con el caballo, pues habiendo muchísimas marras, bizcachas, quirquinchos, maticos, mulitas, chinques y otros animalillos, que todos minan las tierras para formar sus habitaciones, y las bocas están confundidas con el mucho pasto, a cada hora pega uno tres, cuatro o más rodadas, como que muchas he visto dar a los corredores de yeguas, y quiso la casualidad que Contreras fuese el lastimado, siendo un mozo ágil y de buena voluntad, que me hará muchísima falta.

Continuando, pues, la marcha por campos llenos, a una y otra parte de nuestra derrota, de lagunas muy grandes, perpetuas, y otras menores, y de

muchísimos pastos, a las tres de la tarde estuvimos en un sitio que estaba rodeado de tres lagunas permanentes, en el que vine a encontrar a los indios alojados, y también yo me alojé con mi gente. Luego vino Carripilun a decirme esperaba un amigo de Melincué que venía a encontrarlo. Le pregunté, que cómo se llamaba, y me respondió que solo lo conocía por el teniente Curau. Le dije, que me alegraba que tuviese tan pronto el gusto de ver a su amigo; y estando en esto, ya se divisó y fue a recibirlo. El amigo le trajo su obsequio de pan y aguardiente, y no fue tan pronto en apearse, como en darlo. La mujer de Carripilun me trajo dos panes, y al poco rato se empezó a sentir el efecto del aguardiente, pues se armó una gritería entre todos los caciques, y algunos indios, que pensé no dejase de tener algunas resultas. En fin tarde de la noche se sosegaron. Poco ha que estaban callados, y se me aparecieron a mi toldo Manquel y Manquelipi casi embriagados, y el primero me dijo: Tú eres nuestro padre, y nuestro bienhechor; ya estamos cerca de los españoles, que, con el favor de Dios, pisaremos mañana sus tierras; tu lado será nuestra defensa, pues estos indios Ranquelinos tendrán por aquí amistades y se embriagarán todos los días. Han sido nuestros enemigos, y la bebida refresca los agravios: pudiéramos tener algún pleito, y así te pido dos soldados, para que estando enfermos me deis a fin de que los sujeten. Le contesté: «Manquel, dices bien, y desde ahora empezará a conocer de nuevo el que os estimo como debo, y agradezco tu fineza de acompañarme, y la de tus compañeros. Mi lado lo tienes seguro, y te encargo no te —198→ apartes, pues, de mí; con eso te privas también de beber. Tú estás criado en Chile, donde el aguardiente es veneno; vuestra naturaleza no puede connaturalizarse tan pronto con este temperamento, al que vas entrando, y a más de los muchos males que ocasiona la bebida sin moderación, pudiera la del aguardiente ocasionarte una enfermedad de que quizá no escaparías. También privado, te pones pesado en tus expresiones, y ese espíritu que tienes se te aumenta con la embriaguez, y pudieras acordarte de cosas pasadas, que tú mismo andas borrando con los pasos y trabajos que conmigo has pasado. Así te suplico y te ruego a ti, y a mis demás peguenches, que no sean pronto en tomar; que en llegando a algún lugar seguro donde puedan ponerse con separación, ya entonces beberán vino, o lo que quieran. Respondió, dándome las gracias. Me preguntó por el dragón enfermo, lloró por el trabajo, del compañero, acordándose, que él lo acompañó desde la cordillera a Puelec: fue al toldo a visitarlo, y le dejó un poncho con que venía embozado, para que se cubriese.

Visto el indio en el estado que estaba, no era posible creer pudiese hablar, cuanto más hacer estos discursos; pero es constante que estas naciones en sus borracheras, es cuando aprenden a proferir las oraciones que elocuentemente hacen, y así en ellas no hay chico que no se lleve hablando de hazañas, de trabajos, de tierras, de amigos, de enemigos y de los modos de vengarse; y quitándoles esta especialidad, en todo lo demás son unos salvajes, como tengo dicho en el tratado de costumbres.

Desde Siete Árboles, al fuerte de Melincué

(Julio 5 de 1806)

Así como salió el sol hice ensillar un caballo de mi silla con el avío del dragón Contreras, y mandé al dragón Baeza, y a un criado de mi mayor satisfacción, se aprontasen para caminar delante con el enfermo. Ya que estuvieron dispuestos, hice lo acomodasen proporcionándole el posible alivio, que marchasen con un práctico de los que vinieron con la prorrata; y siguiéndoles nosotros, a las nueve de la mañana, tomando el rumbo del nordeste, a la media legua pasamos por la cabeza del sur de una laguna dulce y estable, y a la legua más, por entre dos de la misma especie, que las divide una lomilla, como de una y media cuadra de atravieso, continuamos marchando; y a las dos leguas, dejamos otra al norte y siendo los planos enjutos, y muy pastosos, demuestran su fertilidad, por cualquiera parte que la vista se extienda, aunque muy fríos por las frecuentes aguadas.

—199→

Siguiendo el rumbo, trascendiendo por entre una laguna del tiempo, llegamos al camino real que va para Mendoza por los fuertes; caminamos por él, cosa de una legua, y dejándolo al sur enderezamos para el fuerte de Melincué. En una altura me esperaba Carripilun y los demás indios, para entrar al pueblo juntos. Ahí saludé al teniente don Pedro Jurau, y aunque ya me había hecho concepto de ser hombre ordinario, pues llegando a mis toldos no tuvo la atención de pasarme a saludar, y haber sabido que, sentado con las piernas amujeradas, había pasado la noche entre la borrachera de los indios; luego que lo vi me ratifiqué en mi idea, y adelanté el discurso, que cuando de él se había echado mano para teniente, cuál sería la población y vecindario de Melincué, máxime habiendo sabido ahí mismo, que le prometió a Carripilun que Su Excelencia lo esperaba con el coche pronto a este cacique, para que entrase a Buenos Aires. Estos españoles, que con ofertas de este jaez tratan de la amistad de algún indio, es regularmente porque tienen que conseguir algún favor con nuestros superiores, y sus empeños se dirigen para amparar facciosos, forajidos y bandidos, o solicitar algunas incumbencias, para, en uso de sus facultades, cometer delitos enormísimos. Cansado estoy de experimentar iguales casos en nuestras fronteras; y allí, con la misma experiencia, tanto juicio se les hace a los indios de sus empeños, como si no los hicieran, ni ellos forman sentimientos de no conseguirlos, porque aprecian a estos amigos mientras les dan con que embriagarse, y nada más. En fin, continuando la dirección, empezamos a descender a un plan o bajo, que su panizo promete bastante fecundidad, y en él está situado el pueblo y fuerte de Melincué. Entré a él a las dos de la tarde, con toda mi comitiva, y siendo guiado por el cabo referido Ramón Machuca, que ya el teniente se había separado sin despedirse, llegamos a la puerta principal del fuerte, donde estaba el comandante don Manuel Marín; nos saludamos, y nos introdujo a su habitación, en la que entraron todos los caciques e indios que cupieron. Le di a conocer a Carripilun, a Manquel, Puelmanc,

Manquelipi, Payllacura y los demás, haciéndole una sucinta descripción de los méritos de cada uno, hizo hacer una salva en obsequio de Carripilun, que la recibió con entero gusto, asegurándole que el corazón no le cabía de contento, con aquellos tiros, que le habían demostrado el gusto que habría tenido de conocerlo. El Comandante le prometió que así había sido, y cualesquiera otras proporciones y facultades que hubiese tenido, las hubiera empleado en obsequiarlo, por tener noticias de su buen corazón y de las bellas acciones que había obrado con muchos españoles, y por ser un Gobernador de todos estos terrenos de Mamilmapú; que podía estar seguro, que en todos los siguientes fuertes, harían de su persona igual aprecio, y el Sr. Virrey sabría dispensarle los mayores obsequios de su paternal amor; pues sabía que deseaba conocerlo. —200→ La arenga fue contestada, y le mandó sacar su buena copa de aguardiente, que se fueron repitiendo a todos los demás. En este estado yo hice presente al Comandante, salía a hacer poner mis carpas, y acomodar mi alojamiento. Él me ofertó su casa y fuerte, y dándole las gracias elegí acomodarme en un sitio desembarazado, menos de media cuadra de distancia al oeste sudoeste del fuerte.

Como los indios, en empezando a beber, no se satisfacen hasta que se duermen, iban consumiendo copas unas tras otras, y mientras más embriagados, más querían. Ya fueron algunos privándose, ya manoteaban, ya gritaban, ya empujaban al Comandante, y ya se excedían en sus acciones; en fin el capitán Jara los fue sacando, y quedó al cerrar la noche, en aptitud de poder cerrar su puerta, a tiempo que yo entraba al fuerte por huir de las majaderías, necias peticiones, y quejas que ya también me empezaban. Nos juntamos, y anduvimos entre ocultos de ellos hasta que se durmieron. Le supliqué que al siguiente día no les diese que beber, o porque podrían enfermarse, o porque tendría demora y más gastos, y que me hiciese traer dos vacas, para repartirles de prorrata. Me contestó que no les daría más aguardiente, que me haría traer las vacas, pero no de prorrata, sino por su precio, pues no tenía ramo ni asignación de qué pagarlas. Convine en satisfacerlas, pues me veía precisado a darles bastimento a toda mi comitiva, de que algunos días carecía, y tratando algún rato más de varios asuntos, nos separamos a nuestra estancia. El 6, bien temprano, di vuelta a toda la población por su circunferencia. El costado del nordeste, este y sudeste, lo forma una vistosa laguna que tendrá de circuito tres leguas, más que menos: sus aguas son turbias, y hace sus oladas según el aire. Por los demás costados la llanura es imponderable, pastosa, y sin más leña que unas matas de conquiles, yerba gruesa, o arbustillo muy mediano, y espinudo. Su situación es pésima, porque estando en el plan con muy corta más altura que la laguna, que recibe las aguas de las lomas, y las que en su extensión deben caerle en las lluvias, está expuesta a una inundación general que la asolará de una en otra hora.

Según el Comandante me ha dado razón, ya han quedado algunas casas anegadas muchas veces; y lo demuestran, pues siendo sus paredes de adobes de barro, todas están por los cimientos excavadas, derrumbadas, y como cosa de una vara de la base, sumamente húmedas.

Las calles están delineadas de oeste a este; el fuerte está a la misma ribera de la laguna, y por ella todo demolido, arruinado, y en estado de

experimentar su total destrucción. Ya no queda otra pieza, que —201→ la de habitación del Comandante y ella está al caerse, pues la humedad la tiene por los cimientos minada. Tiene de resguardo un foso que está lleno de agua, de la que entra de la misma laguna, y así en partes cegado, y sin ninguna defensa. También padeció este fuerte el 23 de junio del año pasado el estrago de que una centella incendió el almacén de pólvora, con cuyo efecto ya puede considerarse el estado en que quedaría.

Hay una capilla de teja y adobes, calle por medio al oeste del fuerte.

Para el lugar sería muy buena, si no estuviera también desmoronada por los cimientos. Su longitud es de sur a norte, y la puerta la tiene a este viento, que hace frente a un sitio desocupado, que deberá ser la plaza.

Todo lo demás del pueblo se reduce a 18 ranchos dispersos y mal formados; todos denotan la calidad de sus dueños, y sus pocas comodidades.

El Comandante me ha parecido un hombre de demasiada instrucción para el destino, bastante religioso, y de buen talento; y lo demás de la gente por el contrario, a excepción del cabo citado, que procura desempeñar las funciones del servicio con honor y puntualidad.

Por esta razón he hecho hoy llevar el enfermo a casa de él; se lo he recomendado, y a su mujer le he dado cuatro pesos para su curación, y al Comandante le he suplicado, lo atienda y socorra, quedando yo obligado, a satisfacer los gastos que originen.

A las diez de la mañana poco más, el capellán me mandó recado, y un obsequio de unos zapallos que se los estimé. Se tocó a misa, como que era Domingo; fui a oírla, pasando antes a saludar al referido capellán, que es un religioso, Francisco, del convento de Córdoba, llamado Fray Carlos Barzola.

Después estuvo a visitarme, es muy afable. Me hizo presente residía en las chacras, receloso de que su pieza le viniese encima, por lo derrumbado de las paredes de la casa con la humedad, y por lo muy frío de este temperamento que lo enfermaba. Quedé contento con sus modales y conversación, y al poco rato que salió, vino el dragón Baeza, que había estado en lo del teniente Jurau, a ver a Carripilun que allí se alejó, y me dijo que había encontrado a un blandengue, que decía habían ganado los ingleses a Buenos Aires, con otros agregados necios para un hombre sensato, que lo hice callar. Me fui para lo del Comandante hasta hora de comer, que volví a mi carpa.

—202→

A eso de las cuatro de la tarde, llegó un miliciano a lo del comandante, diciendo que en su casa dejaba dos blandengues, que venían de Buenos Aires, diciendo que el Sr. Virrey se había marchado para Córdoba, porque la capital estaba ya poseída de ingleses. Dio orden para que fuesen los milicianos a traerlos, y verificándolo, los examinó con separación, cuyas exposiciones fueron estas: Que se llamaba José Manuel Gallardo, de la Punta, y estaba sirviendo al Rey, al mando del capitán Domínguez, en el lugar de la Ensenada. Que el 25 de junio último se presentó a aquella costa una escuadra inglesa de nueve embarcaciones, que solicitaron desembarcarse por cuatro lanchas, y habiéndose formado la tropa en la playa se retiraron. Que subió la escuadra para los quilmes, en cuyo lugar en la noche desembarcaron. Que el 26, en una loma contigua del mismo nombre, les presentaron batalla las tropas españolas de caballería, y

luego que se acercó el enemigo, abandonaron el puesto 5 toda carrera, caminando para el puente. Que el enemigo lo siguió, pero como iba a pie, hubo tiempo para que el puente se incendiase antes de que pudiese pasar, y en este estado cerró la noche. Que al otro día, por cuerdas, lanchas y a nado, se pasaron los ingleses a esta banda, y de allí que habría alguna disposición por parte de nuestros jefes, tiraron a son de su música por la ciudad, sin el menor impedimento, que los oficiales y soldados de todas tropas han tomado su derrota para donde han gustado, sin el menor impedimento, y que esto mismo saben, han visto y experimentado los soldados, Cristóbal Miranda y Faustino Suárez. Que también oyeron que el Sr. Virrey se marchó, luego que se internaron los ingleses a la ciudad, para la de Córdoba. Que los caudales los sacaron para Lujan, y de allí vinieron a revolverlos los ingleses, y otras cosas menos substanciales que en todo convinieron los tres.

Aun con toda esta relación, conforme la común voz y la asentación que hizo un blandengue, que al poco tiempo llegó del Fortín de Rojas, añadiendo que allí había llegado anoche un sobrino del Sr. Virrey, con cinco oficiales, no podía convencerme para creerle. El Comandante determinó mandar un chasque o correo al día siguiente, y le supliqué, me hiciese el favor de avisarme su salida, para escribir a aquel comandante, noticiándole de mi llegada, a fin de que me diese una individual noticia de lo acaecido, para resolverme a determinar lo más conveniente sobre mi expedición.

Ya es de suponer la confusión en que me vería; hecho cargo de una parcialidad de indios, tener que mantenerlos, y una larga comitiva sin caballerías, ni otros auxilios, en tierras extrañas, y con mis intereses perdidos en Buenos Aires, que tenía adelantados, por no traerlos con el riesgo de indios, con los que contaba para mi subsistencia y regreso.

—203→

Ya desechando estos cuidados, ya meditando en los arbitrios de que me debía valer, y siempre firme en continuar, hasta lo del Sr. Virrey, me acosté. Poco duró mi quietud, pues el tiempo que estaba descompuesto, paró en disformes truenos, y en correr con un fuertísimo sudoeste, tan espesos meteoros de agua, que al poco rato descargando me hicieron salir con mi cama, a meterme en un rancho vacío, que aunque estaba anegado, y con el caballete, o cumbreira destapada, era palacio para el estado de mi antecedente habitación. Allí pasé el resto de la noche, hasta el venir el día, que ya entonces pudieron cubrirse las goteras, y portillos con las pieles de caballos que se cubría la carpa. El día continuó penoso hasta las dos de la tarde siempre lloviendo, y para adelante se compuso para caer tan copiosa helada, que pocas veces la vi mayor. El 7 bien temprano, escribí al Sr. don Manuel Martínez, comandante de Rojas; y habiéndolo hecho también el comandante, dándole razón de las noticias que había adquirido, y de que ya he hecho mención, mandó a un miliciano.

Mis indios, por lo esparcido que estaba la perdición de la capital, adquirieron algunas noticias de las que me dieron aviso, consultándome si regresarían. Les hice ver cuánto faltaba para dar crédito a los que debían venir fugitivos, porque no traían pasaporte, y no se había comunicado a estas guardias ninguna orden, como se debía hacer en tal caso, dando las disposiciones convenientes para su seguridad, retirar víveres etc. Que en teniendo la noticia cierta, que deberíamos esperar dentro de dos días, en

contestación de las cartas que hoy había conducido el chasque para Rojas, sería yo el que les comunicaría cuanto hubiese de nuevo, y el que les aconsejaría qué debían hacer; pero no dejaba de prevenirles que no siendo imposible el que los ingleses hubiesen ganado la ciudad, era ésta la mejor ocasión en que debían ofrecer al Sr. Virrey sus fuerzas, en prueba de la buena amistad y unión que tenían pactada conmigo. Que así serían conocidas su fidelidad y gratitud al Soberano que los ha solicitado en sus propias tierras y casas; que así se harían más dignos de su real amor, y así lo obligarían a que los premiase con las manos abiertas, como ellos dicen. Más que debiéndose extender las ansias de los ingleses a sus terrenos, también les harían conocer de una vez su esfuerzo, valor e industrias militares de que son bien instruidos, para hacerles entender que en ellos jamás encontrarán hospitalidad ni alianzas, respecto a que se han introducido en contra de sus amigos, y españoles compatriotas. Respondieron, que decía muy bien, pero que debía hacerme cargo que el socorro, prorratas y víveres de que necesitaban, para conducirse hasta la presencia del Sr. Virrey, no les debía faltar como necesario, y que sabiéndose la existencia de Su Excelencia, desde luego se resolverían a lo que yo —204→ hallase por conveniente, ciertos de que no había de aconsejarles cosa que no les conviniese, debiéndolos mirar como padre. Así prometí hacerlo, y ponderándole el estado de las noticias tan diferentes, como el número de los individuos que las daban, y que hasta ahora ni una letra de oficio había llegado a este fuerte, avisando la introducción de los enemigos, no podíamos dar asenso a ninguna de ellas; se retiraron.

El 8, ensillando caballo, acompañándome del intérprete Montoya y del dragón Baeza, me fui para lo del teniente Jurau, en donde estaba Carripilun. Le manifestó cuánto me alegraba de verlo, y de que no tuviese novedad: le pregunté que si ya tenía alguna noticia de las que corrían, sobre la pérdida de Buenos Aires. Me hizo relación de todas ellas, como que los primeros, segundos y demás que han venido, pasaron por allí. Le hice muchas reflexiones, para que no creyese. Me contestó, que ¿cómo no había de creer cuando había hablado con soldados que se habían hallado en el combate? Le pregunté que ¿cómo aseguraba que se habían hallado? Que si él los había visto allí; y en fin convenciéndolo, y a Jurau, que debía haberlo imbuido, y por consiguiente seguir instruyéndolo, le repetí la relación que ayer hice a los demás caciques. Me contestó, que pensaba regresarse por mañana a sus terrenos; pero que supuesto esperaba noticia cierta de Rojas, se esperaba él también, para que con conocimiento del estado de las cosas, resolviese lo que juzgase oportuno, y que a todo estaba pronto como siempre. Concluida mi visita regresé al fuerte, comí pronto, y dediqué la tarde para ir a lo del padre capellán que vive en su chacra, y por último despidiéndome, quiso acompañarme hasta el fuerte, en donde me separé de él llegando a la capilla.

Volví a mi estancia, y apenas había puéstome a escribir, cuando llegó Carripilun tan borracho, que no podía sujetarse. Ya me fue preciso entretenerme en contenerlo, cuyo ejercicio me duró hasta las nueve de la noche, en las que se quedó dormido.

Poco después vino un blandengue, diciendo que había servido de artillero en el combate con los ingleses; que era cierto y verdadero que los

ingleses estaban posesionados de la ciudad, y también que por mañana debería pasar para Córdoba por este fuerte, don Manuel Martínez, comandante de Rojas. Ya este, y 19 más soldados que venían con él, corrieron que no había ya Comandantes, que no había sujeción; y mandándole el Comandante que se esperase hasta tener noticia cierta, contestó, que sujetase a todos sus compañeros, y se estaría él, y de no que se —205→ iba. Llamó a la guardia el Comandante y ya no encontró a ningún miliciano, ni a los que anteriormente tenía arrestados.

Aún no había querido jamás considerarme en este estado, de que me faltasen los auxilios, y confieso que el corazón no me cupo en el pecho, según se me acrecentó el espíritu contra el abandono e insubordinación. Salí de lo del Comandante, y llamé a mi capataz. Le ordené que todas mis bestias fuese a buscarlas, y se encerrasen al corral, pues los desertores podrían llevarlas, haciéndole ver que el mayor trabajo nuestro sería vernos sin caballerías. A las doce de la noche sólo se consiguió recogerlas, y hasta entonces tuvo sosiego mi alma. Me destiné al reposo; pero debo decir al desasosiego, porque poco tardó Carripilun en recordar, empezar a romancear, a pedir aguardiente, a pedir caldo y otras veces agua. En esta tarea se pasó la noche, y al venir el día ya estuvo con la cabeza descargada para que pudiese retirarse a su estancia.

El 9 por la mañana, repitieron pasando soldados blandengues, que todos confirmaban la pérdida de Buenos Aires; y añadiendo que ya no había Rey, ni jefes. Se puso tan insolente este pueblo, que, ya ninguno quería obedecer al Comandante. Ya me fue preciso creer en la desgracia, porque informándome que toda la tropa era patricia, y de la misma clase de la que iba conociendo, ¡cómo podría dirigirse, ni defenderse con milicias sin subordinación! No cabe en los límites del atrevimiento, la osadía de estos habitantes; y el temor de las balas los precipitaría al abandono, sin que bastase el honor de sus jefes para reprimirlos, ni el mayor empeño, actividad, industrias y desvelos del Sr. Virrey.

En el resto del día me entretuve con mis indios, haciéndoles entender que iba adquiriendo fundamentos para creer por verdadero lo que se contaba de nuestra capital, que bien podrían considerar cuál se hallaría mi espíritu, y cual podría ser mi confusión. Que por una parte se me anunciaba la separación de ellos, que me habían acompañado, y sabido estimar hasta hacerse merecedores de mi voluntad, cariño y amistad; por otra, ver separado al Sr. Virrey de su residencia, y con asuntos tan interesantes y arduos, a que debería atender en el día para reparar la pérdida; pues su salida debería haber sido con el objeto de no perder las provincias internas; porque debiéndole ser forzoso entrar en capitulaciones con los enemigos, siendo el gobernador de la ciudad y de todas estas jurisdicciones, entregando la ciudad, le hubieran también exigido por las provincias; y dejando, como dejaría a otro el mando del fuerte, éste no podía hacer más que disponer de aquello que mandaba, y así quedaban nuestros estos campos fuertes, ciudades, pueblos etc.; con cuyo partido deberá pensar en reformarse, uniendo las gentes, y reuniendo las tropas; —206→ que también arbitrara otros esfuerzos para invadir a los enemigos, sitiar la ciudad y botarlos de ella; y en fin, que pocos tiempos pasaríamos sin que supiésemos con especialidad las circunstancias y pasos sucedidos; pues era imposible que Su Excelencia dejase de haber dado

algunas providencias para estos campos; las que no habrían circulado o por morosidad de los comandantes de los fuertes, o por la falta de auxilios que ha habido. Contestaron que decía muy bien, y que en sabiendo lo cierto, y la residencia del Sr. Virrey, estarían dispuestos para hacer lo que les mandasen.

El 10, a las nueve de la mañana tuvimos en este fuerte una comitiva de oficiales, que seguían para Córdoba, prometiendo que Su Excelencia estaba allí. Contaron prolijamente su campaña, y toma de Buenos Aires que los ingleses hicieron, asegurando que el número de estos sería cuando más 1800, y que el campo se perdió por la desunión y falta de subordinación de las milicias. Poco después llegó el chasque de Rojas, confirmando lo mismo, y una circular del Sr. Virrey, su fecha en Chascomus, frontera de Lujan, a 3 de Julio, ordenando a todos los comandantes se mantengan y defiendan con honor sus puestos, pues son todas estas provincias del dominio de nuestro Católico Monarca, por cuya conservación determinó mantenerse en la campana.

Ya que no hubo duda, miré el semblante de mi situación, y de mi comitiva. Verme forastero con mis conveniencias adelantadas en Buenos Aires y perdidas, sin ser conocido, y que todas las cartas que conducía de recomendación eran para la capital, se me representaron nuevos trabajos, nuevos temores, nuevos padecimientos y haciendo estos entes, se me aparecieron los indios juntos a ver lo que disponía.

Dándoles asiento, les hablé así: Amigos y compañeros, y no tenemos que hablar de la pérdida de Buenos Aires, porque es cierta, y sucedió el mismo día del temporal, que nosotros paramos en Chicalco, bebiendo de aquella pésima agua, revuelta y turbia a semejanza de la de avenida. Ya sabéis los estragos que la avenida de un caudaloso río causa, como se extiende por los campos, como arrasa con haciendas, y como todo lo devora y consume, pues sabed que peor es esta nación gananciosa que tenemos al frente, y que la ganancia y la victoria es madre de la superioridad y de la codicia. En fin, tratemos solo de lo que debemos hacer en este caso, y debo preveniros. Ya os es constante, soy remitido por el Sr. Capitán General del reino de Chile, para reconocer el camino y campos intermedios desde la Concepción a Buenos Aires, a cuyo efecto me habéis acompañado, que debía venir consiguiendo las voluntades de los indios, para que nos concedieran poder abrir, y asegurar un camino por estas tierras vistas, y que hemos transitado; y en fin, que siendo, así como —207→ nosotros, hijos del Soberano, y queriéndolos no menos por el arbitrio de esta comunicación, ya hacernos unos, ya hacernos iguales, y a que todos seamos sus vasallos, y a que unos a otros nos ayudemos, atendamos y favorezcamos. De todas estas propuestas os he tratado; todo lo habéis admitido, todo aceptado, y principalmente las inviolables paces, que debería ser el fundamento de nuestra amistad. Respondieron que así era, que así había sido, y que así sería siempre, y que conocían las ventajas que gozarían por nuestra correspondencia.

Seguí diciéndoles: Ya lo tengo, amigos, creído, y ahora lo creo más, y debéis también creer que estoy precisado, y me es necesario pasar yo a presentarme al Sr. Virrey, para darle cuenta de mi comisión. Me veo sin arbitrios ni facultades, sin conocimientos ni conexiones; pero me queda el buen ánimo, si queréis llegar hasta allí, siempre seré el mismo; pero os

advierdo que ignoro si Su Excelencia tendrá lugar en esta época para atenderos, esto es, para regalaros como vos esperabais; también, si con el movimiento general de todos los españoles, podremos lograr de prorratas, y estando tus cabalgaduras tan maltratadas, no es posible emprendamos viaje, contando con ellas. Yo no tengo ya facultades para poder comprar caballerías, sino las precisas para mí, y me viera con el dolor de quererlos servir, y no poderlo hacer. Bien me conocéis ya; ya me habéis experimentado, y no os queda que recelar de lo que os digo. No puedo, amigos, engañaros, me habéis servido y acompañado mucho, ya os quiero más de lo que pensaba, y espero me estiméis os hable con esta claridad; y aun cuando penséis que os hablo así por fines particulares míos (haciéndoos presente que tendría a gloria el llegar con vosotros a lo del Sr. Virrey), más quiero padecer esa nota, que no te veáis después quejosos de mí, porque no os dije cómo podríais verte.

Me respondieron, que se volverían, pues conocían bien que tenía buen corazón, y que les decía lo que podría suceder, que ya sus caballos estaban postrados, y que resolverían volverse con el sentimiento de separarse de mí cuando esperaban no hacerlo hasta ponerme en casa. Les contesté, que así también lo pensaba yo, pero que ni pendía de ellos esta desgracia, ni de mí; que Dios los había traído y él nos separaba; y aunque el dolor y sentimiento nos era consiguiente, no me era posible el remediarlo, y que si mi fortuna quería llegase a presencia de Su Excelencia los recomendaría a todos según sus méritos. Que tenía presentes sus servicios, que no me olvidaría ni aún de las palabras que a favor nuestro habían vertido, y que todas sus finezas serían premiadas. Puelmanc se levantó, me abrazó y dijo: Compañero, todo lo que —208→ has querido, conseguiste, nosotros te hemos traído: haz presente al Sr. Virrey que nuestras tierras, nuestra amistad y la de todas estas tierras son tuyas. Que repetiré sirviendo al Rey, como lo he hecho; que no se olvide de nosotros, ni de nuestros hijos, que nuestras fuerzas son tuyas, así como nos hemos de valer de las de los españoles en cualesquiera necesidad. Yo hablo por todos, porque conozco el corazón de mis compañeros; ténnos lástima siempre, como habéis sabido tomarnos el corazón. No tuviste novedad, no tuviste desgracia, no te faltó ni un animal, y aunque padeciste mucho, fue con nosotros. Le prometí que así lo haría, y también en presencia del Sr. Capitán General; y tratádoles de cuando habríamos discurrido habernos separado antes de llegar a Buenos Aires, ni ellos ni yo podíamos contener las lágrimas, en tanto extremo que me fue preciso salirme para afuera, porque ellos tienen a mal dunto el llorar antes de partir.

Uno a uno fueron saliendo, y llegando al poco rato Carripilun, que entró a la casa del Comandante, me mandó llamar allí, que estaban todos los oficiales presentes, en cuya presencia me dijo, con su acostumbrada arrogancia: Hermano, ¿en qué pensáis? ¿Ya es cierto que el Sr. Virrey está en Córdoba? Le respondí, pienso en pasar a Córdoba, porque es cierto que allí está Su Excelencia. Prosiguió: Pues yo de aquí me retiro ya, y dile cómo os recibí en mi casa, que te prometí el camino, la paz, unión y amistad; que tengo ganados los cuatro Butalmapus; que no hay otro nombre como el mío, y que monté a caballo para venir a conocerlo, y por buscarlo como a padre. Que yo no tengo sino una sola palabra, y lo que una vez digo

y prometo lo sé cumplir; que yo te traje por aquí y a todos tus caciques, y puede mandar a mi casa cuando guste, que estoy pronto a obedecerle; pero adviértele que me tenga lástima, que soy pobre, que tengo hijos, y que me haga algún obsequio, que de todo necesito, y sabré corresponder sus finezas. Que tomé el partido de regresar, porque he sabido esta novedad, y que mis caballos no me aguantarán a volver.

Le dije: Hermano, nunca pensé que tú me dejaras antes de tiempo, y escuchadme: Dejo volver a los peguenches, porque viven muy lejos, y porque sus ofertas están recibidas y ratificadas ante nuestros jefes, pero las tuyas, sólo a mí las has hecho, que necesitas ratificarlas en presencia de Su Excelencia. No me aparto que eres hombre formal, jefe como dices, y que en todo tiempo sabrás cumplir; pero con todo, el Sr. Virrey tendrá mucho gusto de conocerte, y hacerte entender de todos modos su amistad. Ésta me has franqueado, y en ningún tiempo sería más útil al Sr. Virrey que ahora, pues, así como en igual caso él te ayudaría, ahora podréis ofrecérselo. Caballos no te faltarán; tendrás prorratas, y cuando no, yo te daré caballos, aunque te siga como perro a pie, haré esto en gratitud de tus finezas; hazme el gusto de ir conmigo. Tú estás cerca de estas fronteras, —209→ pudieran los enemigos quererse internar, y el Sr. Virrey prevenirte algunas advertencias útiles para nuestros dominios y los tuyos; no te acobardes que el Sr. Virrey es allí, y ha de ser en cualquiera de estos terrenos que esté. ¿No ibas a Buenos Aires, que está tan lejos de este punto como Córdoba? ¿Y por qué no vais a Córdoba, que es igual camino, y el mismo Virrey el que está allí? Ea, amigo, ánimo, que encadenaré esta fineza a las otras que te debo.

Contestó, que si le aseguraba que el Sr. Virrey le daba unas estriberas de plata iría. Le respondí, que si el Sr. Virrey no se las daba, yo le daría las mías aunque quedase a pie; y me entrego el bastón en prueba de que me acompañaría. Se despidió para su alojamiento, y yo me puse a escribir para Su Excelencia, para el Sr. Gobernador Intendente de Concepción, y para el Sr. Capitán General, dándoles noticias de estas resoluciones.

El 11 temprano siguieron para Córdoba los oficiales alojados, y los indios peguenches se despidieron de mí, llorando como unas criaturas. Les dí cartas para mis jefes, y les prometí que en llegando a Concepción vendría a visitarlos a Antuco, en donde tendrían un buen día con bastante vino y buenos víveres. Respondieron, que hasta entonces tendrían gusto, y el pobre viejo Manquel me suplicó que desde Mendoza, por Malalque le escribiese, pues allí encontraría indios. Le aseguré que lo verificaría, y dándoles para que comprasen una vaca, les di el último abrazo, y ellos sus agradecimientos.

Al Comandante le pedí prorratas, para caminar al siguiente día: puso dificultad, porque todo el vecindario estaba irreducible; y prometiéndome que haría lo posible, hizo salir a buscar, y se recogieron algunos caballos mancos y estropeados, peores que los que me fueron a encontrar. El 12 amaneció al llover, y pareciendo a las ocho que abriría el día, mandé la prorrata a lo de Carripilun, con orden que fuese antes un mensajero y saludarlo, y a preguntarle que si le parecía, caminaríamos. Al salir el chasque, llegó su yerno a decirme que decía su suegro, que era su hermano y amigo, que su hijo le había llorado mucho toda la noche, porque no fuese a Córdoba, que quería complacerle, si lo tenía a bien, y que

mandaría a su yerno, y a un mocetón para que si el Sr. Virrey lo necesitaba lo mandase llamar con ellos, que estaba pronto a salir otra vez, que se mandaba ratificar y ofrecerle tres mil indios. Me pareció muy buena la determinación, le mandé el bastón, y algunos panes como particularísimos en el país, con —210→ finas expresiones; y al punto mandó sus chasques. Yo me fui a recomendar al dragón Contreras, a fin de que lo asistieran y cuidaran con esmero; le di seis pesos al dueño de casa, y al Comandante le supliqué lo atendiese, y socorriese quedándole obligado, no sólo al mayor agradecimiento, sino a la satisfacción.

A este mismo comandante le dejé doce mulas y ocho caballos que se habían enflaquecido; diez y ocho armamentos de enalbardar, con sus correspondientes aderezos; una tienda de campaña con sus recaudos, ocho cargas de sacos, un cordel para la mensura de los ríos, y una sonda de plomo, dos costales de lona, un grueso rollo de látigos, un barril de cinco cántaros, con sunchos de fierro, una carga de petacas, y una famosa escopeta con su recámara oculta en la culata, para guardar municiones; con la advertencia que la escopeta, petacas y barril, dos caballos y una mula eran míos, y lo demás perteneciente a la real hacienda, para que como tal se cuidase, y entregase o por mi orden, o la de Su Excelencia. A la una de la tarde, después de mil incomodidades, que dieron las caballerías de prorrata, salimos del fuerte con destino al de la Esquina, y a las cuatro leguas alojamos a la orilla de una laguna de agua dulce. Los campos de la misma especie que los que hemos andado, y muy abundantes de aguas detenidas.

El 13, proseguimos por el camino, y a las ocho y media leguas llegamos a la posta de la Esquina. Inmediatamente pasé con el pasaporte a presentarme al Comandante del fuerte, y me contestó, desde que se enteró de él, que ni tenía soldados, ni arbitrio para dar auxilio; que nadie le obedecía, tú él tenía a quien mandar, y que para mi silla me prestaría un caballo. Le di los agradecimientos por su oferta, haciéndole presente que mi servicio era a mi costa, y yo no gozaba del auxilio; que la mayor parte de mi comitiva el Rey debía conducirla, y para esta era, y dos indios. Pero que si no había, seguiría mi ruta como pudiese, y le daría cuenta a Su Excelencia de su respuesta. Le pregunté que si por aquí no había algún oficial de milicias. Me respondió, que había un capitán, pero no sabía cómo se llamaba, ni adónde vivía. Traté con él un rato, y me devolví a la posta en donde me alojé. El estado de este fuerte es lo mismo que el de Melincué; está situado a la costa del río Tercero, y lo mismo la posta, y algunas poblaciones de particulares que hay. Por todos estos campos, y los que ayer pasamos hay saladillo, y como deberán ser comunes por todas las Pampas que me restan conocer, como lo son por las que he pasado, cualquiera viento o virazón que se levante es tan frío, como los de cordilleras nevadas, por las partículas —211→ salitrosas. Tengo observado que las más noches se escarcha el tintero, y la agua que queda en la olleta, u otra vasija, dentro de mi tienda.

El 14, paré por adquirir noticias más ciertas de la residencia de Su Excelencia. El 15, salí tomando de esta posta dos caballos para los dos indios, y seis reyunos que tenía el maestro de la posta, y siguiendo el camino real de carretas, a las cinco leguas llegué a la posta de la Cabeza del Tigre, cuyo intermedio dicen es de siete leguas, y por ellas he

satisfecho dos caballerías, así como veinte y tres de Melincué a la Esquina, cuando habrán sólo catorce. En este espacio que hoy anduve, se me cansaron dos animales, y resolví el parar uno o dos días, a fin de que descansasen. El 16, recibí contestación del Señor Virrey, en que, aprobando las determinaciones que tomé con los indios, me ordena pase a Córdoba.

El 18, seguí el mismo camino hasta el puesto de Carranza.

El 19, hasta lo del sargento Arregui.

El 20, hasta la posta de los Zanjones.

El 21, hasta la de Gutiérrez, de donde me separé de mi comitiva, con sólo mis criados e indios.

El 22, hasta la de la Herradura.

El 23, hasta la de Tío Pugio.

El 24, hasta el río Segundo.

El 25, hasta Córdoba, en que me presenté al Señor Virrey, a las ocho de la noche, y puse en sus superiores manos la carta del Señor Gobernador Intendente de Concepción, de fecha 27 de Marzo, y los demás recaudos que acreditan mi expedición.

Se enteró Su Excelencia de aquellos puntos principales de mi derrota, me dio las gracias de parte del Soberano por mi servicio, y me ordenó ocurriese a su presencia con el emisario de Carripilun, para el siguiente día.

Lo verifiqué a las nueve y media de la mañana; recibió la embajada del indio; lo trató con particular amor y obsequio. Le ponderó la benevolencia y magnanimidad de nuestro Monarca: le hizo presente cuanto estimaba la franqueza y ofertas de su jefe Carripilun, manifestándole también los deseos que tenía de conocerlo y tratarlo. Para que lo llegase a entender, le mandaría algunos regalos, que lo asegurasen de cuanto le había dicho, y de la amistad con que debía mirarnos en lo adelante; que así como se reconquistase la capital, lo mandaría llamar para merecer el gusto de conocerlo, y conferenciar —212→ con él sobre la importancia del proyecto que me hizo venir por sus tierras. Que se debería esperar tres o cuatro días, mientras se concluían los agasajos que se le harían a él y a su jefe; y volviéndose a mí, me encargó cuidase y atendiese al emisario, dándole cuanto apeteciese, y le avisase del diario que se impendiese en él, y para que el indio fuese mejor servido, que le pasase una lista de lo que considerase más apreciable para Carripilun.

Al siguiente día la puse en sus manos, y en el momento se dignó dar providencia para que se hiciese su contenido. Me preguntó del diario de mi viaje, y le hice presente, lo traía concluido con todos los recaudos precisos, según las instrucciones que se me dieron; pero que teniendo que mandar copias de él, al Señor Capitán General de Chile, y al Señor Gobernador Intendente de Concepción, esperaba de su favor me permitiese algunos días, para que se sacasen los ejemplares precisos. Aprobó el que cumpliese con exactitud las ordenes de mis jefes, recomendándome la prontitud en llenarlas. Y tomó Su Excelencia su partida para incorporarse con el ejército, que antes estuvo preparando para reconquistar la capital, habiendo tenido la bondad de dejar despachado al emisario, y habiéndome yo ofrecido para acompañarlo, me previno lo siguiese, hasta que el indio saliese de la ciudad.

Éste al despedirse de la Señora Virreina, le pidió camisas, calzoncillos y calzones, para vestirse a nuestro uso; y la Señora, complacida de su buen deseo, se las mandó hacer, por cuya causa tuve que demorarme en aquella ciudad, hasta el 8 de Agosto, y el 13 alcancé a Su Excelencia a la cabeza del ejército, sólo cincuenta leguas de esta capital, en donde le pedí permiso para adelantarme, a fin de internarme a ella, y arbitrar extraer mis intereses que tenía adelantados para mis gastos, y también para hacerme práctico de muchos puntos, que para el caso de la reconquista, me serían útiles, para cumplir las órdenes que se me dieran. Me lo concedió; pero habiendo entrado el 16, y sido reconquistada el 12, por las tropas de Montevideo, según me han dicho, determiné parar aquí, hasta vencer las copias que dije antes, debían sacarse del diario.

De las que es una ésta, y está corregida y enmendada por el original a que me refiero. Capital de Buenos Aires, y Setiembre 20 de 1806.

Luis de la Cruz

Tasación

De lo que puede importar la compostura del camino, desde el fuerte de Antuco hasta la capital de Buenos Aires; esto es, facilitándolo con la amplitud requerida, para rodar carruajes de ida y venida, sin estorbarse

- 1.-Por desembarazar el plan de Antuco, de algunas piedras sueltas medianas, y desmontar el espacio de diez varas o doce de ancho, hasta una montaña clara de robles, etc., que son 14 cuadras 6 \$
- 2.-Por rozar dicha montaña, y apartar piedras en la costa del poniente de Malalcura, cuyo espacio es de 2 cuadras 10
- 3.-Por ampliar la costa del oriente de dicho estero, apartando toda la piedra que en él hay, y emparejar un corto pretil que tiene a dicha parte, hasta el lugar del alojamiento de los indios, que son 4 cuadras 25
- 4.-Por el allanamiento de la subida y bajada de un cerrillo, cuyo piso es arenisco y con piedra redonda, que puede rodarse fácilmente en el lugar, que se nombran Cerrillos 150
- 5.-Por el roce de algunos arbustos, y componer con la suficiente extensión el terreno que media desde los Cerrillos hasta el estero de los Coygues 10
- 6.-Por ampliar la siguiente cuadra a dicho estero, que es pedregosa y con alguna subida, su piso también es arenisco 50
—214→
- 7.-Por emparejar y apartar las piedras en la subidilla siguiente al estero de los Lures, hasta el otro de los Colegues, que son 3 cuadras 100
- 8.-Por el roce de arbustos, algunos árboles, emparejar el piso, y botar piedras 7 cuadras hasta el Fuerte viejo 50

- 9.-Por facilitar la caja del estero de Tubuleubu, que es de una cuadra bien pedregosa de piedras sueltas 100
- 10.-Por el allanamiento del terreno algo pedregoso, con arbustos y árboles, hasta vencer el repecho pedregoso de más de cuadra en el estero de Coyguico 250
- 11.-Por el allanamiento de la punta del Cerro del Volcán, que hace risco a la Laja, y tiene una bajada y subida de 3 cuadras, su piso arenisco con piedra 700
- 12.-Por la composición franca en el lugar de la Pichi Escoria, cuyo atraveso es de 1½ cuadra 250
- 13.-Por lo que se invertirá en apartar piedra suelta, y emparejar algunos cortos repechillos, que median hasta el lugar del Chacay 250
- 14.-Por facilitar el segundo atraveso de escoria, pasado el Chacay, que es de 12 cuadras 1000
- 15.-Por el demolimiento y separación de otro espacio de escoria, y facilitar una corta subida que hay, hasta llegar a un salto de la Laja, que ha formado en su caja una profunda pesa. 700
- 16.-Por igual trabajo en el escorial restante, hasta el frente de un árbol de coygue que pende del Cerro del Toro, cuyo espacio es de 3 cuadras con subida. 700
- 17.-Por facilitar un espacio de 5½ cuadras: es de tierra arenisca hasta el origen de Laja 100
—215→
- 18.-Por abrir y deshacer 81 cuadras de escoria férrea, que está al dar vuelta como para el Cerro del Volcán, y es la peor 1800
- 19.-Por apartar piedras medianas, echar otras a rodar, y caldear algunas sueltas muy grandes, que a fuego se desmoronarán, e impiden el tránsito de carretas, cuyos estorbos hay en 10 cuadras 400
- 20.-Por facilitar algunos cortos faldeos, y un repecho suave y bajada que hay, hasta llegar al lugar de la Cueva 300
- 21.-Por ampliar la falda de la subida y bajada que se presenta pasada la Cueva, hasta llegar a la vega de los pichonguines, hasta el plan de la cordillera de Pichachen
- 22.-Por lo que podrá importar el emparejar varias faldillas y pasos del estero, desde los pichonguines, hasta el plan de la cordillera de Pichachen 500
- 23.- Por hacer de caracol la subida del poniente de Pilchachen, en las faldas paradas que tiene, y para el allanamiento de dos cajoncillos por que bajan dos arroyos 3000
- 24.-Por ídem en la bajada del oriente de dicha cordillera 2500
- 25.-Por el allanamiento de varias faldas de puntas de lomas, algunos pedregalillos, y cajoncillos de esteros, que hay en las 5 leguas 34 cuadras hasta Butacura, desde el citado Pichachen 2000
- 26.-Por lo que importará la compostura de la subida de Butacura, apartar la piedra que hay en el plan de la Capilla, franquear dos o tres estrechos que hay para carros en un cajón, y una subidilla y bajada para llegar a Neuquen 300
- 27.-Por lo que podrá gastarse en el atraveso de la cordillera de Puconi Maguida, o Chollol Maguida, y los siguientes embarazos que se presentan hasta —216→ Tilqui, cuyo espacio es de 8 leguas 14

cuadras 15000

28.-Por lo que se gastará desde Tilqui, en un atraveso de lomas con piedras, hasta el lugar de Auquinco 3000

29.-Desde Auquinco hasta Tril 2300

30.-Desde Tril a Cobuleubu 2800

31.-Desde está orilla hasta pasado Quinico, cuyo campo es de 6 leguas, 23 cuadras 4000

32.-Desde Quinico, hasta pasado Chadileubu 2000

33.-Por una barca chata, que haga 25 ó 30 tercios de cargamento 500

34.-Desde dicho río, hasta la ciudad de Buenos Aires 1000

Suma pesos 4605

Según el conocimiento que tengo en el trabajo de allanar los terrenos, y franquear los estrechos y faldas para el tránsito de carretas, me parece que con los 46051 pesos podrá componerse, desde Antuco a Buenos Aires, fuera del costo de herramientas, que deberán ser 25 azadones, otras tantas hachas, 12 palas y 8 barretas, 12 carretillas, y otras tantas angarillas, Buenos Aires y setiembre 20 de 1806.

Luis de la Cruz.

DEMOSTRACIÓN de los días, meses, rumbos, lugares de los alojamientos y distancias que se vencieron en el viaje del Alcalde provincial D. Luis de la Cruz, desde el fuerte de Ballenar hasta la ciudad de Buenos Aires, por tierras de indios desconocidas.

Derrotero

De Angueñan desde Antuco, o Fuerte de Ballenar, hasta Meuco, por los mismos rumbos y derecera que aparecen en la precedente demostración; y mudando dirección, desde este punto hasta Buenos Aires, como se sigue.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

